

*Traducción de*

**ALBERTO JIMÉNEZ**

# CLASE, CRISIS Y ESTADO

*por*

**ERIK OLIN WRIGHT**





**siglo veintiuno editores, sa**

CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

**siglo veintiuno de españa editores, sa**

C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

**siglo veintiuno argentina editores, sa**

**siglo veintiuno de colombia, ltda**

AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO. BOGOTÁ, D.E. COLOMBIA

Primera edición en castellano, noviembre de 1983

© SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.

Calle Plaza, 5. Madrid-33

Primera edición en inglés, 1978

© NLB

Título original: *Class, crisis and the State*

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España

*Printed and made in Spain*

Diseño de la cubierta: El Cubri

ISBN: 84-323-0477-8

Depósito legal: M. 38.533 - 1983

Impreso en Cósas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarza  
Paracuellos del Jarama (Madrid)

## INDICE

RECONOCIMIENTOS .....	VII
1. INTRODUCCION METODOLOGICA .....	1
Relacionar la teoría con los datos en la investigación social, 3.—Modos de determinación y modelos de determinación, 7.—1. <i>Limitación estructural</i> , 8.—2. <i>Selección</i> , 9.—3. <i>Reproducción/no reproducción</i> , 11.—4. <i>Límites de compatibilidad funcional</i> , 12.—5. <i>Transformación</i> , 13.—6. <i>Mediación</i> , 15.—Temas del libro, 20.	
2. LA ESTRUCTURA DE CLASES DE LAS SOCIEDADES CAPITALISTAS AVANZADAS .....	22
La teoría de Poulantzas de determinación estructural de las clases, 24.— <i>Marco general</i> , 24.— <i>Determinación estructural de la clase obrera y de la nueva pequeña burguesía</i> , 26. <i>Criterios económicos</i> , 27.— <i>Criterios políticos</i> , 28.— <i>Criterios ideológicos</i> , 29.— <i>La unidad de clase de la nueva pequeña burguesía y la tradicional</i> , 32.— <i>La determinación estructural de la burguesía</i> , 33.—Examen y crítica del análisis de Poulantzas, 36.— <i>La frontera entre la clase obrera y la nueva pequeña burguesía</i> , 37.— <i>Trabajo productivo y no productivo</i> , 39.— <i>Criterios políticos e ideológicos</i> , 44.— <i>Extensión del proletariado según los criterios de Poulantzas</i> , 46.— <i>La unidad de clase entre la nueva pequeña burguesía y la tradicional</i> , 51.— <i>La frontera de clase de la burguesía</i> , 52.—Una conceptualización alternativa de las fronteras de clase, 54.— <i>Situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clase</i> , 55.— <i>Los procesos de las relaciones de clase</i> , 57.—1. <i>Pérdida del control sobre el proceso de trabajo por parte de los obreros</i> , 57.—2. <i>La diferenciación de las funciones del capital</i> , 61.—3. <i>El desarrollo de jerarquías complejas</i> , 64.— <i>El análisis de las situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clase</i> , 68.— <i>Situaciones contradictorias entre el proletariado y la burguesía</i> , 69.— <i>Situaciones contradictorias entre la pequeña burguesía y otras clases</i> , 73.— <i>Dimensiones de las situaciones contradictorias</i> , 77.— <i>Los intereses de clase y la definición de las posiciones de clase</i> , 81.— <i>Intereses de clase fundamentales e inmediatos</i> , 82.— <i>Situación de clase de las posiciones no determina-</i>	

das directamente por las relaciones de producción, 85.—Definiciones ampliadas de las clases, 91.—Estructura de clase y lucha de clases, 92.—Intereses de clase y capacidades de clase, 92.—Estructura de clase, formación de clase y lucha de clases, 97.—Conclusión, 102.

3. TRANSFORMACIONES HISTORICAS DE LAS TENDENCIAS CAPITALISTAS A LA CRISIS ... .. 105

Introducción, 105.—I. El significado de la acumulación, 107. II. Impedimentos y contradicciones del proceso de acumulación, 118.—1. *La composición orgánica del capital y la caída de la tasa de ganancia*, 120.—2. *Teorías de las crisis económicas basadas en el subconsumo*, 132.—3. *Teorías de la reducción de la ganancia*, 142.—4. *Gasto público y acumulación*, 148.—III. El desarrollo del capitalismo y los obstáculos a la acumulación, 157.—1. *La transición de la producción mercantil simple a la reproducción ampliada*, 164. 2. *La transición de la acumulación primitiva a la manufactura*, 165.—3. *La transición de la manufactura a la máquina*, 166.—4. *Ascenso y consolidación del capital monopolista*, 167.—5. *El capitalismo monopolista avanzado*, 169.

4. BUROCRACIA Y ESTADO ... .. 175

El razonamiento de Weber, 177.—El razonamiento de Lenin, 189.—Comparaciones, 199.—*Determinantes de la estructura organizativa*, 201.—*La naturaleza del Estado y la política: organización de élite frente a estructura de clase*, 202.—*Forma organizativa y responsabilidad*, 204.—*El significado de las contradicciones y los límites de lo posible*, 207.—Elementos para una síntesis: lucha de clases y estructura organizativa, 214.

5. CONCLUSION: LAS ESTRATEGIAS SOCIALISTAS Y EL ESTADO EN LAS SOCIEDADES CAPITALISTAS AVANZADAS ... .. 220

1. *Intereses inmediatos y fundamentales*, 228.—2. *Burocracia y formación de clase*, 233.—3. *Capacidades de la clase obrera y Estado capitalista*, 235.—*Acciones estatales que minimizan potencialmente la desorganización de la clase obrera*, 237.—*Precondiciones para que un gobierno de izquierda pueda minimizar los efectos desorganizadores del Estado capitalista*, 241.—4. *El problema de la represión*, 244.

BIBLIOGRAFIA ... .. 247

INDICE DE NOMBRES ... .. 251

INDICE TEMATICO ... .. 253

RECONOCIMIENTOS

Toda producción intelectual es, en último término, un proceso social, pero tengo la sensación de que este libro ha sido especialmente conformado por los intercambios colectivos que he venido manteniendo de cinco años a esta parte. Cada uno de sus capítulos pasó por muchas versiones antes de considerarlo acabado, beneficiándose todas ellas tremendamente de los comentarios críticos formulados por un gran número de personas. Estoy especialmente en deuda con el colectivo de *Kapitalistate*, del área de la bahía de San Francisco, que ha constituido incuestionablemente el foro más estimulante para el desarrollo de muchas de las ideas de este libro. Querría también expresar mi gratitud especial a Michael Burawoy, Manuel Castells, Roger Friedland, David Gold, Andy Levine y Luca Perrone por los intensos debates mantenidos con ellos sobre cada uno de los aspectos del presente trabajo. Además de los citados, quienes a continuación se nombran han leído diversos trozos del libro, ofreciéndome comentarios y sugerencias que, de una manera u otra, se han incorporado al producto final: Daniel Bertaux, Kathy Blee, Sam Bowles, Amy Bridges, Winnie Breines, Jens Christiansen, Al Gedicks, Barbara Heyns, Alex Hicks, Rebecca Kharikov, Robert L. Kahn, Ira Katznelson, Margaret Levi, Clarence Lo, John Mollenkopf, Jim O'Connor, Claus Offe, Nicos Poulantzas, Adam Przeworski, Michael Reich, Jesse Schwartz, Michael Soref, Arthur Stinchcombe, Al Szymanski, Göran Therborn, Kay Trimberger, Alan Wolfe, Marcia Kahn Wright, Glen Yago y Maurice Zeitlin. Por último, querría expresar mi agradecimiento a los editores de la *New Left Review*, y a Perry Anderson especialmente, por los comentarios extremadamente concienzudos y perspicaces que dedicó al manuscrito original. La mayor parte de los desarrollos teóricos surgidos en el texto a lo largo del año pasado fueron directamente provocados por sus críticas.

## 1. INTRODUCCION METODOLOGICA

Los ensayos que componen este libro han sido intensamente conformados por el contexto académico en el que fueron escritos. En tanto que estudiante graduado en sociología, me enfrentaba constantemente con la hegemonía, en las ciencias sociales, de una epistemología empírica, positivista. Virtualmente en toda discusión de ideas marxistas, siempre ha llegado un momento en el que se me ha exigido: «¡pruébalo!». En la medida en que las categorías marxistas podían ser cristalizadas en «hipótesis comprobables», los no marxistas podían (en ocasiones) tomarse tales ideas en serio; en la medida que la discusión permanecía en el nivel teórico, resultaba relativamente fácil para los no marxistas desdeñar nuestro desafío.

Los marxistas que se ocupan de ciencias sociales han reaccionado ante estas presiones de diversas formas bien diferenciadas, aunque quizá la dominante sea la de despreciar los ataques de los científicos sociales no marxistas en tanto que reflejos de la ideología burguesa y/o de una metodología positivista. Ha sido común en círculos de estudiosos marxistas aducir que la empresa misma de formular «hipótesis comprobables» es contraria a la metodología marxista. A las explicaciones lineales, predictivas, se contraponían explicaciones históricas y dialécticas, mientras se reservaba una hostilidad especial para la batería de técnicas cuantitativas utilizadas por la sociología americana: incluso el empleo de ecuaciones de regresión en un proyecto de investigación suponía abandonar la esencia del marxismo. La exigencia de que probáramos las suposiciones teóricas mediante proposiciones empíricamente comprobables era considerada, por consiguiente, como puramente ideológica. Aceptarla habría sido abandonar la batalla al aceptar los principios metodológicos de la ciencia social positivista.

Una segunda respuesta ha sido el intento de llevar a cabo estudios empíricos que probarían nuestros argumentos incluso a nuestros oponentes más testarudos. De particular importancia a este respecto han sido la gran cantidad de estudios sobre la «estructura de poder» realizados durante los años sesenta y

principios de los setenta, criticando la teoría pluralista de los grupos de interés. Tales estudios han contribuido grandemente a legitimar el uso de ciertas categorías marxistas en la investigación social, así como a demostrar el carácter ideológico de gran parte de la teoría pluralista. Pero como han subrayado muchos críticos marxistas de la citada investigación, se perdió en el proceso una buena parte del carácter dialéctico de la teoría marxista. En cierto sentido, una porción sustancial de tal trabajo empírico marxista puede ser visto como la utilización de categorías marxistas sin utilizar la teoría marxista.

Naturalmente, hay una tercera alternativa: el intento de desarrollar programas de investigación empírica firmemente enraizados no sólo en las categorías, sino también en la lógica de la teoría marxista. Una aproximación tal rechazaría la premisa positivista según la cual una construcción teórica es simplemente un proceso de generalización empírica de regularidades legaliformes, pero insistiendo así mismo en que la teoría marxista ha de generar proposiciones sobre el mundo real que puedan ser estudiadas empíricamente.

Esta tercera estrategia no ha hecho más que iniciarse en los Estados Unidos. Es, en efecto, un intento tanto de entrar en discusión con la teoría social dominante como de desarrollar un estilo de investigación empírica que haga progresar a la teoría marxista. Potencialmente, la investigación que esta orientación genere puede llegar a ser una importante contribución de los marxistas norteamericanos a la ciencia social marxista<sup>1</sup>.

Los ensayos contenidos en este libro han de verse, en parte, como contribuciones a la génesis de esta tercera respuesta a la ciencia social positivista. Aunque ninguno de ellos constituye una investigación empírica de un problema histórico o estruc-

<sup>1</sup> Unos cuantos ejemplos de estudios empíricos en este tercer tipo incluyen Michael Reich, *Racial discrimination and the white income distribution*, tesis doctoral, Universidad de Harvard, Departamento de Economía, 1973; Roger Friedland, "Class power and social control: the war on poverty", *Politics and Society*, Vol. 6, 4, 1976, y *Class power and the central city: the contradictions of urban growth*, tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Departamento de Sociología, 1977; Michael Burawoy, *The organization of consent: changing patterns of conflict on the shop floor, 1945-1975*, tesis doctoral, Universidad de Chicago, Departamento de Sociología, 1976; Erik Olin Wright y Luca Perrone, "Classi, sociale, scuola, occupazione e reddito in USA", *Quaderni di Sociologia*, xxiv, 1-2, 1975, y "Marxist class categories and income inequality", *American Sociological Review*, Vol. 42, 1, 1977; Sam Bowles y Herb Gintis, *Schooling in capitalist America*, Nueva York, 1976 [*La instrucción escolar en la América capitalista*, México, Siglo XXI, 1981], y Alfredo Del Río, *Class struggle and electoral politics in Chile, 1958-1973*, tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Departamento de Sociología, 1978.

tural específico, todos pretenden ayudar a establecer las condiciones teóricas de tales investigaciones.

El desarrollo de una tradición más coherente de investigación empírica estructurada teóricamente en el seno del marxismo pasa por tres importantes condiciones previas: primera, es necesario que los marxistas pongan a punto un amplio muestrario de técnicas de investigación a fin de ser verdaderamente capaces de dirigir las investigaciones empíricas de una forma sofisticada y perceptiva. Segundo, es esencial profundizar lo más posible en la teoría marxista a fin de que las proposiciones desarrolladas no sólo aparezcan a nivel superficial como categorías marxistas, sino que estén de hecho sistemáticamente ligadas a la lógica interna de la teoría misma. Finalmente, es importante conocer la forma de engranar la teoría y los programas de investigación específicos. Los ensayos de este libro son primordialmente de importancia para las condiciones segunda y tercera. A fin de entender cómo intentan lograr su propósito, será de utilidad examinar con brevedad la metodología de construcción de teorías que subyace en ellos.

#### RELACIONAR LA TEORIA CON LOS DATOS EN LA INVESTIGACION SOCIAL

Una de las premisas epistemológicas centrales de la teoría marxista es la distinción entre el «nivel de las apariencias» y la realidad social subyacente que produce esas apariencias<sup>2</sup>. Esto no es afirmar que las «apariencias» sean mistificaciones inconsecuentes, puramente efímeras. Por el contrario, la experiencia social de la vida cotidiana inmediatamente confrontada es extremadamente importante. La gente se muere de hambre «en el nivel de las apariencias», incluso si esa desnutrición mortal se produce a través de una dinámica social no inmediatamente observable. La clave de la distinción entre apariencias y realidad subyacente no radica en despreciar las primeras, sino en proveer una base para explicarlas. El punto central es que el vasto muestrario de fenómenos empíricos inmediatamente observa-

<sup>2</sup> Al hacer la distinción entre "apariencias" y realidad estructural subyacente no pretendo establecer una imagen hegeliana de las apariencias en cuanto expresión exterior de las esencias. El propósito de la distinción es hacer hincapié en la existencia de mecanismos estructurales que generan una realidad inmediatamente hallada, y en que una teoría social marxista habría de basarse en un desvelamiento de la dinámica de esas estructuras, y no simplemente en una generalización de las apariencias mismas.

bles en la vida social sólo puede explicarse si analizamos la realidad social que se oculta tras dichas apariencias. Si nos quedamos únicamente en el nivel de éstas podremos describir los fenómenos sociales e incluso predecirlos, pero no seremos capaces de explicarlos<sup>3</sup>.

Los marxistas, pues, han subrayado por lo general la importancia de elaborar una teoría de las estructuras subyacentes de relaciones sociales, de las contradicciones ligadas a esas estructuras, de las formas en las que tales estructuras subyacentes generan las apariencias con las que la gente se encuentra en la vida cotidiana. El ejemplo clásico de un análisis tal es, naturalmente, la discusión del plusvalor por Marx en *El capital*: la equidad de las relaciones de intercambio (relaciones mercantiles) oculta las relaciones reales de explotación en el seno de la producción. Las relaciones de intercambio pueden *predecirse* muy fácilmente mediante la simple investigación de los elementos característicos que operan a nivel de mercado (éste es, en realidad, uno de los proyectos esenciales de la economía neoclásica), pero para explicarlas es necesario explorar la dinámica ligada a las relaciones de producción mismas.

Una cosa es formular la exigencia epistemológica de que una explicación requiere el desciframiento de las contradicciones ocultas, y otra desarrollar una estrategia para estudiar el mundo social que permita conectar sistemáticamente tales procesos estructurales con los fenómenos empíricamente observables. Las máximas generales del tipo de pasar de lo concreto a lo abstracto y de nuevo a lo concreto no resultan de mucha ayuda. El problema reside en *cómo* ir de lo concreto a lo abstracto y en *cómo* volver.

En ausencia de una estrategia coherente que enlace sistemáticamente las abstracciones de la teoría marxista y la investigación concreta, surgirán probablemente dos problemas. De un lado, la teoría tiende con frecuencia a hacerse muy ideológica, sin que las transformaciones que pudieran derivar del estudio empírico la afecten en absoluto. La impresión, frecuente en la investigación marxista, de que todas las respuestas están dadas de antemano, de que son conocidas con anterioridad a la

<sup>3</sup> En la filosofía de la ciencia hay una gran cantidad de literatura concerniente a estas cuestiones de la relación entre explicación, predicción y descripción. Uno de los rasgos distintivos de la ciencia social positivista, en estos términos, es la supresión de la distinción entre explicación y predicción. Por el contrario, el marxismo insiste en la radical diferencia entre ambas. Para una útil discusión sobre estos temas, véase Russel Keat y John Urry, *Social theory as science*, Londres, 1976, especialmente la parte I.

investigación, es resultado, al menos parcialmente, de la distancia metodológica entre la teoría general y los «hechos» de la historia. De otro lado, la investigación marxista se convierte a menudo en algo puramente descriptivo, contribuyendo solo marginalmente al desarrollo de la teoría. Los movimientos históricos son susceptibles de ricas descripciones mediante el uso de categorías marxistas, pero es difícil convertir tales descripciones en transformaciones de la teoría. Si bien no hay que exagerar la importancia de estas dos tendencias, no obstante, el avance de la teoría marxista se ha visto retardado, al menos en parte, por la falta de estrategias definidas que enlacen la investigación y la teoría<sup>4</sup>.

A fin de facilitar el desarrollo de tales estrategias en el seno del marxismo, es importante tener en cuenta dos tareas generales. En primer lugar es esencial que la teoría marxista sea formulada de forma comprensible. Esto puede parecer trivial, pero la oscuridad de gran parte del trabajo teórico marxista es un tremendo obstáculo para su empleo como base de una investigación empírica sistemática. Resulta fundamental, en particular, que dentro del marxismo se distinga entre presupuestos o premisas, no sujetos a transformación por parte de la investigación histórica, y proposiciones que sí lo están<sup>5</sup>; es importante también distinguir entre las definiciones de los conceptos y proposiciones acerca de los conceptos. Ciertamente, los debates teóricos sobre las definiciones de los conceptos y los debates teóricos concernientes a la dinámica real del mundo social están relacionados. Las definiciones no deben ser arbitrarias, y una teoría de las estructuras sociales influencia la definición misma de estas estructuras. No hay que confundir, sin embargo, ambos tipos de discusión teórica, por lo menos si se trata de desarro-

<sup>4</sup> En muchos aspectos, este punto es semejante al problema de la relación entre teoría y práctica. Resulta demasiado fácil afirmar que las teorías se prueban en la práctica, que la teoría procede de la práctica, que la teoría es una forma de práctica, etc. Es mucho más difícil especificar rigurosamente las formas en que la teoría y la práctica se hallan dialécticamente relacionadas, las formas en que cada una configura a la otra, las formas en que se interpenetran, etc.

<sup>5</sup> A todo lo largo de esta discusión, la expresión «investigación histórica» se referirá a las indagaciones en la dinámica del cambio social, y no simplemente a la investigación del pasado. Analizar un problema históricamente significa estudiar las contradicciones y el cambio, y no simplemente desvelar los «orígenes». Si bien es cierto que una investigación histórica implicará característicamente la recolección de datos del pasado, el aspecto central no es la temporalidad de los datos, sino la forma en la cual son analizados. Es enteramente posible conducir investigaciones ahistóricas del pasado e investigaciones históricas del presente.

llar un aparato conceptual que pueda ser utilizado en la investigación empírica.

No obstante, la claridad no basta. Es también importante desarrollar un modo más sistemático de entender las relaciones causales existentes entre las categorías estructurales de la teoría marxista y el nivel apariencial involucrado en la investigación empírica<sup>6</sup>. Esto es, la investigación histórica reúne (por definición) datos en el nivel de las apariencias: acontecimientos, lazos personales, variables económicas manifiestas, disposiciones institucionales, distribuciones demográficas y otros: en cierto sentido estos fenómenos constituyen efectos de las relaciones estructurales. El problema está en definir con una mayor sistematicidad lo que significa «efectos». Si la investigación empírica va a estar directamente ligada a la lógica de la teoría misma, será necesario entonces un rigor mucho mayor por lo que al entendimiento de la lógica de la causalidad implícita en la teoría respecta.

Louis Althusser y otros marxistas de los llamados estructuralistas han dado algunos pasos en este sentido. Los conceptos de sobredeterminación y el más amplio de causalidad estructural nos han suministrado al menos una formulación preliminar de la relación entre las estructuras y sus efectos manifiestos<sup>7</sup>. Este concepto de causalidad ha resultado, sin embargo, de muy difícil uso explícito en los estudios empíricos. Si bien tal circunstancia puede obedecer en parte al alto nivel de abstracción al que Althusser y otros han llevado su discusión, se debe también a ciertos problemas de la conceptualización de la causalidad estructural misma; particularmente, el hecho de que la noción global de causalidad estructural contiene en sí diversas formas diferenciadas de causalidad. A fin de que el concepto

<sup>6</sup> La idea de intentar la formulación de un lenguaje sistemático para aprehender la imaginaria causal de la teoría marxista fue inicialmente propulsada por el trabajo de Arthur Stinchcombe, especialmente su libro *Constructing social theories*, Nueva York, 1968. Particularmente importante fue su disensión de la lógica de la causalidad funcional y de la causalidad historicista, al sugerir la utilidad de diferenciar los tipos de relaciones causales. La tipología específica de determinación presentada aquí ha recibido su mayor influencia de la obra de Poulantzas y de otros marxistas "estructuralistas", así como de la obra de Claus Offe. Para un intento temprano de representar simbólicamente la lógica causal de la teoría marxista véase Luca Perrone y Eric Olin Wright, "Lo stato nella teoria funzionalista e marxista-strutturalista", *Studi di Sociologia*, XI, 1973.

<sup>7</sup> Véase especialmente Louis Althusser y Etienne Balibar, *Reading Capital*, Londres, 1970, pp. 186, 188 [*Para leer 'el capital'*, México, Siglo XXI, 1969].

de causalidad estructural se haga accesible a la investigación empírica es necesario, por consiguiente, fraccionarlo en los tipos de causalidad que contiene.

#### MODOS DE DETERMINACION Y MODELOS DE DETERMINACION

Lo que viene a continuación es un intento provisional de elaborar un esquema más diferenciado de la causalidad estructural que sea compatible con la teoría marxista. La discusión girará en torno a lo que he denominado «modos de determinación», esto es, una serie de relaciones de determinación diferenciadas entre las categorías estructurales y la teoría marxista y entre esas categorías y las apariencias de la investigación empírica. Estos diversos modos de determinación serán luego organizados en lo que podrían denominarse «modelos de determinación», es decir, representaciones esquemáticas de las interconexiones complejas de los diversos modos de determinación involucrados en un proceso estructural dado. Tales modelos de determinación pueden considerarse como mapas simbólicos de lo que generalmente los althusserianos han denominado «totalidades estructuradas».

Antes de discutir estos diversos modos de determinación debe subrayarse que los diagramas esquemáticos que representan los modelos de determinación son, en gran medida, instrumentos heurísticos. Han sido diseñados para evidenciar aquellas conexiones entre las categorías que resultan vagas o implícitas en las construcciones teóricas. Los diagramas mismos pueden aparecer como altamente mecánicos y rígidos, sin sitio para los movimientos dinámicos presentes en el corazón de la visión dialéctica de la historia; mi intención ha sido, sin embargo, poner a punto una forma de representar las limitaciones y contradicciones estructurales presentes en una sociedad dada que convierten dicho movimiento dinámico en un proceso no fortuito.

Pueden distinguirse al menos seis modos de determinación básicos dentro del concepto global de causalidad estructural: limitación estructural, selección, reproducción/no reproducción, límites de compatibilidad funcional, transformación y mediación. Aunque estos modos de determinación son altamente interdependientes, lo que presupone que el pleno entendimiento de cualquiera de ellos pasa por el entendimiento de todos, será de utilidad definir cada uno de ellos.

### 1. Limitación estructural

Modo de determinación en el que una cierta estructura social establece límites dentro de los cuales puede variar alguna otra estructura o proceso, fijando además las probabilidades de las estructuras o procesos específicos posibles dentro de esos límites. Esto es, la limitación estructural implica que ciertas formas de la estructura determinada quedan enteramente excluidas, y que algunas formas posibles son más probables que otras. Este modo de determinación es especialmente importante para entender el sentido en el que las estructuras económicas determinan «en último término» las estructuras políticas e ideológicas: las estructuras económicas establecen límites a las posibles formas de las estructuras políticas e ideológicas, haciendo que algunas de esas posibles formas sean más probables que otras, pero no determinan rígidamente, de un modo mecánico, una forma dada cualquiera de las relaciones políticas e ideológicas.

Un buen ejemplo de tal limitación estructural es la relación entre la estructura económica y las formas del Estado en la sociedad feudal. Dada la naturaleza de las relaciones económicas en el feudalismo clásico (el control de los medios inmediatos de producción por el campesinado, la apropiación del plusproducto mediante la coerción, la limitada cuantía del excedente disponible), la democracia representativa por sufragio universal era estructuralmente imposible como forma de Estado, es decir, quedaba fuera de los límites estructurales fijados por las estructuras económicas. Dentro de estos límites, sin embargo, podían darse una buena variedad de formas de Estado, oscilando desde sistemas señoriales de dominio político altamente descentralizados a Estados absolutistas relativamente centralizados. Si bien la estructura dada de las relaciones económicas feudales podía configurar la probabilidad de diferentes formas específicas de Estado feudal, no determinaba unívocamente que la forma se daba.

La limitación estructural no implica que cada forma estructural posible del Estado (u otra estructura determinada por una relación de limitación estructural) sea necesariamente funcional para la reproducción de la estructura determinante. Nos ocuparemos de esta cuestión más adelante, al discutir el modo de determinación «límites de compatibilidad funcional». Por el momento hacemos notar simplemente que es importante tener en cuenta que el abanico de posibilidades estructuralmente limitadas y el de posibilidades funcionales no necesariamente coinci-

den. De hecho, parte de nuestro entendimiento del concepto de «contradicción» se apoyará en las diferentes formas en las que se genera una no correspondencia entre limitación estructural y limitación funcional. Más adelante se ampliará esto.

### 2. Selección

La selección constituye aquellos mecanismos sociales que determinan concretamente conjuntos de resultados, o en casos extremos resultados específicos, dentro de un conjunto de posibilidades estructuralmente limitado. En cierto sentido puede ser considerada como una forma de limitación de segundo orden: el establecimiento de límites dentro de límites. Puede pensarse en buena parte de los análisis de coyunturas históricas específicas como investigaciones de los modelos específicos de selección que se dan dentro de límites estructurales ampliamente definidos.

Existen dos formas complementarias de «selección», formas que pueden denominarse selección «positiva» y selección «negativa»<sup>8</sup>. Esta última comprende aquellos mecanismos que *excluyen* ciertas posibilidades, mientras que la selección positiva engloba los mecanismos que determinan resultados específicos entre el conjunto de los posibles. Lo que se suele denominar como «proceso de toma de decisiones» gira alrededor de procesos de selección positiva. La selección positiva y la selección negativa, conjuntamente, determinan los resultados estructurales concretos dentro de los límites impuestos por la limitación estructural.

Un buen ejemplo de selección nos lo ofrece la interrelación entre la estructura económica (fuerzas y relaciones de produc-

<sup>8</sup> Esta diferencia entre selección positiva y negativa deriva en gran parte de la obra de Claus Offe. Véase su "Structural problems of the capitalist state", en Von Beyme, comp., *German Political Studies*, Vol. 1, Los Angeles, 1974, y "The theory of the capitalist state and the problem of policy formation", en Leon Lindberg y otros, comps., *Stress and contradiction in modern capitalism*, Lexington, 1972. Offe ha empleado el término con particular eficacia en su análisis de las estructuras internas del aparato de Estado y de la forma en que éstas seleccionan formas específicas de actividad estatal, pero el concepto puede generalizarse para que abarque todos los procesos de selección con respecto a una limitación estructural. La discusión que hace Göran Therborn de los mecanismos de "input" y "transformación" del aparato de Estado se halla también estrechamente relacionada con esta discusión de la determinación por selección. Véase su *What does the ruling class do when it rules?*, Londres, 1968 [*¿Cómo domina la clase dominante?* Madrid, Siglo XXI, 1979].

ción), la estructura del Estado y la lucha de clases: la estructura económica establece límites de variación tanto en la lucha de clases como en la estructura del Estado: el Estado a su vez actúa como un mecanismo de selección en las formas de la lucha de clases, conformándolas dentro de los límites establecidos por la estructura económica subyacente. El sencillo modelo de determinación de la figura 1.1 ilustra estos modos de determinación.

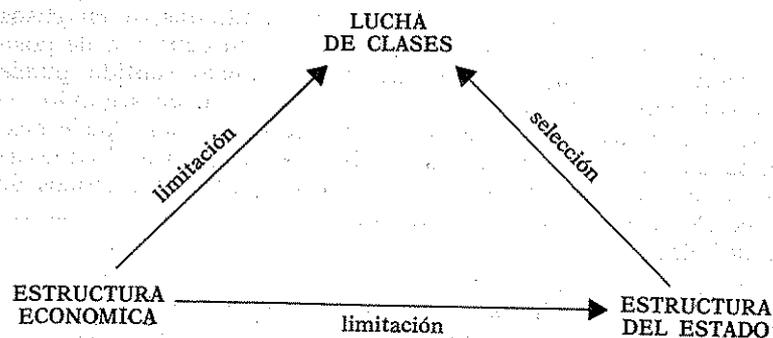


FIGURA 1.1. Ilustración de la selección y la limitación estructural.

En el caso de las estructuras económicas feudales, este modelo de determinación habría de leerse como sigue: para la estructura básica de las relaciones económicas feudales únicamente son posibles ciertas formas de lucha de clases, siendo la probabilidad de algunas mayor que la de otras. Por ejemplo, la posibilidad de luchas socialistas revolucionarias organizadas a través de partidos políticos trasciende los límites de variación impuestos por las relaciones económicas feudales. Dentro del amplio abanico de posibles luchas de clases que podían acontecer, la estructura del Estado era un importante mecanismo de selección que determinaba el que tales luchas se produjeran bajo formas tales como ocupaciones de tierras, motines por el grano, movimientos milenaristas, huidas de los campesinos de los terratenientes, etc.

### 3. Reproducción/no reproducción

Este modo de determinación es el más complejo de los tres hasta ahora citados. Decir que una estructura funciona para reproducir otra implica que la estructura reproductora *impide* a la reproducida modificar ciertos aspectos fundamentales. Decir que el Estado capitalista, por ejemplo, reproduce las relaciones económicas capitalistas significa que impide que tales relaciones económicas se conviertan en otras relaciones económicas no capitalistas y, lo que es más, que en ausencia de tal proceso de reproducción la estructura económica tendría potencialmente (pero no inevitablemente) la capacidad de cambiar en tal sentido. La reproducción es, pues, también una clase de proceso de limitación: mantiene a la estructura reproducida dentro de ciertos límites de variación. Su diferencia esencial respecto de la limitación estructural es que en este último caso no existe la presunción de qué estructura determinada cambiaría necesariamente en ausencia del proceso específico de limitación estructural, mientras que en el caso de la reproducción se producirían normalmente dichos cambios. La reproducción/no reproducción está simbolizada en la figura 1.2.

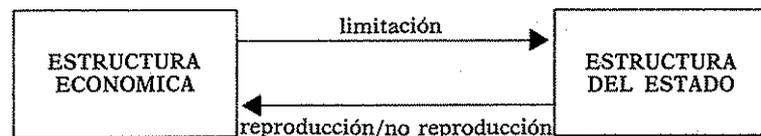


FIGURA 1.2. Ilustración de la reproducción/no reproducción y la limitación como modos de determinación.

Decir que el Estado capitalista es necesario para la reproducción de las relaciones económicas capitalistas no es decir que el Estado capitalista funcione siempre de forma perfectamente óptima por lo que a la reproducción de dichas relaciones económicas concierne. Es muy posible que los efectos del Estado estén lejos de ser óptimos, e incluso que bajo determinadas circunstancias lleguen a ser no reproductivos. La reproducción/no reproducción ha de ser entendida, por consiguiente, como una relación de determinación variable, no absoluta.

#### 4. Límites de compatibilidad funcional

Si el Estado no es en todos los casos óptimamente funcional por lo que toca a la reproducción de las relaciones económicas —es posible en realidad que el Estado se convierta en no reproductivo—, necesitamos entonces alguna manera de expresar los procesos que determinan las formas del Estado que serán funcionales y en qué modo lo serán. Esto es lo que significa la expresión «límites de compatibilidad funcional»: el modo de determinación que determina qué formas del Estado serán reproductivas y cuáles no. En términos algo diferentes, los límites de compatibilidad funcional determinan los efectos que una estructura de Estado dada tendrá sobre las estructuras económicas. La figura 1.3 ilustra esta relación.

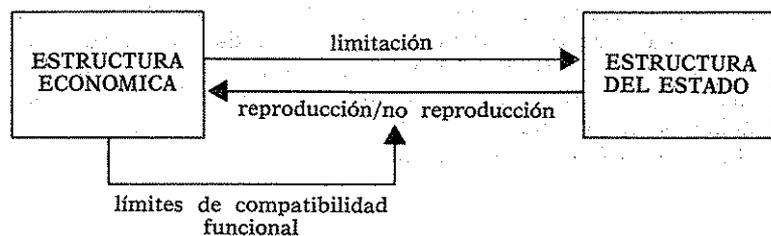


FIGURA 1.3. Ilustración de los límites de compatibilidad funcional.

Como expresa este modelo de determinación, la estructura económica fija límites de variación en la estructura del Estado a la vez que determina la medida en la que ella misma será reproducida por la estructura del Estado que surja de hecho. El punto fundamental es que estos dos modos de determinación no coinciden necesariamente. Los límites de compatibilidad funcional no están intrínsecamente coordinados con los límites de variación estructural. Esto es precisamente lo que posibilita la aparición de una forma de Estado no reproductiva de las estructuras económicas y, por consiguiente, la existencia de una contradicción estructural entre las estructuras económicas y políticas. Cuando se instaura una situación así, o las estructuras económicas se transformarán con considerable rapidez o las estructuras del Estado se modificarán de modo que éste sea reproductivo una vez más. La lucha de clases determina en buena medida cuál de estas posibilidades se realizará.

Un buen ejemplo de los límites de compatibilidad funcional

como modo de determinación es la relación del Estado con las estructuras económicas en la transición del feudalismo al capitalismo: en los períodos iniciales del Estado absolutista, en Europa occidental estas estructuras podían ser consideradas como reproductoras de un desarrollo limitado del modo de producción capitalista en el marco de una estructura social todavía en gran parte feudal. Perry Anderson describe esta relación como sigue: «La aparente paradoja del absolutismo en Occidente fue que representaba fundamentalmente un aparato para la protección de la propiedad y los privilegios aristocráticos, pero que, al mismo tiempo, los medios por los que se realizaba esta protección podían asegurar *simultáneamente* los intereses básicos de las nacientes clases mercantil y manufacturera [...]. En este estadio [...] habría siempre un potencial *terreno de compatibilidad* entre la naturaleza y el programa del Estado absolutista y las operaciones del capital mercantil y manufacturero»<sup>9</sup>. Al expandirse el capitalismo, sin embargo, el Estado absolutista se fue convirtiendo más y más en un obstáculo para la acumulación de capital. «Su carácter feudal acabó frustrando y falsificando una y otra vez sus promesas al capital.» Dicho con nuestros términos, esta estructura del Estado se hizo gradualmente no reproductiva de las relaciones económicas emergentes, incluso aunque estuviera aún dentro de los límites estructurales de variación. El resultado eventual fue la revolución burguesa; la resolución de la incompatibilidad del Estado absolutista mediante su transformación violenta.

#### 5. Transformación

La transformación hace referencia a un modo de determinación por el cual las luchas de clases (las prácticas de clase) afectan directamente a los procesos de limitación estructural, selección y reproducción/no reproducción. Es, pues, de importancia fundamental para el carácter dialéctico de los patrones de determinación en la teoría marxiana: la lucha de clases, limitada y seleccionada estructuralmente por diferentes estructuras sociales, remodela a su vez simultáneamente aquellas estructuras. La palabra «simultáneamente» es importante en esta formulación: las estructuras sociales no limitan y seleccionan estructuralmente primero a la lucha de clases, tras lo cual la lucha de clases

<sup>9</sup> *Lineages of the absolutist state*, Londres, 1974, pp. 40-41 [*El Estado absolutista*, Madrid, Siglo XXI, 1979, pp. 35-36].

transforma dichas estructuras. La lucha de clases es intrínsecamente un proceso de transformación de las estructuras y, por tanto, el proceso mismo que establece los límites de la lucha de clases resulta transformado al mismo tiempo por las luchas así limitadas. Esta relación dialéctica entre transformación y limitación está representada en la figura 1.4.

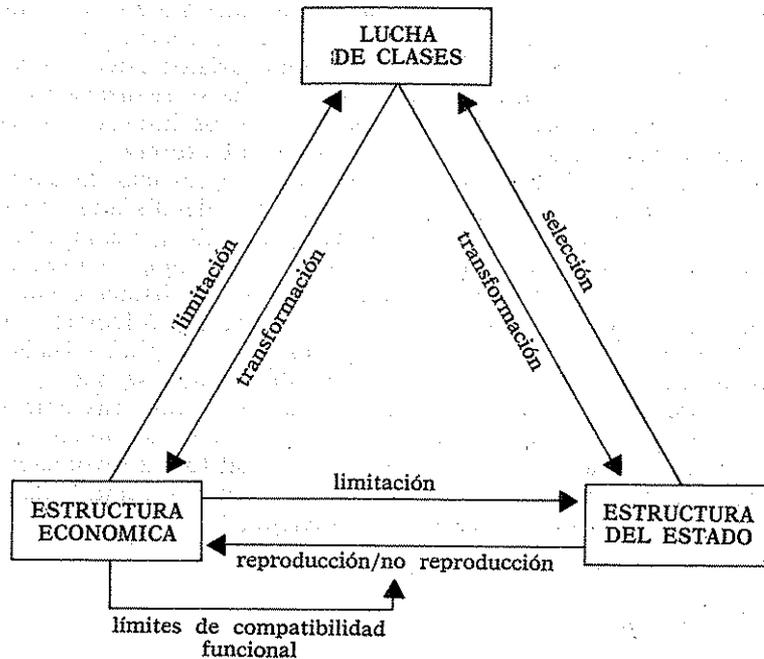


FIGURA 1.4. Ilustración de la transformación como modo de determinación.

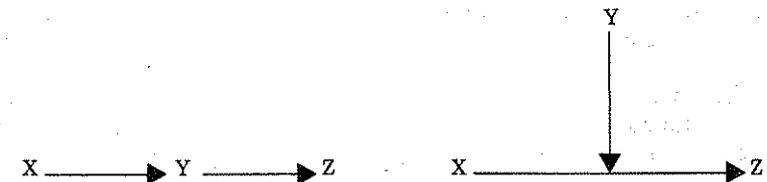
Es especialmente importante entender la relación entre el concepto de «contradicción» y la noción de transformación. Al discutir los límites de la compatibilidad funcional aduje que la no correspondencia potencial entre la limitación estructural y los límites de compatibilidad funcional, en cuanto modos de determinación, *posibilitaba* las contradicciones entre estructuras. Pero, para que tal posibilidad tome cuerpo, la lucha de clases debe afectar a las estructuras sociales a través de relaciones de transformación. Las luchas de clases son, sobre todo, luchas por estructuras sociales. Esto quiere decir que, incluso si en un momento dado la estructura del Estado cae dentro de los

límites de compatibilidad funcional determinados por las estructuras económicas, no hay razón por la que tal compatibilidad haya de reproducirse automáticamente a lo largo del tiempo. Las luchas de clases transforman las relaciones económicas, cambiando así los mismos requisitos de la reproducción; y la lucha de clases transforma el Estado, haciéndolo así menos reproductivo con el tiempo. Las contradicciones entre las *clases* (lucha de clases) tienen, por tanto, una tendencia sistemática a generar contradicciones entre las estructuras sociales (relaciones de determinación no reproductivas).

Describir un modo de determinación como transformación no implica que una estructura particular deba transformarse de hecho necesariamente. En el caso ilustrado en la figura 1.4, la transformación de las estructuras del Estado es una consecuencia de la *lucha* de clases, y puede muy bien ocurrir que las fuerzas mantenedoras de las estructuras del Estado existentes sean más potentes que las fuerzas transformadoras. Definir un modo de determinación como una relación de transformación significa que lo que está en juego es una transformación de estructuras, no que tal transformación se produzca en todas las ocasiones.

## 6. Mediación

Es, en algunos aspectos, el modo de determinación más complejo. Define un modo de determinación en el cual un proceso social dado configura las consecuencias de otros procesos sociales. Un proceso mediador debe distinguirse de lo que en sociología se denomina comúnmente un proceso o variable «de intervención». La figura 1.5 ilustra esta distinción. Una variable de



Y como variable de intervención

Y como variable de mediación

FIGURA 1.5. Diferencia entre una variable de intervención y una variable de mediación.

intervención es simplemente una variable causalmente interpuesta entre otras dos variables. X es causa de Y, que a su vez es causa de Z. Una variable de mediación, por el contrario, es la que configura la misma relación existente entre otras dos variables: Y causa la forma en la que X afecta a Z. En cierto sentido, un proceso de mediación puede verse como una «variable contextual»: los procesos de mediación determinan el terreno en el que operan otros modos de determinación.

La mediación es especialmente importante en el análisis de la relación entre la lucha de clases y las relaciones de limitación estructural, de selección y reproducción. Se afirma frecuentemente, por ejemplo, que la estructura burocrática del Estado capitalista actúa como un importante mecanismo de selección en la determinación de la actividad real del Estado (administración, intervención, etc.). La lucha de clases media decisivamente en esta relación de selección: estructuras estatales idénticas tendrán consecuencias muy diferentes sobre la actividad estatal según la relación existente entre la lucha de clases y el Estado. Cuando la lucha de clases permanece completamente fuera de las instituciones del Estado, las estructuras burocráticas pueden seleccionar eficazmente programas de administración estatal que sirvan óptimamente los intereses del capital. Si la lucha de clases se produce dentro del aparato del Estado —cuando los trabajadores de la administración civil y los maestros se sindicán, los empleados del Estado se declaran en huelga, los trabajadores de la Seguridad Social apoyan a los beneficiarios, etc.—, la misma estructura formal del Estado puede seleccionar muy diferentes tipos de intervención estatal. La figura 1.6 ilustra este patrón.

La lucha de clases media de modo semejante las determinaciones de reproducción. La medida en la que una estructura estatal dada sea reproductiva de las relaciones económicas puede estar condicionada por los tipos de lucha de clases existentes en la sociedad. Donde la lucha de clases es muy intensa y está muy politizada, las estructuras democráticas burguesas pueden probar ser muy escasamente reproductivas; en los casos en los que la lucha de clases es muy economicista y de carácter apolítico, las mismas estructuras pueden funcionar de forma muy reproductiva.

Por último, la lucha de clases media también las relaciones de limitación estructural. La limitación estructural no define simplemente aquellas formas de estructuras determinadas que son imposibles: determina también la probabilidad relativa de las diversas formas posibles de una estructura. La lucha de cla-

ses puede mediar esta relación y alterar el patrón de probabilidades. Esta clase de mediación es particularmente importante en períodos de transformación revolucionaria de las estructuras. Por ejemplo, después de una revolución socialista son estructuralmente posibles diferentes nuevas formas de Estado. En la medida en que la clase obrera tiene una historia de participación activa en las luchas democráticas burguesas, se incrementa la posibilidad de que surja una forma de Estado socialista genuinamente democrática.

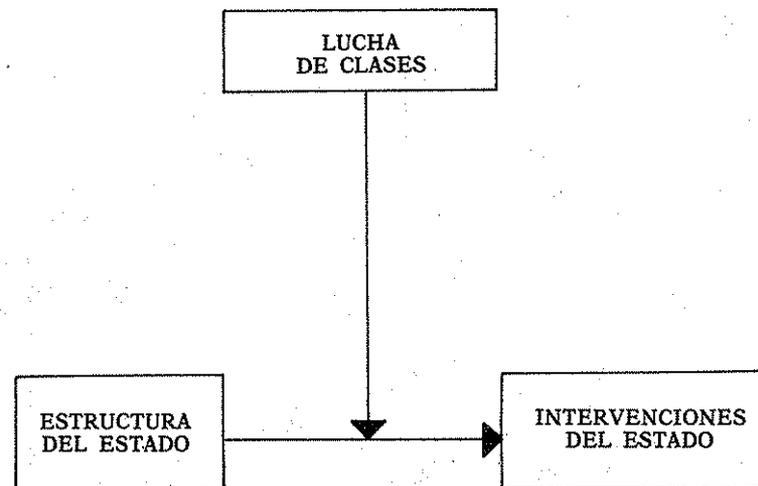


FIGURA 1.6. Ilustración de la mediación como modo de determinación.

Si tomamos conjuntamente estos seis modos de determinación, podemos crear un modelo de determinación de las relaciones existentes entre las relaciones económicas, las estructuras del Estado, las intervenciones del Estado y la lucha de clases. Este modelo está representado en la figura 1.7. Podría naturalmente ser más complejo, ya que podrían añadirse otros elementos, tales como el papel de la ideología, o bien podrían plantearse interconexiones más complejas entre los elementos. Por ejemplo, sería posible aducir que las mismas estructuras del Estado median la relación de transformación entre la lucha de clases y el Estado (es decir, que las mismas estructuras del Estado configuran la medida en la que pueden ser transformadas por la lucha de clases)<sup>10</sup>. En el presente contexto, no se trata

<sup>10</sup> Esta clase de "automediación" de las estructuras del Estado es aná-

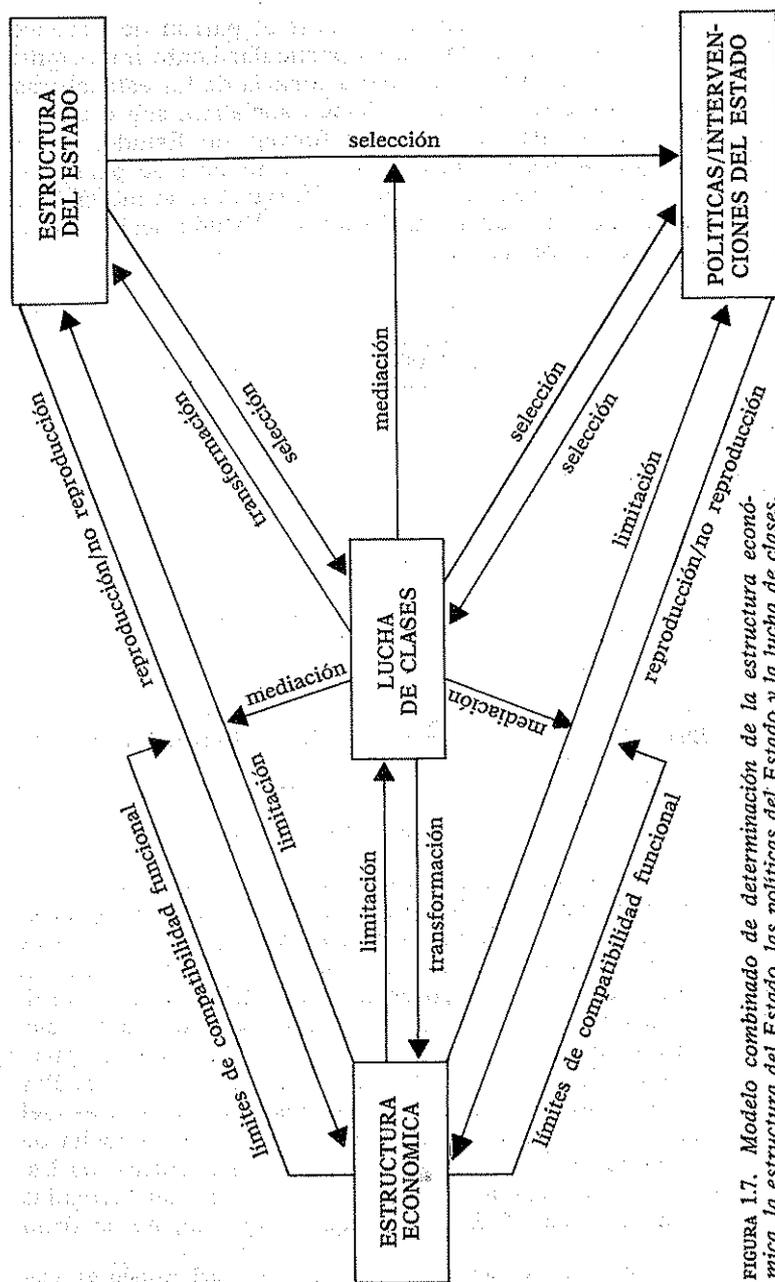
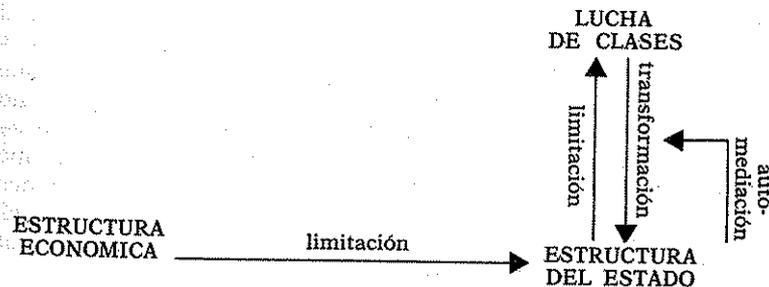


FIGURA 1.7. Modelo combinado de determinación de la estructura económica, la estructura del Estado, las políticas del Estado y la lucha de clases.

tanto de lo completo que sea este modelo específico de determinación como de demostrar que esta clase de modelo es una forma útil de clarificar las relaciones entre los elementos de una teoría.

Los modelos de determinación como el que ilustra la figura 1.7 no deben considerarse como el producto final de una investigación histórica seria, sino más bien como el prelude de ella. Están diseñados para mostrar explícitamente la lógica de las relaciones a explorar en una determinada investigación histórica. Un modelo de determinación delimita el terreno de una investigación; no responde a las preguntas que ésta plantea. Los estudios históricos concretos son esenciales para desmenuzar el funcionamiento de los procesos de limitación y selección, cómo la lucha de clases transforma y media esas relaciones, cómo la transformación de las estructuras sociales genera relaciones no reproductivas, etc. El modelo ayuda a clarificar las preguntas que la investigación debe plantearse, y puede ser también de ayuda para facilitar la integración teórica de los diferentes proyectos de investigación, pero la investigación histórica concreta es todavía esencial para toda genuina comprensión del desarrollo histórico.

loga a la relación entre los límites de compatibilidad funcional y la reproducción/no reproducción: en ambos casos, las características de una estructura dada determinan las formas en las que esta estructura se ve afectada por otras estructuras. Esto está muy próximo a la discusión por Nicos Poulantzas de la relación entre la lucha de clases y el Estado: "Las estructuras del Estado, tal como aparecen en la relación de las instancias, llevan inscritas en sí una serie de variaciones, que al mismo tiempo delimitan la lucha de clases y se realizan concretamente según los efectos de esa lucha sobre el Estado, en los límites así fijados." *Political power and social classes*, Londres, 1973, p. 188 [*Poder político y clases sociales*, Madrid, Siglo XXI, 1972]. Esta formulación extremadamente compleja podría representarse simbólicamente de la siguiente forma:



## TEMAS DEL LIBRO

Incluso si se tiene en cuenta que a lo largo de todo el libro utilizaré los modos de determinación examinados en los párrafos anteriores, los ensayos que lo componen no han de leerse exclusivamente como ilustraciones de una estrategia metodológica. La preocupación sustancial del análisis es entender de qué forma las contradicciones históricamente específicas del capitalismo monopolista avanzado plantean nuevas posibilidades y apremios a los movimientos socialistas. Los tres ensayos centrales de este libro intentan ofrecer algunos de los ingredientes críticos necesarios para el análisis de este problema.

El capítulo 2 explora las estructuras de clase de las sociedades capitalistas avanzadas. El eje del capítulo es la cuestión de cómo analizar la situación de clase de aquellas posiciones en la estructura social que con frecuencia se etiquetan descuidadamente como clase media. El concepto de «situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clase» se introduce como forma de entender tales posiciones. Pero las clases nunca son simplemente «posiciones» en una estructura social, sino que son también fuerzas sociales que transforman las estructuras sociales. Hacia el final del capítulo se desarrollan teóricamente estos dos aspectos de las clases, es decir, la distinción entre intereses de clase y capacidades de clase, lo que nos ofrece a su vez las herramientas teóricas para abordar la cuestión fundamental de la interrelación entre estructura de clase, formación de clase y lucha de clases.

El capítulo 3 examina un conjunto de teorías marxistas sobre las crisis económicas, intentando conectarlas a través de un análisis de las transformaciones históricas del proceso de acumulación. En los diferentes períodos del desarrollo capitalista, el proceso de acumulación de capital ha encontrado impedimentos cualitativamente diferentes. En cada período, la solución estructural de un impedimento dado se convirtió en la base de las nuevas contradicciones y los nuevos impedimentos que se presentarían en los períodos subsiguientes. En estos términos, el capitalismo monopolista avanzado se caracteriza por unos impedimentos centrados en el papel del Estado, en la necesidad del Estado capitalista de desplazarse hacia intervenciones progresivamente más penetrantes en el proceso mismo de acumulación. Esta gradual politización del proceso de acumulación tiene importantes implicaciones para los movimientos socialistas en los países capitalistas avanzados.

El capítulo 4 se centra en el problema de comprender las estructuras internas del Estado capitalista, especialmente en lo tocante al carácter burocrático de éstas. El punto fundamental está en entender los modos en los que estas estructuras impiden a la clase obrera utilizar el Estado capitalista para realizar sus intereses de clase fundamentales. A fin de analizar este problema se comparan sistemáticamente las teorías de Lenin y Weber sobre el Estado.

Finalmente, el capítulo 5 trata de integrar las materias de los tres capítulos anteriores. Su pregunta esencial es ésta: ¿de qué forma las contradicciones específicas de la acumulación en el capitalismo monopolista avanzado afectan a la relación existente entre el Estado y el proceso de formación de clases? ¿Es todavía correcta la aseveración básica de Lenin, según la cual la república parlamentario-burocrática impide en último término la constitución del proletariado en clase revolucionaria? ¿Resulta posible para la izquierda, dadas las nuevas contradicciones del capitalismo avanzado, utilizar el Estado capitalista como parte de una estrategia de transición socialista? ¿Qué hipótesis deben hacerse sobre la naturaleza del Estado capitalista avanzado para que la estrategia política del eurocomunismo sea una genuina estrategia para la consecución del socialismo, y qué condiciones han de cumplirse para que tal estrategia tenga éxito? Carezco de respuestas adecuadas a estas complejas cuestiones, pero confío en que los análisis contenidos en estos ensayos ayuden a incrementar la precisión teórica de estas preguntas e indiquen lo que ha de hacerse para contestarlas más plenamente.

## 2. LA ESTRUCTURA DE CLASES DE LAS SOCIEDADES CAPITALISTAS AVANZADAS

Todos los marxistas están de acuerdo en que los obreros manuales directamente dedicados a la producción de mercancías materiales para el capital privado caen dentro de la clase obrera; pueden sustentarse opiniones diversas sobre la significación política e ideológica de tales obreros en el capitalismo avanzado, pero lo que todo el mundo reconoce es que son realmente obreros. No existe tal acuerdo para ninguna otra categoría de trabajadores asalariados. Ciertos marxistas han aducido que únicamente los obreros manuales deberían considerarse parte del proletariado<sup>1</sup>. Otros sostienen que la clase obrera incluye también a los empleados de «cuello blanco» pertenecientes a los niveles inferiores que realizan tareas rutinarias<sup>2</sup>. Un tercer grupo arguye, por fin, que virtualmente todo trabajador asalariado debería ser considerado como parte de la clase obrera<sup>3</sup>. Si este desacuerdo fuera simplemente una cuestión de esotéricos debates académicos sobre cómo encasillar mejor las diferentes posiciones sociales, importaría poco el modo en que pudiera resolverse. Pero las clases no son, en la teoría marxista, meras abstracciones analíticas, sino fuerzas sociales reales dotadas de consecuencias reales. Resulta de gran importancia, para nuestro entendimiento de la lucha de clases y del cambio social, conocer exactamente qué clases se conceptualizan y qué categorías de posiciones sociales se sitúan dentro de qué clases. Sobre todo, para el desarrollo de una política socialista viable, importa la amplitud que se adjudica a la clase obrera, y de qué modo se entiende su relación con las demás clases.

<sup>1</sup> Por ejemplo, Nicos Poulantzas en "On social classes", *New Left Review*, 78, 1973 ["Las clases sociales", en AA.VV., *Las clases sociales en América Latina*, México, Siglo XXI, 1973, pp. 96-126], y en *Classes in contemporary capitalism*, Londres, 1975 [*Las clases sociales en el capitalismo actual*, Madrid, Siglo XXI, 1977].

<sup>2</sup> Por ejemplo, Al Szymansky, "Trends in the American working class", *Socialist Revolution*, 10, 1972.

<sup>3</sup> Por ejemplo, Francesca Freedman, "The internal structure of the proletariat", *Socialist Revolution*, 26, 1975.

Este capítulo se consagra al problema de elucidar las fronteras de clase en la sociedad capitalista avanzada. En vez de revisar el amplio muestrario de enfoques adoptados por los marxistas para definir las clases, me centraré primariamente en el trabajo de Nicos Poulantzas, particularmente en su libro *Las clases sociales en el capitalismo actual*<sup>4</sup>. Esta obra es, en mi opinión, el intento más directo y sistemático de comprensión de los criterios marxistas sobre las clases en la sociedad capitalista. Si bien hay muchos puntos en los que disiento de Poulantzas, su trabajo tiene el considerable mérito de plantear agudamente el problema de la definición de las clases en el capitalismo avanzado y de aportar algunas estimulantes soluciones. Una discusión crítica de la obra de Poulantzas puede, por consiguiente, suministrar un punto de partida muy útil para el desarrollo de una teoría explícita de las clases en el capitalismo contemporáneo.

En el primer apartado se presenta una breve exposición de la teoría de Poulantzas de la determinación estructural de las clases. La conclusión básica de Poulantzas es que únicamente los obreros manuales excluidos de las tareas de supervisión y que producen plusvalor directamente (trabajadores productivos) deben ser incluidos en el proletariado. Las otras categorías de trabajadores asalariados (empleados improductivos, trabajadores intelectuales, supervisores) deben incluirse en una clase separada, ya sea la «nueva» pequeña burguesía, o en el caso de los ejecutivos, en la burguesía misma. A esta exposición de Poulantzas seguirá, en el segundo apartado, la evaluación y crítica generales de su argumentación teórica. El tercer apartado presenta el bosquejo preliminar de una conceptualización alternativa de las fronteras de clase, articulada en el concepto de *situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clase*. Aduciré que no todas las posiciones de la estructura social pueden considerarse como firmemente enraizadas en una única clase: ciertas posiciones ocupan objetivamente situaciones contradictorias entre las clases. La labor analítica es dar a tales posiciones su significado teórico preciso y relacionarlas sistemáticamente con las cuestiones de la lucha de clases. El apartado final del capítulo vincula con la lucha de clases el concepto de situaciones de clase contradictorias, desarrollando una distinción entre intereses de clase y capacidades de clase.

<sup>4</sup> Con respecto a estudios concernientes al Estado no discutidos aquí, véase la bibliografía.

## LA TEORÍA DE POULANTZAS DE DETERMINACION ESTRUCTURAL DE LAS CLASES

La siguiente exposición de las ideas de Poulantzas resultará necesariamente esquemática e incompleta. Me centraré en la discusión de sus puntos de vista sobre las fronteras de clase, dejando de lado un conjunto de otros temas de importancia en este autor (tales como las fracciones de clase, las relaciones entre las clases y los aparatos de Estado, etc.). Si bien en mi exposición se perderán muchos de los matices de su análisis, confío en que queden de relieve sus rasgos básicos. En este apartado los comentarios críticos se reducirán al mínimo.

### Marco general

El análisis que hace Poulantzas de las clases sociales descansa sobre tres premisas básicas. Primera, *las clases no pueden ser definidas fuera de la lucha de clases*. Este punto es fundamental. Las clases no son «cosas», ni casillas dentro de una estructura social estática. «Las clases sociales», escribe Poulantzas, «significan para el marxismo, en un único y mismo movimiento, contradicciones y lucha de clases: las clases sociales no existen primero, como tales, para entrar después en la lucha de clases, lo que haría suponer que existen clases sin lucha de clases. Las clases sociales cubren prácticas de clase, es decir, la lucha de clases, y no se dan sino en su oposición»<sup>5</sup>. Con esta afirmación, Poulantzas no quiere decir que las clases puedan ser entendidas únicamente en términos de *conciencia* de clase. En su análisis, la lucha de clases no se refiere a la auto-organización consciente de una clase en cuanto fuerza social, sino a la calidad contradictoria, antagonica, de las relaciones sociales que conforman la división social del trabajo. La lucha de clases existe incluso cuando las clases están desorganizadas. Segunda premisa, *las clases designan posiciones objetivas en la división social del trabajo*. Estas posiciones objetivas, subraya Poulantzas, «son independientes de la voluntad de tales agentes»<sup>6</sup>. Resulta crucial no confundir el análisis de la estructura de estas posiciones objetivas de clase con el análisis de los individuos (*agentes* en la terminología de Poulantzas) que ocu-

<sup>5</sup> *Classes in contemporary capitalism*, p. 14 [13].

<sup>6</sup> *Ibid.*

pan las mencionadas posiciones. Aunque ambos análisis son importantes, Poulantzas insiste en que el segundo aspecto, la cuestión de «quién, cómo, en qué momento, ocupa tal o cual lugar, es o se vuelve burgués, proletario, pequeñoburgués, campesino pobre, etc., *está subordinado al primero*, es decir, a la reproducción de los lugares mismos de las clases sociales»<sup>7</sup>. Poulantzas se refiere a la reproducción de estos lugares objetivos dentro de la división social del trabajo como «determinación estructural de las clases».

Considerar simultáneamente las dos proposiciones mencionadas implica que para definir las clases es necesario dilucidar las posiciones objetivas dentro de las relaciones sociales antagonicas que conforman la división social del trabajo. Tercera premisa, *las clases están estructuralmente determinadas no sólo en el nivel económico, sino también en los niveles político e ideológico*. Esta es, quizá, la parte más característica (y problemática) del análisis de Poulantzas. Si bien es cierto que «el lugar económico de los agentes sociales desempeña un papel principal en la determinación de las clases sociales»<sup>8</sup>, su posición en las relaciones políticas e ideológicas de dominación y subordinación puede ser igualmente importante: «Vemos bien que las relaciones ideológicas y políticas, es decir, los lugares de dominación-subordinación política e ideológica, conciernen ya a la determinación estructural de clase: no se trata, por lo tanto, de un lugar objetivo que no concerniese más que al lugar económico en las relaciones de producción, ya que los elementos políticos e ideológicos no se encuentran más que en [la lucha de clases]»<sup>9</sup>. Los factores políticos e ideológicos no pueden ser relegados a la transformación de una clase en sí en clase para sí, sino que están en el centro de la determinación misma de las posiciones de clase<sup>10</sup>. Dadas estas premisas,

<sup>7</sup> *Ibid.* [p. 28].

<sup>8</sup> «On social classes», pp. 49-50 [p. 96].

<sup>9</sup> *Classes in contemporary capitalism*, p. 16. En este pasaje, en particular, Poulantzas utiliza la expresión «posición de clase» en lugar de «lucha de clases». Con esta expresión, Poulantzas se refiere en este contexto a la situación concreta de una clase en una coyuntura histórica específica. Así, por ejemplo, bajo ciertas circunstancias históricas, la aristocracia obrera puede asumir la posición de clase de la burguesía sin modificar realmente su lugar objetivo en la estructura de clases. Este es un uso equívoco del término «posición»; Poulantzas no es coherente en todos los casos respecto a su forma de utilizarlo (nótese la cita incluida en la proposición 2, *supra*). En todo caso, utilizaré a lo largo de esta discusión «posición de clase» para hacer referencia a las situaciones objetivas de clase.

<sup>10</sup> Escribe Poulantzas: «Los análisis presentados aquí no tienen relación alguna tampoco con el esquema hegeliano, el de la clase *en sí* (situa-

la estrategia teórica básica adoptada por Poulantzas para analizar las fronteras de clase se centra en la elaboración de los criterios económicos, políticos e ideológicos que determinan las posiciones objetivas de clase en el seno de la división social del trabajo. Examinaremos primero cómo Poulantzas lleva a cabo esto con la clase obrera y la nueva pequeña burguesía, pasando luego a la burguesía.

*Determinación estructural de la clase obrera y de la nueva pequeña burguesía*

En el curso del desarrollo capitalista, la pequeña burguesía tradicional —artesanos independientes, pequeños comerciantes, etcétera— ha experimentado una merma continuada. En su lugar ha surgido lo que Poulantzas denomina la «nueva pequeña burguesía», compuesta por empleados de oficina, técnicos, supervisores, funcionarios civiles, etc. Aduce Poulantzas que, bajo condiciones de capitalismo avanzado, la cuestión crucial para entender la determinación estructural de la clase obrera radica en el análisis de las fronteras entre la clase obrera y este nuevo segmento de la pequeña burguesía.

El razonamiento de Poulantzas pasa por dos etapas. Primera, la discusión de los criterios económicos, políticos e ideológicos que separan el proletariado de la nueva pequeña burguesía. El criterio económico básico propuesto es la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo. El criterio político básico es la distinción entre posiciones de supervisión y no de supervisión, y el criterio ideológico central es la distinción entre trabajo manual y trabajo intelectual. El segundo paso es la discusión de por qué esta «nueva» pequeña burguesía pertenece a la misma clase que la pequeña burguesía tradicional. Arguye Poulantzas que, aunque muy diferentes en apariencia desde el punto de vista del nivel económico, tanto una como otra mantienen la misma relación ideológica con la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, y que esta relación ideológica común basta para incluirlas en una clase única. El primer razonamiento explica por qué ciertas categorías de asa-

ción económica de clase, determinación objetiva de clase únicamente por el proceso de producción), y de la *clase para sí* (clase dotada de una "conciencia de clase" propia y de una organización política autónoma = lucha de clases"), al cual Lukács ha vinculado, en la tradición marxista, su nombre" (*Ibid.*).

lariados deben ser excluidas de la clase obrera, mientras que el segundo informa de las razones por las que tales asalariados deben ser considerados miembros de una clase común, la pequeña burguesía. Nos ocuparemos del primer razonamiento con cierto detalle, y con mayor brevedad del segundo.

*Criterios económicos*

Poulantzas aduce que la distinción entre trabajo productivo y trabajo no productivo define la frontera, a nivel económico, entre la clase obrera y la nueva pequeña burguesía. Todos los obreros son trabajadores productivos y todos los trabajadores no productivos son nuevos pequeño-burgueses (como veremos, algunos trabajadores productivos son también pequeño-burgueses). Poulantzas rechaza terminantemente, pues, que el trabajo asalariado sea *per se* un criterio apropiado para definir a la clase obrera: «No es el salario el que define la clase obrera: el salario es una forma de reparto del producto social que cubre las relaciones del mercado y las formas del 'contrato' de compraventa de la fuerza de trabajo. Si bien todo obrero es asalariado, no todo asalariado es forzosamente un obrero, ya que no todo asalariado es forzosamente trabajador productivo»<sup>11</sup>.

Poulantzas define el trabajo productivo de una forma en cierto modo más restringida que la mayor parte de los escritores marxistas: «Es trabajo productivo, en el modo de producción capitalista, el que produce plusvalor al reproducir directamente los elementos materiales que sirven de sustrato a la relación de explotación: aquel, pues, que interviene directamente en la producción material produciendo valores de uso que aumentan las riquezas materiales»<sup>12</sup>. La definición marxista convencional del trabajo productivo no lo reduce explícitamente al trabajo directamente implicado en la producción material. Poulantzas aduce, sin embargo, que «hablar de trabajo productor de plusvalor es hablar del proceso de producción material en su existencia y reproducción capitalistas»<sup>13</sup>. Insiste en que esta definición es congruente con el uso que Marx hizo del concepto de trabajo productivo, habida cuenta de que asoció siempre la creación de plusvalor a la producción de mercancías y la producción de mercancías es siempre, según Poulantzas, producción material.

Dada esta definición del trabajo productivo bajo el capita-

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 216. Subrayado en el original.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 221.

lismo, Poulantzas afirma que los asalariados no productivos deben ser excluidos de las filas del proletariado por estar fuera de la relación de explotación capitalista básica. Al proponer a los empleados de comercio como ejemplo de trabajo no productivo, Poulantzas escribe: «Indudablemente, estos trabajadores asalariados son también explotados, su salario corresponde a la reproducción de su fuerza de trabajo; 'contribuyen a disminuir los gastos de circulación del plusvalor, llevando a cabo en parte trabajo no retribuido', se les extrae plusvalor, pero no son directamente explotados según la relación de explotación capitalista dominante, la creación de plusvalor»<sup>14</sup>. La clase obrera está definida por el antagonismo fundamental de clase que surge en el seno del capitalismo entre los productores directos, separados de los medios de producción y que producen el plusproducto social en forma de plusvalor, y la burguesía, poseedora de los medios de producción y que se apropia el plusvalor. Los asalariados no productivos, si bien no son claramente miembros de la burguesía, no contribuyen a la producción del plusproducto. Así, pues, no son explotados directamente mediante la relación dominante de explotación capitalista, y, por lo tanto, aduce Poulantzas, no pueden ser incluidos en la clase obrera.

#### *Criterios políticos*

Como Poulantzas subraya una y otra vez, los criterios económicos no bastan en sí mismos para definir la determinación estructural de clase. Los criterios políticos y/o ideológicos, en particular, excluyen de la clase obrera a ciertas categorías de asalariados productivos. El uso de criterios políticos es especialmente importante en el análisis que Poulantzas hace de la posición de clase del trabajo directivo y de supervisión. Dentro del proceso de producción material, el trabajo de supervisión es incuestionablemente productivo, a causa de su papel en la integración y la coordinación del proceso de producción. Pero dentro de la división social del trabajo las tareas de supervisión representan la dominación política del capital sobre la clase obrera. «En suma, el despotismo de la fábrica constituye precisamente la figura de la dominación de la división social del trabajo sobre la división técnica, tal como existe en el capitalismo. Este trabajo de dirección y de vigilancia capitalista es la reproducción directa, en el seno mismo del proceso de pro-

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 212.

ducción, de las relaciones políticas entre la clase capitalista y la clase obrera»<sup>15</sup>.

¿Cómo concilia entonces Poulantzas estos diferentes criterios? A nivel económico, y por lo que a la producción de mercancías respecta, el trabajo de vigilancia es explotado de la misma forma en que es explotado el trabajo manual, pero a nivel político el trabajo de supervisión participa en la dominación de la clase obrera. Poulantzas resuelve este problema acudiendo a la distinción entre la *división social del trabajo* y la *división técnica del trabajo*. Aunque en ningún momento defina explícitamente las diferencias entre ambas, el sentido general es que la división técnica del trabajo representa posiciones estructurales derivadas de las tecnologías concretas empleadas en la producción, mientras que la división social del trabajo se deriva de la organización social de la producción (o relaciones de producción). Pero es una proposición básica de la teoría marxista que, «en la organización misma del proceso de trabajo, es la división social del trabajo, directamente dependiente de las relaciones de producción, la que domina la división técnica»<sup>16</sup>. Afirma entonces Poulantzas que la posición de los supervisores como trabajadores productivos explotados refleja su papel en la división del trabajo puramente técnica, mientras que su posición de dominación política de la clase obrera define su papel en la división social del trabajo. Dando esto por sentado concluye que, «su función principal [de los supervisores] consiste en extraer plusvalor de los obreros», y en base a esto deben ser asimismo excluidos de la clase obrera<sup>17</sup>.

Los supervisores son excluidos, sin embargo, igualmente de la burguesía, ya que si bien dominan políticamente a la clase obrera, son dominados políticamente por el capital mismo. Esta posición particular dentro de las relaciones de dominación y subordinación —subordinados al capital, pero dominadores del proletariado—, define los criterios políticos para la nueva pequeña burguesía.

#### *Criterios ideológicos*

La clase obrera no sólo está explotada económicamente y dominada políticamente, sino también dominada ideológicamente. El eje central de esta dominación ideológica dentro de la divi-

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 227-28.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 225.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 228.

sión social del trabajo es la división entre trabajo *mental* y trabajo *manual*<sup>18</sup>. Poulantzas aduce que dicha división excluye a la clase obrera del «conocimiento secreto» del proceso de producción, y que esta exclusión es necesaria para la reproducción de las relaciones sociales capitalistas. En todas las etapas del proceso de producción, «expertos» de diversa ralea ayudan a legitimar la subordinación del trabajo al capital, haciendo que parezca natural el que los trabajadores sean incapaces de organizar la producción por sí mismos. La división entre trabajo mental y trabajo manual representa, pues, la propaganda ideológica destinada a mantener a los trabajadores separados de la planificación y la dirección del proceso productivo<sup>19</sup>. Los expertos son los transmisores directos de esta dominación ideológica: quedan, por consiguiente, como los supervisores, excluidos de la clase obrera.

Este criterio ideológico es especialmente importante para determinar la posición de clase de ciertas categorías de ingenieros y técnicos. Unos y otros son generalmente asalariados productivos, y aunque muchos de ellos ocupan puestos en la estructura de supervisión (quedando incluidos, por consiguiente, en la nueva pequeña burguesía, según criterios políticos), se da

<sup>18</sup> Al definir la división entre trabajo intelectual y trabajo manual, escribe Poulantzas: "Podría decirse así que cae 'del lado' del trabajo intelectual en el proceso mismo de producción capitalista, y al margen de toda apreciación empírico-naturalista de su 'contenido', todo trabajo que adopta la forma de un saber del que se hallan excluidos los trabajadores directos, ya sea porque sepan hacerlo pero no lo hagan de hecho (y aun así no por casualidad), ya sea porque no sepan efectivamente hacerlo (o porque se les tenga sistemáticamente a distancia), ya sea, en fin, porque no haya simplemente nada que saber hacer" (*Ibid.*, p. 238). Poulantzas tiene por consiguiente mucho cuidado de no definir el trabajo intelectual como "trabajo mental", ni el trabajo manual como "trabajo físico". Si bien hay una correspondencia a grandes rasgos entre estas dos distinciones, la división entre trabajo intelectual y trabajo manual debe ser considerada como un aspecto de la división social del trabajo y no un hecho técnico respecto de si es el cerebro o el músculo el elemento primordial del proceso laboral.

<sup>19</sup> Es importante observar que la dominación ideológica, en el marco de análisis de Poulantzas, no tiene nada que ver con la conciencia de los trabajadores. La ideología es una práctica material y no un sistema de creencias en la mente de los trabajadores. Afirmar que la división del trabajo entre actividades intelectuales y manuales constituye la dominación ideológica de la clase obrera significa que la realidad material de esta división excluye a los trabajadores del conocimiento necesario para dirigir el proceso de producción. Naturalmente, tal exclusión tiene sus consecuencias sobre la conciencia —los trabajadores pueden llegar a creer que son totalmente incapaces de adquirir el conocimiento necesario para organizar la producción—, pero la dominación ideológica es realmente independiente de las creencias de los trabajadores.

el caso de técnicos subalternos que no supervisan directamente a nadie. No obstante, continúa Poulantzas, a causa de la primacía de la división social del trabajo con respecto a la división técnica y en razón de que dentro de la división social incluso los técnicos subalternos (como trabajo mental) ocupan una posición de dominación ideológica sobre la clase obrera, deben ser excluidos del proletariado y considerados parte de la nueva pequeña burguesía. Dicha división entre trabajo mental y trabajo manual resulta central para la determinación de la posición de clase de todos los trabajadores mentales, no solamente técnicos, ingenieros y similares. Los empleados administrativos en general participan, aunque sólo sea de manera residual, del elevado estatus del trabajo mental; participando, por lo tanto, en la dominación ideológica de la clase obrera. Poulantzas insiste en que incluso los empleados y secretarías de categoría inferior comparten la posición ideológica del trabajo mental, perteneciendo, por consiguiente, más a la nueva pequeña burguesía que al proletariado<sup>20</sup>.

Como en el caso de los criterios políticos, el capital domina ideológicamente a la nueva pequeña burguesía. La división entre trabajo mental y trabajo manual sostiene simultáneamente la dominación ideológica del trabajo mental sobre el trabajo manual y la subordinación ideológica del trabajo mental al capital. Los expertos pueden participar del «conocimiento secreto» de la producción, pero tal conocimiento es siempre fragmentario y está dominado en todo momento por las exigencias de la producción y reproducción capitalistas.

<sup>20</sup> Esto no significa que Poulantzas considere la división intelectual/manual como algo que opera uniformemente en todas las categorías de los asalariados dentro de la nueva pequeña burguesía. Subraya que dicha división se reproduce dentro de la nueva pequeña burguesía misma, y que muchos nuevos pequeñoburgueses están subordinados al trabajo intelectual dentro de la categoría de trabajadores intelectuales: "El aspecto trabajo intelectual no afecta en absoluto de la misma manera al conjunto de la nueva pequeña burguesía: algunas de sus partes sufren directamente su influjo; otras, sometidas a la reproducción de la división trabajo intelectual/trabajo manual, en el seno del trabajo intelectual sólo sufren su influjo de manera indirecta. En tanto que dichas partes experimentan la jerarquización, a este respecto, en el seno del trabajo intelectual, quedan no obstante influidas por los efectos de la división fundamental." *Ibid.*, p. 256.

*La unidad de clase de la nueva pequeña burguesía y la tradicional*

Poulantzas admite que podría resultar extraño categorizar en una clase única a la nueva pequeña burguesía y a la pequeña burguesía tradicional. Está incluso de acuerdo con que la pequeña burguesía tradicional «no depende del modo de producción capitalista, sino de la forma de producción mercantil simple, que fue, históricamente, la forma de transición del modo de producción feudal al capitalista»<sup>21</sup>. ¿Cómo es posible entonces amalgamar en una sola clase dos grupos enraizados en situaciones económicas tan completamente diferentes? Poulantzas aduce que esta unidad de clase es consecuencia de la relación que ambas pequeñas burguesías sostienen con la lucha de clases entre burguesía y proletariado: «Si se puede considerar a la pequeña burguesía tradicional y a la nueva pequeña burguesía como correspondiendo a una misma clase, es porque las clases sociales no pueden ser determinadas sino en la lucha de clases, y porque estos conjuntos están polarizados precisamente respecto de la burguesía y del proletariado»<sup>22</sup>. Esta polarización común con respecto a la burguesía y al proletariado tiene como consecuencia la forja de una firme unidad ideológica entre la pequeña burguesía tradicional y la nueva. Es esta unidad ideológica, afirma Poulantzas, lo que justifica el situar a la pequeña burguesía tradicional y a la nueva en una misma clase: «La determinación estructural de la nueva pequeña burguesía en la división social del trabajo se concentra por los efectos en la ideología de sus agentes, lo cual influye directamente en sus posiciones políticas de clase [...]. Estos efectos ideológicos en la nueva pequeña burguesía presentan un parentesco notable con los que la determinación propia de clase de la pequeña burguesía tradicional ejerce sobre esta última, justificando con ello su adscripción a una misma clase, la pequeña burguesía»<sup>23</sup>.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 285-86.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 294.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 287. Nótese que Poulantzas habla aquí de la ideología de una clase más que de la posición de esa clase en la división social del trabajo a nivel ideológico. Si bien puede ser cierto que la pequeña burguesía tradicional ocupa el lugar del trabajo intelectual en la división trabajo intelectual/manual (es decir, que la pequeña burguesía tradicional no está separada del "conocimiento secreto" de la producción, aunque muchos artesanos pequeñoburgueses puedan ser clasificados *técnicamente* como trabajadores manuales), Poulantzas está más preocupado aquí por ciertos rasgos de la ideología de los agentes dentro de la pequeña burguesía.

Entre los elementos primordiales de esta ideología pequeño-burguesa común se cuentan el reformismo, el individualismo y el fetichismo del poder. *Reformismo*: la ideología pequeñoburguesa tiende a ser anticapitalista, pero considera que el medio de resolver los problemas del capitalismo es la reforma institucional, no el cambio revolucionario. *Individualismo*: «Temor de la proletarización por abajo, atracción de la burguesía por arriba, la nueva pequeña burguesía suele aspirar a la 'promoción', a la 'carrera', a la 'ascensión social'»<sup>24</sup>. El mismo individualismo caracteriza al pequeñoburgués tradicional, si bien bajo la forma de una movilidad mediatizada por la posibilidad de convertirse en un pequeño hombre de negocios de éxito. *Fetichismo del poder*: «A causa de la situación de esta pequeña burguesía como clase intermedia [...], dicha clase tiene una viva tendencia a considerar el Estado como una fuerza neutra en sí, cuyo papel sería el de efectuar un arbitraje entre las clases sociales presentes»<sup>25</sup>. Aun cuando Poulantzas admite que en determinados aspectos las ideologías de las dos pequeñas burguesías son diferentes, insiste en que la armonía entre ambas es lo suficientemente marcada como para garantizar su pertenencia a una sola clase.

*La determinación estructural de la burguesía*

Mientras que en la discusión de las fronteras entre la clase obrera y la nueva pequeña burguesía Poulantzas se centra en criterios políticos e ideológicos, al estudiar la burguesía lo hace a un nivel estrictamente económico. Su argumento básico es que la burguesía no debe ser definida en términos de categorías legales formales de propiedad, sino en términos de las dimensiones sustantivas que caracterizan las relaciones sociales de producción. De entre tales dimensiones, dos son particularmente importantes. *La propiedad económica*; hace referencia al «control económico real de los medios de producción, es decir, el poder de destinar los medios de producción a aplicaciones determinadas y de disponer así de los productos obtenidos»<sup>26</sup>. Tal propiedad económica no debe ser confundida con el derecho legal a la propiedad productiva: «Esta propiedad designa la propiedad económica real, el control real de los medios de producción, y se distingue de la propiedad jurídica, tal como la

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 291.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 292.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 18.

consagra el derecho, que es una superestructura. Naturalmente, el derecho confirma en general la propiedad económica, pero puede ocurrir que las formas de propiedad jurídicas no coincidan con la propiedad económica real»<sup>27</sup>. La posesión; se la define como «la capacidad de emplear los medios de producción»<sup>28</sup>. Esto se refiere al control real sobre el funcionamiento físico de la producción. En la sociedad feudal, el campesino retenía por lo general la posesión de los medios de producción, mientras que la clase feudal dominante conservaba la propiedad económica; en la sociedad capitalista, por el contrario, la burguesía tiene a la vez la propiedad económica y la posesión de los medios de producción. La clase obrera se ve separada no sólo del control del producto del trabajo, sino también del control del mismo proceso de trabajo.

Estas dos dimensiones de las relaciones sociales de producción —propiedad económica y posesión— son de particular importancia en el análisis de la posición de clase de los directivos<sup>29</sup>. Arguye Poulantzas que, habida cuenta de que estos agentes llevan a cabo las funciones del capital, ocupan el lugar del capital. Pertenecen, pues, a la burguesía, con independencia de toda definición legal de propiedad: «Es el lugar del capital, definido como la articulación de relaciones que implican ciertos poderes, lo que determina la adscripción de clase de los agentes que desempeñan estas 'funciones'. Lo cual remite a dos aspectos, ligados, del problema: a) los poderes concernientes a la utilización de los recursos, a la asignación de los medios de producción a tal o cual destino, o a la dirección del proceso de trabajo, están vinculados a las relaciones de propiedad económica y de posesión, y estas relaciones delimitan un solo lugar, el del capital; b) los agentes directivos que ejercen directamente estos poderes y que desempeñan las «funciones del capital» ocupan el lugar del capital, y gozan así de una adscripción de clase burguesa incluso si no tienen la propiedad jurídica formal. Los directivos forman así, en todos los casos, parte integrante de la clase burguesa»<sup>30</sup>.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>28</sup> *Loc. cit.*

<sup>29</sup> Cuando Poulantzas utiliza el término "directivos", se está refiriendo explícitamente a ese personal directivo que participa directamente en la propiedad económica y/o la posesión. Cuando discute las posiciones de los niveles inferiores dentro de la jerarquía de los directivos, emplea expresiones como "el trabajo de gerencia y supervisión", o simplemente "supervisores".

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 180. El subrayado es nuestro.

Poulantzas reconoce que la relación precisa entre propiedad económica y posesión en el capitalismo no está fijada de forma inmutable. En particular, el proceso de centralización y concentración del capital que caracteriza el desarrollo del capitalismo monopolista genera una «disociación» parcial entre propiedad económica y posesión. Especialmente en la gran empresa monopolista desarrollada, donde a menudo se conjugan bajo una propiedad económica única unidades de producción muy heterogéneas, los directivos de las unidades particulares serán poseedores de los medios de producción de su unidad sin gozar directamente de la propiedad económica<sup>31</sup>. No obstante Poulantzas subraya que las «disociaciones que se han advertido especialmente entre relaciones de propiedad económica y de posesión —dirección del proceso de trabajo— no significan en absoluto que esta última, ejercida por los empresarios, se separe del lugar del capital»<sup>32</sup>. El capital mantiene una *posición estructural unitaria* en el seno de las relaciones de clase incluso aunque sus funciones hayan llegado a diferenciarse. Es esta posición estructural la que fundamentalmente determina la situación de clase de los directivos como parte de la burguesía.

Sobre los criterios ideológicos y políticos específicos que definen a la burguesía, Poulantzas tiene muy poco que decir, excepto que ésta ocupa, en la división social del trabajo, la posición de dominación ideológica y política. El contexto más importante en el que Poulantzas se ocupa explícitamente de tales criterios es la discusión de las cumbres de los aparatos de Estado. Tales posiciones pertenecen a la burguesía, arguye Poulantzas, no porque ocupen directamente el lugar del capital a nivel económico, sino porque «en un Estado capitalista desempeñan la dirección de las funciones del Estado al servicio del capital»<sup>33</sup>. La posición de clase de tales agentes no queda defi-

<sup>31</sup> Poulantzas ofrece una discusión sumamente interesante de las transformaciones de la disociación entre propiedad económica y posesión en el curso del desarrollo del capitalismo monopolista (*Ibid.*, pp. 116-130). Aduce que durante las etapas iniciales de la concentración monopolista, la propiedad económica se concentró más rápidamente de lo que se centralizaba el proceso del trabajo (es decir, de lo que se organizaba el proceso de trabajo bajo una dirección unificada). El resultado fue que durante esta fase inicial de la concentración, el capital monopolista estuvo caracterizado por la propiedad económica de los medios de producción y unos poderes de posesión solamente parciales. Hasta lo que Poulantzas denomina el período de reestructuración del capitalismo monopolista no se reintegraron plenamente la propiedad económica y la posesión dentro del capital monopolista mismo.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 181.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 187.

nida, por tanto, directamente por sus relaciones sociales de producción, sino indirectamente por la relación del Estado mismo con la clase capitalista.

#### EXAMEN Y CRITICA DEL ANALISIS DE POULANTZAS

La crítica que a continuación se hace del análisis de Poulantzas discurrirá paralelamente a la exposición precedente<sup>34</sup>. Se examina en primer lugar la lógica de su análisis de la frontera entre la clase obrera y la nueva pequeña burguesía. La discusión se centra en dos críticas: 1, que hay poca base para sostener que, a nivel económico, los límites de la clase obrera vienen dados por la distinción entre trabajo productivo y no productivo; 2, que el uso que Poulantzas hace de los factores políticos e ideológicos socava marcadamente la primacía de las relaciones económicas en la determinación de la posición de clase. En segundo lugar se critica a dos niveles la aseveración de Poulantzas según la cual la nueva pequeña burguesía y la tradicional son parte de una misma clase: 1, las divisiones ideológicas entre las dos categorías son al menos tan profundas como los aspectos comunes; 2, si bien las relaciones ideológicas pueden desempeñar un papel en la determinación de las posiciones de clase, carecen de la capacidad de neutralizar posiciones de clase divergentes determinadas a nivel económico. Se hace finalmente un breve examen del tratamiento dado por Poulantzas a las fronteras de la burguesía. La crítica principal a este respecto es que no todos los directivos deben ser considerados como parte integrante de la burguesía, incluso aunque participen de ciertos aspectos de las relaciones de posesión.

<sup>34</sup> Esta crítica del análisis que Poulantzas hace de las clases se centrará en los criterios reales que utiliza para comprender las clases en el capitalismo actual antes que en las asunciones epistemológicas que subyacen a su análisis. No me ocuparé por consiguiente del problema de su concepto general de "lucha de clases", ni de su categórico rechazo de la "conciencia" en tanto que categoría útil dentro del análisis marxiano. Si bien es importante ocuparse de estos temas (de hecho, la mayor parte de los comentarios a la obra de Poulantzas se preocupan más de estas cuestiones que de la sustancia de sus razonamientos), pienso que es más útil en este momento ocuparnos de la obra de Poulantzas a un nivel de abstracción inferior.

#### La frontera entre la clase obrera y la nueva pequeña burguesía

Será de utilidad para nuestra discusión de la perspectiva de Poulantzas presentar esquemáticamente los criterios por él empleados para analizar la determinación estructural de las clases. El cuadro 2.1 muestra los criterios mediante los cuales él define, de la forma más general, la clase obrera, las pequeñas burguesías —nueva y tradicional— y la clase capitalista. El cuadro 2.2 examina con mayor detalle las diversas combinaciones de criterios que definen las diferentes subcategorías dentro de la nueva pequeña burguesía. Es importante que las categorías de estas tipologías no se interpreten como grupos discretos, empíricos, lo que ciertamente sería forzar el modo en que Poulantzas contempla las clases sociales. El propósito de las tipologías es esclarecer las relaciones entre los diferentes criterios, no convertir el análisis de las clases y de la lucha de clases en un ejercicio estático de categorización.

CUADRO 2.1. Criterios generales de clase en el análisis de Poulantzas

	Criterios económicos		Criterios políticos		Criterios ideológicos	
	Explo-tador	Explotado *	Dom-nación	Subor-dinación	Dom-nación	Subor-dinación
	Se apropia plus-valor	Se le extrae plus-trabajo	Se le extrae plus-valor			
Burguesía	+	-	-	+	-	+
Proletariado	-	+	+	-	+	-
Nueva pequeña burguesía	-	+	-/+	+/-	+	+/-
Pequeña burguesía tradicional	-	-	-	-	+	+

+ Criterio presente.

- Criterio ausente.

+/- Criterio habitualmente presente, pero ausente en ocasiones.

-/+ Criterio habitualmente ausente, pero presente en ocasiones.

\* Afirmar que de un asalariado se extrae «plustrabajo», pero no plus-valor, significa que el trabajador realiza trabajo impagado para el capitalista, pero no produce mercancías reales destinadas al intercambio en el mercado. El trabajador no es, por consiguiente, formalmente productivo, pero no obstante es explotado.

CUADRO 2.2. *Diversas combinaciones de criterios para la nueva pequeña burguesía*

	Criterios económicos			Criterios políticos		Criterios ideológicos	
	Explo- tador	Explotado		Domini- nación	Subor- dina- ción	Domini- nación	Subor- dina- ción
	Se apropia plus- valor	Se le extrae plus- trabajo valor	Se le extrae plus- valor				
<i>Trabajo impro- ductivo</i>							
Supervisores en la circulación y la realiza- ción	-	+	-	+	+	+	+
Trabajo intelectual subalterno	-	+	-	-	+	+	+
Trabajo manual improductivo *	-	+	-	-	+	-	+
<i>Trabajo produc- tivo</i>							
Supervisores en la producción material	-	+	+	+	+	+	+
Técnicos e inge- nieros en la producción material (que no son a la vez superviso- res)	-	+	+	-	+	+	+

\* Esta categoría no es discutida explícitamente por Poulantzas, pero es claramente una posibilidad (por ejemplo, un conserje en un banco).

Veamos ahora el uso que Poulantzas hace de la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo en su análisis de la frontera de la clase obrera, y después la lógica del uso que hace de los factores políticos e ideológicos en cuanto criterios de clase. Una vez cumplimentadas estas dos tareas, examinaremos algunos datos estadísticos relativos a la extensión del proletariado en los Estados Unidos utilizando los criterios de Poulantzas.

*Trabajo productivo y no productivo*

Tres son los puntos conflictivos principales en la discusión que Poulantzas hace del trabajo productivo e improductivo: 1, su definición del trabajo productivo; 2, la falta de correspondencia entre la distinción trabajo productivo/trabajo improductivo y las posiciones reales en el proceso del trabajo; y 3, y más significativo, la falta de diferencias fundamentales en los intereses económicos de los obreros productivos e improductivos<sup>35</sup>.

El trabajo productivo, para Poulantzas, se limita al trabajo que, además de producir plusvalor, está directamente involucrado en el proceso de producción material. Esta definición descansa en la creencia de que solamente se genera plusvalor en la producción de mercancías físicas, lo que es una hipótesis arbitraria. Si los valores de uso adquieren la forma de servicios, y si la producción de estos servicios está destinada al mercado, no hay razón que impida que la producción no material genere plusvalor, del mismo modo en que lo hace la producción de mercancías físicas<sup>36</sup>.

La segunda dificultad en el uso que hace Poulantzas de la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo concierne a su relación con las posiciones en la división social del trabajo. Si las posiciones reales contienen generalmente una mezcla de actividades productivas y no productivas, la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo pierde mucha de su utilidad como criterio para la determinación de

<sup>35</sup> Muchas de las ideas de este apartado sobre el trabajo productivo e improductivo proceden directamente del muy importante ensayo de James O'Connor, "Productive and unproductive labour", *Politics and Society*, Vol. 5, 3, 1975, así como de numerosas discusiones mantenidas en el colectivo Kapitalistate del área de la bahía de San Francisco.

<sup>36</sup> La famosa comparación de Marx entre una fábrica de enseñanza y una fábrica de embutidos aclara exactamente este punto: "Sólo es productivo el trabajador que produce plusvalor para el capitalista o que sirve para la autovaloración del capital. Si se nos permite ofrecer un ejemplo al margen de la esfera de la producción material, digamos que un maestro de escuela, por ejemplo, es un trabajador productivo cuando, además de cultivar las cabezas infantiles, se mata trabajando para enriquecer al empresario. Que éste haya invertido su capital en una fábrica de enseñanza en vez de hacerlo en una fábrica de embutidos, no altera en nada la relación" (*El capital*, libro I, Madrid, Siglo XXI, 1975, p. 616). Sería difícil de imaginar una aseveración más clara de que Marx no restringía el concepto de trabajo productivo al trabajo directamente involucrado en la producción material. Resulta sorprendente que Poulantzas nunca discuta esta cita, especialmente teniendo en cuenta que cita abundantemente a Marx para respaldar su propia utilización del concepto de trabajo productivo.

clase de dichas posiciones. Un buen ejemplo es el caso de los empleados de los almacenes de alimentación, ya que, en la medida que colocan mercancías en los estantes (realizando así la etapa final del transporte de mercancías), son trabajadores productivos, pero en cuanto se encargan de la caja registradora no lo son. Esta doble posición social —productiva e improductiva simultáneamente— no se reduce a la circulación de mercancías, sino que se da en el seno del proceso mismo de la producción material. Considérese el caso de la producción material de embalajes para una mercancía: el embalaje cumple dos funciones diferenciadas: por un lado, es parte del valor de uso de una mercancía; difícilmente, por ejemplo, podría beberse leche sin haberla introducido previamente en un envase transportable. Pero, por otro lado, el envasado es parte también de los costos de realización bajo el capitalismo, ya que gran parte del trabajo correspondiente al envasado cae dentro del terreno de la publicidad. Tal trabajo no puede ser considerado productivo al no producir valor de uso alguno (no pudiendo, por tanto, producir plusvalor). No se trata de emitir ningún juicio histórico normativo sobre la bondad del trabajo, ya que incluso los trabajos ligados a la producción de los lujos más inútiles pueden ser productivos, pero no lo es el trabajo que sirve meramente para facilitar la realización del plusvalor, y parte al menos del tiempo de trabajo consumido por el envasado cae dentro de esta categoría<sup>37</sup>.

Aunque Poulantzas admite que cierto trabajo tiene ese doble carácter —productivo/improductivo—, soslaya este problema en su análisis de las clases diciendo que el trabajo es tendencialmente de uno u otro tipo. De hecho, una gran parte del trabajo en la sociedad capitalista posee tanto aspectos productivos como improductivos, y no hay razón para asumir que la frecuencia de tales formas mixtas de trabajo esté disminuyendo. La distinción entre trabajo productivo e improductivo debería verse,

<sup>37</sup> Es cierto que tal trabajo de empaquetado y publicidad es tiempo de trabajo socialmente necesario bajo el capitalismo y engrosa los costes de producción de las mercancías. Pero esto puede decirse con respecto a la mayor parte del trabajo de realización, y no solo simplemente respecto del trabajo que se incorpora a un aspecto material de la mercancía. El trabajo de publicidad debería, por tanto, ser categorizado como un *faux frais* de la producción capitalista, junto con muchas otras clases de trabajo improductivo. Para una discusión completa de cómo reducir el trabajo improductivo en los costes de producción, véase el capítulo 3, pp. 145-148, *infra*. Para una discusión del trabajo de publicidad, véase el análisis de Baran y Sweezy sobre la interpenetración entre las ventas y la producción en el capitalismo monopolista: *Monopoly capital*, Nueva York, 1976, cap. 6 [*El capital monopolista*, México, Siglo XXI, 1968].

pues, como reflejo de dos dimensiones de la actividad laboral antes que como diferencia entre dos tipos de trabajadores.

La objeción de mayor peso que puede formularse al uso que hace Poulantzas de la citada distinción va más allá, sin embargo, de las cuestiones de definición o del estatuto conceptual de la distinción. Pues situar en diferentes clases, en base a criterios económicos, dos posiciones dentro de la división social del trabajo implica que sus *intereses* de clase respectivos a nivel económico son fundamentalmente diferentes<sup>38</sup>. Asumamos por el momento que la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo corresponde en general a posiciones realmente diferentes dentro de la división social del trabajo. La pregunta clave es entonces si esta distinción corresponde a una división significativa de los intereses de clase. Si asumimos que el interés de clase fundamental del proletariado es la destrucción de las relaciones de producción capitalistas y la construcción del socialismo, la pregunta es entonces si el interés de los trabajadores productivos e improductivos respecto al socialismo es diferente. Con mayor precisión, ¿carecen en general los trabajadores improductivos de interés de clase en el socialismo? Un posible argumento en favor de esta afirmación podría ser que muchos puestos de trabajo improductivo desaparecerían en una sociedad socialista y que, por consiguiente, los trabajadores improductivos serían opuestos al socialismo. Dejando a un lado el hecho de que en este argumento se confunde ocupación con clase, muchos trabajos muy productivos bajo el capitalismo también desaparecerían en una sociedad socialista, mientras que muchos empleos improductivos en la sociedad capitalista —los doctores empleados por el Estado, por ejemplo— no lo harían.

Podría también aducirse que ya que los obreros improductivos no generan plusvalor, viven del plusvalor producido por los obreros productivos, participando así indirectamente en su explotación. Llevando el argumento un paso más allá, se afirma en ocasiones que los trabajadores improductivos estarían interesados en el aumento de la tasa social de explotación, por cuanto esto facilitaría el crecimiento de sus propios salarios.

<sup>38</sup> La expresión intereses de clase "fundamentales" o "últimos" hace referencia a intereses que afectan a la estructura misma de las relaciones sociales; por otra parte, los intereses de clase "inmediatos" se refieren a intereses dentro de una estructura de relaciones sociales dada. Si lo expresamos en términos ligeramente diferentes, los intereses de clase inmediatos son intereses definidos dentro de un modo de producción, mientras que los intereses de clase fundamentales son intereses definidos entre modos de producción (véanse las pp. 82-85 *infra*).

Esta clase de argumento adquiere quizá máxima claridad en el caso de los trabajadores estatales, a los que se paga directamente a partir de los impuestos. Al proceder los impuestos, al menos parcialmente, del plusvalor<sup>39</sup>, da la impresión de que los trabajadores del Estado viven de la explotación del trabajo productivo. Sin duda hay algo de verdad en esta afirmación. Ciertamente, en términos de intereses económicos inmediatos, se dan frecuentes conflictos entre los trabajadores del sector privado y los trabajadores estatales con motivo de los impuestos. Los medios de comunicación burgueses amplifican este problema, utilizándolo claramente como fuerza fragmentadora del movimiento obrero. No se trata, sin embargo, de si existen diferencias entre los intereses inmediatos de trabajadores productivos e improductivos, sino de si tales diferencias generan diferentes intereses objetivos en el socialismo. Hay gran número de divergencias respecto al interés económico inmediato en el seno de la clase obrera —entre los obreros de los sectores monopolistas y competitivos, entre los obreros blancos y los obreros negros, entre los obreros de los países imperialistas y los obreros del tercer mundo, etc.—, pero ninguna de estas divergencias implica que el grupo de obreros «privilegiados» tenga interés en perpetuar el sistema de explotación capitalista. Ninguna de estas divergencias modifican el hecho fundamental de que todos los obreros, en virtud de su posición dentro de las relaciones sociales de producción, tienen un interés básico en el socialismo. Yo diría que esto también es cierto para la mayoría de los trabajadores improductivos.

Poulantzas acepta que, por lo general, tanto los trabajadores productivos como los no productivos son explotados; a los dos grupos se les arranca trabajo impagado. La única diferencia es que en el caso del trabajo productivo la apropiación del tiempo de trabajo impagado se hace bajo la forma de plusvalor, mientras que en el caso del trabajo improductivo el trabajo impagado reduce simplemente los costos para el capitalista de la apropiación de parte del plusvalor producido en otro lugar. En ambos casos el capitalista procurará mantener las nóminas tan bajas como le sea posible; en ambos casos el capitalista procurará incrementar la productividad haciendo que los obreros trabajen más; en ambos casos se desposeerá a los obreros del control sobre su proceso de trabajo. En ambos casos el socialismo es un requisito previo para poner fin a la explotación. No resulta fácil ver dónde surgiría una divergencia fundamental de intereses económicos a partir de las posiciones del trabajo pro-

<sup>39</sup> Véase el capítulo 3, pp. 148-150.

ductivo e improductivo dentro de las relaciones capitalistas de producción.

Ciertamente, Poulantzas no ha demostrado que tal divergencia exista. Ha establecido que los mecanismos formales de explotación son diferentes para los dos tipos de obreros, pero no aclara por qué esta diferencia formal genera divergencias en los intereses básicos, pudiendo, por tanto, ser considerada como determinante de una frontera de clase<sup>40</sup>.

Otro modo de contemplar este problema es desde el punto de vista del capital. Nadie ha sugerido nunca que la distinción entre capital productivo e improductivo represente una frontera de clase entre la clase capitalista y algún otro grupo. La distinción entre capital productivo y capital improductivo es vista normalmente como un elemento que define una frontera entre dos fracciones de la burguesía (como el capital bancario y el industrial). Podría argüirse, sin embargo, de forma muy semejante a aquella en que Poulantzas lo hace para la clase obrera, que el capital improductivo se halla «fuera de la relación de explotación capitalista dominante», y que por consiguiente los agentes que ocupan el lugar del capital improductivo no deben considerarse miembros de la clase capitalista. Naturalmente, este razonamiento sería absurdo, porque resulta obvio que, cualesquiera que sean los conflictos de intereses a largo plazo entre el capital productivo y el improductivo, sus intereses fundamentales de clase son idénticos. Lo mismo puede decirse de la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo<sup>41</sup>.

<sup>40</sup> Un ejemplo concreto puede ayudar a ilustrar este razonamiento. Según cualquier definición de trabajo improductivo, un conserje de un banco es improductivo. En un banco no se produce plusvalor, y por consiguiente el trabajo de todos sus empleados es improductivo. El conserje de una fábrica, sin embargo, es productivo, ya que la limpieza de un área de trabajo es parte del tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción real de mercancías. ¿Es razonable afirmar que estos dos conserjes tienen un interés de clase diferente en el socialismo? A menos que sea éste el caso, es arbitrario situar a uno de los conserjes en la clase obrera y al otro en la nueva pequeña burguesía. (Véase G. Carchedi, "On the economic identification of the new middle class", *Economy and Society*, IV, 1, 1975, p. 19, para una crítica semejante del trabajo improductivo en cuanto criterio de clase.)

<sup>41</sup> Esta crítica del uso que hace Poulantzas de la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo, en tanto que criterio de clase no implica que la distinción carezca de importancia para la teoría marxista en general. Particularmente, la distinción entre trabajo productivo e improductivo puede desempeñar un papel básico en el análisis del proceso de acumulación y de las tendencias a la crisis del capitalismo avanzado. (Véase cap. 3.)

### Criterios políticos e ideológicos

Poulantzas insiste en que si bien los criterios políticos e ideológicos son importantes, los económicos desempeñan aún el papel principal en la determinación de las clases<sup>42</sup>. A la vista de los cuadros 1 y 2, no parece que éste sea el caso. Según se desprende de su examen, la clase obrera representa el polo opuesto de la burguesía: tienen signos opuestos en cada uno de los criterios. En el análisis de Poulantzas basta *cualquier* desviación de los criterios que definen a la clase obrera para que un agente sea excluido de ésta. De este modo, un agente asimilable a un obrero según criterios económicos y políticos, pero desviado según criterios ideológicos, habría de ser excluido, únicamente con esta base, del proletariado (este es el caso de los técnicos subalternos). En la práctica, por consiguiente, los criterios ideológicos y políticos se convierten en equiparables a los criterios económicos, habida cuenta que *siempre* pueden predominar sobre la determinación estructural de las clases a nivel económico. (Esto es diferente a la cuestión de la adecuación de los criterios económicos mismos, ya discutidos anteriormente.) Es difícil ver cómo puede mantenerse, bajo estas circunstancias, la primacía de las relaciones económicas en la definición de las clases.

El tratamiento de los criterios ideológicos y políticos como efectivamente equiparables a los económicos nace, al menos en parte, del uso que Poulantzas hace de la noción de división «técnica» del trabajo. Poulantzas subraya muy apropiadamente que la división social del trabajo prima sobre la división técnica. Pero identifica incorrectamente la división técnica del trabajo con los criterios económicos siempre que discute el papel de los factores políticos e ideológicos. En la discusión concerniente a los técnicos, por ejemplo, Poulantzas escribe: «Hemos [...] vis-

<sup>42</sup> Al leer esta crítica del uso que hace Poulantzas de los criterios políticos e ideológicos en la definición de las clases, es importante recordar el contexto político e ideológico en el cual Poulantzas ha desarrollado su análisis. En una comunicación personal, escribe Poulantzas: "Pienso que uno de nuestros más serios adversarios político-teóricos es el *economicismo*, que pretende *siempre* que tan pronto como intentamos (con todas las dificultades teóricas inherentes a ello) subrayar la importancia de lo político-ideológico, 'abandonamos la primacía de lo económico'." Poulantzas tiene toda la razón cuando ataca el economicismo e intenta integrar las consideraciones políticas e ideológicas en la lógica de un análisis de clase marxista. La dificultad, como veremos, es que no desarrolla un criterio claro para el uso de los criterios ideológicos y políticos, y que, por tanto, éstos asumen en la práctica una importancia casi equivalente a la de las relaciones económicas.

to la importancia que la división mental/manual del trabajo posee para supervisores, técnicos e ingenieros. Esto juega un papel decisivo, por cuanto, mediante la primacía de la división social del trabajo sobre la técnica, excluye a estos grupos de la clase obrera, pese al hecho de que también realizan 'trabajo capitalista productivo'<sup>43</sup>. Poulantzas equipara, en efecto, la realización de trabajo productivo con la división técnica del trabajo. Pero si la «relación de explotación capitalista dominante» constituye la definición esencial del trabajo productivo, no es razonable entonces considerar a éste una categoría estrictamente técnica. Más en general, en lugar de considerar a los criterios económicos enraizados en la división técnica del trabajo y a los políticos e ideológicos en la división social, unos y otros deberían ser considerados como dimensiones distintas de la división social del trabajo. Admitido esto, deja por completo de ser obvio que los criterios políticos e ideológicos deban predominar sobre los económicos en la determinación estructural de las clases. Por el contrario: si, dentro de la división social del trabajo, los criterios económicos van a ser tratados como los determinantes principales de las clases, deberían entonces ser ellos los que en general predominaran sobre los criterios ideológicos y políticos.

Además de socavar la base económica de la teoría de las clases, el uso que Poulantzas hace de los criterios políticos e ideológicos tiene otros inconvenientes. Especialmente cuando discute los criterios políticos, es a veces cuestionable si los criterios seleccionados tienen realmente algo de «políticos». El criterio político fundamental en el que Poulantzas hace hincapié al discutir la nueva pequeña burguesía es la posición dentro de la jerarquía de supervisión. Ahora bien, prescindiendo de la supervisión como coordinación técnica, existen dos maneras de conceptualizarla. Siguiendo a Poulantzas, la supervisión puede ser concebida como la «reproducción directa, dentro del proceso mismo de producción, de las relaciones políticas entre la clase capitalista y la clase obrera»<sup>44</sup>. Alternativamente se puede ver la supervisión como un aspecto de la disociación estructural, en el mismo nivel económico, entre propiedad y posesión económica. Esto es: la posesión, en cuanto aspecto de la propiedad de los medios de producción, implica (utilizando la propia formulación de Poulantzas) el control sobre el proceso del trabajo. A lo largo del desarrollo del capitalismo monopolista, la posesión se ha disociado de la propiedad económica. Pero, del

<sup>43</sup> *Classes in contemporary capitalism*, p. 251.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 228.

mismo modo, la posesión se ha diferenciado internamente, con lo que el control sobre la totalidad del proceso laboral (altos directivos) se ha separado del control inmediato de la actividad laboral (supervisión). A menos que la posesión misma sea considerada como un aspecto de las relaciones políticas, no hay razón para considerar la supervisión como un reflejo de las relaciones políticas dentro de la división social del trabajo en vez de como un elemento diferenciado dentro de las relaciones económicas<sup>45</sup>.

En el uso que Poulantzas hace de los criterios ideológicos no queda nunca claro exactamente por qué habría que considerar la división mental/manual como determinante de un límite real de clase, en vez de ver en ella simplemente una división interna de la clase obrera. Tampoco queda claro por qué se ha tomado esta particular dimensión ideológica entre un conjunto de otras como eje central de la dominación/subordinación ideológica en la división social del trabajo. El sexismo, por ejemplo, al identificar ciertos trabajos como «trabajo femenino» y afirmar su estatuto inferior respecto del trabajo de los hombres, es también una dimensión de la dominación/subordinación ideológica en la división social del trabajo. Esto coloca a los hombres, considerados como un todo, en una posición de dominación ideológica, y, sin embargo, difícilmente un obrero varón deja por ello de ser un obrero. Lo mismo puede decirse del racismo, del nacionalismo y de otras ideologías de dominación. Todas ellas crean importantes divisiones en el seno del proletariado, pero a menos que correspondan a relaciones de producción realmente diferentes, no constituyen criterios de diferencia de clase por derecho propio.

#### *Extensión del proletariado según los criterios de Poulantzas*

El uso que Poulantzas hace de los criterios económicos, políticos e ideológicos tiene como resultado el que la clase obrera norteamericana se convierte en una parte muy pequeña de la población total. Naturalmente, la validez de una conceptualización de las relaciones de clase, difícilmente puede juzgarse por

<sup>45</sup> Una cosa es decir que la supervisión posee una dimensión política y otra afirmar que la supervisión es en sí una relación política en el seno de la producción. Lo primero parece correcto y es análogo a decir que la posesión, e incluso la propiedad económica, poseen dimensiones políticas. Lo segundo expande considerablemente la noción de lo "político" y debe, por necesidad, convertir a la posesión de los medios de producción en parte de "la reproducción de las relaciones políticas en el seno de la producción".

el número de personas que quedan incluidas en la clase obrera. Sin embargo, dado que la mayor o menor extensión que se adjudique a la clase obrera es de considerable importancia política, vale la pena intentar estimar la distribución de la población en clases utilizando diferentes criterios de posición de clase.

Si bien los datos proporcionados por el censo son relativamente poco útiles en la estimación del tamaño de la clase obrera, ya que no se recogen en términos de categorías marxistas, hay otras fuentes de datos de mayor utilidad. El Survey Research Center de la Universidad de Michigan, en particular, llevó a cabo en 1969 un estudio en todo el territorio de los Estados Unidos acerca de las condiciones de trabajo, estudio que incluye cierto número de preguntas que hacen posible una estimación razonablemente correcta de la extensión de la clase obrera utilizando diferentes criterios. El estudio contiene datos sobre: la ocupación de la persona interrogada y la industria en que trabaja; si tiene o no subordinados en el trabajo a los que supervisa; si es o no su propio patrón y, de serlo, con cuántos empleados cuenta en su caso<sup>46</sup>. En base a estas preguntas, y de acuerdo con los criterios de Poulantzas, podemos hacernos una idea de la extensión de la clase obrera formulando algunas hipótesis sobre la relación a grandes rasgos de los títulos ocupacionales con la división mental/manual del trabajo y de las categorías industriales con la distinción entre trabajo productivo e improductivo.

Para nuestros actuales propósitos utilizaremos las definiciones siguientes: 1, *trabajo mental*: profesionales, técnicos, directivos (por título ocupacional), oficinistas y vendedores; 2, *trabajo manual*: artesanos, operarios, jornaleros, transportes y servicios (es decir, conserjes, barberos, cocineros, etc.); 3, *sectores improductivos*: comercio al por mayor y al por menor, finanzas, seguros, bienes raíces, servicios y gobierno, y 4, *sectores productivos*: agricultura, pesca, minería, construcción, industria, transporte y comunicaciones.

Este conjunto de categorías dista de ser perfecto, tanto en razón de las limitaciones de los datos como a causa de que mediante datos estadísticos sólo podemos aproximarnos a la compleja realidad de las relaciones de clase. Según la definición que Poulantzas da del trabajo mental, existen ciertamente algunos artesanos que deberían ser considerados trabajadores mentales (es decir, no están separados del «conocimiento secreto»

<sup>46</sup> Véase mi *Class structure and income inequality*, tesis doctoral, Universidad de California, Berkeley, Departamento de Sociología, para una discusión detallada de este estudio.

de la producción y lo utilizan en su proceso laboral). También el comercio y el gobierno cuentan con posiciones claramente productivas bajo cualquier punto de vista, del mismo modo que se dan posiciones improductivas en industrias del sector productivo. No obstante, estas categorías pueden ofrecernos una idea bastante buena de la extensión del proletariado según el análisis de Poulantzas.

Los resultados se recogen en los cuadros 2.3-2.5. El cuadro 2.3 muestra la proporción del total de la población económicamente activa (es decir, gente que trabaja veinte o más horas a la semana) que entra en cada combinación de los criterios de clase. (Ninguno de los resultados difiere significativamente si el análisis se restringe a los trabajadores a tiempo completo.)

CUADRO 2.3. Distribución de la fuerza de trabajo activa por criterios de clase (promedio nacional de una muestra tomada en Estados Unidos durante 1969, en porcentajes)

	Autopatronos		Asalariados		TOTALES
	Patronos	Pequeña burguesía	Super- visores	No super- visores	
<i>Trabajo intelectual</i>					
Sector improductivo	3,3	1,9	15,6	16,5	37,2
Sector productivo	2,5	0,4	4,4	4,5	11,9
<i>Trabajo manual</i>					
Sector improductivo	0,3	0,3	5,3	11,2	17,2
Sector productivo	1,3	1,8	10,7	19,7	33,6
Totales	7,5	4,5	36,1	51,9	100,0
Número en la muestra	110	65	526	758	1459

FUENTE: 1969 *Survey of working conditions*, Institute of Social Research, Universidad de Michigan (para una discusión detallada de la muestra véase mi *Class structure and income inequality*, tesis doctoral inédita, Departamento de Sociología, Universidad de California, Berkeley. Disponible en University Microfilms, Ann Arbor, Michigan).

#### DEFINICIONES:

Trabajo intelectual: profesionales, técnicos, directivos (por título ocupacional), oficinistas, vendedores.

Trabajo manual: artesanos, operarios, jornaleros, transportes, servicios (es decir, conserjes, etc.).

Sector improductivo: comercio al por mayor y al por menor, finanzas, seguros, bienes raíces, servicios, empleados del gobierno.

Sectores productivos: agricultura, minería, pesca, construcción, industria, transporte, comunicaciones.

La clase obrera —asalariados manuales, no supervisores, pertenecientes al sector productivo— constituye menos del 20 por ciento de la fuerza de trabajo norteamericana. La nueva pequeña burguesía, por otra parte, se hipertrofia hasta constituir un desmesurado 70 por ciento de la población económicamente activa. En el cuadro 2.4 hallamos estos mismos resultados para mujeres y hombres por separado. De acuerdo con los criterios de Poulantzas, menos del 15 por ciento de las mujeres económicamente activas de la población norteamericana pertenecen a la clase obrera, mientras que para los hombres la cifra es aún solamente del 23 por ciento<sup>47</sup>. Finalmente, el cuadro 2.5 muestra

CUADRO 2.4. Distribución de la fuerza de trabajo activa por criterios de clase para hombres y mujeres (1969), en porcentajes

HOMBRES	Autopatronos		Asalariados		TOTALES
	Patronos	Pequeña burguesía	Super- visores	No super- visores	
<i>Trabajo intelectual</i>					
Sector improductivo	4,0	1,7	14,3	9,0	29,0
Sector productivo	4,0	0,6	5,6	3,0	13,2
<i>Trabajo manual</i>					
Sector improductivo	0,4	0,2	5,6	8,7	14,9
Sector productivo	2,1	2,7	15,4	22,7	42,9
Totales	10,5	5,3	40,8	43,4	100,0
Número en la muestra	98	49	380	404	931

(Véase el cuadro 2.3 para las definiciones de las categorías.)

<sup>47</sup> Podría plantearse una objeción razonable en el sentido de que, de acuerdo con los criterios de Poulantzas, las estimaciones son decididamente bajas en razón de que yo he utilizado una muy amplia definición de supervisión. Indudablemente, ciertos individuos afirman que "supervisan a otros en su trabajo" cuando, de hecho, no son más que los responsables de un equipo de trabajo y carecen virtualmente de poder real dentro del proceso de trabajo. Como resultado de la vaguedad del criterio de supervisión, las estimaciones de los cuadros 1 y 2 indican que una parte de la fuerza de trabajo muy superior a un tercio son supervisores. Un segundo conjunto de datos nos capacita para adoptar un criterio de supervisión más refinado. (Sin embargo, el conjunto de datos en cuestión, el Panel Study of Income Dynamics del ISR, es una muestra mucho menos representativa que la utilizada en los cuadros que se incluyen más adelante, siendo, por consiguiente, menos adecuada para obtener una imagen de la configuración global de la estructura de clase.) En este segundo

MUJERES	Autopatronos		Asalariados		TOTALES
	Patronos	Pequeña burguesía	Supervisores	No supervisores	
<i>Trabajo intelectual</i>					
Sector improductivo	2,2	2,0	18,1	30,9	53,1
Sector productivo	0,0	0,2	2,4	7,1	9,6
<i>Trabajo manual</i>					
Sector improductivo	0,2	0,4	5,1	15,2	20,9
Sector productivo	0,0	0,0	1,8	14,6	16,3
Totales	2,4	2,6	27,4	67,7	100,0
Número en la muestra	12	13	129	344	508

(Véase el cuadro 2.3 para las definiciones de las categorías.)

la proporción de la población que entra dentro de la clase obrera utilizando distintas combinaciones diferentes de los criterios de Poulantzas. Si se prescinde de la distinción entre trabajo productivo e improductivo, manteniendo los demás criterios, la clase obrera aumenta hasta una cifra superior al 30 por ciento de la población. Si se prescinde de la distinción entre trabajo mental y manual, pero se mantiene el criterio del trabajo de supervisión, la cifra sobrepasa el 50 por ciento de la población (el 67 por ciento en el caso de las mujeres). Más adelante nos ocuparemos con mayor detalle de la cuestión de criterios alternativos de clase. Lo importante en el presente contexto es que hay una tremenda diferencia entre utilizar unos criterios u otros para definir el proletariado, y que si nos acogemos a los de Poulantzas la clase obrera norteamericana queda reducida a una exigua minoría.

estudio se interroga a los individuos que afirman ser supervisores sobre si tienen "alguna influencia en las retribuciones y la promoción de sus subordinados". Aproximadamente, el 65 por ciento de todos los supervisores, hombres de cuello azul, afirmaron que no tenían ninguna influencia ni en la remuneración ni en la promoción (no hay datos disponibles para mujeres supervisoras). Si asumimos que todos estos individuos deben ser clasificados como trabajadores, según el criterio de Poulantzas, la proporción de varones en la clase obrera aumenta, en el cuadro 2, del 23 al 33 por ciento. Indudablemente, la verdadera proporción se encuentra en algún punto situado entre ambas estimaciones. En cualquier caso, incluso utilizando esta definición más estricta de supervisión, la clase obrera sigue siendo una clara minoría en el marco teórico de Poulantzas.

CUADRO 2.5. Dimensiones de la clase obrera norteamericana según diferentes criterios (1969)

Criterios de clase obrera	Porcentaje de la población económicamente activa correspondiente a la clase obrera según criterios dados		
	Total	Hombres	Mujeres
Todos los asalariados	88,0	83,6	91,5
Todos los asalariados que no son supervisores	51,9	43,4	67,7
Asalariados de cuello azul (incluyendo supervisores de cuello azul)	46,8	52,4	36,7
Asalariados no supervisores de cuello azul	31,0	31,4	29,8
Trabajo manual no supervisor y productivo (clase obrera según el análisis de Poulantzas)	19,7	22,7	14,6

FUENTE: La misma del cuadro 2.3.

### *La unidad de clase entre la nueva pequeña burguesía y la tradicional*

La relación de los criterios económicos con los ideológicos y los políticos es incluso más importante en el razonamiento de Poulantzas sobre la unidad de clase de la nueva pequeña burguesía y la tradicional que en su análisis de quién debería ser excluido de la clase obrera en primer lugar. En el nivel económico no sólo se caracterizan ambas pequeñas burguesías por una situación económica diferente, sino que las respectivas situaciones son en muchos sentidos recíprocamente opuestas en lo fundamental. En particular, la pequeña burguesía tradicional se ve constantemente amenazada por el crecimiento del capitalismo monopolista, mientras que la nueva pequeña burguesía depende claramente para su reproducción del capital monopolista. Sus intereses son también opuestos en el nivel político: la nueva pequeña burguesía tiene interés, por lo general, en la expansión del Estado; la pequeña burguesía tradicional se opone generalmente a los grandes gobiernos y a los presupuestos estatales abultados.

Para que estos intereses contrapuestos se neutralizaran en el nivel ideológico, los vínculos ideológicos entre ambas pequeñas burguesías deberían ser ciertamente muy poderosos. Pou-

lantzas ofrece de hecho una visión parcial de las ideologías de la nueva pequeña burguesía y de la tradicional; es posible presentarlas a este nivel tan en oposición como en el económico y el político. Si bien es verdad que lo característico de la ideología de ambas pequeñas burguesías es el individualismo, se trata de un individualismo extremadamente diferente para cada una de ellas. El correspondiente a la pequeña burguesía tradicional pone el acento en la autonomía individual, ser el propio jefe, controlar el propio destino, etc. El individualismo de la nueva pequeña burguesía, por el contrario, es el del trepador, el individualismo vinculado a la movilidad organizativa. El nuevo pequeñoburgués arquetípico es el «hombre de la organización», cuyo individualismo está estructurado en torno a las exigencias del progreso burocrático; el arquetipo del pequeñoburgués tradicional es el «individualista duro», capaz de abrirse su propio camino ignorando las exigencias externas de las organizaciones. Englobar ambos en un «individualismo pequeñoburgués» es pasar por alto diferencias importantes.

El problema básico de la discusión que hace Poulantzas de la pequeña burguesía nueva y tradicional no radica, sin embargo, en estas divisiones ideológicas. Incluso si pudiera decirse que las dos categorías poseen ideologías idénticas, sería aún muy dudoso que sobre esta base se las pudiera englobar en una clase única. ¿En qué sentido puede considerarse el nivel económico como determinante «principal» de las relaciones de clase, si dos grupos de agentes con posiciones contradictorias en el nivel económico —que existen, de hecho, en modos de producción diferentes en el nivel económico— pueden ser agrupados, en base a la ideología solamente, en una única clase? A fin de cuentas, el procedimiento adoptado por Poulantzas hace de la ideología el criterio de clase decisivo.

#### La frontera de clase de la burguesía

El cuadro 2.6 presenta las diversas combinaciones de criterios que Poulantzas emplea para definir la burguesía. Los aspectos más valiosos de su discusión son el hincapié en la necesidad de ir más allá de las categorías legales de propiedad y el análisis de las transformaciones y disociaciones históricas de la propiedad económica y de la posesión.

La discusión que hace de la posición de clase de los directivos es, sin embargo, inadecuada. Cuando uno de ellos ocupa una posición en las relaciones de producción caracterizada sí-

CUADRO 2.6. Criterios detallados de la burguesía y para diferenciar a la burguesía de la pequeña burguesía

	Criterios económicos			Criterios políticos		Criterios ideológicos		
	Propiedad legal	Propiedad económica	Poseción	Productor directo	Domnación	Subordinación	Domnación	Subordinación
Capitalistas empresariales tradicionales	+	+	+	-	+	-	+	-
Altos ejecutivos de empresas	-	+	+	-	+	-	+	-
Directivos	-	-	+	-	+	-	+	-
Cúpulas de los aparatos de Estado	-	-	-	-	+	-	+	-
Pequeña burguesía tradicional	+	+	+	+	-	+	+	+

*multáneamente* por la propiedad económica y la posesión, es ciertamente razonable categorizar a ese directivo como parte de la burguesía. El problema surge cuando el directivo ocupa una posición caracterizada por la posesión, pero no por la propiedad económica. La solución que Poulantzas ofrece para esta situación es aducir que, pese a la diferenciación estructural de las diferentes funciones del capital, las posiciones conservan su carácter de partes unitarias del capital. Así, ocupar una posición tal es suficiente para definir al directivo como burgués. Esta solución es arbitraria. Resulta igualmente plausible aducir que la exclusión de la propiedad económica define, en la sociedad capitalista, a los no capitalistas, y que al ser los directivos «meros» poseedores de los medios de producción deben ser excluidos de la burguesía. Una tercera posibilidad —a la que posteriormente se dará un desarrollo más completo— es aducir que en la división social del trabajo hay posiciones que son *objetivamente contradictorias*. Los directivos excluidos de toda propiedad económica constituirían una categoría tal incluso reteniendo una posesión parcial de los medios de producción.

La segunda objeción que puede formularse al análisis que Poulantzas hace de la burguesía es que tiende a considerar la propiedad económica y la posesión como categorías todo-o-nada. Una posición goza o no de control económico real sobre los me-

dios de producción (propiedad económica), y tiene o no capacidad para poner esos medios de producción en funcionamiento (posesión). De hecho, lo que caracteriza a un buen número de posiciones directivas es precisamente disfrutar de formas limitadas tanto de propiedad como de posesión. Ciertos directivos pueden tener un control sustancial sobre un pequeño fragmento del proceso de producción global, mientras que otros pueden disponer de un control muy limitado sobre una porción más amplia del proceso de producción. Si bien está claro que un agente cuyo control es tan limitado que no hace otra cosa que ejecutar decisiones procedentes de los niveles superiores debe ser excluido de la burguesía, hay una ambigüedad considerable sobre cómo tratar a las diferentes clases de directivos de nivel medio. La aparente solución de Poulantzas es argüir que «en todos los casos, por consiguiente, los directivos son parte integral de la clase burguesa»<sup>48</sup>. Una vez más, la solución alternativa es tratar a los casos contradictorios como tales en lugar de reducirlos artificialmente a una categoría de clase u otra.

#### UNA CONCEPTUALIZACIÓN ALTERNATIVA DE LAS FRONTERAS DE CLASE

La crítica general de mayor peso que puede formularse a la perspectiva de Poulantzas se centra quizá en su tratamiento de las posiciones ambiguas dentro de la estructura de clase. En su análisis de la clase obrera, *cualquier* desviación respecto a los criterios estrictos de clase obrera del cuadro 2.1 es suficiente para la exclusión del proletariado. En su análisis de la burguesía, por otra parte, es necesario que la desviación afecte a *todos* los criterios para que se decreta la no pertenencia a la clase capitalista. En ningún caso se contempla la posibilidad de que dentro de la división social del trabajo puedan existir posiciones objetivamente contradictorias<sup>49</sup>.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 180.

<sup>49</sup> Poulantzas, en un momento dado, sugiere de hecho la posibilidad de que existan casos ambiguos cuando escribe: "La división trabajo intelectual/trabajo manual es una división reproducida tendencialmente, en el sentido de que no se trata de una clasificación tipológica de compartimentos rígidos para tal o cual agente preciso, y que lo que nos importa es su funcionamiento social en la existencia y la reproducción de las clases sociales" (*Ibid.*, p. 256). Este tema, sin embargo, nunca es desarrollado ni se le da especificidad teórica alguna por derecho propio. Como máximo, Poulantzas sugiere que puede haber cierta ambigüedad en la aplicación de un criterio particular sobre la posición de clase, pero no que pueda haber ambigüedades creadas por las contradicciones entre los criterios.

#### Situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clase

Una manera alternativa de tratar tales ambigüedades en la estructura de clase es considerar que ciertas posiciones se encuentran en *situaciones objetivamente contradictorias dentro de las relaciones de clase*. En vez de erradicar estas contradicciones clasificando artificialmente toda posición dentro de la división social del trabajo inequívocamente en una clase u otra, las situaciones contradictorias deben ser estudiadas en sí mismas, lo que constituirá el objetivo primario del resto del capítulo<sup>50</sup>. Naturalmente, en cierto sentido todas las posiciones de clase son «situaciones contradictorias», ya que las relaciones de clase son relaciones sociales intrínsecamente antagónicas, contradictorias. La cuestión es que ciertas posiciones dentro de la estructura de clase constituyen situaciones doblemente contradictorias: representan posiciones a caballo entre las relaciones de clase contradictorias básicas de la sociedad capitalista. En lugar de referirme a estas posiciones con la fatigosa expresión «situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clase contradictorias básicas», me referiré a ellas, por conveniencia, simplemente como «situaciones de clase contradictorias».

Nuestra discusión de la estructura de clase se ha centrado hasta aquí en torno a la elaboración de los diferentes criterios de clase, lo que en cierta medida puede inducir a error. La utilización del término «criterios» conlleva usualmente la implicación de que el propósito del análisis es la construcción de tipologías formales, abstractas. Las ambigüedades de la estructura de clase aparecen entonces como problemas de clasificación en la tipología, como fallos de la imaginación analítica antes que como características objetivas de la sociedad misma. El concepto de situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clase no se refiere, sin embargo, a problemas de encasillamiento de la gente en una tipología abstracta, sino a las contradicciones objetivas entre los procesos reales de las relaciones de clase. Para aprehender plenamente la naturaleza de la estructura de

<sup>50</sup> El análisis de Carchedi (*op. cit.* y "Reproduction of social classes at the level of production relations", *Economy and Society*, IV, 4, 1975, pp. 362-417) de las nuevas clases medias guarda cierta semejanza con la presente discusión de las situaciones contradictorias en el seno de las relaciones de clase. Carchedi define las nuevas clases medias como posiciones que realizan tanto la "función global del capital" como la "función del trabajador colectivo", y que por consiguiente "son identificables únicamente en términos de contradicción". Para una discusión y crítica del análisis de Carchedi, véase Wright, *Class structure and income inequality*, apéndice al capítulo 2.

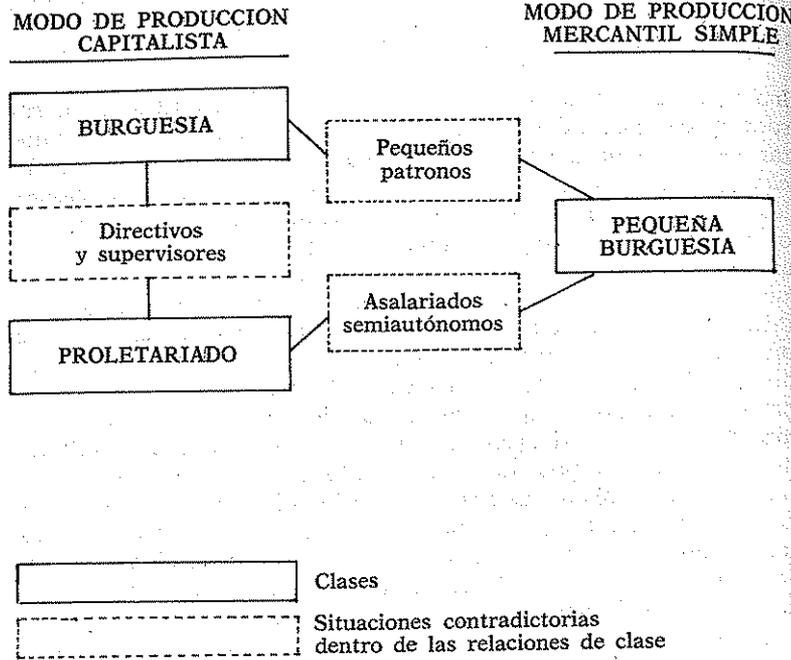


FIGURA 2.1. Relación entre las clases y las posiciones de clase contradictorias en la sociedad capitalista.

clase de las sociedades capitalistas necesitamos, por tanto, entender primero los diferentes procesos que constituyen las relaciones de clase, analizar su transformación histórica en el curso del desarrollo capitalista y examinar finalmente las formas en las que la diferenciación de estos distintos procesos ha generado cierto número de situaciones contradictorias dentro de las estructuras de clase de las sociedades capitalistas avanzadas.

Anticipando la conclusión del análisis se puede afirmar que existen tres conjuntos de posiciones en la división social del trabajo que se pueden caracterizar por estar en situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clase (véase la figura 2.1): 1, los *directivos y supervisores* están en una situación contradictoria entre la burguesía y el proletariado; 2, ciertas categorías de *empleados semiautónomos* que conservan niveles de control relativamente altos sobre su proceso laboral inmediato se encuentran en una situación contradictoria entre la clase obrera y la pequeña burguesía; 3, los *pequeños patronos* están en una situación contradictoria entre la burguesía y la

pequeña burguesía. Nuestra primera tarea es analizar de qué manera estas situaciones contradictorias surgen de la dinámica de las relaciones de clase en la sociedad capitalista avanzada.

### Los procesos de las relaciones de clase

En el curso del desarrollo capitalista hay tres cambios estructurales interconectados que pueden ayudarnos a desvelar los procesos sociales subyacentes a las relaciones de clase en el capitalismo avanzado<sup>51</sup>: la progresiva pérdida de control sobre el proceso laboral por parte de los productores directos; la elaboración, dentro de las empresas y burocracias capitalistas, de jerarquías de autoridad complejas; la diferenciación de las diferentes funciones originalmente englobadas en el capitalismo empresarial<sup>52</sup>. Dado que todos estos desarrollos han sido estudiados ya ampliamente, me limitaré aquí a revisarlos sucintamente a fin de sustanciar los procesos sociales utilizados en el resto del análisis.

1. Pérdida del control sobre el proceso de trabajo por parte de los obreros

Se ha narrado en numerosas ocasiones la saga del despojamiento progresivo de los productores directos en el transcurso del desarrollo capitalista. Es necesario, sin embargo, subrayar aquí que la pérdida de control sobre el proceso de trabajo no es un fenómeno todo-o-nada, sino que ha acaecido gradualmente a lo largo de un dilatado período de tiempo, y que, aún hoy, se da en medida variable. En el proceso de producción de los inicios del capitalismo, los productores directos gozaban generalmente de un control considerable sobre el proceso de trabajo. Con frecuencia, especialmente en las industrias rurales, eran propietarios en parte o totalmente de sus medios de producción inme-

<sup>51</sup> Véase *Ibid.*, cap. 2, para una discusión considerablemente más elaborada sobre estos procesos de las relaciones de clase.

<sup>52</sup> El propósito de estudiar estas tres transformaciones históricas es menos entender sus orígenes históricos, en cuanto tales, que utilizar los reordenamientos estructurales del sistema capitalista para entender los procesos sociales subyacentes a las relaciones de clase en el capitalismo contemporáneo. El presupuesto epistemológico es que un cierto número de procesos sociales diferenciados se cristalizan en la relación de clase entre el proletariado y la burguesía, y que un análisis de las transformaciones históricas de esa relación de clase es un camino para conocer los procesos subyacentes mismos.

diatos. Una situación tal hacía que fuera mucho más fácil para los productores directos controlar el ritmo de su trabajo y la extensión de su jornada laboral, siendo, por tanto, más difícil para los capitalistas incrementar la tasa de explotación. El resultado neto fue que el control de los obreros sobre su propio trabajo funcionó como una limitación de importancia para el proceso de acumulación en el capitalismo temprano<sup>53</sup>.

Gran parte de la historia de la lucha de clases entre capitalistas y obreros, especialmente en el siglo XIX, puede contemplarse como una lucha en términos de control del proceso de trabajo<sup>54</sup>. Como sostiene Stephen Marglin, uno de los impulsos principales para la creación de fábricas fue el deseo de socavar el control obrero<sup>55</sup>. Los propietarios de la fábrica tenían siempre un control mucho mayor sobre la duración de la jornada laboral y generalmente también sobre otros aspectos del proceso de trabajo.

Una vez que los obreros estuvieron reunidos en fábricas continuó el asalto al control que aún conservaban sobre el proceso de trabajo mediante las innovaciones técnicas que fragmentaron el proceso de producción y «descualificaron» progresivamente a la fuerza de trabajo<sup>56</sup>. Los capitalistas podían forzar a los obreros a trabajar durante diez horas de reloj, pero en tanto en cuanto el trabajador conservaba una autonomía real en el proceso de trabajo era difícil para el capitalista estar seguro de extraer diez horas de trabajo real a los obreros. Es mucho más sencillo realizar una supervisión estrecha del proceso de trabajo cuando las tareas son simples y rutinarias y se efectúan según un ritmo determinado por la maquinaria, no por el trabajador. Así, los capitalistas buscaron innovaciones que tendieran a erosionar los niveles de cualificación y redujeran la autonomía de los trabajadores en el puesto de trabajo. Este proceso culminó con la producción masiva mediante la cadena de montaje regulada por los principios del taylorismo, en la que el trabajador perdía toda autonomía y quedaba virtualmente convertido en un componente humano de la máquina.

También aparece en el capitalismo la tendencia opuesta. Según se transforma la tecnología, son necesarias nuevas cualifi-

<sup>53</sup> Véase Cap. 3, pp. 165-166.

<sup>54</sup> Véase especialmente Katherine Stone, "The origins of job structures in the steel industry", *Review of Radical Political Economics*, Vol. 6, 2, 1974.

<sup>55</sup> "What do bosses do?", *Review of Radical Political Economics*, Vol. 6, 2, 1974.

<sup>56</sup> Véase Harry Braverman, *Labor and monopoly capital*, Nueva York, 1974.

caciones, creándose puestos nuevos en los que el trabajador puede tener un mayor control inmediato sobre el proceso de trabajo. Lo que es más, durante las últimas décadas la cruda *gestión* científica defendida por Taylor ha sido reemplazada en algunas empresas, al menos en parte, por enfoques del problema de la productividad del obrero basados en las «relaciones humanas». Una parte de tales nuevos enfoques es el «enriquecimiento» de las tareas y el crecimiento de la esfera de toma de decisiones bajo control del trabajador.

Ambas contratendencias del proceso general de descualificación y de erosión de la autonomía obrera en el proceso de trabajo reflejan todavía, sin embargo, la importancia del control sobre el proceso de trabajo como dimensión de las relaciones de clase. Aunque se creen continuamente nuevas cualificaciones, también es cierta la existencia de una presión constante tendente a la reducción de los niveles de cualificación requeridos para llevar a cabo una tarea dada. Así, por ejemplo, en los inicios del desarrollo de las computadoras quienes de hecho tenían a su cargo el *hardware* solían ser ingenieros; a lo largo de los últimos veinte años este trabajo ha sido gradualmente «descualificado» hasta llegar al momento presente, en que es realizado por técnicos cuyo período de formación tras la enseñanza media no va más allá de uno o dos años.

Respecto a los diferentes experimentos de participación obrera, tal autonomía ampliada se halla casi siempre confinada dentro de límites muy estrechos, considerándose siempre como un modo de hacer que los obreros trabajen más productivamente. Esto es, se abandona el control—generalmente, además, el control periférico—solamente cuando tal circunstancia queda sobradamente compensada por el crecimiento de la producción. Así, en un informe de la Conference Board<sup>57</sup>, titulado «Diseño de tareas para la motivación», Harold Rush escribe: «Suele hacerse hincapié [en el diseño de tareas] en incrementar la motivación interna del empleado de tal modo que lleve a cabo su trabajo con mayor dedicación e interés, lo que contrasta con el control coercitivo, robotizado, con el ritmo de trabajo maquina-

<sup>57</sup> La Conference Board es una organización de investigación financiera sin fines lucrativos, que con sus propias palabras es "una institución destinada a la investigación científica en los campos de la economía y la gestión empresariales. Su único propósito es promover la prosperidad y la seguridad colaborando al funcionamiento eficiente y al desarrollo sólido de la empresa productiva voluntaria". Los miembros de la Conference Board proceden del grupo formado por los altos ejecutivos de las mayores empresas de Estados Unidos, y generalmente sus puntos de vista pueden considerarse como reflejo de la posición de "vanguardia" dentro de la clase capitalista norteamericana.

zado [...]. Se puede decir que el diseño y rediseño de las tareas tiene un único objetivo, si bien éste tiene dos facetas: incrementar tanto la motivación del empleado como su productividad»<sup>58</sup>.

El mayor control obrero del proceso de trabajo, o lo que frecuentemente se denomina «participación obrera», es una forma importante de este rediseño de las tareas destinado a incrementar la productividad. En un segundo informe de la Conference Board, titulado «Participación obrera: voces nuevas en la gestión», John Roach escribe: «Un estudio de la Conference Board realizado entre ejecutivos de alto nivel en cincuenta países señala que los conceptos de participación están ganando creciente aceptación como enfoques para mejorar la productividad, motivar la satisfacción en las tareas y resolver problemas de manejo de personal tanto dentro como fuera de los procesos tradicionales de negociación colectiva. En realidad, las respuestas del grupo internacional encuestado sugieren que el creciente hincapié en la participación añade una nueva y vasta dimensión al funcionamiento de la libre empresa en el mundo occidental. Esto no significa que la dirección haya decidido compartir alguna de las prerrogativas de que goza con sindicatos, consejos obreros u otras formas de representación obrera. Por el contrario, el sentir general de los 143 ejecutivos que han cooperado en el estudio es que la dirección debe resistir los intentos de usurpar su autoridad última para tomar las grandes decisiones»<sup>59</sup>.

Lejos de contradecir la importancia del control del proceso de trabajo como dimensión de las relaciones de clase, las tendencias esporádicas hacia una mayor participación obrera revelan la lógica subyacente de esta dimensión. El capital trata de extraer, durante la jornada laboral, tanto trabajo real del trabajador como le es posible (prácticamente ningún capitalista negará esto). El control sobre el proceso de trabajo es uno de los medios básicos para lograrlo. Bajo ciertas condiciones históricas, por ejemplo cuando una proporción importante de la fuerza de trabajo industrial es pequeña burguesía (artesanos, campesinos, etc.) recientemente proletarizada, con poca experiencia en la disciplina de la fábrica y sin los adecuados hábitos laborales, un control estricto y despótico del proceso de trabajo puede ser, desde el punto de vista del capital, la estructura de

<sup>58</sup> Harold Rush, "Job design for motivation: experiments in job enlargement and job enrichment", *Conference Board Report*, 515, Nueva York, 1971.

<sup>59</sup> John Roach, "Worker participation: new voices in management", *Conference Board Report*, 564, Nueva York, 1973.

control más efectiva. Bajo las condiciones contemporáneas, una parcial relajación del control directo puede lograr el mismo fin<sup>60</sup>. En todo caso, las relaciones sociales de control sobre el proceso de trabajo se mantienen como una dimensión básica de las relaciones de clase.

## 2. La diferenciación de las funciones del capital

Ningún desarrollo en las relaciones sociales capitalistas se ha usado con mayor frecuencia como «prueba» de lo desfasado de la visión de la estructura de clase de Marx que la llamada «separación de la propiedad y el control» en la gran empresa moderna. Nadie puede negar, ciertamente, el considerable crecimiento de las jerarquías directivas en la gran empresa moderna, y la decadencia general de la tradicional firma de propiedad familiar en favor de la compañía con capital social (aunque, como arguye convincentemente Zeitlin, hay gran cantidad de datos que indican que quienes proponen la tesis de la «revolución de los directivos» han exagerado mucho estos cambios)<sup>61</sup>. La cuestión no es si los directivos profesionales desempeñan hoy, en el funcionamiento de las grandes empresas, un papel mayor que hace cien años, sino cómo deben interpretarse estructuralmente tales posiciones en términos de una teoría de las relaciones de clase.

La aparente separación de propiedad y control en la gran empresa oculta un complejo proceso que comprende toda una serie de transformaciones y diferenciaciones estructurales. Dos de tales transformaciones resultan de especial importancia para nuestra discusión: la diferenciación funcional entre propiedad

<sup>60</sup> Esto no equivale a sugerir que el capitalista decide simplemente qué estructura de control del proceso de trabajo es más ventajosa para incrementar la tasa de explotación, procediendo entonces a adoptar esa forma de control. En el siglo XIX hubo con frecuencia una resistencia considerable del trabajo artesanal frente a los esfuerzos de profundización del control capitalista sobre el proceso de trabajo, y, en el presente, muchos de los experimentos que intentan incrementar la participación obrera, especialmente en Europa, han sido el resultado de presiones de los trabajadores antes que de iniciativas de los capitalistas. El control del proceso de trabajo es un objeto constante de la lucha de clases (o quizá más precisamente: es una dimensión de la lucha de clases), y los modelos reales de control que surgen deberían ser contemplados como resultado de esta lucha y no simplemente como mecanismos manipuladores empleados por los capitalistas.

<sup>61</sup> Maurice Zeitlin, "Corporate ownership and control: the large corporation and the capitalist class", *American Journal of Sociology*, Vol. 79, 1974.

económica y posesión y la parcial disociación de la propiedad jurídica y la propiedad económica. En el siglo XIX, estas tres dimensiones de la propiedad estaban encarnadas en el capitalista empresarial: como parte del proceso de concentración y centralización del capital han tendido a diferenciarse al menos parcialmente.

La separación parcial de la propiedad económica (el control del flujo de inversiones en la producción o, más concretamente, el control de *qué* se produce) y la posesión (el control del proceso de producción, o lo que es lo mismo, el control de *cómo* se produce) es una consecuencia de la concentración y la centralización del capital en el proceso de acumulación. La concentración y centralización crecientes han estimulado, por dos razones, la diferenciación de la propiedad económica y la posesión; la primera y más obvia es que, al aumentar la escala, tanto de la propiedad como de la producción, resulta cada vez menos práctico que los mismos individuos estén igualmente dedicados a ambas funciones. Las presiones generadas por la competencia tienden a empujar a los capitalistas a la contratación de directivos profesionales para que se hagan cargo de aspectos específicos de la producción y ayuden eventualmente a coordinar el proceso de producción en su conjunto. La segunda es que, como ha subrayado Poulantzas, el capitalismo monopolista tiende a desarrollar más rápidamente la concentración y centralización de la propiedad económica que la concentración y centralización de la posesión, es decir, tiende a unificar formalmente una colección heterogénea de procesos de producción bajo una propiedad económica única. En tales circunstancias, no existe posibilidad de que las dos funciones del capital —propiedad y posesión— se fundan completamente en una única posición.

El desarrollo capitalista se ha caracterizado también por una disociación gradual de la propiedad jurídica formal y la propiedad económica real. Este es el famoso fenómeno de la dispersión de la propiedad de las acciones en la gran empresa. Este hecho ha sido el dato central utilizado por quienes apoyan la tesis de la revolución de los directivos para aducir que el control de la empresa ha pasado de los propietarios a los directivos profesionales. Los marxistas han extraído, por lo general, conclusiones bien distintas. Basándose en los argumentos de Hilferding, escribe DeVroey: «En relación al segundo aspecto de la separación entre propiedad y control, es decir, la disociación de la propiedad jurídica y la propiedad como relación de producción, la interpretación marxista es la siguiente: la

dispersión de las acciones entre un gran número de pequeños propietarios se acepta como un hecho, y se explica en cuanto medio para movilizar el volumen siempre creciente de capital necesario para la acumulación. Pero en lugar de ver en la dispersión de las acciones un obstáculo a la concentración del control, el marxismo la interpreta justamente en la forma opuesta: como un medio para reforzar el control real de los grandes accionistas, que así consiguen controlar un volumen de fondos desproporcionado respecto a su propiedad real. Paradójicamente, la dispersión de las acciones favorece de este modo la centralización del capital»<sup>63</sup>. Para probar la tesis de la revolución de los directivos, por consiguiente, no basta con señalar la amplia dispersión de la propiedad de las acciones, sino que es preciso mostrar que la propiedad económica real está en manos de los directivos, es decir, que ellos controlan realmente el proceso de acumulación en su conjunto. El hincapié en la propiedad económica por oposición a la propiedad jurídica formal no implica que los títulos legales y otras formas de propiedad sean irrelevantes para entender las relaciones de clase. Al contrario: en la medida en que las relaciones de producción capitalistas se enmarcan en la superestructura legal de la propiedad privada, la propiedad jurídica formal es, por lo general, una condición *necesaria* de la propiedad económica. Lo importante de la distinción entre propiedad económica y propiedad jurídica es que el título formal no es una condición *suficiente* para la participación real en el control de las inversiones y del proceso de acumulación<sup>64</sup>.

<sup>63</sup> Michael DeVroey, "The separation of ownership and control in large corporations", *Review of Radical Political Economics*, Vol. 7, 2, 1975.

<sup>64</sup> El debate sobre la relación entre propiedad legal y propiedad económica real cobra especial importancia en el análisis de las relaciones de clase en las sociedades donde toda propiedad pertenece legalmente al Estado (tales como la URSS o China). Los defensores más vigorosos de la tesis de que la propiedad legal posee un significado enteramente secundario tienden a ser aquellos que desean demostrar que tales países son esencialmente capitalistas. No abordaré las cuestiones de clase en tales economías de propiedad estatal. En Occidente, la propiedad legal no puede relegarse a un estatuto puramente epifenoménico. El título legal de propiedad sigue siendo el vehículo esencial para el control de los recursos en la sociedad capitalista, y conforma por consiguiente todo el proceso de acumulación. No todos los individuos que son propietarios de acciones son parte de la burguesía, pero todos los ocupantes de posiciones de clase burguesas son propietarios de cantidades sustanciales de acciones (u otras formas de propiedad de los medios de producción).

### 3. El desarrollo de jerarquías complejas

El mismo proceso de concentración y centralización del capital que genera la diferenciación básica entre propiedad económica y posesión genera también diversas formas de diferenciación interna en el seno de cada una de estas dimensiones de la propiedad. Ocupémonos primero de las relaciones de posesión. Las relaciones de posesión conciernen a la dirección y el control del proceso de producción capitalista. Dicha dirección engloba dos aspectos analíticamente distintos: primero, el control de los medios físicos de producción; segundo, el control del trabajo. Incluso en la empresa capitalista temprana había ya cierta diferenciación estructural entre estos dos aspectos. Normalmente se excluía a los capataces de todo control real de los medios físicos de producción, mientras desempeñaban un importante papel en la supervisión de los obreros. Con la expansión de la empresa capitalista surgieron nuevas capas de supervisores, lo que condujo eventualmente a la compleja jerarquía de control social de la gran empresa monopolista. El desarrollo capitalista ha producido también una elaborada jerarquía dentro del otro aspecto de la posesión, el control sobre los medios físicos de producción. En los niveles superiores de la jerarquía, los altos directivos controlan todo el aparato de la producción<sup>64</sup>. Por debajo de ellos, diversos niveles de directivos medios participan en el control de ciertos segmentos del proceso de producción. En el nivel más bajo, algunas categorías de trabajadores conservan algún control real sobre su inmediato proceso de producción (es decir, sobre cómo hacen su trabajo). Por lo que toca a la propiedad económica, puede desarrollarse una línea de razonamiento semejante. En la empresa capitalista temprana, la propiedad económica no estaba organizada jerárquicamente: una sola figura era responsable en esencia de todo el proceso de acumulación. En la gran empresa moderna, sin embargo, pueden distinguirse diferentes niveles de propiedad

<sup>64</sup> El "nivel" se refiere principalmente al grado de control ligado a una posición particular, antes que a la localización formal dentro de una jerarquía organizativa (aunque ambas cosas tienden generalmente a coincidir). En este contexto no debe pensarse que el término "control" implica que el individuo que ocupa una posición social determinada controla los medios de producción en cuanto individuo. El término designa más bien una relación social entre la posición y los medios de producción. Afirmar que los altos directivos "controlan todo el aparato de la producción" no significa que ningún individuo concreto controle por sí mismo la totalidad de dicho aparato, sino más bien que el individuo ocupa una posición que participa en el control de todo el aparato de la producción.

económica. La propiedad económica plena corresponde a la participación en el control de la inversión y del proceso de acumulación globales. Normalmente, esta posición estará ocupada por los altos ejecutivos de la empresa y ciertos miembros del consejo de administración. Casi siempre la propiedad económica plena implica simultáneamente un nivel sustancial de propiedad jurídica formal. Por debajo de este nivel se encuentran los ejecutivos y directivos que participan en decisiones concernientes a las inversiones a realizar bien en subunidades del proceso de producción total (ramas, por ejemplo) o a aspectos parciales del proceso de inversión global (comercialización, por ejemplo). Finalmente, la propiedad económica mínima comprende el control sobre lo que uno produce en el proceso de trabajo inmediato, incluso aunque no se tenga ningún control sobre lo que se produce en el proceso de producción en su conjunto<sup>65</sup>. Estos diferentes niveles jerárquicos dentro de las relaciones de propiedad económica y de las relaciones de posesión se resumen en el cuadro 2.7.

Tomando como base este breve esbozo de los desarrollos históricos en el seno de las relaciones de producción capitalistas, resulta posible aislar tres procesos fundamentales subyacentes a la relación básica capital/trabajo: el control sobre los medios físicos de producción; el control sobre la fuerza de trabajo; el control sobre las inversiones y la asignación de los recursos. Los dos primeros constituyen lo que Poulantzas ha denominado posesión, mientras que el tercero coincide esencialmente con la propiedad económica. Debe hacerse hincapié nuevamente en que estos tres procesos constituyen el núcleo real de las relaciones de clase en la sociedad capitalista: no son meramente dimensiones analíticas derivadas de un razonamiento *a priori*<sup>66</sup>.

<sup>65</sup> Tal propiedad económica residual constituye propiedad genuina en la medida en que existe un auténtico control sobre la disposición de recursos, sobre lo que es producido. Naturalmente, en la mayoría de las grandes empresas dicha propiedad mínima se halla fuertemente limitada por relaciones de propiedad de más alto nivel, tanto en el sentido de la limitación, por decisiones superiores de los posibles usos de los recursos, como en el sentido de que la magnitud de los recursos disponibles puede venir estrictamente determinada desde arriba. Cuando dicho control sobre lo que se produce llega a ser tan marginal que resulta irrelevante respecto del proceso global de acumulación, deja de tener sentido hablar de incluso formas residuales de propiedad económica.

<sup>66</sup> La no arbitrariedad de la elección de estas tres dimensiones de las relaciones de clase queda reflejada en su correspondencia con los tres elementos en las ecuaciones de valor formales de la economía política marxista (valor total =  $c + v + s$ ). El control sobre los medios físicos de producción representa las relaciones de control sobre el capital cons-

CUADRO 2.7. Niveles jerárquicos dentro de las relaciones de propiedad

	Relaciones de posesión (control sobre cómo se produce)	Relaciones de posesión (control sobre cómo se produce)	Propiedad legal
	Control de los medios de producción	Control de la fuerza de trabajo	
Control pleno	Control de la inversión global y el proceso de acumulación	Control del aparato de producción en su conjunto	Acciones suficientes para asegurar la influencia sobre las inversiones y la acumulación
Control parcial	Participación en las decisiones concernientes a subunidades del proceso total de producción o a aspectos parciales del proceso de inversión en su conjunto	Control sobre un segmento del proceso total de producción	Acciones suficientes para asegurar la participación financiera en los beneficios de la empresa (las acciones son una parte importante del ingreso)
Control mínimo	Control sobre lo que uno produce en su inmediato proceso de trabajo	Control sobre los instrumentos inmediatos de producción; sobre cómo se realiza el trabajo	Propiedad marginal de acciones (las acciones son una parte irremovible del ingreso)
Ausencia de control	Exclusión completa de participación en decisiones acerca de qué se produce	Control insignificante sobre cualquier aspecto de los medios de producción	Ninguna propiedad de acciones

El antagonismo de clase fundamental entre trabajadores y capitalistas puede verse como una polarización de cada uno de estos tres procesos o dimensiones subyacentes: los capitalistas controlan el proceso de acumulación, deciden cómo deben ser utilizados los medios físicos de producción y controlan la estructura de autoridad dentro del proceso de trabajo. Los trabajadores, por el contrario, están excluidos del control sobre las relaciones de autoridad, los medios físicos de producción y el proceso de inversión. Estas dos combinaciones de los tres procesos de las relaciones de clase constituyen los dos lugares de clase antagónicos básicos dentro del modo de producción capitalista.

Cuando se analiza el sistema capitalista al más alto nivel de abstracción —el nivel del modo de producción capitalista puro— éstas son las únicas posiciones de clase definidas por las relaciones de producción capitalistas<sup>67</sup>. Si nos desplazamos al nivel de abstracción inmediatamente inferior —lo que se llama generalmente nivel de la «formación social»— surgen otras posiciones de clase.

Aparecen, ante todo, en razón de que las sociedades capitalistas reales contienen siempre modos de producción subordinados diferentes del propio modo de producción capitalista.

tante; el control sobre el trabajo; las relaciones de control sobre el capital variable; y el control sobre las inversiones y la acumulación de las relaciones de control sobre el plusvalor. (Esta correspondencia ha sido sugerida por Michael Soreff.)

<sup>67</sup> Hay una arraigada tradición en el marxismo que limita la definición de las clases a este nivel más abstracto. Tales visiones de las clases en términos de polarización simple insisten en que, salvo los residuos de clases procedentes de modos de producción precapitalistas, todas las posiciones en la sociedad capitalista caen dentro de la clase capitalista o dentro de la clase obrera. Todos los asalariados son considerados normalmente en dichos análisis como trabajadores. El principal punto débil es que suponen que la simplicidad de las relaciones de clase en el nivel de abstracción del modo de producción se puede traducir directamente en una simplicidad correspondiente en el nivel de las sociedades concretas. Las complejidades adicionales de las estructuras sociales concretas son consideradas como de importancia puramente secundaria. Pueden contribuir a establecer divisiones dentro de las clases, pero en principio pueden carecer de efectos sobre los criterios referentes a las fronteras de clase. Esta es una forma fundamentalmente incorrecta de entender la relación entre los niveles abstractos y concretos del análisis. Las relaciones abstractas no hacen desaparecer la importancia de las complejidades concretas, sino que más bien las hacen teóricamente inteligibles. Como veremos más adelante, las situaciones contradictorias de clase únicamente pueden entenderse haciendo referencia a las relaciones de clase básicamente polarizadas del modo de producción capitalista, y, sin embargo, no pueden reducirse a estas posiciones de clase polarizadas.

En particular, la producción mercantil simple (es decir, la producción para el mercado realizada por productores autoempleados independientes que no contratan trabajadores) ha existido siempre en el seno de las sociedades capitalistas. Dentro de la producción mercantil simple, la pequeña burguesía se define por tener la propiedad económica y la posesión de los medios de producción, pero no control sobre la fuerza de trabajo (ya que no emplea ninguna). La relación de la pequeña burguesía con las posiciones de clase polarizadas del modo de producción capitalista queda ilustrada en el cuadro 2.8.

CUADRO 2.8. Posiciones no ambiguas dentro de las relaciones de clase

	Procesos subyacentes a las relaciones de clase		
	Propiedad económica	Posesión	
	Control sobre las inversiones y el proceso de acumulación	Control sobre los medios físicos de producción	Control sobre la fuerza de trabajo de otros
Burguesía	+	+	+
Proletariado	-	-	-
Pequeña burguesía	+	+	-

+ Control pleno.  
- Ausencia de control.  
(Véase cuadro 2.7 para definiciones precisas.)

Una segunda forma en la que aparecen posiciones de clase adicionales cuando abandonamos la abstracción del modo de producción capitalista puro es que los tres procesos que constituyen las relaciones sociales de producción capitalistas no siempre coinciden perfectamente. Esta no coincidencia de las dimensiones de las relaciones de clase define las situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clase.

#### *El análisis de las situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clase*

Examinaremos dos clases diferentes de situaciones contradictorias: 1, entre la burguesía y el proletariado, es decir, situaciones definidas por combinaciones contradictorias de los tres

procesos subyacentes a las relaciones de clase dentro del modo de producción capitalista; 2, entre la pequeña burguesía, por un lado, y el proletariado y la burguesía, por otro, es decir, entre el modo de producción capitalista y la producción mercantil simple<sup>68</sup>. El cuadro 2.9 muestra la relación básica entre las situaciones inequívocas del cuadro 2.8 y las situaciones contradictorias. Además de los tres procesos sociales que hemos discutido anteriormente, este esquema contiene también tres categorías jurídicas: la propiedad jurídica, el estatus jurídico de empleador de fuerza de trabajo y el estatus jurídico de vendedor de fuerza de trabajo. Se incluyen estos tres procesos jurídicos porque se les trata muy frecuentemente como determinantes de la posición de clase. Debe tenerse presente con referencia a ellos que los criterios jurídicos son de una importancia estrictamente secundaria: lo fundamental siguen siendo los patrones de situaciones contradictorias definidos por los tres procesos fundamentales de las relaciones de clase.

#### *Situaciones contradictorias entre el proletariado y la burguesía*

Del cuadro 2.9 se desprende inmediatamente que la cualidad contradictoria de una situación particular dentro de las relaciones de clase es una variable y no una característica toda-ona. Puede pensarse que ciertas posiciones ocupan una situación contradictoria próxima a la frontera del proletariado, y que otras ocupan una situación contradictoria cercana a la frontera de la burguesía.

La situación contradictoria más próxima a la clase obrera es la de los capataces y supervisores de la cadena. Normalmente los capataces gozan de poco control real sobre los medios físicos de producción, y, si bien ejercen control sobre la fuerza de trabajo, dicho control no va mucho más allá de ser la correa de transmisión formal de órdenes procedentes de los niveles superiores. Es difícil decir si durante el curso del desarrollo

<sup>68</sup> No discutiremos las situaciones contradictorias que se producen en razón de que un individuo ocupa simultáneamente dos posiciones de clase dentro de las relaciones sociales de producción. Por ejemplo, un artesano que trabaje en una fábrica durante los días laborales puede funcionar como un artesano pequeño burgués autoempleado durante los fines de semana y por las tardes. Si bien tal doble pertenencia de clase puede ser importante en ciertas circunstancias históricas, no plantea el mismo tipo de problema analítico que plantean las posiciones situadas de modo contradictorio dentro de las relaciones de clase.

CUADRO 2.9. Situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clase

	Procesos sociales sustantivos que implican las relaciones de clase			Categorías jurídicas de las relaciones de clase		
	Propiedad económica	Posesión	Propiedad legal	Trabajo asalariado		
<i>Burguesía</i>						
Capitalistas tradicionales	+	+	+	+	Parcial	—
Altos ejecutivos de empresas	+	+	+	+	Mínimo	—
<i>Situación contradictoria entre el proletariado y la burguesía</i>						
Altos directivos	Parcial	+	+	+	Parcial	Parcial
Directivos medios	Mínimo	Parcial	+	+	Mínimo	+
Tecnócratas	Mínimo/—	Mínimo	+	+	—	+
Capataces/supervisores de la cadena	—	—	—	—	—	+
Proletariado	—	—	—	—	—	+
<i>Situación contradictoria entre el proletariado y la pequeña burguesía</i>						
Empleados semiautónomos	Mínimo	Mínimo	—	—	—	+
<i>Pequeña burguesía</i>						
Pequeños patronos	+	+	+	+	+	—
<i>Situación contradictoria entre la pequeña burguesía y la burguesía</i>						
Pequeños patronos	+	+	+	+	+	—

+ Pleno control    Parcial: Control atenuado.    Mínimo: Control residual.    — Ausencia de control

capitalista en el siglo pasado la situación de clase de los capataces se ha acercado o se ha separado de la ocupada por la clase obrera. Por una parte, los antiguos capataces con frecuencia participaban directamente en el proceso de producción junto a los trabajadores, e incluso defendían a éstos del tratamiento arbitrario del patrón. Por otra, el capataz de una fábrica del siglo XIX gozaba a menudo de un poder y un arbitrio personales mucho mayores que los de hoy. En el siglo XIX la organización normal de la autoridad dentro de la fábrica capitalista coincidía casi punto por punto con la de un ejército. La cadena de mando era única y la autoridad de cada nivel era absoluta respecto al nivel inmediatamente inferior. Tal sistema fue llamado apropiadamente por Marx «despotismo fabril», y en él los capataces tenían la posibilidad de comportarse como pequeños despotas. Con el crecimiento de la empresa capitalista en extensión y complejidad, la estructura de autoridad fue adquiriendo un nivel creciente de burocratización. Como diría Weber, los capataces se convirtieron cada vez más administradores de reglas impersonales en lugar de dispensadores de mandatos personales.

En un estudio de las normas laborales en las organizaciones capitalistas estructuradas burocráticamente, Richard Edwards describe este cambio en las relaciones de autoridad como sigue: «Lo que diferencia a las empresas modernas de sus primitivos y toscos prototipos —y en particular lo que distingue la organización burocrática de la simple jerarquía— es que en las empresas organizadas burocráticamente el ejercicio del poder se *institucionaliza*. Las órdenes externas, arbitrarias, personales, del patrón son reemplazadas por procedimientos y reglas establecidos: el «dictado de la ley» sustituye al «dictado del mando personal». Las actividades laborales son dirigidas por reglas. No queda ya nivel alguno en el que los supervisores dirijan las actividades de los obreros por medio de instrucciones personales, sino que se limitan a hacer cumplir las reglas y a evaluar (penalizando o recompensando) a sus subordinados de acuerdo con criterios preestablecidos de rendimiento laboral adecuado. Cada vez más la estructura laboral se diseña de tal forma que el control administrativo pueda reemplazar al control ejecutivo»<sup>69</sup>. El desarrollo de la empresa capitalista ha empujado, por lo tanto, a los capataces en dos direcciones opuestas: se han separado de los obreros al decrecer su vinculación con la

<sup>69</sup> *Alienation and inequality: capitalist relations of production in business enterprises*, tesis doctoral, Universidad de Harvard, Departamento de Economía, p. 102.

producción directa y se han acercado a ellos al burocratizarse gradualmente su poder personal. Parecería, superficialmente al menos, que la primera de estas tendencias fue la predominante durante la parte inicial de este siglo, mientras que la segunda probablemente predomina hoy. En todo caso, cuando el control de los supervisores sobre la fuerza de trabajo se atenúa en tal medida que el supervisor carece incluso de la capacidad de imponer sanciones negativas, su posición se funde entonces con la de la clase obrera, y se debe dejar de ver en ella una situación contradictoria. Este sería el caso, por ejemplo, del jefe de un equipo de trabajo sobre el que pesan responsabilidades especiales relativas a la coordinación de las actividades de los demás miembros del equipo, pero que carece de todo poder real sobre ellos.

En el otro extremo de la situación contradictoria entre obreros y capitalistas, los altos directivos ocupan una situación contradictoria en la frontera de la burguesía: aunque en general les caracteriza una participación limitada en la propiedad económica, difieren poco de la burguesía en lo tocante a relaciones de posesión. Del mismo modo que antes, los ejecutivos de grandes empresas que ocupan la cúspide de la jerarquía directiva se confunden básicamente con la clase capitalista misma.

Las situaciones más contradictorias entre la burguesía y el proletariado están ocupadas por los directivos medios y por lo que podríamos llamar ampliamente «tecnócratas». El término se refiere en este contexto a los técnicos y profesionales de diversa índole que, incluidos en la jerarquía de la empresa, tienden a gozar de un grado limitado de autonomía respecto a su propio trabajo (un control *mínimo* sobre lo que producen y la forma de producirlo) y de un control limitado sobre sus subordinados, pero no están a cargo de fragmentos del aparato productivo. Los directivos medios, por el contrario, controlan diversos segmentos del proceso de trabajo, y controlan no sólo a sus subordinados inmediatos, sino también a una parte de la jerarquía de autoridad misma. Con palabras de Harry Braverman, los directivos medios y los tecnócratas tienen un pie en la burguesía y otro en el proletariado. Al discutir las nuevas ocupaciones técnicas y los directivos medios, Braverman escribe: «Si vamos a calificar esto de 'nueva clase media', como han hecho muchos, debemos hacerlo, sin embargo, con ciertas reservas. La antigua clase media ocupaba esa posición en virtud de su situación exterior a la estructura de clase polar; no poseía los atributos del capitalista ni los del obrero, ni desem-

peñaba tampoco un papel directo en el proceso de acumulación de capital, a uno u otro lado. Esta 'nueva clase media', por el contrario, ocupa su posición intermedia no porque sea exterior al proceso de crecimiento del capital, sino porque, en tanto que parte de este proceso, toma sus características de *ambos lados*. No solamente recibe su pequeña parte de las prerrogativas y beneficios del capital, sino que lleva también la marca de la condición proletaria»<sup>70</sup>. Distintos a los supervisores de la cadena y capataces, por una parte, y a los altos directivos, por otra, los directivos medios y los tecnócratas carecen de un polo de clase nítido al que vincularse. La cualidad contradictoria de su situación de clase es mucho más intensa que en los otros casos ya examinados, lo que tiene como resultado que es mucho más difícil estudiar la posición general que asumirán en la lucha de clases.

#### *Situaciones contradictorias entre la pequeña burguesía y otras clases*

El análisis de las situaciones contradictorias entre la pequeña burguesía y otras clases plantea un problema en cierto modo diferente del de las situaciones contradictorias entre la burguesía y el proletariado, habida cuenta de que comprende situaciones emplazadas entre modos de producción diferentes y no dentro de uno solo.

La situación contradictoria entre la pequeña burguesía y la burguesía es conceptualmente más simple que la emplazada entre la pequeña burguesía y el proletariado. El rasgo distintivo de la producción capitalista es la apropiación de plusvalor mediante la explotación de los obreros en el proceso de trabajo. En la producción mercantil simple, por el contrario, no hay explotación: el plusvalor producido es generado por el productor pequeñoburgués y su familia. Naturalmente, por lo general, el plusvalor suele ser muy exiguo, con lo que, de producirse alguna acumulación, será escasa. Cuando un productor pequeñoburgués emplea un solo ayudante tiene lugar un cambio inmediato en las relaciones sociales de producción debido a que, desde ese momento, puede explotarse el trabajo de un obrero. Pero el plusvalor que pueda arrancarse a un solo empleado seguirá siendo probablemente muy reducido y, lo que es más importante, probablemente será inferior al plusproducto generado por el productor pequeñoburgués mismo. Esto resulta es-

<sup>70</sup> Braverman, *Labor and monopoly capital*, p. 467.

pecialmente probable desde el momento en que, en la producción pequeñoburguesa, se observa a menudo cómo una parte considerable del trabajo es realizado por familiares no remunerados. Con la incorporación de empleados adicionales decrecerá la proporción del plusproducto total generada por la familia pequeñoburguesa: llegará a ser inferior al 50 por 100 y se convertirá eventualmente en una pequeña fracción del excedente total. En este momento el productor pequeñoburgués se afianza como pequeño capitalista. No existe una base *a priori* para decidir cuántos son los empleados necesarios para que tal transformación se cumpla, sino que su número variará considerablemente para las diferentes tecnologías empleadas en la producción y para diferentes períodos históricos. En cualquier caso, entre este pequeño capitalista y el productor pequeñoburgués puro se encuentra la situación contradictoria entre la clase capitalista y la pequeña burguesía.

La mejor forma de entender la situación contradictoria entre la pequeña burguesía y el proletariado quizá sea volver al proceso histórico de proletarización de la pequeña burguesía. La dinámica central subyacente a esta transformación era la necesidad del capital de incrementar su control sobre el proceso de trabajo. Cada paso de la transformación comprendía una mayor penetración de la dominación capitalista en la actividad laboral de los productores directos, hasta que con la forma clásica de gestión científica el productor directo se vio despojado completamente del control sobre su trabajo. Este proceso está siendo renovado constantemente en el seno del capitalismo: no es un proceso que de alguna forma se completara a comienzos del presente siglo.

Existen todavía hoy categorías de empleados que poseen un cierto grado de control sobre sus condiciones inmediatas de trabajo, sobre su proceso de trabajo inmediato. En tales casos, el proceso de trabajo no está completamente proletarizado. Así, incluso aunque tales empleados trabajen para la autoexpansión del capital, e incluso aunque hayan perdido el estatus jurídico de autopatronos, puede considerárseles todavía como ocupantes de islotes residuales de relaciones de producción pequeñoburguesas dentro del modo de producción capitalista mismo. En su entorno laboral inmediato mantienen el proceso de trabajo del artesano independiente, aunque el capital los emplee como trabajadores asalariados. Controlan la forma en que hacen su trabajo, y tienen al menos cierto control sobre lo que producen. Buenos ejemplos de esto son el investigador en un laboratorio o el profesor de una universidad de élite. Si

bien tales posiciones pueden no tener un control real sobre la fuerza de trabajos de otros, gozan, sin embargo, de un control inmediato considerable sobre las condiciones de trabajo (es decir, la investigación). Mas en general, muchos empleados técnicos de cuello blanco y ciertos artesanos altamente capacitados poseen al menos una forma limitada de autonomía respecto a su proceso de trabajo inmediato. Este control mínimo sobre los medios físicos de producción ejercido por empleados exteriores a la jerarquía de autoridad constituye la situación contradictoria básica entre la pequeña burguesía y el proletariado.

Aunque hay cierto debate en torno a esta cuestión, parece probable que en el curso del desarrollo capitalista de los últimos cincuenta años este tipo particular de situación contradictoria se haya reducido en alguna medida. Desde luego, la proporción de empleados de cuello blanco dentro de la fuerza de trabajo ha crecido; pero, como Braverman ha mostrado convincentemente, dicha expansión se ha combinado con una proletarización constante de las condiciones de trabajo de los trabajadores de cuello blanco. Queda por ver si el efecto neto de estas dos tendencias —la expansión del número de empleos de cuello blanco y la proletarización del trabajo de cuello blanco— ha incrementado o ha disminuido las situaciones contradictorias entre la clase obrera y la pequeña burguesía. Parece casi seguro, en todo caso, que la gran mayoría de los empleados de cuello blanco, especialmente las secretarías y oficinistas, gozan de una autonomía en el trabajo cuando más trivial, por lo que deben ser incluidos en la clase obrera.

¿Cuánta autonomía se requiere en realidad para decir que una posición ocupa una situación contradictoria entre la clase obrera y la pequeña burguesía? Seguramente decir que es suficiente cualquier autonomía es un criterio demasiado amplio. Aunque los datos históricos sobre el proceso de trabajo son muy escasos, es probable que sólo una pequeña fracción de la clase obrera haya correspondido a la imagen clásica del trabajador plenamente proletarizado, sometido completamente al control del capitalista mediante un proceso de trabajo primordialmente subdividido y gobernado por los principios de la gestión científica. La mayor parte de los obreros han podido mantener al menos cierto control residual sobre su proceso de trabajo inmediato durante la mayor parte del tiempo. De modo semejante, sería inapropiado restringir el concepto de «semiautonomía» a posiciones que, como los profesores universitarios, gozan de unos niveles de control extremadamente altos

sobre el ritmo del trabajo, su planificación, contenido, etc. Está claro, por consiguiente, que habrá que contar con cierto grado de arbitrariedad en todo intento de definir rigurosamente la situación de clase del trabajador semiautónomo<sup>71</sup>.

Provisionalmente adoptaré como criterio mínimo de semiautonomía el que tales posiciones deben poseer al menos cierto control tanto sobre lo que se produce (propiedad económica mínima) como sobre la forma en que se produce (posesión mínima). Esto significa que posiciones tales como los técnicos de laboratorio no deberían incluirse en la categoría de semiautónomos, ya que generalmente no poseen control alguno sobre la clase de experimentos que se llevan a cabo, incluso aunque un técnico puede gozar de un control muy considerable sobre otras condiciones de trabajo (ritmos, pausas, técnicas utilizadas, etc.). Un científico que se dedique a la investigación, por el contrario, gozará frecuentemente de autonomía no sólo con respecto a la forma de realizar un experimento, sino también para elegir los experimentos que se deban realizar. Los investigadores científicos, por tanto, se hallan claramente dentro de la categoría del empleado semiautónomo<sup>72</sup>.

Podrían discutirse otras situaciones contradictorias. Por ejemplo, los dueños de gasolineras y autoservicios pueden ser considerados como emplazados en una situación contradictoria

<sup>71</sup> Existe un problema similar con las demás situaciones contradictorias. ¿Cuántos empleados son necesarios para convertir a un pequeño patrono (la situación contradictoria entre la pequeña burguesía y la burguesía) en un capitalista en el sentido estricto? ¿Hasta qué punto debe ser residual la autoridad de un capataz para que se le considere un trabajador? ¿Qué grado de participación en las decisiones de inversión es necesario para considerar a un alto directivo como parte de la burguesía? En cada caso, por consiguiente, habrá situaciones ambiguas en los límites mismos de las clases polarizadas, y siempre que se apliquen criterios formales a dichas posiciones habrá que contar con una cierta dosis de arbitrariedad. La categoría de trabajador semiautónomo, sin embargo, plantea problemas adicionales a causa de las ambigüedades del concepto de autonomía.

<sup>72</sup> Existe una importante relación entre el análisis de Poulantzas del trabajo intelectual y esta discusión de los trabajadores semiautónomos. Poulantzas define el trabajo intelectual como trabajo que implica el "conocimiento secreto" del proceso de producción, en el sentido de conocimiento acerca de la organización y la coordinación del proceso de producción en su conjunto. Poulantzas hace también hincapié en que el hecho de ser trabajador intelectual (en el sentido en que él utiliza el término) no es suficiente para adquirir tal conocimiento: es necesario utilizar realmente el trabajo intelectual dentro del proceso de producción (véase la nota 18 *supra*). Los trabajadores semiautónomos son, en estos términos, trabajadores que poseen dicho conocimiento del proceso de producción en su conjunto y que tienen capacidad para utilizar este conocimiento en sus trabajos. Esto es lo que significa tener un control mínimo sobre lo que se produce y cómo se produce.

entre la pequeña burguesía o los pequeños patronos y los directivos. Aunque conservan algunas características de los productores independientes autoempleados, se convierten también en algo muy parecido a los funcionarios de las grandes empresas capitalistas. Los catedráticos que cuentan con grandes presupuestos de investigación, que les permiten contratar directamente ayudantes, secretarías, etc., podrían ser considerados como emplazados en una situación contradictoria entre los empleados semiautónomos y los pequeños patronos. Podrían mencionarse otros casos especiales, pero las situaciones contradictorias más importantes son las discutidas más arriba.

#### *Dimensiones de las situaciones contradictorias*

Basándonos en los mismos datos que utilizamos para analizar las dimensiones de la clase obrera, según los criterios de Poulantzas, podemos hacer algunas estimaciones aproximadas del volumen de las distintas situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clase. Los resultados aparecen en la figura 2.2. Los criterios utilizados para establecer las estimaciones superior e inferior de cada categoría se recogen en el cuadro 2.10.

Por desgracia, los datos disponibles no incluyen ninguna información precisa sobre la autonomía de los trabajadores en el sentido en el que estamos utilizando este concepto. Contienen, sin embargo, cierto número de preguntas concernientes a evaluaciones subjetivas de las características del trabajo. Se pide a los sujetos interrogados que indiquen si una serie de descripciones de trabajos caracterizan al suyo propio «mucho», «algo», «poco» o «nada». Dos de estas descripciones inciden en la cuestión de la autonomía en el trabajo:

«Un empleo que te da mucha libertad respecto a cómo hacer tu trabajo.»

«Un empleo que te permite tomar muchas decisiones por ti mismo.»

Estas preguntas son obviamente subjetivas, al quedar a discreción del interrogado el significado de «mucho», «libertad», «decisiones», etc. El hecho de que el 46 por ciento de los interrogados diga que su trabajo se caracteriza *mucho* por una gran libertad, y un 49 por 100 afirme que se caracteriza *mucho* por la toma de muchas decisiones, refleja la calidad subjetiva de las preguntas. Para los fines del presente análisis asumiré que los individuos encuadrados en posiciones genuinamente semiautónomas responderán «mucho» a ambas descripciones sub-

CUADRO 2.10. Criterios usados en las estimaciones superiores e inferiores de las dimensiones de las clases

	Estimación superior	Estimación inferior
Empleados semiautónomos	Todos los empleados no supervisores que alcanzan altas puntuaciones en ambas preguntas concernientes a la autonomía subjetiva <sup>a</sup>	Aquellos empleados no supervisores que obtienen altas puntuaciones en las preguntas sobre autonomía subjetiva y cuya ocupación está clasificada como de relación compleja con los datos y las cosas por la clasificación bot <sup>b</sup>
Pequeños patronos	Menos de 50 obreros	Menos de 10 obreros
Directivos/supervisores Altos/medios directivos	Profesionales, técnicos y directivos (por título ocupacional) que afirman supervisar a gente en su trabajo	
Directivos inferiores/supervisores	Todos los supervisores no clasificados como directivos altos/medios	Excluye operarios y trabajadores
Obreros	Todos los empleados no supervisores más los empleados semiautónomos cuyas ocupaciones están clasificadas por el bot como no complejas, más los supervisores cuyas ocupaciones son de operarios o trabajadores	Empleados no supervisores que puntúan bajo en cualquiera de las dos preguntas sobre autonomía subjetiva

<sup>a</sup> Empleos que el interrogado afirma que están «muy» caracterizados por las dos descripciones siguientes:

1. «Un trabajo que te da mucha libertad respecto a cómo hacer tu trabajo.»

2. «Un trabajo que te permite tomar muchas decisiones propias.»

<sup>b</sup> El bot codifica las ocupaciones en términos de su relación con los datos y las cosas del siguiente modo: *Relación con las cosas*: 0, instalación; 1, trabajo de precisión; 2, operación-control; 3, conducción-operación; 4, manipulación; 5, vigilancia; 6, alimentación-recogida; 7, manejo; 8, sin relación significativa con cosas.

*Relación con los datos*: 0, sintetizar; 1, coordinar; 2, analizar; 3, compilar; 4, copiar; 5, copiar; 6, comparar; 7, sin relación significativa con datos.

Un individuo cuya ocupación puntúa 0-2 en los datos y 0-2 u 8 en las cosas, o que puntúa 0-2 en las cosas y 7-8 en los datos, se clasifica como poseedor de un trabajo «complejo».

La estructura de clases

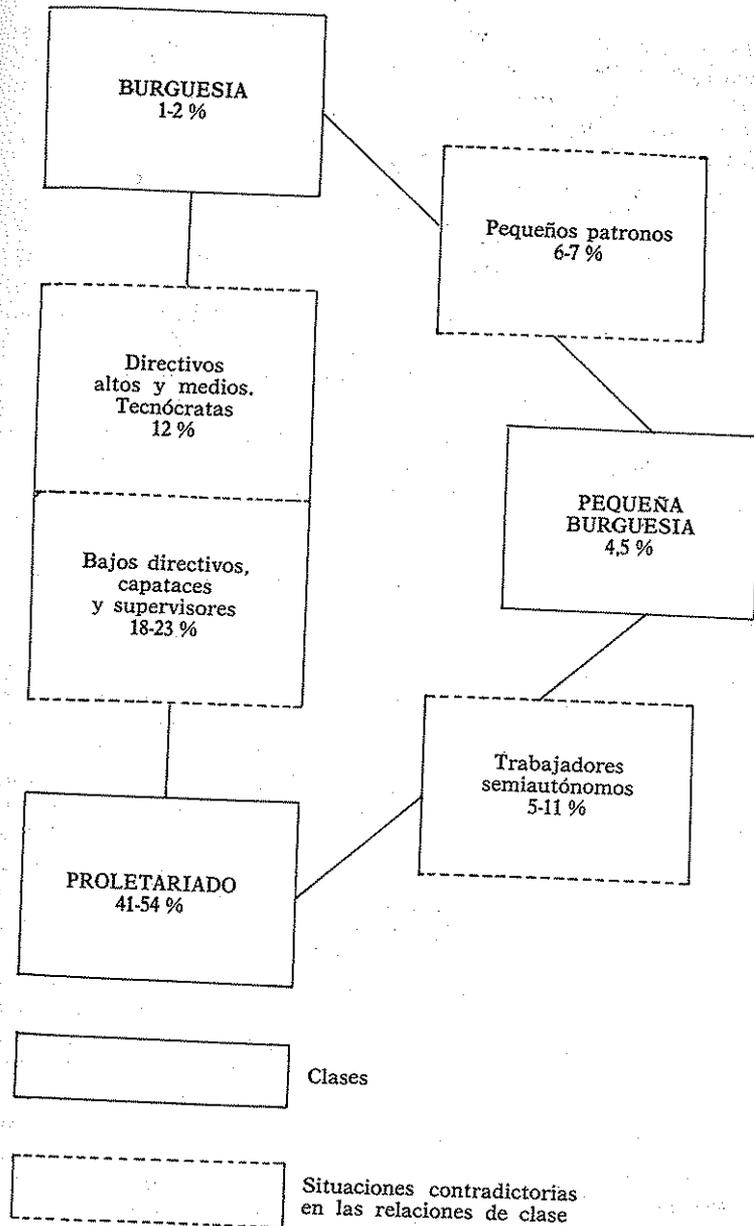


FIGURA 2.2. Distribución de la población económicamente activa de los Estados Unidos en situaciones de clase contradictorias.

jetivas de sus trabajos. La estimación superior de la situación contradictoria entre el proletariado y la pequeña burguesía (el 11 por ciento de la población económicamente activa) incluye a todos los asalariados, que sin ser supervisores obtienen puntuaciones altas en las dos descripciones citadas. La estimación inferior añade a este criterio subjetivo de autonomía en el trabajo información adicional sobre la ocupación del interrogado. El Departamento de Trabajo norteamericano ha puesto a punto un *Dictionary of occupational titles*, DOT, que codifica las ocupaciones en términos de su relación típica con los datos, los objetos y las personas que caracterizan a cada una de ellas. La estimación inferior de la categoría de empleados semiautónomos (el 5 por ciento de la población económicamente activa) incluye a todos aquellos asalariados no supervisores que obtuvieron puntuaciones elevadas en las preguntas referentes a la autonomía subjetiva, y cuya ocupación esté clasificada en el DOT, entre las que tienen una relación compleja con datos y objetos (véase el cuadro 2.10 para una explicación más detallada). A causa de la extrema vaguedad de la pregunta concierne a la autonomía subjetiva, esta estimación probablemente esté más cerca de la proporción correcta.

También las cifras correspondientes a la situación contradictoria entre la clase obrera y la burguesía son únicamente estimaciones aproximadas. Como todo lo que sabemos es si el interrogado tiene o no a su cargo la supervisión de otros trabajadores, se incluyen algunas posiciones que no comprenden virtualmente ningún control real sobre la fuerza de trabajo, y que deberían, pues, pertenecer propiamente a la clase obrera. Se incluyen también algunos altos directivos, que en realidad deberían situarse en la burguesía. En todo caso, este último grupo comprende una proporción muy pequeña de la población total, quizá el 1 ó 2 por ciento de todos los directivos. La encuesta no incluye preguntas que nos capaciten apropiadamente para distinguir entre altos directivos, directivos medios y tecnócratas, y supervisores de cadena y capataces, aunque podemos utilizar los títulos ocupacionales para formular algunas estimaciones aproximadas. Asumiremos que todos los supervisores que dicen ser profesionales, directivos o técnicos son probablemente tecnócratas, directivos medios o altos directivos; asumiremos que los restantes son supervisores de cadena o capataces. La estimación superior de esta categoría más baja incluye a todos los supervisores no clasificados en la posición directiva media-alta; la estimación inferior excluye a los operarios y trabajadores, la mayor parte de los cuales son probablemente responsa-

bles de equipo antes que capataces en sentido estricto. Tomando como base estas estimaciones, la situación contradictoria directivo medio/alto, situado entre la clase obrera y la burguesía, engloba aproximadamente al 12 por ciento de la población activa, mientras que la situación contradictoria emplazada en la frontera de la clase obrera incluiría de un 18 a un 23 por ciento. Si tomamos la cifra de diez empleados como punto de ruptura respecto a los pequeños capitalistas, la situación contradictoria entre la pequeña burguesía y la burguesía arroja un porcentaje cercano al 6 por ciento de la población. Si tomamos la cifra de cincuenta empleados, el porcentaje se incrementa hasta un 7.

Así, basándonos en estas cifras, la clase obrera (es decir, los empleados ni autónomos ni supervisores) supone en su conjunto un porcentaje situado entre el 41 y el 54 por ciento de la población económicamente activa. En las fronteras de la clase obrera se halla entre otro 25 y otro 35 por ciento de la población, dependiendo de cuáles sean las estimaciones utilizadas. La base potencial de clase de que dispondría un movimiento socialista —base compuesta por la clase obrera y por las situaciones contradictorias cercanas a ella— oscilaría, pues, en total entre el 60 y el 70 por ciento de la población.

#### *Los intereses de clase y la definición de las posiciones de clase*

Recapitulando lo hasta aquí discutido, hemos analizado las relaciones de clase de la sociedad capitalista en términos de tres procesos subyacentes a las relaciones sociales de producción: el control de la fuerza de trabajo, el control de los medios físicos de producción y el control de la inversión y los recursos. Las fuerzas de clase centrales de la sociedad capitalista —burguesía y proletariado— pueden ser entendidas como la representación de posiciones de clase polares en el seno de cada uno de estos tres procesos. La pequeña burguesía, por otro lado, queda definida por el segundo y tercero de estos procesos dentro de la producción mercantil simple. Definimos entonces las situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clase como situaciones en las que los procesos citados no se corresponden perfectamente con las fuerzas de clase básicas del modo de producción capitalista o con la pequeña burguesía en la producción mercantil simple. Esto nos lleva al análisis de tres situaciones contradictorias: los directivos y los supervisores están en una situación contradictoria entre la burguesía y el proletariado; los pequeños patronos están en una situación de la mis-

ma índole entre la burguesía y la pequeña burguesía, y, los empleados semiautónomos, por último, están en una situación contradictoria entre la pequeña burguesía y el proletariado.

No se han mencionado hasta ahora las posiciones de la estructura social que no están definidas directamente por las relaciones sociales de producción, y a las que por consiguiente no pueden aplicarse explícitamente los criterios elaborados hasta el momento. En tales posiciones se encontrarían amas de casa, estudiantes, pensionistas, la gente que vive permanentemente de la Seguridad Social, etc. Si se quisiera adoptar una concepción muy estrecha de las relaciones de *producción*, la situación de clase de los empleados en los aparatos administrativos, represivos e ideológicos del Estado tampoco vendría directamente definida por los criterios anteriormente discutidos. ¿Cuál es, pues, la relación de tales posiciones con las categorías estructurales definidas directamente por las relaciones de producción? Para contestar a esta pregunta es preciso introducir otra distinción en la discusión: la distinción entre intereses de clase *fundamentales* e intereses de clase *inmediatos*.

#### *Intereses de clase fundamentales e inmediatos*

Antes de discutir la distinción entre niveles fundamentales e inmediatos de intereses de clase es importante clarificar en lo posible la forma en la que utilizaremos el término «intereses». Hablar de intereses objetivos de clase es hablar de objetivos *potenciales* de los agentes de clase<sup>73</sup>. Carece por completo de sentido hablar de «intereses» que pueden no convertirse *jamás* en verdaderos objetivos de luchas reales. Pero no todos los objetivos potenciales de los agentes de clase pueden ser considerados intereses de clase. Hemos de distinguir, por consiguiente, entre intereses objetivos de *clase* y otras especies de intereses (objetivos potenciales). Los intereses de clase en la sociedad capitalista son aquellos objetivos potenciales que se convierten en objetivos reales de lucha en ausencia de las mistificaciones y distorsiones de las relaciones capitalistas. Los intereses de clase, pues, son, en cierto sentido, hipótesis: hipótesis sobre los

<sup>73</sup> Hablar de los objetivos de la lucha de clases es muy semejante a hablar de los *motivos subjetivos* o la *conciencia* de clase de los actores de clase. En general prefiero utilizar el término «objetivos», dado que no posee las connotaciones psicologistas de los términos motivos subjetivos y conciencia. No obstante, hablar de los objetivos reales de la lucha es hablar de una cierta constelación de motivos subjetivos y conciencia de los actores.

objetivos de las luchas que tendrían lugar si los actores contarán con una comprensión científicamente correcta de sus situaciones. Pretender que el socialismo está entre los «intereses» de la clase obrera no es simplemente afirmar de forma moralista y ahistórica que los trabajadores deberían estar en favor del socialismo, ni aseverar de forma normativa que «estarían mejor» en una sociedad socialista, sino que significa afirmar que si los trabajadores entendieran científicamente las contradicciones del capitalismo se comprometerían de hecho en la lucha por el socialismo<sup>74</sup>. En estos términos, la misma definición de las clases queda sistemáticamente vinculada al concepto de lucha de clases; decir que una posición está dentro de la clase obrera es decir que esta posición puede apoyar potencialmente objetivos socialistas en la lucha de clases.

En el marco de esta concepción general de los intereses de clase resulta posible diferenciar lo que podríamos llamar intereses fundamentales e intereses inmediatos. Estos últimos se constituyen dentro de una estructura dada de relaciones sociales, mientras que los fundamentales serían aquellos intereses que cuestionan la estructura misma de las relaciones sociales<sup>75</sup>. Esto es, los intereses inmediatos son intereses definidos dentro de un modo de producción dado (o, lo que es lo mismo, intereses que asumen el modo de producción como dado), mientras que los fundamentales se definen entre modos de producción (es decir, cuestionan el modo de producción mismo). Los intereses económicos inmediatos de la clase obrera, por ejemplo,

<sup>74</sup> Esta es una visión en cierta medida excesivamente simplificada de los intereses. La mistificación no es el único factor que obstruye la traducción de los intereses objetivos en motivos subjetivos dentro de la lucha de clases. El carácter represivo del Estado puede bloquear igualmente la organización de la lucha en torno a diversos intereses de clase. El punto central es que postular unos intereses de clase es postular unas orientaciones subjetivas reales hacia la lucha que aparecerían en ausencia de tales impedimentos. Ha de observarse, igualmente, que si bien este concepto de intereses comprende una noción implícita de racionalidad de los actores de clase (bajo condiciones objetivas específicas), tiene poco que ver con las nociones utilitaristas que consideran a la gente como *individuos* racionales maximizadores de la utilidad. Esto no implica que los motivos subjetivos surjan a causa de que los individuos en cuanto individuos tengan personalmente un conocimiento científico de su situación de clase. Los intereses *de clase* pueden definirse únicamente en términos de los motivos subjetivos potenciales de las colectividades, no de los individuos.

<sup>75</sup> La distinción entre intereses inmediatos y fundamentales no es necesariamente equivalente a la distinción temporal entre intereses a corto y a largo plazo. Aunque las luchas en torno a la estructura misma de la sociedad son frecuentemente luchas a largo plazo, el aspecto crítico es cuál es el objetivo de la lucha, no el horizonte temporal de esa lucha.

están definidos en gran parte por las relaciones de mercado. Las luchas salariales, las que tienen por objetivo mejores condiciones de vida o mejor educación, etc., constituyen todas ellas luchas cuyos objetivos se definen dentro de la estructura básica del capitalismo. La lucha por el socialismo, por otro lado, encarna el desafío a las premisas de las relaciones capitalistas y refleja los intereses fundamentales de la clase obrera <sup>76</sup>.

Los intereses inmediatos no son «falsos» intereses: son intereses incompletos. La lucha salarial refleja una comprensión correcta de los trabajadores de sus condiciones inmediatas de existencia dentro del capitalismo; la *reducción* de las luchas a cuestiones salariales refleja, sin embargo, un entendimiento incompleto de la naturaleza de la sociedad capitalista en su conjunto, al no asumir la posibilidad de trascender el sistema de explotación capitalista en su totalidad a través del socialismo.

Los intereses fundamentales y los intereses inmediatos no existen por separado, sino que están dialécticamente ligados. A causa, por un lado, de que los intereses inmediatos son reales, por cuanto inciden en la existencia cotidiana de los trabajadores en la sociedad capitalista, es utópico imaginar una lucha de clases organizada en torno a intereses fundamentales que no tengan que ver con los intereses inmediatos. Por otro lado, la clase obrera se halla mucho más dividida al nivel de los intereses inmediatos que al nivel de los intereses fundamentales. Las condiciones de mercado de los trabajadores cualificados son por lo general mucho más favorables que las de los no cualificados, por lo que a menudo sus intereses inmediatos difieren de los de otros trabajadores. A causa de la segmentación del mercado de trabajo, los trabajadores varones pueden tener unos intereses inmediatos distintos a los de las trabajadoras,

<sup>76</sup> A causa de los conflictos manifiestos generados por las relaciones de mercado, muchos sociólogos han convertido el mercado en la base fundamental de las diferenciaciones de clase. Esto es especialmente cierto en el caso de Max Weber, quien define primordialmente las clases en términos de su oposición en el mercado: "No obstante, corresponde siempre al concepto de clase el hecho de que las probabilidades que se tienen en el mercado constituyen el resorte que condiciona el destino del individuo. La 'situación de clase' significa últimamente, en este sentido, la 'posición ocupada en el mercado'" (*Economy and society*, Nueva York, 1968, p. 928 [*Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, p. 684]). Esta posición general ha sido popularizada por Anthony Giddens (*Class structure of the advanced societies*, Londres, 1973 [*La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, Alianza, 1979]), quien define explícitamente las clases "medias" en términos de la capacidad de mercado enraizada en la posesión de cualificaciones educacionales. En todos estos tratamientos, las clases son definidas primariamente en términos de los intereses inmediatos a nivel económico.

como pueden no coincidir los de los obreros negros con los de los obreros blancos. Como los intereses inmediatos dividen a la clase obrera, y como no cuestionan directamente la estructura de las relaciones capitalistas, la duración del capitalismo dependerá, en parte, de la medida en que las luchas por intereses fundamentales se conviertan en luchas por intereses inmediatos.

Esta contradicción entre los intereses inmediatos y fundamentales de la clase obrera origina multitud de debates en la izquierda: las luchas socialistas deben tomar en cuenta los intereses inmediatos, y, sin embargo, las luchas por intereses inmediatos tienden a socavar las luchas socialistas. Esta contradicción no puede ser ignorada: es inherente a las relaciones de clase de la sociedad capitalista misma. Únicamente en una situación revolucionaria comienzan ambos tipos de luchas a coincidir plenamente (en realidad, esto podría ser parte de la definición de una situación revolucionaria: una situación en la que las luchas por objetivos incluidos en el modo de producción dominante refuerzan directamente la lucha en torno al modo de producción) <sup>77</sup>.

#### *Situación de clase de las posiciones no determinadas directamente por las relaciones de producción*

Con esta distinción entre intereses inmediatos y fundamentales, podemos enfocar ahora el problema de la situación de clase en la estructura social de las diversas posiciones no directamente determinadas por las relaciones de producción. Como proposición general, la situación de clase de tales posiciones está determinada por su relación con los intereses fundamentales de las clases definidas dentro de las relaciones sociales de producción. Veamos lo que esto significa para cierto número de categorías de posiciones específicas, definidas fuera de las relaciones de producción.

1. *Amas de casa*. Se han adoptado diversas estrategias para establecer la situación de clase de las amas de casa. Unas con-

<sup>77</sup> Una forma de interpretar la noción de André Gorz de "reformas no reformistas" es contemplarlas como reformas en el nivel de los intereses inmediatos que, incluso en situaciones no revolucionarias, tienden a reforzar las luchas en torno a los intereses fundamentales. Esto no significa que no haya tensión entre dichas reformas y los intereses fundamentales, pero sí implica que dentro del abanico de posibles reformas compatibles con las relaciones sociales capitalistas algunas son mucho más coincidentes con los intereses fundamentales de la clase obrera que otras.

sideran la producción doméstica como un modo de producción subsidiario por derecho propio, en el que el varón ocupa la posición de explotador y la mujer la de explotada. Para otras, la producción doméstica es el estado final de la producción capitalista, y la mujer la obrera no pagada subordinada indirectamente al capital<sup>78</sup>.

Un modo mucho más directo de afrontar esta cuestión es examinar los intereses fundamentales de las posiciones de ama de casa. En particular, ¿en qué sentido se diferencian los intereses de clase fundamentales del ama de casa mujer de un obrero de los del obrero mismo? Se podría afirmar que el ama de casa tiene intereses diferentes en cuanto mujer, pero, ¿cuáles serían en este caso las diferencias significativas entre sus intereses de clase y los del trabajador? ¿No posee el ama de casa un interés fundamental en el socialismo? A menos que estemos dispuestos a sostener que las amas de casa mujeres de obreros tienen intereses diferentes respecto al socialismo, está claro que caen dentro de la clase obrera. Esto no implica en manera alguna que la división sexual del trabajo sea irrelevante, ni que las mujeres no estén oprimidas en la división del trabajo, sino simplemente que la división sexual del trabajo no crea una división en los intereses de clase fundamentales entre los maridos y sus esposas<sup>79</sup>.

2. *Estudiantes.* Como en el caso anterior, los estudiantes no están involucrados directamente en las relaciones de producción. La situación de clase de los estudiantes debe, por tanto, quedar definida por la situación de clase que ocuparán al finalizar sus estudios. Las posiciones de estudiante, en este sentido, deberían considerarse como posiciones preclásistas, posiciones que con mayor o menor certeza están vinculadas a

<sup>78</sup> Véase Terry Fee, *Review of Radical Political Economics*, verano de 1976.

<sup>79</sup> Este tratamiento de la situación de clase de las amas de casa es considerado en ocasiones como sexista, dado que establece la posición de clase del ama de casa sobre la base de la situación de clase de su marido. Si consideramos la familia como unidad esencial de análisis, y nos preguntamos cómo se articula la familia con las relaciones de producción, entonces queda claro que la situación de clase del ama de casa no queda definida a través de su marido, sino a través de la unidad familiar de la que ambos son parte. Es de hecho un reflejo del sexismo de la sociedad capitalista el que la división del trabajo dentro de la unidad familiar envíe normalmente al hombre a trabajar fuera y deje a la mujer en el hogar. Pero no es sexista identificar la situación de clase de la mujer en términos del modo en que la familia se inserta en las relaciones capitalistas de producción. La única forma de identificar de qué modo se produce esta inserción es examinar la situación de clase del marido.

destinos de clase específicos. Daniel Bertaux ha sugerido que la forma apropiada de analizar estas posiciones es considerarlas como parte de una trayectoria de clase: una estructura de posiciones por las que, a lo largo de la vida, discurre el individuo en el transcurso de una carrera laboral<sup>80</sup>. El estudiante constituye la primera etapa de tales trayectorias, y su situación de clase debe ser definida por el contenido de clase de la trayectoria en su conjunto. Son los intereses de clase fundamentales de tales trayectorias, antes que los *orígenes* de clase del estudiante, lo que define su lugar de clase.

3. *Pensionistas.* Los pensionistas plantean el problema opuesto al de los estudiantes. Se encuentran en situaciones posclásistas, no preclásistas. Pero, como en el caso de los estudiantes, su clase sólo puede entenderse en términos de las trayectorias de posiciones de clase a las que están ligados.

4. *Desempleados. Beneficiarios de asistencia social.* Los desempleados temporales —el ejército de reserva de los desempleados— no plantean especiales problemas por lo que toca al análisis de clase. Como los estudiantes y los pensionistas, están ligados a trayectorias de posiciones de clase, y esto es lo que define su situación de clase básica. La categoría de los desempleados permanentes, por otra parte, es más problemática. En el marxismo clásico, tales posiciones eran generalmente identificadas como «lumpenproletariado», la infraclase de la sociedad, lo que no es una forma enteramente satisfactoria de clasificar dichas posiciones, ya que sugiere que ostentan intereses fundamentalmente opuestos a los de la clase obrera, y, por tanto, que desempeñarían un papel ambivalente, en el mejor de los casos, en las luchas socialistas.

<sup>80</sup> Daniel Bertaux, *Destins personnels et structures de classe*, París, 1977. Bertaux ha sugerido en una comunicación personal que todas las posiciones de clase deberían verse como trayectorias antes que como «lugares vacíos». Esto implica que existe una cierta indeterminación en la posición de clase de un individuo dado en un momento concreto, ya que, salvo por unas pocas excepciones, una casilla dada puede conectarse a múltiples trayectorias potenciales. Uno de los aspectos cruciales de una estructura de clase es, en estos términos, el grado que alcanza tal indeterminación, el modo en que se extiende a lo largo del ciclo vital y el modo en que se distribuye entre la población. Debe observarse que esto es algo más que una simple reformulación del viejo problema de la movilidad social (aunque tenga una cierta relación con él). El razonamiento es más bien que muchos cambios de empleo, que en apariencia caracterizaríamos como movilidad, no son movilidad en absoluto, sino meramente fases distintas de una trayectoria individual. La única movilidad genuina se daría en situaciones en que los individuos se desplazaran de una trayectoria a otra.

Por supuesto que en el nivel de los intereses inmediatos hay ciertamente una tremenda separación entre la clase obrera y los desempleados permanentes, al menos en los Estados Unidos, ya que los subsidios de asistencia social proceden directamente de los impuestos, y los trabajadores consideran que éstos proceden de su trabajo. Pero en el nivel de los intereses fundamentales la cuestión se hace mucho más ambigua. Si adoptamos una postura puramente normativa respecto a los intereses, resulta fácil entonces afirmar que los desempleados permanentes se «beneficiarían» indudablemente del socialismo. Pero podría decirse lo mismo de los campesinos feudales, de los esclavos e incluso de muchos pequeños comerciantes, sin que por esto sus posiciones vayan a quedar incluidas en la clase obrera<sup>81</sup>. La cuestión no es si en base a un criterio ahistórico, utilitario, el desempleado permanente se beneficiaría del socialismo, sino si el socialismo es o no un objetivo potencial de lucha para tales posiciones. Es decir: ¿están esas posiciones ligadas a las relaciones de producción capitalistas de tal modo que potencialmente producen una conciencia de clase obrera socialista? No puedo ofrecer una respuesta adecuada a esta pregunta. Aunque ciertamente las condiciones de los desempleados permanentes pueden engendrar una conciencia anticapitalista, resulta menos claro que puedan generar o sustentar sistemáticamente una conciencia socialista. Como solución puramente provisional a este problema, los desempleados permanentes pueden ser considerados como un segmento marginado de la clase obrera.

5. *Empleados de los aparatos políticos e ideológicos.* La última categoría dentro de las posiciones no directamente definidas por las relaciones de producción son las posiciones enteramente situadas dentro de lo que tradicionalmente se ha venido llamando la «superestructura»: policías, curas, profesores, etcétera. ¿Cómo podemos entender los intereses de clase fundamentales de estas posiciones? A fin de responder a esta pregunta es necesario prolongar nuestra discusión de los intereses de clase desde los puramente económicos (organización socia-

<sup>81</sup> El más vago concepto de «pueblo», o algunas veces de «masas», se utiliza en ocasiones para englobar a todas las clases oprimidas, que, al menos en un sentido utilitario-económico, se beneficiarían de una transformación socialista. El concepto de clase obrera, sin embargo, es claramente un concepto más restringido, definido por una posición estructural específica dentro de la sociedad capitalista. Esa posición estructural no limita a la esfera material los beneficios que los trabajadores obtendrían del socialismo, sino que suministra el fundamento estructural de una conciencia socialista (es decir, la base para la emergencia histórica del interés subjetivo en una transformación socialista).

lista frente a organización capitalista de la producción) a los políticos e ideológicos (ideología y organización socialista del Estado frente a ideología y organización capitalista). Una vez hecho esto, podemos analizar la relación entre las diferentes situaciones dentro de los aparatos políticos e ideológicos y estos intereses.

El interés fundamental de la clase capitalista en el nivel político e ideológico es impedir que la clase obrera obtenga el poder estatal y la hegemonía ideológica. En períodos diferentes del desarrollo capitalista esto implica diferentes objetivos concretos de clase, pero a lo largo de la historia del capitalismo ha supuesto el mantenimiento de estructuras jerárquicas y burocráticas dentro de los aparatos políticos e ideológicos<sup>82</sup>. Tales estructuras burocráticas son esenciales para proteger al Estado capitalista de una potencial dominación de la clase obrera.

Los intereses fundamentales de la clase obrera en el nivel político e ideológico son, en forma dialéctica, obtener el poder estatal y la hegemonía ideológica. Esto implica una reestructuración cualitativa del Estado capitalista —lo que polémicamente se denomina «destrucción» del Estado—, de tal forma que la clase obrera pueda, en cuanto clase, ejercer el poder estatal. Si bien es imposible especificar por adelantado los contornos precisos de dicha reorganización, el requerimiento mínimo es que sean radicalmente democráticos y antiburocráticos.

Las diferentes posiciones dentro de las estructuras burocráticas de los aparatos políticos e ideológicos de la sociedad capitalista ostentan claramente relaciones diferentes con los intereses de clase fundamentales de la clase obrera y de la burguesía. Esquemáticamente, las posiciones dentro de los aparatos políticos e ideológicos pueden agruparse en tres categorías funcionales en términos de estos intereses de clase antagónicos:

a) *Posiciones burguesas* que implican control sobre la toma de decisiones políticas en los aparatos políticos y la producción de ideología en los aparatos ideológicos. Posibles ejemplos serían las altas posiciones burocráticas en el Estado, las iglesias, las universidades y otras instituciones de este género.

b) *Situaciones contradictorias* que implican la puesta en práctica de decisiones políticas estatales y la difusión de ideología. Ejemplos podrían ser un policía antidisturbios y un profesor de enseñanza media.

<sup>82</sup> Véase el cap. 4 para una discusión detallada del carácter indispensable de las estructuras burocráticas para la dominación política burguesa.

c) *Posiciones proletarias* que suponen la total exclusión tanto de la toma de decisiones y de su puesta en práctica como de la creación o difusión de ideología. Ejemplos serían un oficinista o portero en una comisaría de policía y una mecanógrafa en una escuela<sup>83</sup>.

En el análisis de las posiciones dentro de los aparatos ideológicos, el aspecto fundamental es el de las relaciones sociales de control sobre los aparatos de producción ideológica *per se*, y no simplemente la participación en la producción de ideología. Un reportero, por ejemplo, está en mayor o menor medida ligado a la producción de ideología, pero por lo general está completamente excluido del control del aparato informativo en su conjunto y, por tanto, no puede ocupar una posición burguesa dentro de los *media* informativos. En estos términos sería posible avanzar en la elaboración de este esquema de situaciones de clase dentro de los aparatos ideológicos introduciendo la noción de posiciones pequeño-burguesas (autopatronos, intelectuales independientes que controlan su proceso de producción ideológica) y de posiciones «semiautónomas» (aquellas que gozan de cierto control sobre su producción inmediata de ideología, pero en modo alguno controlan el aparato de producción ideológica). Un novelista puede estar encuadrado en la primera categoría, y un profesor auxiliar en la última. Para nuestros actuales propósitos, sin embargo, utilizaré el esquema más simple de posiciones burguesas, situaciones contradictorias y posiciones proletarias dentro de los aparatos ideológicos<sup>84</sup>.

<sup>83</sup> En la práctica, estos tres niveles dentro de los aparatos políticos e ideológicos pueden ser operacionalizados de una forma muy semejante a aquella en que se operacionalizan las relaciones sociales de producción en el nivel económico. Esto es, en ambos casos la posición de clase obrera implica la exclusión del control sobre los recursos, los medios físicos de producción/administración, y la fuerza de trabajo. La situación contradictoria implica la exclusión de todo control básico sobre los recursos, pero generalmente sí implica un cierto grado de control sobre los medios físicos de producción/administración y sobre el trabajo de otros. Finalmente, la posición burguesa, tanto en los aparatos político/ideológicos como en la economía, implica un grado sustancial de control sobre los recursos, los medios físicos de producción/administración y el trabajo.

<sup>84</sup> Si bien no hay ninguna dificultad en definir la posición pequeño-burguesa en el nivel ideológico (salvo por lo que a los intelectuales respecta), es mucho menos claro el modo de definir una posición pequeño-burguesa en el nivel político. Esto posiblemente sugiera una diferencia crucial entre los niveles político e ideológico de las estructuras sociales: el nivel político está mucho más rígidamente organizado que el ideológico dentro del marco de las relaciones capitalistas.

### *Definiciones ampliadas de las clases*

Basándonos en esta discusión de los intereses de clase fundamentales, podemos ofrecer ahora una definición más elaborada de las clases en la sociedad capitalista. La clase obrera puede definirse como aquellas posiciones que:

- a) ocupan una posición de clase obrera dentro de las relaciones sociales de producción, es decir, los trabajadores asalariados excluidos del control sobre el capital monetario, el capital físico y la fuerza de trabajo; o,
- b) están directamente ligadas a la clase obrera por su trayectoria familia inmediata o por trayectoria de clase; o,
- c) ocupan una posición de clase obrera dentro de los aparatos políticos e ideológicos, es decir, una posición excluida tanto de la toma de decisiones y de su puesta en práctica como de la creación y difusión de ideología.

De forma complementaria, la clase burguesa puede definirse como las posiciones que:

- a) ocupan una posición burguesa dentro de las relaciones sociales de producción, es decir, una posición de control sobre el capital monetario, el capital físico y la fuerza de trabajo; o,
- b) están ligadas directamente a la burguesía por su familia o por trayectorias de clase; o,
- c) ocupan posiciones burguesas dentro de los aparatos políticos e ideológicos, es decir, posiciones que suponen control sobre la toma de decisiones políticas y la producción de ideología.

Finalmente, las situaciones de clase contradictorias entre la burguesía y el proletariado pueden definirse como aquellas posiciones que:

- a) se encuentran en una situación contradictoria dentro de las relaciones sociales de producción, es decir, posiciones que implican la no coincidencia de las relaciones de control sobre el capital monetario, el capital físico y la fuerza de trabajo; o,
- b) están ligadas directamente a situaciones contradictorias a través de su familia o de trayectorias de clase; o,
- c) se encuentran en una situación contradictoria dentro de los aparatos políticos e ideológicos, es decir, ejecutan, pero no toman decisiones políticas o difunden pero no controlan la producción de ideología burguesa.

## ESTRUCTURA DE CLASE Y LUCHA DE CLASES

Está muy bien clarificar la estructura de las posiciones definidas por las relaciones sociales de producción y vincularlas a otras posiciones de la estructura social. El marxismo, sin embargo, no es primariamente una teoría de la estructura de clase: es, sobre todo, una teoría de la lucha de clases. Es esencial, por consiguiente, analizar la relación entre la estructura de clase y la lucha de clases, particularmente entre las situaciones de clase contradictorias y la lucha de clases.

Ya hemos tocado brevemente, en parte, esta cuestión al discutir los intereses de clase. Se recordará que los intereses fundamentales quedaban definidos en último término por los objetivos potenciales de la lucha de clases (objetivos que cuestionan el modo de producción mismo). Pero, ¿cómo conceptualizaremos las formas en las que la estructura de clase configura realmente la lucha de clases? Para ocuparnos de esta cuestión necesitamos introducir una última distinción en la discusión: la distinción entre *intereses* de clase y *capacidades* de clase.

*Intereses de clase y capacidades de clase*

En el corazón del análisis de las relaciones de clase por Marx se halla la tesis de que la clase obrera no sólo tiene interés en el socialismo, sino también la capacidad de luchar por una sociedad socialista y de organizarla. Esto es precisamente lo que distingue el «socialismo científico» de las diversas formas de «socialismo utópico». El socialismo científico no sólo postula el imperativo moral de una sociedad socialista, sino que también identifica los agentes sociales capaces de crear una sociedad tal.

¿Cómo podemos entonces entender teóricamente esta noción de capacidad de clase, de la capacidad de una clase para realizar sus intereses de clase? Las capacidades de clase se definen por las *relaciones sociales dentro de una clase* que unifican en mayor o en menor medida a los agentes de esa clase en una formación de clase. Los intereses de clase han sido analizados en el apartado precedente como los objetivos potenciales de las clases dentro de la lucha de clases. Los intereses de clase eran, en estos términos, el eslabón entre la estructura de clase (es decir, la estructura de las relaciones sociales entre las clases) y la lucha de clases. De forma similar, las capacidades de clase constituyen el eslabón entre la formación de clase (es decir, la estructura de las relaciones sociales *dentro* de las clases) y la

lucha de clases: las capacidades constituyen la base potencial para la realización de los intereses de clase en el seno de la lucha de clases<sup>85</sup>.

Las diferentes relaciones sociales que vinculan objetivamente a los agentes que se encuentran en una situación de clase común pueden dividirse en dos categorías generales: los vínculos directamente generados por los desarrollos estructurales de la sociedad capitalista y los constituidos por la organización consciente de los miembros de la clase. A los primeros podemos llamarlos *capacidades estructurales* de una clase, y a los segundos, *capacidades organizativas*.

La capacidad estructural de la clase obrera que ha recibido mayor atención por parte de los marxistas puede denominarse capacidad del *trabajador colectivo*. El concepto de trabajador colectivo está ligado a los cambios fundamentales en el proceso de trabajo acaecidos en el transcurso del desarrollo capitalista. Esta historia ha sido narrada muchas veces. En las etapas iniciales del capitalismo, los obreros estaban dispersos en industrias domésticas rurales o en talleres muy pequeños, donde cada trabajador individual era responsable de la fabricación de toda una mercancía. Al desarrollarse y extenderse el capitalismo, los obreros se vieron concentrados cada vez más en grandes fábricas en las que una división del trabajo muy compleja daba lugar a un considerable grado de interdependencia entre los trabajadores individuales. Las mercancías ya no eran producidas por obreros individuales, sino por el «trabajador colectivo». Como resultado, los vínculos objetivos entre los trabajadores dentro del proceso de trabajo —su capacidad estructural dentro de la producción— se hicieron más fuertes y profundos. Fue Marx quien percibió la decisiva importancia de este acontecimiento en la capacitación de la clase obrera para llevar a cabo una lucha eficaz contra el capital y eventualmente para revolucionar la sociedad capitalista<sup>86</sup>.

<sup>85</sup> A lo largo de toda esta discusión, la estructura real de las relaciones sociales dentro de una clase será denominada «formación de clase»; a las consecuencias de estas relaciones sociales en la lucha de clases se las llamará «capacidades de clase». Este uso del término «formación de clase» es muy semejante al de Adam Przeworski en su artículo «The process of class formation from Kautsky's *The class struggle* to recent debates», *Politics and Society*, 1978. Przeworski arguye que la formación de clase es un proceso continuo de organización, desorganización y reorganización de las clases. Pero ¿qué es una clase «formada» o una organización de clase sino una estructura de relaciones sociales dentro de una clase que genera la capacidad para luchar por objetivos de clase?

<sup>86</sup> Afirmar que el trabajador colectivo constituye la capacidad estructural de la clase obrera en el seno de la producción no implica que los

Es evidente que la clase capitalista no ignora las implicaciones de la creciente concentración de los trabajadores dentro del proceso de producción. Como tan eficazmente ha demostrado Katherine Stone en el caso de la industria del acero en los Estados Unidos, la clase capitalista ha intentado conscientemente socavar la solidaridad creada por las relaciones sociales entre los trabajadores dentro de la producción recurriendo a la creación de jerarquías laborales, estructuras de privilegios y ascensos, etc.<sup>87</sup> En la medida en que tales estrategias debilitan las relaciones sociales entre los trabajadores dentro de la producción, socavan la capacidad estructural de la clase obrera (en cierto sentido, las jerarquías laborales y similares pueden considerarse como constituyentes de una incapacidad estructural de la clase obrera).

La capacidad estructural de la clase obrera no está determinada únicamente dentro del proceso de producción. Puede hablarse también de una capacidad (e incapacidad) estructural de la clase obrera que tiene sus raíces en la comunidad, es decir, en las relaciones sociales de los trabajadores fuera de la producción. Bajo ciertas circunstancias, tales vínculos con base en la comunidad pueden ser al menos tan importantes como las relaciones sociales entre los trabajadores dentro de la producción. El tipo de solidaridad de clase que emerge en las ciudades mineras es probablemente un buen ejemplo de ello. La solidaridad étnica puede también, bajo ciertas circunstancias, servir para reforzar dentro de la comunidad las relaciones sociales basadas en la clase<sup>88</sup>.

trabajadores inmersos en procesos de trabajo industriales altamente colectivos sean necesariamente los más militantes o los más radicales en un periodo dado. Hay obviamente muchos otros factores que determinan la actividad real dentro de la lucha de clases dejando aparte la capacidad de lucha. En el siglo XIX, gran parte de las luchas de clases más intensas fueron emprendidas por artesanos que se resistían a la proletarianización, lo que demuestra que es imposible hacer una simple equiparación entre el trabajador colectivo y las luchas reales. No se trata de que las capacidades estructurales de las clases predigan necesariamente el comportamiento de clase dentro de la lucha de clases, sino de que tales capacidades condicionan las posibilidades de realizar con éxito los intereses de clase dentro de esas luchas.

<sup>87</sup> "The origins of job structures in the steel industry", cit.

<sup>88</sup> Al Gedicks ha mostrado cómo en las comunidades de mineros del cobre del norte de Michigan, a principios de siglo, la solidaridad comunal y étnica sirvió para reforzar las relaciones sociales entre los trabajadores generadas en el seno de la producción. El resultado fue la aparición de un movimiento extremadamente militante y coherente entre los mineros en el citado periodo. "Ethnicity, class solidarity and labor radicalism among finnish immigrants in Michigan copper country", *Politics and*

La relación entre la capacidad estructural de los trabajadores dentro de la producción y dentro de la comunidad es extremadamente importante. Podría argüirse que si bien el desarrollo capitalista en los Estados Unidos durante el pasado siglo ha originado una creciente concentración y diferenciación del trabajo dentro de la producción, con un aumento concomitante de la capacidad estructural de la clase obrera dentro de la producción, se ha dado también paralelamente una dispersión y desintegración de las comunidades obreras. La suburbanización, el crecimiento de las viviendas en propiedad (al menos hasta hace pocos años), la movilidad geográfica y otros factores han contribuido al debilitamiento de los lazos entre los trabajadores fuera de la producción y, por consiguiente, al debilitamiento de la capacidad estructural de la clase obrera no basada en la producción<sup>89</sup>.

Se puede considerar que las capacidades estructurales de las clases configuran las posibilidades que las clases tienen de autoorganizarse<sup>90</sup>. Las capacidades organizativas de las clases, por otra parte, constituyen los vínculos reales entre los miembros de una clase, vínculos creados por y a través de organizaciones de clase conscientemente dirigidas. Los sindicatos, por ejemplo, constituyen una estructura organizativa de relaciones sociales entre los trabajadores dirigida conscientemente hacia la realización de sus intereses económicos inmediatos. La fuerza y formas de los sindicatos dependen, en parte al menos, del desarrollo de las capacidades subyacentes de la clase obrera (el trabajador colectivo), por lo que podemos considerar las capacidades estructurales como aquello que configura, o delimita, las capacidades organizativas.

Las capacidades organizativas desempeñan un papel central en la comprensión de la lucha de clases y el cambio social. Como aduce Przeworski, la lucha de clases es en primera instancia una lucha por la existencia misma de clases organizadas,

*Society*, Vol. 6, 4, 1976, y *The radical finns of northern Minnesota: a study in the development of working-class politics*, tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Departamento de Sociología, 1978.

<sup>89</sup> Véase Daniel Luria, *Suburbanization, home-ownership and working class consciousness*, tesis doctoral, Universidad de Massachusetts, Departamento de Economía, 1976.

<sup>90</sup> El famoso análisis de Marx de los campesinos como un "saco de patatas", en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, representa un análisis de la relación entre la capacidad estructural y organizativa de las clases. Marx arguye que el aislamiento físico de los campesinos —su incapacidad estructural— les imposibilita para convertirse en clase, es decir, para desarrollar una capacidad organizativa de clase viable.

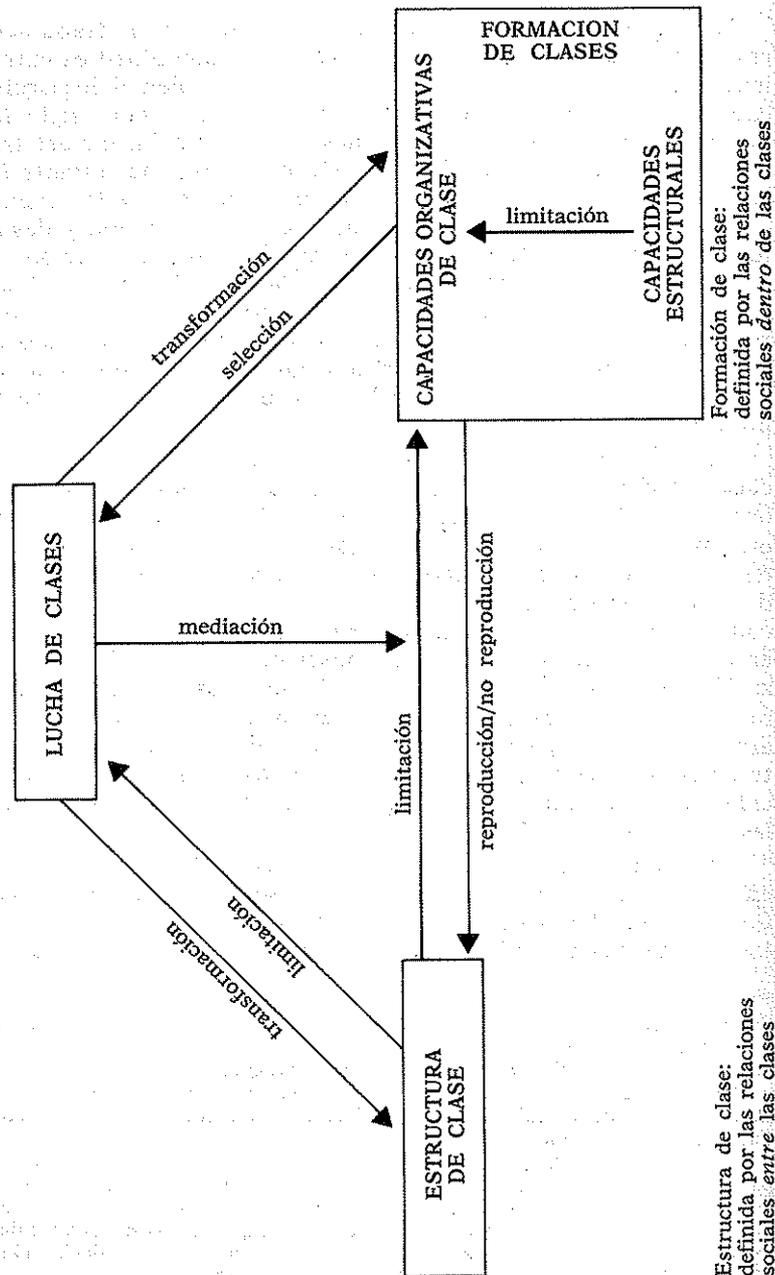


FIGURA 2.3. Modelo de determinación de la estructura de clase, la formación de clase y la lucha de clases.

antes de convertirse en una lucha entre clases organizadas<sup>91</sup>. En la medida en que se puede impedir a la clase obrera transformar sus capacidades estructurales en capacidades organizativas, puede la clase capitalista contener las omnipresentes contradicciones del capitalismo; en la medida en que la clase obrera es capaz de forjar capacidades organizativas duraderas en torno a sus intereses fundamentales, está potencialmente amenazada la existencia misma del capitalismo<sup>92</sup>.

### Estructura de clase, formación de clase y lucha de clases

Estamos ahora en posición de introducir en el análisis el concepto de lucha de clases, que será concebida como el conjunto de los procesos sociales complejos que ligan dialécticamente los intereses de clase a las capacidades de clase. Esta relación se representa simbólicamente en la figura 2.3, utilizando los modos de determinación discutidos en el capítulo 1. Si bien el diagrama debe leerse como una totalidad dialéctica, será también útil examinar por separado cada una de sus conexiones.

1. *Relación entre estructura de clase y lucha de clases.* La estructura de clase fija los límites mayores de variación de la lucha de clases al menos en dos sentidos: primero, la estructura de clase define los actores *potenciales* de la lucha de clases (por ejemplo, sin campesinos son imposibles las ocupaciones de tierra, siendo éstas una forma de lucha de clases); segundo, la estructura de clase define la gama de *objetivos* potenciales de la lucha de clases (por ejemplo, hasta la emergencia del capi-

<sup>91</sup> "The process of class formation from Karl Kautsky's *The class struggle* to recent debates", cit.

<sup>92</sup> El bien conocido análisis de Poulantzas de la doble función del Estado capitalista —desorganizar a la clase obrera y organizar a la burguesía— puede interpretarse en términos de la relación entre capacidades estructurales y capacidades organizativas de las clases. El problema fundamental con el que la clase capitalista se enfrenta respecto a la clase obrera, afirma Poulantzas, es la potencial organización de ésta, originada por las tendencias internas del desarrollo del capitalismo. Resulta esencial, por tanto, el establecimiento de mecanismos cuya función sea impedir que las capacidades estructurales de la clase obrera se transformen en capacidades organizativas. Muchas de las características del Estado capitalista cumplen precisamente este fin. La creación del ciudadano jurídico, el proceso individualizado de participación política, la organización de los conflictos políticos en torno a las relaciones de mercado y no en torno a las relaciones de producción, etc., todo ello sirve para atomizar a la clase obrera y bloquear (parcialmente) la transformación de las capacidades estructurales en capacidades organizativas.

talismo industrial a gran escala, las nacionalizaciones, en cuanto objetivos de la lucha de clases, no eran una posibilidad viable).

2. *Relación entre formación de clase y lucha de clases.* Una estructura de clase dada determina solamente los límites mayores de variación posibles de la lucha de clases. Muy diferentes procesos sociales funcionan como fuerzas selectivas en la lucha de clases dentro de esos límites. Las capacidades de clase constituyen una de las más decisivas determinaciones selectivas de la lucha de clases. Las capacidades estructurales subyacentes de las clases y las formas organizativas específicas configuradas por estas capacidades estructurales tienen un tremendo impacto sobre las formas de la lucha de clases.

La forma de la lucha de clases económica, por ejemplo, está fuertemente influenciada por las formas de sindicalismo (capacidad organizativa de clase de la clase obrera en el nivel económico). Cuando los sindicatos están organizados por tendencias políticas que compiten (sindicatos comunistas frente a sindicatos socialistas frente a sindicatos cristianos), es mucho más probable que las luchas sindicales se dirijan hacia el Estado y estén coordinadas con las luchas de los partidos en vez de estar dirigidas simplemente contra los capitalistas inmediatos comprometidos en un conflicto dado. Cuando, por otra parte, los sindicatos están organizados sobre una base industrial, como sucede en determinados sectores de los Estados Unidos, es probable que la actividad sindical esté mucho más centrada en el patrono inmediato. Quizá un ejemplo todavía más ilustrativo de la relación entre capacidad de clase y lucha de clases esté en la capacidad organizativa política de la clase obrera. La organización de la clase obrera en partidos electorales tiene un impacto general sobre la lucha de clases. Bajo la gran mayoría de condiciones, esto ha resultado en que la lucha de clases se desplaza sistemáticamente de los intereses fundamentales a los inmediatos, ya que la competencia parlamentaria empuja a los partidos a suscribir en la práctica solamente aquellos programas compatibles con la reproducción global del capitalismo. En el último capítulo discutiremos si tal desplazamiento es una consecuencia inevitable de la política parlamentaria, pero su frecuencia histórica es ciertamente impresionante.

3. *Relación de la lucha de clases con la estructura de clase y la formación de clase.* La lucha de clases no es una «variable dependiente» configurada por causas externas, sino que entra en el proceso mismo que la determina. Específicamente, tanto la estructura de clase como las capacidades organizativas de

las clases son objetos de la lucha de clases y son transformadas por la lucha de clases. Todo el proceso de acumulación primitiva en el capitalismo temprano debe contemplarse como una lucha de clases en torno a la estructura de clase: la clase capitalista emergente intenta incrementar las dimensiones del proletariado por diversos medios (cercamientos, inmigración, leyes de pobres, etc.), mientras la pequeña burguesía urbana y rural amenazada intenta resistirse a tal proletarianización. De manera semejante, las capacidades organizativas son objeto de la lucha de clases. Los combates por los derechos sindicales y por el derecho al voto fueron las formas iniciales de tal lucha: las luchas por los consejos obreros y los consejos de barrio en el capitalismo avanzado son sus formas contemporáneas. En cada uno de estos casos la capacidad organizativa de la clase obrera para comprometerse en la lucha es transformada a su vez por la lucha de clases.

4. *La interrelación entre la estructura de clase y la formación de clase.* De la misma forma en que la estructura de clase impone límites de variación objetivos a las formas de la lucha de clases, también impone límites de variación a las formas de las capacidades de clase. Lo que es de particular importancia en esta relación, sin embargo, es el papel de las capacidades de clase en la reproducción/no reproducción de la estructura de clase misma. No todas las formas de capacidad de clase estructuralmente posibles en el capitalismo son reproductoras de las relaciones de clase capitalistas. En la medida en que las capacidades organizativas de la clase obrera se articulen en torno a intereses fundamentales, será probable que dichas capacidades lleguen a ser no reproductoras de la estructura de clase. Si la clase obrera debe organizarse es, pues, esencial para la clase capitalista que lo haga en torno a sus intereses inmediatos. Muchas de las características del Estado capitalista se orientan precisamente hacia la consecución de este fin (véase nota 92).

5. *La lucha de clases como mediadora de la relación entre la estructura de clase y la formación de clase.* Las formas en las que la lucha de clases media la relación entre la estructura de clase y las capacidades de clase son de la máxima importancia. Una estructura de clase dada no genera una configuración única de capacidades de clase. La lucha de clases interviene de dos maneras en la determinación de las capacidades de clase. Una ya ha sido mencionada: la lucha de clases transforma directamente las capacidades de clase existentes. Pero la lucha de

clases media también la forma misma en que la estructura de clase afecta a las capacidades de clase.

¿Qué significa esto exactamente? La estructura de clase está definida por las relaciones sociales entre las clases; las capacidades de clase por las relaciones sociales dentro de las clases. Cuando decimos que la estructura de clase fija límites a las capacidades de clase, lo que queremos decir es que establece límites a los modos en los que se forman las relaciones sociales entre las posiciones dentro de la estructura de clase. Una manera de enfocar este proceso es imaginar que cada posición en la estructura de clase goza de una cierta probabilidad de organizarse en una formación de clase dada. El concepto de «límites», en estos términos, se refiere a los patrones de estas probabilidades en cuanto directamente determinados por la estructura de clase. De particular importancia es el hecho de que muchas posiciones en la estructura de clase ostenten una probabilidad prácticamente nula de ser incluidas en ciertas formaciones de clase: las posiciones burguesas, por ejemplo, no pueden organizarse en sindicatos obreros o en partidos socialistas revolucionarios<sup>93</sup>. En estos términos, las situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clase pueden ser vistas como aquellas posiciones que cuentan con probabilidades menos determinadas de ser organizadas en formaciones de clase dadas. Se caracterizan por múltiples adscripciones potenciales a formaciones de clase, lo que refleja el carácter objetivamente contradictorio de los intereses de clase propios de tales posiciones.

Decir que la lucha de clases media este proceso de adscripción de las posiciones de clase a las formaciones de clase significa que la lucha de clases puede modificar las probabilidades mismas con que cuenta una posición determinada de ser adscrita a una formación de clase determinada. En el caso de la

<sup>93</sup> Esto no significa, naturalmente, que individuos que ocupan situaciones de clase burguesas no puedan apoyar a los sindicatos, o incluso unirse a partidos socialistas revolucionarios. Engels es un ejemplo clásico de burgués que, como individuo, desempeñó un papel de importancia en las organizaciones obreras. Pero la posición misma no puede incluirse dentro de los sindicatos o de los partidos obreros. Cuando Engels murió no había razón alguna para que el siguiente aspirante a su posición de clase burguesa estuviera ligado a la clase obrera. Cuando muere un trabajador industrial existen fuerzas sociales sistemáticas que ligan a las organizaciones obreras al aspirante siguiente a la misma posición. Es importante recordar a lo largo de esta discusión que el análisis se refiere a la forja de las relaciones sociales entre posiciones, no simplemente entre individuos. Ambos procesos son importantes, pero la lógica de las posiciones tiene prioridad analítica con respecto al análisis de las relaciones individuales dentro de estas posiciones.

clase obrera y la burguesía, este proceso de mediación determina, sobre todo y en primer lugar, la medida en que dichas clases se organizarán como tales. Como subraya Przeworski, todas las clases están en un proceso continuo de organización, desorganización y reorganización. Son las condiciones de la lucha de clases las que determinan la medida en que una estructura de relaciones de clase dada producirá un nivel elevado de organización o desorganización de clase<sup>94</sup>.

Un buen ejemplo de este proceso de mediación es el proceso de movilización de clase que tuvo lugar en Portugal en 1974-1976. En este período poscaetanista, la lucha de clases intervino en el proceso de formación de clase en todas las formas indicadas en la figura 2.3. A través de las tomas de tierras en el sur, de la nacionalización de algunas industrias importantes y la ocupación de muchas fábricas, las luchas de clases que comenzaron en 1974 transformaron de forma directa, si bien limitada, la estructura de clase portuguesa. La lucha de clases transformó también directamente la formación de clase, especialmente a través del desmantelamiento del antiguo aparato estatal, la legalización de los partidos de izquierda, etc. Pero, lo que quizá sea más significativo, la lucha de clases medió la relación entre la estructura de clase y la formación de clase. Las nuevas formas de lucha de clases implantaron un clima político que radicalizó a determinados segmentos de la pequeña burguesía y de la clase obrera. La modificación del equilibrio de fuerzas y la relativa desorganización de la burguesía se tradujeron en una mayor afluencia de gente a las organizaciones obreras. En los términos de nuestra discusión, el cambio en las condiciones de la lucha de clases significaba que una misma estructura de clase básica generaba diferentes límites objetivos a la formación de clase: diferentes posiciones dentro de la estructura de clase podían ser movilizadas en organizaciones de clase, la capacidad de clase de la clase obrera podía fortalecerse mucho más de lo que había sido posible en condiciones precedentes, y los intereses

<sup>94</sup> Es importante distinguir claramente entre mediación y transformación: ambas comprenden procesos mediante los cuales la lucha de clases configura las capacidades de clase, pero la lógica de cada una de ellas es muy diferente. En la transformación, las capacidades de clase son un objeto directo de la lucha de clases, y las organizaciones de clase existentes se ven transformadas en el curso de esas luchas. La mediación, por su parte, concierne a las formas en que la lucha de clases afecta a la relación entre la estructura de clase y las capacidades de clase. En cierto sentido, en el curso del proceso de mediación, la lucha de clases funciona como un proceso contextual que configura las condiciones de formación de clase, mientras que en los procesos de transformación la lucha de clases incide directamente en la formación de clase.

alrededor de los que se movilizaban dichas organizaciones de clase podían desplazarse desde los puramente inmediatos hacia los fundamentales. Esta nueva situación de la formación de clase cambiaba a su vez las fuerzas selectivas operantes en la lucha de clases.

Los procesos de mediación a través de la lucha de clases son especialmente importantes para la formación de clase de las situaciones contradictorias: la lucha de clases desempeña un papel decisivo en la determinación del modo en que tales posiciones están empíricamente organizadas o desorganizadas en clases. Dependiendo de las condiciones de la lucha de clases, por ejemplo, los trabajadores semiautónomos pueden agruparse en organizaciones de clase pequeño-burguesas (asociaciones profesionales) o en organizaciones obreras (sindicatos), o pueden permanecer completamente al margen del encuadramiento en una organización de clase. Al poseer las situaciones contradictorias intereses de clase contradictorios, se hallan objetivamente desgarradas entre las fuerzas de clase dentro de la lucha de clases, y pueden organizarse potencialmente en más de una capacidad de clase. La lucha de clases misma determina por consiguiente, en buena medida, el grado en el que las complejidades de la estructura de clase se reproducen en el nivel de la formación de clase.

El mensaje central que se desprende del modelo de determinación de la figura 2.3 es que en cualquier análisis de las clases resulta esencial estudiar las complejas relaciones dialécticas entre la estructura de clase, la formación de clase y la lucha de clases. Si bien el desciframiento de la estructura de clase puede ser el punto de partida del análisis, es imposible deducir lección política alguna del simple análisis de las posiciones de clase. Una comprensión política adecuada de las posibilidades y limitaciones presentes en una formación social dada depende de mostrar las formas en que la estructura de clase pone límites a la lucha de clases y a la formación de clase, las formas en que la lucha de clases transforma tanto la estructura de clase como la formación de clase, y las formas en que la lucha de clases media la relación entre estructura de clase y formación de clase.

#### CONCLUSIÓN

¿A dónde nos lleva todo esto en términos de un análisis general de la estructura de clase de los países capitalistas avanzados? Comenzamos este capítulo diciendo que el modo en que defi-

niéramos la frontera de la clase obrera era importante tanto para la teoría como para la política. Ahora podemos precisar un poco más las razones.

La definición de la clase obrera es importante porque ayuda a especificar la medida en que la tarea de construir un movimiento socialista viable depende de atraer a las situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clases hacia las organizaciones obreras. Las situaciones contradictorias próximas a la frontera del proletariado representan posiciones que tienen un interés real por el socialismo, si bien simultáneamente obtienen ciertos privilegios reales directamente de las relaciones de producción capitalistas. Entre una tercera y una cuarta parte de la fuerza de trabajo norteamericana se encuadra en estas situaciones próximas a la frontera del proletariado. Cuando tales situaciones contradictorias se adscriben a la clase obrera la calidad contradictoria de sus intereses de clase subyacentes no desaparece, lo que implica que, en la medida en que las situaciones contradictorias se proyectan en las capacidades organizativas de la clase obrera, dichas organizaciones habrán de enfrentarse con potenciales conflictos de intereses, y no simplemente de intereses inmediatos, sino también de intereses fundamentales. Así, por ejemplo, si los obreros y los trabajadores semiautónomos se organizan en alguna forma de consejos de fábrica, aparece inmediatamente el conflicto de intereses entre la autonomía *individual* (pequeño-burguesa) de los trabajadores semiautónomos y el control colectivo del proceso de trabajo por parte de la clase obrera. De forma semejante, si los directivos se organizan también dentro de tales capacidades de la clase obrera surge entonces el problema del elitismo y del control autoritario. Tales conflictos están enraizados en las relaciones de producción mismas, y son, por tanto, de un carácter más fundamental que los concernientes a cuestiones salariales y similares. Dado que, para tener éxito, todo movimiento socialista en las sociedades capitalistas avanzadas habrá de intentar atraer a tales categorías a las luchas socialistas, es esencial esclarecer la naturaleza de los intereses conflictivos que se hallan en el seno de tales movimientos socialistas. Es necesario desarrollar un concepto riguroso de clase obrera si queremos comprender los contornos de los intereses de clase fundamentales ligados a las luchas por el socialismo.

La definición de la clase obrera es también pertinente para distinguir los intereses inmediatos de los fundamentales y para vincular estos intereses con la formación de las capacidades de clase. Uno de los aspectos centrales de las luchas de clases den-

tro de la sociedad capitalista es la medida en que los conflictos sociales manifiestos giran alrededor de intereses inmediatos o de intereses fundamentales. Parte de la impresionante durabilidad de los sistemas capitalistas puede ser atribuida a la capacidad del capitalismo para desplazar los conflictos del nivel fundamental al inmediato, y una de las tareas esenciales de cualquier movimiento socialista serio es reorientar dichos conflictos hacia los intereses fundamentales.

La dificultad de tal tarea es que los intereses inmediatos son reales, no meras mistificaciones ni falsas conciencias. Un movimiento socialista viable no puede negar la importancia de los intereses inmediatos, sino que debe adoptar estrategias que intenten conjugar los intereses inmediatos y los fundamentales de tal forma que las capacidades organizativas de la clase obrera resulten fortalecidas, no debilitadas, en el transcurso del proceso. Las revoluciones acontecen no cuando las masas populares están dispuestas a abandonar todo interés inmediato por la esperanza de realizar los intereses fundamentales, sino cuando la lucha por los intereses inmediatos comienza a coincidir con la lucha por los intereses fundamentales.

### 3. TRANSFORMACIONES HISTORICAS DE LAS TENDENCIAS CAPITALISTAS A LA CRISIS

#### INTRODUCCION

El capítulo anterior finalizaba con una discusión acerca de las complejas formas en las que la lucha de clases media la relación entre la estructura de clase y la formación de clase. Esta discusión es incompleta en un aspecto crucial. Si bien el modelo de determinación muestra la lógica dialéctica del análisis de las relaciones de clase, mantiene una indeterminación básica. No incluye «leyes de movimiento» ni tendencias de desarrollo, ni una dinámica de cambio estructural sistemático. Se afirma que la lucha de clases transforma la estructura de clase, pero sin dar indicación alguna de en qué sentido lo haga, con lo que todo el esquema queda abstractamente suspendido en el aire: una lógica del materialismo histórico que carece de historia.

El siguiente problema es, por tanto, descubrir la razón por la cual las transformaciones estructurales mediadas por la lucha de clases no son fortuitas, sino que tienen lugar en una dirección de desarrollo dada. La solución a este problema está en descifrar la lógica del proceso de acumulación capitalista, esclareciendo en particular la naturaleza de las contradicciones incluidas en él y las crisis que tales contradicciones generan. Esto no equivale a decir que la dinámica de la acumulación determine mecánicamente una única senda de desarrollo, sino más bien que el proceso de acumulación genera contradicciones cuyas soluciones provisionales empujan el desarrollo del sistema capitalista en direcciones específicas. Más concretamente, el razonamiento que se desarrolla en este capítulo puede resumirse como sigue:

1. En las diferentes etapas del desarrollo capitalista, el proceso de acumulación se enfrenta a distintos condicionamientos o impedimentos; tales impedimentos no son factores exógenos que interfieran con el proceso de acumulación, sino que son generados por el proceso mismo.

2. Para que la producción capitalista continúe, dichos obstáculos han de ser vencidos. En un sentido fundamental, los capitalistas no pueden optar por aceptar pasivamente los impedimentos de la acumulación. En cuanto individuos, los capitalistas han de intentar superar estos impedimentos para sobrevivir en un mundo competitivo; en cuanto clase, han de hacer lo posible para eliminarlos a fin de contener la lucha de clases.

3. Las soluciones sistemáticas a los impedimentos dominantes en una etapa dada del desarrollo capitalista generan nuevos impedimentos que condicionan el proceso de acumulación en la etapa siguiente. En este sentido, los impedimentos de la acumulación pueden considerarse como *contradicciones* de la acumulación en lugar de como nuevos obstáculos a ella. Son contradicciones porque las «soluciones» a un impedimento determinado se convierten a su vez en impedimentos de la acumulación.

4. La actual crisis económica capitalista, de alcance mundial, se puede (intentar) entender como parte de la transición de un modelo de impedimentos de la acumulación, caracterizado por soluciones keynesianas, a un nuevo conjunto de impedimentos emergentes causados parcialmente por las mismas estrategias keynesianas aplicadas en crisis anteriores, y para lo que dichas soluciones keynesianas ya no son eficaces.

El capítulo está dividido en tres apartados. El primero se ocupa brevemente del significado de la acumulación y de las razones por las que ésta es parte tan integral de la sociedad capitalista. Gran parte de esta discusión implica una exposición bastante detallada de los conceptos básicos de la economía política marxista, exposición necesaria tanto para hacer accesible el aparato conceptual empleado a los lectores relativamente poco familiarizados con las categorías marxistas, como porque muchos de los debates en torno a la teoría de la acumulación se fundamentan en diferentes conceptualizaciones de las categorías básicas. Confío en que el aclarar lo más posible mis propias formulaciones de estos conceptos facilitará la crítica de los posibles puntos débiles que puedan presentar las partes más densas del capítulo. En el segundo apartado se utiliza este aparato conceptual para examinar la lógica subyacente de los diversos impedimentos potenciales del proceso de acumulación. Por último, el tercer apartado relaciona sistemáticamente dichos impedimentos potenciales con las etapas generales del desarrollo capitalista. El capítulo concluye con una discusión más especulativa de los desarrollos probables en el futuro inmediato.

## I. EL SIGNIFICADO DE LA ACUMULACION

En todos los manuales de economía política marxista se subraya en las primeras páginas que el «capital» no es una *cosa*, sino una *relación social*, y una relación social antagónica. Pero con frecuencia, tras hacer esta afirmación, la acumulación de capital se trata esencialmente como acumulación de cosas (maquinaria, construcciones, materias primas, etc.) usualmente agrupadas bajo el epígrafe de «capital constante», lo que es básicamente incorrecto desde un punto de vista marxista: la acumulación de capital debe ser entendida como la *reproducción de las relaciones sociales capitalistas en una escala siempre creciente mediante la conversión del plusvalor en nuevo capital variable y constante*. Antes de explicar este aserto, será de utilidad definir muy sucintamente dos de sus elementos constitutivos: *las relaciones sociales capitalistas* y el *plusvalor*.

1. *Las relaciones sociales capitalistas*<sup>1</sup>. Toda sociedad de clases, sea capitalista o no, puede considerarse formada por dos amplias categorías de personas: los productores directos, es decir, los hombres y mujeres que producen los bienes y servicios necesarios para que la sociedad continúe, y los no productores, aquellos que viven de la producción de otros. A esta distinción entre clases corresponde una distinción analítica entre dos categorías de trabajo de los productores directos: el «trabajo necesario» y el «plustrabajo». El «trabajo necesario» constituye el gasto de actividad humana requerido para la producción de los medios de subsistencia de los productores directos. El «plustrabajo» representa la actividad humana generadora de excedente con respecto a las exigencias de la simple reproducción de los productores directos, excedente que se apropian las clases no productoras.

Las categorías que hemos mencionado, productores directos y no productores, trabajo necesario y plustrabajo, pertenecen

<sup>1</sup> Dependiendo del problema en estudio, las relaciones sociales capitalistas pueden analizarse en varios niveles de abstracción diferentes. En el capítulo anterior las analizamos principalmente en el nivel de la formación social, dado que estábamos particularmente interesados en las complejidades de las relaciones de clase creadas por la interpenetración de diversos modos de producción en sociedades concretas. En este capítulo estamos interesados, ante todo, en analizar las leyes de la dinámica y las contradicciones del capitalismo en cuanto modo de producción, y, por tanto, será más adecuado analizar las relaciones sociales capitalistas en un nivel de abstracción superior, en el nivel del modo de producción mismo.

a toda sociedad de clases. La distinción fundamental entre dos sociedades de clase reside en los tipos de relaciones sociales existentes en ellas entre los productores directos y los no productores, así como en los mecanismos sociales mediante los cuales se extrae plusvalor de los productores directos. Las relaciones sociales características de una sociedad capitalista envuelven por un lado a trabajadores sin propiedad, despojados tanto de los medios de producción como de los productos de ésta, que se ven así obligados a vender su fuerza de trabajo —su capacidad para producir bienes y servicios— para sobrevivir, y por otro a capitalistas que poseen medios de producción y compran fuerza de trabajo en el mercado para ponerlos en funcionamiento. El principal mecanismo social por el que se extrae plusvalor de los productores directos es la creación de *plusvalor* en el proceso de producción.

2. *El plusvalor.* Gran parte del análisis marxista del capitalismo gira en torno al concepto de plusvalor, por lo que es importante esclarecerlo tanto como sea posible. Para ello necesitamos, primero, definir sucintamente algunos conceptos:

a) *Mercancía:* Una mercancía es algo producido para el intercambio, en lugar de serlo simplemente para su uso directo. Mientras que en todas las sociedades los objetos de producción han de ser útiles en algún sentido (o tener «valor de uso»), en una sociedad capitalista la producción está por lo general organizada primariamente en torno al intercambio.

b) *Fuerza de trabajo:* La fuerza de trabajo es una clase especial de mercancía: es la capacidad productiva humana vendida en un mercado de trabajo para su empleo en la producción de otras mercancías.

c) *Valor:* Si se quieren analizar los mecanismos mediante los cuales el producto social se divide entre las diversas clases de la sociedad, es necesario contar con unidades para medir diferentes cantidades de productos. La métrica más obvia no es otra desde luego que el precio de las mercancías, lo que en la práctica ha resuelto el problema para la mayoría de los economistas. Pero el uso del precio como métrica para comparar cantidades de productos suscita la cuestión de qué es lo que mide el dinero correspondiente a una mercancía, de cuál es el contenido teórico de la dimensión cuantitativa del producto social que marca el precio. Para que la respuesta no sea totalmente circular será necesaria alguna clase de teoría del valor<sup>3</sup>,

<sup>3</sup> Gran parte de lo que se conoce como "controversia de Cambridge

es decir, una teoría sobre lo que constituye la dimensión cuantitativa de las mercancías.

En principio es posible medir la cantidad total del producto social de diversas formas. Se puede pesar el producto social total y establecer que tantas toneladas van a la clase obrera y tantas a la clase capitalista. Se puede calcular la cantidad total de energía de todo tipo utilizada en la producción del producto social como medida de la «actividad de maquinaria» total que las mercancías incorporan. Se puede medir el número total de horas de trabajo humano dedicadas directa o indirectamente a producir el producto social. Todas estas medidas representan un tipo de «valor» cuantitativo del producto social. Obviamente, según para qué propósito, una u otra serán más o menos apropiadas.

La premisa de la teoría del valor trabajo es que, *si se quiere entender la relación entre las fuerzas de clase y la producción social, la medida del valor más útil es la basada en las horas de trabajo humano que requiere la producción de las mercancías.* Esta afirmación posee dos justificaciones básicas. Primera, si lo que nos interesa son las relaciones sociales, entender su dinámica, resulta atractiva una medida del valor fundada directamente en la actividad social: el tiempo de trabajo de la producción. Segunda, se puede comprobar que existe una relación sistemática entre el tiempo de trabajo incorporado a las mercancías y la proporción en que éstas se intercambian<sup>3</sup>. Esto no significa que otras teorías del valor no puedan

sobre el capital" concierne al problema de si los precios pueden considerarse o no una medida aceptable del capital físico (o de otras mercancías).

<sup>3</sup> Véase Meghnad Desai, *Marxian economic theory*, Londres, 1974 [*Lecturas de teoría económica marxista*, Madrid, Siglo XXI, 1977], y Shinzaburo Koshimura, *Theory of capital reproduction and accumulation*, Ontario, 1975, pp. 74-94. La relación entre los valores (tiempos de trabajo incorporado) de las mercancías y los términos de intercambio de hecho entre ellas (precios relativos) comprende dos transformaciones: 1, la transformación del valor de los insumos en el precio de los insumos, o lo que usualmente se denomina "precios de producción", y 2, la transformación de los precios de producción en precios concretos de mercado de las mercancías. La primera transformación es el objeto de las discusiones sobre lo que se ha llamado el "problema de la transformación", para el que se han propuesto un variado muestrario de soluciones. En el presente contexto no es necesario elegir entre ellas: todas comprenden una relación sistemática entre los tiempos de trabajo incorporados y los precios de producción. La segunda transformación, la de los precios de producción en precios de mercado, queda fuera de la teoría del valor propiamente dicha. Existe una miríada de factores ajenos a los tiempos de trabajo incorporados —escaseces relativas, poder monopolista, fijación de precios por el gobierno, etc.— que entran en la determinación de los precios relativos concretos. El punto es que el trabajo incorporado es la

predecir también los términos de intercambio. Piero Sraffa ha mostrado, por ejemplo, que pueden predecirse los precios relativos mediante una teoría del valor basada en una «mercancía patrón» en vez de en el tiempo de trabajo incorporado<sup>4</sup>. El punto crucial reside en que solamente la teoría del valor trabajo ofrece un vínculo entre los términos *cuantitativos* de intercambio de las mercancías y las relaciones sociales cualitativas subyacentes en el proceso de producción.

A causa de la relación existente entre el tiempo de trabajo incorporado y los términos en los que se intercambian las mercancías, nos referimos generalmente al tiempo de trabajo como valor *de cambio* de una mercancía (para distinguirlo del valor de uso de ésta). Con mayor precisión: el valor de cambio de una mercancía se define como el número promedio de horas de un trabajo de cualificación e intensidad promedios utilizadas directa e indirectamente en la producción de dicha mercancía; más sucintamente, como el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir la mercancía<sup>5</sup>.

El estatuto lógico preciso de la definición es algo ambiguo. Para muchos marxistas, la identificación de valor de cambio y tiempo de trabajo socialmente necesario es una premisa teórica; para otros es una proposición deducida de hipótesis previas. El análisis de Martin Nicolaus del plusvalor es un buen ejemplo del punto de vista según el cual el tiempo de trabajo incorporado no es meramente una definición del valor de cambio. «Marx plantea el problema central de la teoría del capitalismo y procede a resolverlo. ¿Cómo puede ser —se pregunta—

característica de la mercancía misma (por oposición a las fuerzas externas contingentes que afectan a la mercancía, tales como las fuerzas de mercado) que influye en los precios. En la medida en que nos interesen los términos de intercambio reales de mercado entre dos mercancías individuales, la teoría del valor será de utilidad, principalmente, en cuanto indicador de la fuerza de estos factores externos. Por otra parte, si lo que estudiamos son las magnitudes relativas de grandes agregados de mercancías, y el desarrollo del sistema capitalista en su conjunto, la teoría del valor resulta entonces mucho más poderosa, dado que puede suponerse que muchos de los factores contingentes externos se anulan recíprocamente.

<sup>4</sup> *The production of commodities by means of commodities*, Cambridge, 1960 [*Producción de mercancías por medio de mercancías*, Barcelona, Oikos-Tau, 1966].

<sup>5</sup> Para una discusión de los problemas que presenta esta definición, véase Shane Mage, *The law of the falling tendency of the rate of profit*, tesis doctoral, Columbia, 1963; Paul Sweezy, *The theory of capitalist development*, Nueva York, 1942 [*Teoría del desarrollo capitalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945], y Bob Rowthorn, "Skilled labor in the Marxist system", *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, septiembre de 1974, pp. 25-45.

que al término del proceso de producción el capitalista tenga una mercancía de un valor superior al de sus elementos componentes? El capitalista paga el precio de la maquinaria, de las materias primas y del trabajo, y, sin embargo, el producto vale más que los tres juntos. ¿Cuál es, en otras palabras, la fuente del plusvalor (*Mehrwert*) del que el capitalista se apropia? El problema será insoluble, escribe Marx, mientras el «trabajo» sea considerado una mercancía como cualquier otra (como se hacía específicamente en el *Manifiesto*). Si el trabajo fuera una mercancía de esta clase, la producción capitalista sería: precio de la maquinaria + precio de las materias primas + precio del trabajo = precio del producto. ¿Dónde está entonces la ganancia del capitalista? Si eludimos la pregunta diciendo que el capitalista fija un porcentaje arbitrario de ganancia, tan alto como lo permite el mercado, y se limita a sumarlo al producto, resulta entonces que la fuente de la ganancia obtenida por el capitalista es el comprador de la mercancía. Pero lo que el capitalista gana de esta forma, el comprador lo pierde, y es imposible comprender cómo podría surgir un excedente agregado de tales transacciones. Marx rechazó esta teoría mercantilista de acuerdo con la cual una nación se enriquecería solamente engañando a las demás. Esta teoría se viene por los suelos, y el problema del plusvalor queda resuelto cuando se advierte que el trabajador no vende al capitalista «trabajo», sino *fuerza* de trabajo (*Arbeitskraft*). Aunque su precio varíe con la oferta y la demanda, esta mercancía específica posee la cualidad excepcional de ser capaz de producir más valor del necesario para reproducirla<sup>6</sup>.

La dificultad implícita en este tratamiento del valor es que pueden concebirse fácilmente otras mercancías capaces de producir un «valor» superior al de sus propios costes de reproducción. Como señala Braverman: «Un buey goza también de esta capacidad, y muele más maíz del que come si se le entrena y se le obliga<sup>7</sup>. La razón por la cual una teoría del valor buey o una teoría del valor máquina son menos adecuadas que la teoría del valor trabajo es que lo que nos interesa es revelar la relación existente entre la actividad social humana y la distribución y apropiación del producto social, no la relación entre la actividad bovina o mecánica y la distribución.

<sup>6</sup> Martin Nicolaus, "Proletariat and middle class in Marx", *Studies on the Left*, 7, 1967, pp. 266-267 [*Proletariado y clase media en Marx: coreografía hegeliana y dialéctica capitalista*], en *El Marx desconocido*, Barcelona, Anagrama, 1972].

<sup>7</sup> Harry Braverman, *Labour and monopoly capital*, Nueva York, 1974, página 56.

¿Cómo puede entonces la teoría del valor trabajo ayudarnos a entender los mecanismos mediante los cuales la clase capitalista expropia a la clase obrera el producto social? Como primera aproximación, la división del producto social entre la clase obrera y la clase capitalista puede ser considerada como resultado de dos procesos sociales: la relación de intercambio entre *fuerza de trabajo* y *capital* y la relación de producción entre *trabajo* y *capital*<sup>9</sup>. En la relación de intercambio el trabajador vende al capitalista una clase especial de mercancía, su fuerza de trabajo, es decir, su capacidad de trabajar. Como para todas las demás mercancías, el valor de ésta queda definido por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción y reproducción. La magnitud de estos costes reproductivos está determinada a su vez por diversas consideraciones técnicas (costes de capacitación, de transporte, etcétera), así como por la lucha de clases en torno a los salarios (lo que Marx denominó los «elementos históricos y morales» del valor de la fuerza de trabajo). Lo esencial en el presente contexto es que, independientemente de cómo se determinen estos costes reproductivos, cuando el trabajador vende al capitalista su fuerza de trabajo se produce en apariencia un intercambio de equivalentes: el obrero vende la mercancía fuerza de trabajo al capitalista y recibe por su parte un salario más o menos equivalente al valor de la mercancía entregada. Es éste el reino de «la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham», y las relaciones de clase que subyacen a la distribución permanecen opacas.

El carácter de clase de la distribución del producto social se revela en el nivel de las relaciones de producción. La capacidad de trabajo —fuerza de trabajo— se transforma, en la producción, en trabajo real, en nuevo valor real incorporado a las mercancías. Desde la perspectiva de los trabajadores esto significa que una parte de cada día trabajan para allegarse los medios de subsistencia necesarios para ellos y sus familias y que otra parte lo hacen para que el capitalista perciba un nuevo valor, denominado «plusvalor». Mirándolo desde el punto de vista de la clase capitalista en su conjunto, para que la acumu-

<sup>9</sup> Esto es en cierta medida una supersimplificación. Otros procesos sociales, en particular los impuestos, las políticas presupuestarias del Estado y los precios monopolistas, pueden influenciar también potencialmente la distribución del producto social (es decir, la apropiación del plusproducto por parte de la clase capitalista). Es claramente erróneo ver en la explotación una simple consecuencia del juego de las relaciones de intercambio y de producción, como muchos marxistas tienden a hacer. Este punto se discutirá más adelante.

lación tenga lugar es esencial que la magnitud del valor creado por los trabajadores sea mayor que el valor de la fuerza de trabajo, es decir, mayor que los costes de reproducción de la clase obrera<sup>9</sup>. Así, la medida en la que la fuerza de trabajo se transforma, en el transcurso del proceso de producción, en trabajo real, es de crucial importancia para la clase capitalista. La irrupción de la «gestión científica» a principios de siglo estuvo dirigida a ese fin<sup>10</sup>. Si bien en los últimos cincuenta años, como se discutió en el primer capítulo, ciertas industrias pueden haber reemplazado el taylorismo más descarnado por formas más sofisticadas de extracción de plusvalor, el problema básico con el que se enfrenta la clase capitalista continúa siendo el mismo: cómo generar un excedente tan grande como sea posible, por encima de los costes de reproducción socialmente necesarios de la fuerza de trabajo.

Como quedó dicho en los inicios de esta discusión sobre la acumulación, el distintivo de toda sociedad de clases es la apropiación por las clases dominantes del plusvalor generado por los productores directos. En las sociedades capitalistas, el mecanismo central de apropiación hunde sus raíces en el modelo específico de relaciones de intercambio y de relaciones de producción discutido anteriormente: la fuerza de trabajo se vende libremente en el mercado como una mercancía, pero dentro de la producción está obligada a producir un valor superior al de sus propios costes de reproducción.

Nos hallamos ahora en posición de explicar nuestra definición de la acumulación de capital como reproducción de las relaciones sociales capitalistas en una escala siempre creciente a través de la conversión del plusvalor en nuevo capital constante y variable. Para entender lo que quiere decirse con «reproducción en una escala siempre creciente», es necesario primero entender lo que significa reproducción en una escala fija (reproducción simple). El concepto marxista tradicional de reproducción simple es como sigue. Imagínese una economía con dos sectores, uno de los cuales produce bienes de producción y el otro bienes de consumo. Dentro de cada sector, el valor

<sup>9</sup> Mientras que para la clase capitalista en su conjunto es esencial que los costes reproductivos de la fuerza de trabajo total sean inferiores al valor producido por la clase obrera, éste no es necesariamente el caso de cada capitalista individual. El capitalista individual puede ser capaz de obtener una porción del plusvalor total sin generar plusvalor alguno en su propio proceso de producción. Este es el caso, por ejemplo, de la banca y de otras esferas totalmente «improductivas» de la actividad capitalista.

<sup>10</sup> Braverman, *Labour and monopoly capital*, pp. 85-137.

total de las mercancías producidas puede representarse mediante la tradicional fórmula marxista.

$$c + v + pv = P$$

donde:

$P$  = valor total producido ← (producto bruto)

$c$  = valor del capital constante (máquinas, inmuebles, materias primas) utilizado en la producción.

$v$  = valor de la fuerza de trabajo utilizada en la producción o capital variable. (Se denomina capital variable porque produce una cantidad variable de nuevo valor —plusvalor— en el proceso de producción.)

$pv$  = valor del plusproducto producido por los trabajadores.

$v + pv$  = cantidad total de tiempo de trabajo vivo usada en la producción (o valor del producto neto, es decir, el producto bruto menos depreciación, materias primas, etc.).

El modelo simple de dos sectores se expresaría entonces del siguiente modo:

Sector 1 (bienes de producción):

$$c_1 + v_1 + pv_1 = P_1$$

Sector 2 (bienes de consumo):

$$c_2 + v_2 + pv_2 = P_2$$

Cada uno de los términos de estas ecuaciones puede ser considerado simultáneamente como oferta y demanda de ciertas mercancías expresadas en términos de valor:  $P_1$  representa el valor de la oferta total de bienes de producción;  $P_2$ , el valor de la oferta total de bienes de consumo;  $v_1$  constituye aquella parte de la oferta total de bienes de producción que ha de intercambiarse por bienes de consumo, a fin de reproducir la fuerza de trabajo usada en la producción de bienes de producción;  $c_1$  representa aquella parte de la oferta total de bienes de producción que debe utilizarse para reemplazar los bienes de producción consumidos en la producción de bienes de producción, etc. La condición de equilibrio de la reproducción simple es que, año tras año, la magnitud de cada uno de los términos de estas ecuaciones permanezca invariable. Esto

es, que la cantidad total de capital constante consumido en la producción de ambos sectores sea igual a la oferta total de capital constante producido en el sector 1, y que el consumo total de capitalistas y trabajadores sea igual a la producción total del sector de bienes de consumo. Para que esto sea cierto todo el plusvalor ( $pv_1$  y  $pv_2$ ) debe ser consumido por la clase capitalista.

Reproducción ampliada es la situación en la que al menos parte del plusvalor se usa para aumentar el nivel del capital constante y variable en la producción. Parte de la oferta de bienes de producción representada por  $pv_1$  se usa para incrementar el nivel del capital constante,  $c_1$  y  $c_2$ , y parte de la oferta de bienes de consumo representada por  $pv_2$  se usa para incrementar el nivel del capital variable,  $v_1$  y  $v_2$ . La reproducción ampliada consiste, por consiguiente, en la acumulación tanto de capital constante como de capital variable, y la tasa de

acumulación puede expresarse mediante la fracción  $\frac{\Delta c + \Delta v}{c + v}$

Dado que  $\Delta c$  y  $\Delta v$  proceden del plusvalor, la tasa de ganancia en valor,  $\frac{pv}{c + v}$ , se utiliza con frecuencia para indicar la

máxima tasa de acumulación posible en un período dado<sup>11</sup>. La acumulación constituye «la reproducción de las relaciones sociales capitalistas en una escala siempre creciente», en razón de que supone tanto el aumento de los medios de producción

<sup>11</sup> Técnicamente, la fracción  $pv/(c + v)$  representa la tasa de ganancia únicamente cuando se supone que el período de rotación del capital fijo es un período de producción. Dado que la tasa de ganancia se mide habitualmente sobre la inversión total (y no sólo sobre las materias primas, la depreciación y los salarios, es decir,  $c + v$ ), es necesaria una expresión más compleja que incluya el capital fijo y las tasas de rotación si quieren considerarse en el análisis períodos de rotación más largos. Como no he encontrado prueba alguna de que la complejidad adicional de incluir el capital fijo en el análisis modifique ninguna de las relaciones básicas, utilizaré el modelo más simple a lo largo de este trabajo, suponiendo la rotación en un solo período del capital constante. Para el problema del fecho del capital, véase Geoff Hodgson, "The theory of the falling rate of profit", *New Left Review*, 84, 1974 ["La teoría de la caída de la tasa de ganancia", *En Teoría*, 1, marzo-abril de 1979]. Ha de observarse también que a lo largo de este trabajo no haré distinción entre ganancia, interés y renta en cuanto componentes del plusvalor. La expresión "ganancia" se utilizará para designar al plusvalor total.

La razón para afirmar que  $pv/(c + v)$  indica la tasa máxima de acumulación "posible" es que el plusvalor se utiliza para el consumo capitalista (entre otras cosas) además de para la reproducción ampliada. En la medida en que la clase capitalista posee cierta discrecionalidad en lo que se refiere a la proporción de plusvalor reinvertido como nuevo capital, no resulta necesariamente cierto que un aumento de la tasa de ganancia produzca inmediatamente un aumento de la acumulación real, y viceversa.

controlados por los capitalistas como el crecimiento de las dimensiones de la clase obrera.

Hay una cuestión final que debe ser discutida antes de que abordemos el análisis de las contradicciones e impedimentos del proceso de acumulación. ¿Por qué es tan importante la acumulación para la supervivencia del capitalismo? ¿Es una posibilidad viable un capitalismo estancado, sin acumulación, sin crecimiento? El ejemplo de la economía británica de los últimos años indica ciertamente la posibilidad de que exista un sistema capitalista en el que durante un largo período de tiempo la acumulación sea pequeña. Los marxistas han tendido generalmente a descartar la posibilidad de una vuelta a una economía de reproducción simple bajo condiciones de capitalismo avanzado. Paul Mattick, por ejemplo, ha escrito: «Un capitalismo sin acumulación es solamente una posibilidad temporal; es un capitalismo en crisis. La producción capitalista es únicamente concebible en términos de acumulación»<sup>12</sup>. Como quedará claro en el resto de este trabajo, no pienso que un capitalismo sin acumulación sea una imposibilidad o que conduzca necesariamente a un hundimiento económico y social. Pero sí pienso que un capitalismo sin acumulación es un capitalismo precario que exigirá la creación o la puesta a punto de un conjunto de mecanismos sociales represivos que se encarguen de manejar la situación. Esta precariedad puede entenderse al nivel del «capital en general» y al de «muchos capitales»<sup>13</sup>. Al nivel del capital en general, del sistema capitalista

<sup>12</sup> *Marx and Keynes*, Boston, 1969, p. 60. [*Marx y Keynes*, México, Era, 1975.]

<sup>13</sup> La distinción establecida en el análisis del capitalismo entre «capital en general» y «muchos capitales» no debe confundirse con la distinción habitual en economía entre macroeconomía y microeconomía. Esta última distinción hace referencia a la *unidad de análisis*: el comportamiento de las firmas individuales y de los consumidores en el segundo de los casos, y el del sistema económico en su conjunto en el primero. En cambio, la distinción entre capital en general y muchos capitales se refiere al *nivel de abstracción* del análisis. En el análisis del «capital en general», el sistema capitalista queda reducido a su esencia más simple: la confrontación entre capital y trabajo. El análisis de los «muchos capitales» no desplaza la unidad de análisis del sistema al individuo, sino que añade complejidad al análisis del sistema como tal mediante la discusión de las estructuras de mercado, la competencia de diferentes tecnologías, etc. Afir-mar que el análisis de los «muchos capitales» se halla a un nivel de abstracción más bajo que el análisis del capital en general no implica que estas complejidades adicionales sean irrelevantes o que no puedan modificar la dinámica del sistema capitalista en aspectos fundamentales. El método de comenzar con la conceptualización más simple y más abstracta del capitalismo y pasar después a la más concreta no significa que las proposiciones derivadas al nivel más abstracto no se vean afectadas por

entendido como confrontación esencial de capital y trabajo, la acumulación juega un papel vital en la contención y la canalización de la lucha de clases. La acumulación es en gran parte la base de la legitimación ideológica de las desigualdades de la sociedad capitalista. El continuo crecimiento del pastel hace posible que el nivel de vida de la clase obrera crezca lentamente sin que ello amenace las relaciones de producción, y al mismo tiempo ayuda a legitimar el muy superior nivel de vida de la clase capitalista. Un período prolongado sin acumulación (por no hablar de desacumulación) socavaría seriamente tales legitimaciones y produciría una intensificación considerable de los conflictos de clase.

Al nivel de muchos capitales, la ausencia de acumulación intensificaría notablemente la competencia tanto a escala nacional como a escala internacional. En un período de crecimiento económico general, la expansión de los capitales individuales se realiza en parte porque cada capitalista intenta incrementar su parte de mercado a expensas de los demás capitalistas, y en parte por el crecimiento de la extensión total del mercado. En un período sin acumulación esto último desaparece, y toda expansión individual toma la forma de un juego de suma cero. Marx describe elegantemente una situación tal: «Mientras todo marcha bien, la competencia, tal como se revela en la nivelación de la tasa general de ganancia, actúa como una cofradía práctica de la clase capitalista, de modo que ésta se reparte comunitariamente, y en proporción a la magnitud de la participación de cada cual, el botín colectivo. Pero cuando ya no se trata de dividir ganancias, sino de dividir pérdidas, cada cual trata de reducir en lo posible su participación en las mismas, y de endosársela a los demás [...] La competencia se convierte a partir de ahí en una lucha entre hermanos enemigos. Se hace sentir entonces el antagonismo entre el interés de cada capitalista individual y el de la clase de los capitalistas, del mismo modo que antes se imponía prácticamente la identidad de esos intereses a través de la competencia»<sup>14</sup>.

Tal intensificación de los conflictos de clases y de la competencia capitalista no implica necesariamente, sin embargo, el

las fuerzas que se analizan a niveles más concretos. Pero este método significa que las complejidades más concretas introducidas en el análisis de los muchos capitales adquieren su especificidad teórica en términos de su relación con el análisis del capital en general.

<sup>14</sup> *Capital*, III, Nueva York, 1967, p. 253. [*El capital*, Madrid, Siglo XXI, 1975-1981, libro III, pp. 324-325.]

fin del capitalismo. Las contradicciones pueden incrementarse y los sistemas sociales sobrevivir, especialmente si se crean nuevas disposiciones institucionales destinadas a contener tales contradicciones. Lo esencial en un análisis de las contradicciones e impedimentos que afectan al proceso de acumulación no es probar la inevitabilidad del colapso del capitalismo, sino entender las formas de adaptación y de reordenamiento institucionales a las que verosímilmente se recurrirá en el esfuerzo por contrarrestar dichas contradicciones; esta comprensión es crucial para el desarrollo de una política socialista viable.

## II. IMPEDIMENTOS Y CONTRADICCIONES DEL PROCESO DE ACUMULACION

Los economistas políticos marxistas han concedido gran importancia al debate sobre la naturaleza de las contradicciones esenciales del proceso de acumulación que empujan al sistema capitalista hacia las crisis económicas. Los debates contemporáneos sobre las crisis se centran generalmente en uno de los siguientes cuatro impedimentos críticos de la acumulación: 1, la creciente composición orgánica del capital<sup>15</sup>; 2, el problema de la realización del plusvalor, y en particular los problemas de subconsumo en la sociedad capitalista<sup>16</sup>; 3, una tasa de explotación baja o decreciente a consecuencia de incrementos salariales<sup>17</sup>; y 4, el papel contradictorio del Estado en la acumulación<sup>18</sup>.

<sup>15</sup> Véase Paul Mattick, *Marx and Keynes*, cit.; David Yaffe, "The Marxian theory of crisis, capital and the state", *Economy and Society*, Vol. 2, 2, 1973; Mario Cogoy, "The fall in the rate of profit and the theory of accumulation", *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, invierno de 1973; Shane Mage, *The law of the falling tendency of the rate of profit*, cit.

<sup>16</sup> Paul Sweezy, *The theory of capitalist development*, cit.; Paul Baran y Paul Sweezy, *Monopoly capital*, Nueva York, 1966 [*El capital monopolista*, México, Siglo XXI, 1963]; Joseph Gillman, *Prosperity in crisis*, Nueva York, 1965 [*Prosperidad en crisis*, Barcelona, Anagrama, 1971].

<sup>17</sup> Andrew Glyn y Bob Sutcliffe, *British capitalism, workers and the profit squeeze*, Londres, 1972.

<sup>18</sup> Mario Cogoy, "Les théories néo-marxistas, Marx et l'accumulation du capital", *Les Temps Modernes*, septiembre-octubre de 1972; David Yaffe, "The Marxian theory of crisis, capital and the state", cit.; James O'Connor, *The fiscal crisis of the state*, Nueva York, 1973 [*La crisis fiscal del Estado*, Barcelona, Península, 1981]; Claus Offe, "Structural problems of the capitalist state", en Von Beyme, comp., *German Political Studies*, Vol. 1, Los Angeles, 1974, y "The theory of the capitalist state and the problems of policy formation", en L. Lindberg y otros, comps., *Stress and contradiction in modern capitalism*, Lexington (Mass.), 1972.

En este apartado examinaremos los presupuestos y la lógica subyacentes en cada una de estas posiciones. En el apartado siguiente intentaré probar que estas cuatro formas de entender la crisis no son fundamentalmente incompatibles si se interpretan, desde una perspectiva histórica, como expresiones de las cambiantes contradicciones de la acumulación en diferentes periodos del desarrollo capitalista.

Se requieren dos breves comentarios antes de comenzar a discutir estas diferentes perspectivas de la crisis. Primero: la discusión se centrará en las crisis económicas y no simplemente en los ciclos industriales. Si bien estos dos tipos de alteraciones de las relaciones económicas están obviamente relacionados, poseen diferente estatuto teórico. Una crisis implica que, para que la acumulación continúe, es necesaria alguna clase de reestructuración del proceso de acumulación, mientras que un ciclo implica meramente una particular alteración de la acumulación que puede resolverse sin cambio estructural alguno. Un impedimento dado de la acumulación, como la creciente composición orgánica del capital, puede funcionar, bien como un mecanismo de crisis, bien como un mecanismo cíclico, según como esté ligado al proceso total de acumulación. De hecho, uno de los temas que exploraremos es cómo ciertos factores pasan históricamente de obstáculos estructurales básicos a mecanismos cíclicos, y viceversa<sup>19</sup>.

Segundo: la mayor parte de la discusión sobre estos cuatro impedimentos de la acumulación se basará en las categorías de valor discutidas en el apartado I. Es importante subrayar que tal análisis en términos de valor no agota la aportación marxista al estudio de las crisis económicas. El completo entendimiento de éstas incluiría también el análisis de la inestabilidad monetaria, de los desequilibrios crediticios y de otros problemas estrictamente pertenecientes a la esfera de la circulación. La presente discusión no se ocupará de estas materias,

<sup>19</sup> A causa de que nuestro interés se centra en los mecanismos de la crisis, no discutiré sistemáticamente la llamada "teoría de la desproporcionalidad", es decir, las concepciones de la crisis que consideran enraizada la interrupción de la acumulación en los desequilibrios entre los diversos sectores de la producción capitalista, siendo generados estos desequilibrios por la "anarquía" de la producción capitalista. Si bien tales desproporcionalidades indudablemente ocurren, es difícil afirmar que constituyan obstáculos estructurales básicos para la acumulación que exijan una reestructuración a fondo del proceso de acumulación. Las desproporcionalidades, consecuencia de la condición crónicamente desorganizada del capitalismo, son un rasgo constante de la producción y la distribución capitalistas, y, si bien pueden agravar las tendencias a la crisis, no constituyen por sí mismas un mecanismo fundamental de crisis en el sentido de los discutidos en este trabajo.

ya que si bien tales problemas son importantes, es teóricamente prioritario analizar los impedimentos de la acumulación en términos de las contradicciones aparecidas en la esfera de la producción: en ellas se centrará el presente análisis.

### 1. La composición orgánica del capital y la caída de la tasa de ganancia

Como se discutió en el apartado 1, es premisa fundamental de la economía política marxista el que únicamente el trabajo humano es capaz de producir plusvalor y, por consiguiente, ganancias. La tasa de ganancia, sin embargo, no se basa meramente en los costes de trabajo del capitalista ( $v$ ), sino en todos los costes del capital ( $c + v$ ). De lo que se sigue, por tanto, que si en el transcurso del desarrollo capitalista el valor del trabajo no humano usado en la producción creciera mucho más rápidamente que el del trabajo humano, permaneciendo igual todo lo demás, la tasa de ganancia tendría tendencia al descenso. Esto constituye la lógica básica para estudiar la relación entre los cambios en las fuerzas productivas de la sociedad capitalista —la tecnología, en sentido amplio— y la tasa de ganancia. La «composición orgánica del capital» es un cociente pensado para reflejar los principales aspectos de la tecnología que inciden en la tasa de ganancia. Su expresión simple de mayor utilidad es el cociente entre el trabajo muerto (capital constante) y el trabajo viviente utilizados en la producción<sup>20</sup>:  $Q = c/(v + pv)$ .

<sup>20</sup> Esta expresión no corresponde al modo tradicional en el que los marxistas han definido la composición orgánica del capital. La práctica habitual ha sido considerar como composición orgánica del capital la fracción  $c/v$ . Economistas como Sweezy, Dobb, Mattick y Gillman le han dado este uso. Esta expresión representa la proporción entre capital constante y capital variable, y es considerada habitualmente por estos autores como el reflejo, en términos de valor, de lo que, en la economía burguesa se denomina intensidad de capital de la tecnología. Cierta número de autores recientes —Mario Cogoy, Shane Mage y David Laibman— han aducido que la fracción  $c/v$  no es una medida adecuada de la intensidad de capital, dado que el nivel de  $v$  depende en parte de la tasa de explotación y no simplemente de los montos relativos de capital constante y de trabajo humano en la producción. Introducen, por tanto, la proporción entre trabajo inerte y trabajo viviente en la producción,  $c/(v + pv)$ , en sustitución de la proporción entre capital constante y capital variable. Aunque el mismo Marx es en cierta medida ambiguo en su uso de las diferentes expresiones, es posible interpretar cierto número de importantes pasajes de *El capital* como indicativos de que su noción de la composición orgánica del capital queda mejor representada por esta proporción. (Véase especialmente el análisis de Marx en el comienzo del primer apartado del capítulo 23 del libro I de *El capital*, "La ley general de la acumulación capitalista"; para una discusión de este apartado de *El capital*,

Otra expresión, la tasa de explotación (también llamada tasa de plusvalor), tiene importancia para la discusión de la caída de la tasa de ganancia. La tasa de explotación viene dada por el cociente entre las partes impagada y pagada de la jornada laboral (véase la discusión del plusvalor realizada anteriormente), o bien entre plusvalor y capital variable:

$$e = \frac{pv}{v}$$

Una llamada de atención antes de adentrarnos más en el tema: es de gran importancia no interpretar la tasa de plusvalor  $pv/v$  como una expresión que refleja simplemente el estado de la lucha de clases, ni la composición orgánica del capital como una expresión que se limita a reflejar la naturaleza de la tecnología. Ambos cocientes resultan afectados tanto por la lucha de clases como por la tecnología, aunque de modo diferente. El nivel de productividad medio en la sociedad, especialmente en el sector de bienes salariales, tiene una repercusión directa en la tasa de plusvalor; la lucha de clases repercute directamente en la duración de la jornada laboral y en la intensidad del trabajo, y, por consiguiente, en el denominador de la composición orgánica del capital. Aunque interpretemos la composición orgánica del capital como el reflejo de las relaciones técnicas, esto no implica que sea un coeficiente puramente técnico.

Si usamos la expresión  $Q = c/(v + pv)$  para la composición orgánica del capital y la expresión  $e = pv/v$  para la tasa de explotación, la tasa de ganancia quedará como sigue:

$$g = \frac{pv}{c + v} = \frac{pv/(v + pv)}{\frac{c}{v + pv} + \frac{v}{v + pv}} = \frac{e/(1 + e)}{Q + 1/(1 + e)} = \frac{e}{Q(1 + e) + 1} \quad (1)$$

véase Cogoy, "The fall in the rate of profit", pp. 56-57.) En términos prácticos no es terriblemente importante cuál sea la proporción utilizada. Ninguno de los resultados significativos que obtendremos más adelante difieren sustancialmente si se emplea  $c/v$  en vez de  $c/(v + pv)$ . No obstante, dado que la proporción entre trabajo inerte y trabajo viviente en la producción refleja más acusadamente las relaciones técnicas de producción, será la que adoptaremos a lo largo de esta discusión.

Esta función viene representada gráficamente en la figura 3.1 (por conveniencia se utiliza en este gráfico el inverso de la tasa de explotación).

La ecuación 1 y la figura 3.1 nos ayudarán a explicar la teoría de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. La discusión consta de seis proposiciones:

1. Hay fuerzas intrínsecas al proceso de acumulación de capital que tienden a elevar el nivel de la composición orgánica del capital.

2. Según crece la composición orgánica del capital, la tasa de ganancia tiende a caer, a menos que la tasa de explotación crezca lo suficiente para equilibrar el ascenso de la composición orgánica del capital (o a menos que intervenga alguna otra fuerza que la contrarreste).

3. A largo plazo, el crecimiento de la tasa de explotación no es capaz de contrarrestar completamente el ascenso de la composición orgánica del capital, por lo que habrá una tendencia definida a la caída de la tasa de ganancia.

4. Cuando el descenso de la tasa de ganancia llega a ser lo suficientemente serio y no puede ser compensado por más tiempo mediante la tasa de explotación existente, se produce una crisis económica: los capitales menos rentables desaparecen con las quiebras empresariales, y los capitalistas congelan más y más las inversiones al no encontrar posibilidades de inversión rentables. La demanda agregada, que se deriva fundamentalmente de la tasa de acumulación, decrece subsiguientemente, con el resultado que la crisis cobra la *apariencia* de una crisis de sobreproducción de mercancías. Mientras que los subconsumistas (véase más adelante el subapartado 2) arguyen que la causa de la crisis es una sobreproducción de mercancías debida a una sobreproducción de plusvalor, la teoría de la caída de la tasa de ganancia sostiene exactamente lo contrario. «Al no haberse producido *bastante* [plusvalor], el capital no puede expandirse a un ritmo que permita la plena realización de lo que *ha sido* producido. La escasez relativa de plustrabajo en el proceso de producción aparece en la circulación como una abundancia absoluta de mercancías»<sup>21</sup>.

5. Estas condiciones de crisis, sin embargo, cumplen la función de restaurar unas condiciones favorables para una subsiguiente acumulación rentable, lo que se lleva a cabo mediante

<sup>21</sup> Mattick, *Marx and Keynes*, p. 79.

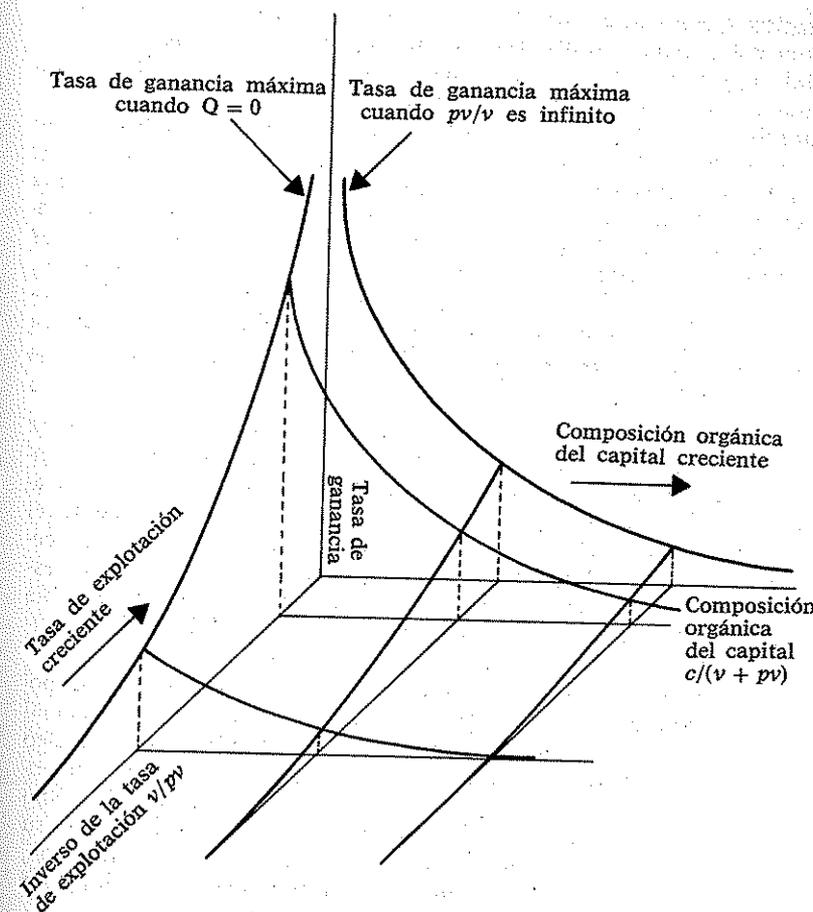


FIGURA 3.1. La tasa de ganancia en función de  $c/(v + pv)$  y de  $v/pv$ .

NOTA: En esta figura las intersecciones de los planos verticales paralelos al plano explotación/tasa de ganancia con la superficie de la ganancia representan la tasa de ganancia como una función de la explotación para niveles determinados de la composición orgánica del capital. La intersección de los planos verticales paralelos al plano composición orgánica/tasa de ganancia representan la tasa de ganancia como una función de la composición orgánica del capital para tasas de explotación determinadas. La intersección de un plano horizontal con la superficie de la ganancia representa el conjunto de puntos con una tasa de ganancia común.

varios mecanismos: a) el capital improductivo es eliminado del mercado, incrementándose, por tanto, el nivel de productividad del capital restante; b) además, al quebrar los capitales individuales, se ven obligados a vender su capital constante a un precio por debajo de su valor de cambio real. La devaluación del capital significa que, en términos agregados, el numerador de la composición orgánica del capital disminuye, con lo que la tasa de ganancia aumenta; c) finalmente, menudean los despidos, aumenta el ejército de reserva de los desempleados, los capitalistas pueden reducir los salarios por debajo de su valor, aumentando así la tasa de explotación. Una vez que estos procesos han avanzado lo suficiente para restablecer una tasa de ganancia aceptable, la acumulación cobra fuerza de nuevo y la crisis finaliza.

6. Si bien la tendencia a la crisis de la sociedad capitalista toma la forma de ciclos industriales periódicos, se observa también una tendencia general de los ciclos a hacerse progresivamente más graves. Cada crisis sucesiva tiene lugar a un nivel de acumulación más alto y, por consiguiente, a un nivel superior de composición orgánica del capital. Los problemas de restablecer las condiciones para una nueva acumulación rentable tienden, por tanto, a ser progresivamente de más difícil solución en cada crisis sucesiva<sup>23</sup>.

Con ligeras variaciones, quienes mantienen estas seis proposiciones son los que defienden la teoría de la baja tendencial de la tasa de ganancia. Las tres primeras constituyen el núcleo de la teoría, ya que, si puede demostrarse que la tasa de ganancia tiene tendencia a decrecer, la especial concepción de cómo esto a su vez origina la crisis económica, y cómo ésta, por su parte, restaura las condiciones para una nueva acumulación, surge muy naturalmente. Concentraremos nuestra atención, por consiguiente, en las tres primeras proposiciones.

La segunda y la tercera pueden manejarse de manera puramente formal en términos de la ecuación 1: de esta ecuación se desprende inmediatamente que para todo valor fijo de la tasa de explotación la tasa de ganancia se convierte simplemente en una función de la inversa de la composición orgánica del capital. Así, si  $Q$  crece y  $e$  permanece constante, la tasa de ganancia caerá necesariamente. La segunda proposición del razonamiento surge, por tanto, inmediatamente a partir de las definiciones de  $g$ ,  $Q$  y  $e$ .

La validez de la tercera proposición es menos obvia. Si bien

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 69.

está claro que, si la composición orgánica del capital creciera infinitamente, una tasa de explotación infinita no podría contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, tal caso límite no nos es de gran utilidad para entender los movimientos de la tasa de ganancia en el mundo real. Lo que queremos saber es en qué medida un aumento de la composición orgánica del capital afecta al proceso de acumulación para *cualquier* nivel arbitrario de  $Q$ , y no solamente en el caso límite en el que  $Q$  sea infinita. Una forma de plantear este problema es preguntarnos si el grado en que la tasa de explotación puede funcionar como fuerza contrarrestante se ve a su vez afectado por los incrementos de la composición orgánica del capital. Es fácil mostrar mediante un cálculo elemental que, según aumenta la composición orgánica del capital, la tasa de ganancia se hace progresivamente menos sensible a los cambios en la tasa de explotación<sup>23</sup>. Así, una alta composición orgánica del capital no sólo produce una ganancia posible más baja, sino que también hace que los cambios de la tasa de explotación sean menos útiles como estrategia para sostener la tasa de ganancia. Más aún, cuanto mayor sea la tasa de explotación, menos sensible será la tasa de ganancia a los cambios subsiguientes de la tasa de explotación. Por tanto, si hay de hecho un aumento secular en la composición orgánica del capital, y aun si la tasa de explotación también aumenta, será progresivamente menos probable que tal aumento contrarreste completamente la creciente composición orgánica del capital. Es por consiguiente muy razonable contemplar los incrementos de la composición orgánica del capital como un impedimento significativo para el proceso de acumulación, siendo igualmente razonable asumir que, si aquélla tiende a aumentar, los incrementos complementarios de la tasa de explotación no podrán contrarrestar, a largo plazo, la caída de la tasa de ganancia.

La primera proposición es la más problemática. Ni las demostraciones empíricas de que en el curso del tiempo se observa

<sup>23</sup> Partiendo de la definición de la tasa de ganancia en la ecuación 1, se deriva parcialmente con respecto a la tasa de explotación:

$$g = \frac{e}{Q(1+e)+1}$$

$$\frac{\partial g}{\partial e} = \frac{[Q(e+1)+1] - Qe}{[Q(e+1)+1]^2} = \frac{Q+1}{[Q(e+1)+1]^2} \quad (2)$$

Dado que  $Q$  tiene un mayor valor en el denominador que el numerador, la ecuación 2 indica que al aumentar la composición orgánica del capital un cambio determinado en la tasa de explotación producirá un cambio menor en la tasa de ganancia.

en la composición orgánica del capital una tendencia general al crecimiento, ni los argumentos teóricos que justifican tal afirmación, son particularmente convincentes. Es incuestionablemente cierto que en términos *físicos* la cantidad de máquinas, inmuebles, materias primas, etc., por trabajador ha crecido muy notoriamente en el transcurso del desarrollo capitalista. Pero la composición orgánica del capital es un concepto de *valor*, y no es ni mucho menos evidente que el valor del capital constante por trabajador haya aumentado o muestre tendencia a hacerlo, especialmente por lo que concierne a las últimas etapas del desarrollo capitalista.

Para que aumente el valor del capital constante por trabajador, las innovaciones tecnológicas que ahorran trabajo (que sustituyen fuerza de trabajo por maquinaria) deben superar netamente a las innovaciones que ahorran capital constante (que sustituyen la maquinaria cara por maquinaria barata, es decir, por maquinaria cuya producción requiere relativamente poco tiempo de trabajo socialmente necesario). Cuando Marx escribió *El capital*, ésta era una hipótesis muy plausible. Aunque Marx reconoció la posibilidad de que el incremento de la productividad en el sector de los bienes de capital pudiera conducir a un abaratamiento de los elementos de capital constante<sup>24</sup>, consideraba esto, como máximo, como una contratendencia transitoria al crecimiento general de la composición orgánica del capital. Desde el punto de vista de Marx, la introducción progresiva de tecnología que ahorra trabajo es parte intrínseca del proceso de acumulación.

Se han aducido dos razones por las que las innovaciones que ahorran trabajo deberían pesar más que las innovaciones que ahorran capital constante. La primera hace hincapié en la relación entre las innovaciones que ahorran trabajo y el mercado de trabajo. Supongamos por el momento una acumulación sin orientación neta alguna respecto a las innovaciones técnicas (es decir, supongamos que existe un equilibrio a grandes rasgos entre las innovaciones que ahorran trabajo y las innovaciones que ahorran capital). Bajo estas condiciones, la expansión del capital agotará eventualmente la oferta de trabajadores disponible, ya que la población trabajadora es finita. Arguye Yaffe: «Por un lado tenemos al capital como 'valor en proceso', como valor que trata de expandirse a sí mismo sin límite alguno, y por otro tenemos a la población, la base limitada de esa expansión»<sup>25</sup>. Podrán darse, naturalmente, períodos en los que haya

<sup>24</sup> *Capital*, III, p. 236 [*El capital*, libro III, p. 302].

<sup>25</sup> "The Marxian theory of crisis, capital and the state", p. 195.

una relativa abundancia de trabajo explotable disponible, períodos en los que el ejército de reserva de los desempleados aumente grandemente. Durante estos períodos no habrá presiones especialmente fuertes en demanda de innovaciones que ahorren específicamente trabajo. Pero, al expandirse, el capital alcanzará eventualmente el límite de la fuerza de trabajo explotable y, por tanto, una expansión ulterior requerirá innovaciones que ahorren trabajo, no capital constante. Cada capitalista individual experimentará esta situación en la forma de un mercado de trabajo «tirante», con costos salariales en aumento, y buscará por consiguiente hacerse con nuevas máquinas que desplacen al trabajo humano. El efecto agregado de tales decisiones individuales será un aumento de la composición orgánica del capital.

El principal punto débil de este argumento es la hipótesis de que la condición «normal» del desarrollo capitalista es una oferta de trabajo limitada. Aunque es indudablemente cierto que ha habido períodos en los que ha existido una escasez general de trabajo, es igualmente plausible caracterizar el estado normal del capitalismo como un estado de sobreabundancia de trabajo explotable, lo que es especialmente cierto si el fondo de trabajo explotable se contempla a escala mundial en vez de hacerlo a escala nacional. Cuando los capitalistas se enfrentan a un mercado de trabajo tirante es probable que su respuesta al problema sea la importación masiva de trabajo extranjero mientras realizan la introducción de nuevas tecnologías. Esto no supone negar en modo alguno la importancia de las innovaciones que ahorran trabajo, sino simplemente decir que resulta difícil explicarlas estrictamente en términos de la «extensión limitada de la fuerza de trabajo explotable».

El segundo argumento, por el que las innovaciones que ahorran trabajo deberían predominar sobre las innovaciones que ahorran capital constante, hace más hincapié en la lucha de clases en general que en los límites del mercado de trabajo. Hay una diferencia fundamental entre las máquinas y los trabajadores: las primeras no se resisten a la dominación capitalista. Los capitalistas buscan reemplazar a los obreros por máquinas no solamente en razón de las ventajas tecnológicas que pueden resultar de la innovación, sino a causa de que los trabajadores se organizan para hacer frente a la explotación. La intensidad de esta resistencia puede variar con la tirantez del mercado del trabajo, pero es la lucha de clases, más que el mercado de trabajo como tal, lo que constituye la presión fundamental a favor de las innovaciones que ahorran trabajo.

Este es en verdad un argumento con fuerza. En un cierto

sentido, la fábrica perfecta, para el capitalista *individual*, sería la fábrica totalmente automatizada, a la que el propietario pondría en marcha por las mañanas y apagaría por las noches<sup>26</sup>. La cuestión, entonces, es si los capitalistas se enfrentan o no a otras presiones sistemáticas que tienden a generar innovaciones que ahorran capital en mayor medida que innovaciones que ahorran trabajo. Nadie niega, naturalmente, que se producen tales innovaciones que ahorran capital. En realidad, la existencia de esas innovaciones fue una de las «contratendencias» al crecimiento de la composición orgánica del capital discutidas por Marx. La cuestión, sin embargo, es si tales innovaciones se producen sistemáticamente en el seno del capitalismo. Como arguye Yaffe: «A menos que tales invenciones se produzcan de manera continua, la tendencia general al crecimiento de la composición orgánica del capital reaparecerá [...]. Para otorgar cualquier significado adicional a tales invenciones ha de demostrarse que, *necesariamente*, se producen continuamente»<sup>27</sup>.

Los capitalistas reales están bajo constante presión para innovar a causa de la competencia con otros capitalistas y no simplemente en razón de la lucha de clases con los trabajadores: en la lucha competitiva carece de importancia si la reducción de costes procede de un ahorro de trabajo o de capital constante<sup>28</sup>. De hecho, hay importantes razones para pensar que en las economías capitalistas avanzadas se produciría una tendencia a un aumento de las presiones en favor de las innovaciones

<sup>26</sup> Aunque la fábrica cien por cien automática bien podría ser el sueño del capitalista individual, sería claramente un desastre para la clase capitalista, ya que al no haber trabajo en la producción no habría plusvalor y, por consiguiente, tampoco ganancia. Es precisamente esta contradicción entre los imperativos a los que se encara el capitalista individual y las exigencias del sistema capitalista lo que subyace, en la perspectiva marxista clásica, en el núcleo de la creciente composición orgánica del capital y de las tendencias a la crisis que como consecuencia de ella se producen en la sociedad capitalista.

<sup>27</sup> "The Marxian theory of crisis, capital and the state", p. 198.

<sup>28</sup> Yaffe insiste en que todas las características esenciales de las leyes de movimiento del capital, así como los mecanismos de crisis resultantes, pueden deducirse estrictamente en el nivel del "capital en general". Así, aduce que es innecesario (incluso irrelevante) examinar las cuestiones concernientes a la competencia entre capitalistas. En el nivel de abstracción del capital en general, Yaffe señala acertadamente que la única presión coherente hacia el cambio tecnológico procede del antagonismo básico capital-trabajo. Pero a menos que Yaffe pueda mostrar que en principio la presión más "abstracta" conlleva inevitablemente un mayor peso concreto en la determinación del equilibrio entre las innovaciones que ahorran trabajo y las innovaciones que ahorran capital, no existe razón *a priori* para suponer que las innovaciones que ahorran capital sean una realidad social insignificante.

que ahorran capital respecto a las innovaciones que ahorran trabajo. En anteriores periodos del desarrollo capitalista, cuando la mecanización comenzaba, la introducción de máquinas implicaba necesariamente la sustitución de máquinas por trabajadores. Sin embargo, una vez que una industria está completamente mecanizada, todas las innovaciones tienden a tomar la forma de máquinas que reemplazan máquinas. Incluso si tales máquinas reemplazan aún trabajadores, no hay razón por la que no hayan de ser máquinas más baratas. Después de todo, en la lucha competitiva entre los productores de máquinas se intentará ampliar los mercados produciendo máquinas menos caras (es decir, máquinas cuya producción exija menos trabajo total) y más productivas (es decir, máquinas que produzcan más para el mismo insumo total de trabajo)<sup>29</sup>.

Más aún, podría esperarse que, según aumenta la proporción del capital constante en el coste total (es decir, según aumenta la composición *en valor* del capital,  $c/v$ ), los capitalistas individuales tendieran a preocuparse más de ahorrar capital constante. El capitalista de una industria de alta tecnología, en la que se usan grandes cantidades de capital constante por trabajador, probablemente se preocupará menos de recortar los costes laborales que de reducir los costes de maquinaria, energía, materias primas, etc. Un modelo plausible de la tasa de crecimiento de la composición orgánica del capital podría postular que, permaneciendo igual todo lo demás, la tasa *neto* de innovaciones que ahorran trabajo respecto a la de innovaciones que ahorran capital es inversamente proporcional a  $c/v$  (o directamente proporcional a la parte de los costes del trabajo en la producción). Así, la composición orgánica del capital, al aumentar, tendería a hacerlo de forma cada vez más lenta, quizá incluso aproximándose asintóticamente a un nivel alto y relativamente estable.

Finalmente, incluso si sucediera que en las industrias altamente mecanizadas la composición orgánica del capital conti-

<sup>29</sup> Quizá el ejemplo más llamativo de tales innovaciones ahorradoras de capital constante en los últimos años sea la producción de calculadoras electrónicas y computadores en miniatura. Incluso las calculadoras de bolsillo más complejas cuestan sólo una parte de lo que costaban las calculadoras mecánicas a las que reemplazan. Si bien resulta siempre un tanto problemático hacer juicios sobre el valor partiendo de los precios, las antiguas calculadoras mecánicas ciertamente incorporaban mucho más trabajo que las nuevas calculadoras electrónicas. Aunque también hayan reemplazado una cierta cantidad de trabajo vivo, el ahorro en capital constante es, claramente, mucho más importante. Como resultado, en los procesos de trabajo que comprenden la utilización de calculadoras, la introducción de circuitos impresos miniaturizados ha reducido considerablemente la composición orgánica del capital.

nuara creciendo, el nivel social agregado de la composición orgánica podría permanecer constante si los sectores no mecanizados de la economía experimentarían una tasa de crecimiento relativamente más rápida. El enorme crecimiento del «sector servicios», típicamente muy intensivo en trabajo, podría contrarrestar el continuado crecimiento de la intensidad en capital en el sector industrial<sup>30</sup>. La tendencia del sector competitivo intensivo en trabajo de la economía a crecer en relación simbiótica con el sector monopolista contribuiría también a contrarrestar en cierta forma el crecimiento de la composición orgánica agregada<sup>31</sup>.

Todas estas sugerencias indican que, si bien aún tiene que ponerse a punto un modelo que prediga las proporciones relativas de las innovaciones ahorradoras de trabajo y capital, no existe razón *a priori* para asumir una preponderancia general de las innovaciones ahorradoras de trabajo en una economía capitalista desarrollada.

Lo más que puede decirse de la evidencia empírica sobre la cuestión de si la composición orgánica del capital ha crecido, se ha mantenido igual o incluso ha descendido, es que no es decisiva. Habida cuenta de que las estimaciones de la renta nacional no se realizan en términos de tiempo de trabajo incorporado y de que los datos sobre el capital invertido incluyen muchas partidas que los marxistas ni siquiera considerarían capital, es obvio que la obtención de datos fiables sobre la composición orgánica resulta muy problemática. Incluso un partidario de la tesis del crecimiento de la composición orgánica del capital tan rotundo como Cogoy ha de admitir que los escasos datos que respaldan su punto de vista son tan equívocos como los datos que se oponen a él<sup>32</sup>.

Si la hipótesis de la composición orgánica creciente descansa en una base teórica poco firme, y si no existe evidencia empírica al respecto, ¿por qué ocuparse en absoluto de la teoría? Hay

<sup>30</sup> Estoy dejando de lado, por el momento, la espinosa cuestión de la distinción entre trabajo productivo e improductivo, así como el modo en el que estas categorías se relacionan con la composición orgánica del capital. Resulta claro que, si se considera categóricamente que el sector servicios es trabajo improductivo, entonces en ningún caso podrá equilibrar el incremento de la composición orgánica del capital en el sector industrial, productivo, de la economía. Lo importante aquí es que la composición orgánica social agregada puede ser el resultado de un modelo complejo de cambios relativos en la dimensión de los sectores muy intensivos en capital y poco intensivos en capital, en vez de ser simplemente el resultado del crecimiento de la composición orgánica en los sectores de la economía previamente muy intensivos en capital.

<sup>31</sup> Véase O'Connor, *The fiscal crisis of the state*, capítulo 2.

<sup>32</sup> "Les théories néo-marxistes", p. 63.

varias razones. Primera, que aunque existen considerables disputas sobre la importancia de la teoría del crecimiento de la composición orgánica del capital para el capitalismo de finales del siglo XX, existe acuerdo general entre los marxistas en que fue una característica significativa del capitalismo del siglo XIX. Como veremos en el apartado III de este capítulo, dicha teoría es esencial para la comprensión histórica del desarrollo de la acumulación capitalista.

Segunda, que incluso si es cierto que a largo plazo la composición orgánica del capital no muestra una tendencia coherente al crecimiento, la composición orgánica todavía funciona como un impedimento real al proceso de acumulación. Los resultados que hemos discutido anteriormente indican que cuando una economía se halla en una situación de composición orgánica del capital relativamente alta, la tasa de ganancia se hace menos sensible a los incrementos de la tasa de explotación. Esto quiere decir que, si la tasa de ganancia descende a causa de algún factor diferente de la composición orgánica del capital (por ejemplo, un aumento de los gastos improductivos), el sistema será más rígido a causa de la elevada composición orgánica. No hay nadie que sostenga que la composición orgánica del capital haya descendido en gran medida en las últimas décadas, por lo que puede afirmarse que todavía actúa como un obstáculo para la acumulación, aunque no sea gran fuente dinámica de las crisis que sus defensores pretenden.

Finalmente, incluso si un incremento secular de la composición orgánica del capital no es la causa general de las crisis capitalistas, la destrucción de valores, con la correspondiente caída temporal de la composición orgánica del capital, puede ser una parte crucial de la solución de las crisis cíclicas. Se puede formular la hipótesis de que el movimiento de la composición orgánica del capital durante el pasado siglo se asimila a la figura 3.2<sup>33</sup>. De acuerdo con tal hipótesis, en algún momento del primer cuarto del siglo XX se alcanzó un nivel de composición orgánica del capital bastante alto y relativamente estable. Desde entonces, la composición orgánica del capital ha caído considerablemente durante los periodos de crisis, para recuperar nuevamente el citado nivel estable durante los periodos de prosperidad posteriores a la crisis, al sustituir el capital constante no devaluado posterior a la crisis al capital devaluado, barato, ad-

<sup>33</sup> Véase el razonamiento de David Levine en *Accumulation and technical change in Marxian economics*, tesis doctoral, Universidad de Yale, 1973. Discutiremos más profundamente sus implicaciones cuando situemos la teoría de las crisis en una perspectiva más histórica en el tercer apartado.

quirido durante la crisis. La caída de la composición orgánica del capital puede ser la solución de la crisis, sin que el aumento de la composición orgánica sea la causa fundamental de la crisis. Asumiendo esto, si ocurrieran —en particular, un aumento de los subsidios gubernamentales a monopolios ineficaces— en la economía tales cambios institucionales que quedara bloqueada la caída de los valores de capital durante la crisis, podría esperarse entonces la aparición de una seria «crisis de la gestión de la crisis». Este aspecto será discutido con mayor amplitud posteriormente en el apartado III.

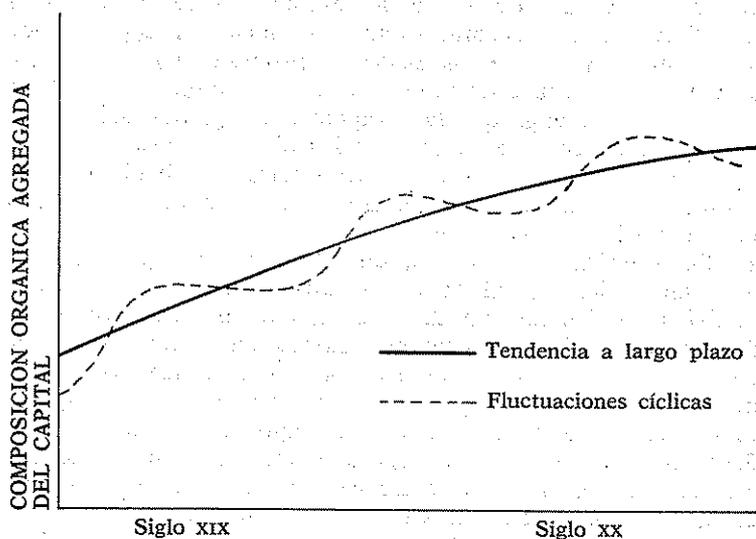


FIGURA 3.2. Tendencia hipotética de la composición orgánica del capital.

## 2. Teorías de las crisis económicas basadas en el subconsumo

Marx establece muy explícitamente en los *Grundrisse* que la tendencia intrínseca de la tasa de ganancia a caer es «la ley más importante de la moderna economía política y la esencial

para comprender las relaciones más dificultosas. Es, desde el punto de vista histórico, la ley más importante»<sup>34</sup>. Pero también hace una serie de afirmaciones que han llevado a algunos marxistas a pensar que Marx consideraba que el subconsumo es el origen de las crisis. «La razón última de todas las crisis reales», escribe Marx, «siempre sigue siendo la pobreza y la restricción del consumo de las masas en contraste con la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si solamente la capacidad absoluta de consumo de la sociedad constituyese su límite»<sup>35</sup>.

Como ocurre con frecuencia en los debates entre marxistas, la disputa entre las dos posiciones ha tomado a menudo la forma de una competición entre diferentes exégesis de pasajes de *El capital*. En este terreno me parece que los partidarios de la caída tendencial de la tasa de ganancia llevan probablemente las de ganar. Si bien Marx consideraba el subconsumo de las masas como un estado crónico en la sociedad capitalista, éste sólo se convertía en un factor de crisis dada la dinámica de la acumulación y el problema de la creciente composición orgánica del capital. Engels estableció muy claramente esta posición: «El subconsumo de las masas, la limitación del consumo de éstas a lo imprescindible para el sustento y la reproducción, no es en absoluto cosa nueva. Ha existido siempre que ha habido clases explotadoras y explotadas [...]. El subconsumo de las masas es una condición necesaria de todas las formas de sociedad basadas en la explotación y, por tanto, también de la sociedad capitalista: pero sólo la forma capitalista de la producción lleva a ese subconsumo a elemento de una crisis. El subconsumo de las masas es, pues, también una condición de las crisis, y desempeña en ellas un papel de antiguo conocido; pero nos informa tan poco de las causas de la actual existencia de las crisis como de las causas de su anterior inexistencia»<sup>36</sup>. Una exégesis correcta de Marx, sin embargo, no significa necesariamente una correcta interpretación del mundo. La validez de los planteamientos subconsumistas debe valorarse sobre la base de la fuerza de su estatuto lógico, no de su acuerdo o desacuerdo formal con la obra de Marx.

Uno de los problemas iniciales para juzgar la lógica subconsumista es que la mayor parte de los escritos que comparten

<sup>34</sup> *Grundrisse*, Penguin/NRL, 1973, p. 748 [*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, 3 Vols., Madrid, Siglo XXI, 1972-1976, volumen 2, p. 281].

<sup>35</sup> Moscú, 1962, pp. 472-3 [*El capital*, libro III, p. 623].

<sup>36</sup> *Anti-Dühring*, Moscú, 1959, p. 395 [OME 35, Barcelona, 1977, p. 296].

este punto de vista no consiguen dar a su argumentación una coherencia comparable a la de los teóricos de la caída tendencial de la tasa de ganancia. La siguiente exposición de la teoría subconsumista no está tomada directamente de ninguno de los defensores de esta perspectiva, sino que es un desarrollo propio de lo que creo que debería ser una teoría subconsumista coherente.

Una teoría marxista del subconsumo contiene cuatro proposiciones básicas:

1. El nivel absoluto de plusvalor en la sociedad capitalista muestra una tendencia general a crecer. Además, con el incremento de la productividad, la tasa de plusvalor muestra también tendencia a aumentar<sup>37</sup>.

2. Hay una contradicción intrínseca en la sociedad capitalista entre las condiciones de la producción de plusvalor y las condiciones de la realización del plusvalor. Para que la realización no sea un problema, el crecimiento de la demanda agregada debe producirse al mismo ritmo que el crecimiento del plusvalor. En la sociedad capitalista esto es siempre problemático, ya que los capitalistas individuales tratan de minimizar en todo momento las nóminas salariales, restringiendo, por tanto, el desarrollo de la demanda efectiva de los trabajadores. El resultado será que el crecimiento de la demanda tenderá a quedarse rezagado respecto al crecimiento del plusvalor, a menos que puedan crearse nuevas fuentes de demanda agregada (por ejemplo, a través de aumentos del gasto público, de los mercados extranjeros, del crédito al consumidor y, por último, de aumentos de la tasa de acumulación misma). En ausencia de las citadas nuevas fuentes de demanda, parte del plusvalor permanecerá no realizado.

3. La incapacidad de los capitalistas para realizar el valor completo del plusvalor producido es experimentado por éstos como un descenso de la tasa real de ganancia. Esto trae consigo reducciones de la inversión, bancarrotas, desempleo, etc. Tales condiciones de crisis se resuelven con la aparición de alguna fuente exógena de nueva demanda —tal como el Estado— que

<sup>37</sup> Obsérvese que esta proposición establece simplemente que la tasa de explotación tiene *tendencia* a crecer cuando crece la productividad. Como en todas las tendencias pueden aparecer fuerzas contrarrestantes que la frenen o incluso la inviertan: particularmente, en la medida que las luchas salariales incrementen los salarios reales a un ritmo más o menos equivalente al aumento de la productividad, disminuirá la tendencia de la tasa de plusvalor a crecer.

restaura las condiciones de una realización provechosa del excedente.

4. Aunque las tendencias al subconsumo están presentes en todas las etapas del desarrollo capitalista, se agudizan especialmente y se convierten en el origen de crisis económicas graves únicamente en la etapa monopolista del capitalismo. El poder monopolista aumenta grandemente la tendencia al aumento del plusvalor, facilitando por consiguiente la tendencia al subconsumo.

Hay relativamente poco desacuerdo en torno a la primera de estas proposiciones. Con algunas excepciones, los marxistas piensan que con el crecimiento de la productividad el *valor* de los bienes salariales tiende a caer, y que de este modo, aunque el nivel de vida de los trabajadores pueda incluso subir en términos reales, el valor de la fuerza de trabajo tenderá también a declinar. Esto tiene como resultado un aumento de la tasa de plusvalor y, con una reproducción ampliada del capital, un aumento de la masa de plusvalor. Mientras los subconsumistas y los que defienden la teoría de la baja tendencial de la tasa de ganancia están en vehemente desacuerdo acerca de la relación entre monopolio y ascenso de la tasa de plusvalor, están de acuerdo en la proposición general de que éste tiende a aumentar.

Sobre la segunda proposición no hay tal acuerdo. Los defensores de la teoría de la caída de la tasa de ganancia insisten en que los problemas de realización son consecuencia, y no causa, de la caída de la tasa de ganancia. Cogoy es quizá quien hace la afirmación más categórica de quienes mantienen este punto de vista cuando, de forma algo crítica, arguye: «Teniendo en cuenta que la demanda total representa en el capitalismo acumulación (la demanda de bienes de subsistencia representa acumulación, esto es, acumulación de capital variable), la composición orgánica determina qué parte de la demanda total corresponde a la demanda de subsistencia y cuál a los medios de producción. Una caída de la demanda debe, por tanto, partir del capital, y éste interrumpe su demanda únicamente cuando los beneficios descienden. Por lo que, lógicamente, únicamente podemos deducir la sobreproducción de mercancías de la caída de la tasa de ganancia y no viceversa»<sup>38</sup>.

Si toda demanda agregada se deriva de la acumulación, y si el anhelo constante de los capitalistas es maximizar la tasa de acumulación, resulta claro que la única razón por la que la demanda efectiva puede ser insuficiente para absorber la totalidad del plusvalor producido es que le ocurra algo a la tasa

<sup>38</sup> "Les théories néo-marxistes", p. 64.

de acumulación. Esto es precisamente lo que la teoría de la composición orgánica creciente del capital trata de demostrar.

El punto flaco del razonamiento de Cogoy y de críticas similares a las teorías subconsumistas es que, en la sociedad capitalista, la demanda agregada no se deriva simplemente de la acumulación. Especialmente bajo condiciones monopolistas, una buena parte de la demanda total no procede directamente de la acumulación, sino de fuentes no acumuladoras tales como el consumo personal de los capitalistas, un buen porcentaje de los gastos estatales, etc. Desde el punto de vista de los teóricos de la composición orgánica creciente del capital esto no modificaría ningún aspecto fundamental del problema. Habida cuenta de que la creciente composición orgánica del capital origina un problema de insuficiencia de plusvalor, tales «gastos improductivos»<sup>39</sup> (llamados frecuentemente gastos de lujo o derroches) se limitan a exacerbar un problema cuya raíz se encuentra en el proceso de producción. Las cosas son muy diferentes, sin embargo, si abandonamos la hipótesis de una composición orgánica del capital creciente.

El análisis del problema del subconsumo es útil para introducir una distinción entre beneficios potenciales y beneficios reales. Los beneficios potenciales son aquellos que se producirían de no existir problema de realización alguno. En los términos de nuestra distinción previa, constituyen la superficie de la figura 3.1, y la expresión del valor en la ecuación 1. Los beneficios reales serán siempre menores o iguales que los potenciales. El argumento subconsumista es un análisis de por qué existen *tendencias* a que una parte del excedente no se realice, quedando por consiguiente los beneficios reales muy por debajo de los potenciales.

Si la composición orgánica es más o menos constante y la tasa de explotación aumenta, se producirá necesariamente un incremento en la tasa de ganancia potencial en términos de valor. La pregunta se convierte entonces en la siguiente: ¿cuáles serían las condiciones de equilibrio, es decir, las condiciones bajo las que se realizaría todo este creciente excedente? Esto es, ¿qué demanda total debe existir para que se venda todo el plusproducto en términos de valor? Partiendo de la ecuación básica del valor, la oferta total de mercancías es:

<sup>39</sup> Debe subrayarse que la expresión "improductivo" se utiliza en un sentido no normativo. En la sociedad capitalista un gasto es improductivo si no contribuye directa o indirectamente a la producción de valor y plusvalor. Algunos de estos gastos podrían ser de hecho "productivos" en términos de satisfacción de necesidades humanas, pero no son productivos en términos del funcionamiento de la economía capitalista.

$$\text{Oferta} = c + v + pv$$

y la demanda total de mercancías:

$$\text{Demanda} = c + v + \Delta c + \Delta v + U = c + v + I + U,$$

donde  $\Delta c$  e  $\Delta v$  son las demandas de capital constante y variable adicionales o de nueva inversión (I), es decir, la demanda derivada de la acumulación, y U es la demanda para gastos improductivos. La condición de equilibrio es, por consiguiente:

$$c + v + pv = c + v + \Delta c + \Delta v + U$$

o simplemente:

$$pv = \Delta c + \Delta v + U = I + U \quad (3)$$

Dividiendo cada miembro de esta ecuación por el capital total,  $c + v$ , tenemos:

$$\frac{pv}{c + v} = \frac{I}{c + v} + \frac{U}{c + v} \quad (4)$$

En esta ecuación, el primer miembro es simplemente la tasa de ganancia potencial,  $g$ ;  $I/(c + v)$  es la tasa de inversión,  $I'$  (o tasa de acumulación), y  $U/(c + v)$  puede considerarse la tasa de utilización improductiva de recursos,  $U'$ .

Derivando ambos miembros de la ecuación con respecto a  $t$ , obtenemos:

$$\frac{dg}{dt} = \frac{dI'}{dt} + \frac{dU'}{dt} \quad (5)$$

¿Qué podemos decir de las magnitudes relativas de los diversos términos? Dadas una composición orgánica del capital estable y una tasa creciente de plusvalor, sabemos que  $dg/dt$  ha de ser positivo. ¿Podemos decir algo general acerca de la relación entre los otros dos términos? Con lo que hasta aquí hemos supuesto, no podemos. Pero si establecemos que la acumulación se produce a una tasa constante, entonces sabemos que  $dI'/dt$  debe ser igual a cero. Establecido esto sabemos, por tanto, que la condición de equilibrio es que la tasa de gasto improductivo crezca al mismo ritmo que la tasa de ganancia potencial.

La hipótesis de que la acumulación tiene lugar a una tasa constante en vez de a una tasa siempre creciente puede parecer de alguna forma cuestionable. De hecho, naturalmente, esta hipótesis puede suavizarse algo, y seguirá siendo necesario que la tasa de gasto improductivo crezca a fin de lograr la condición de equilibrio (es decir, para realizar todo el plusvalor producido). El punto crucial es que, a menos que se asuma que la *tasa* de acumulación aumenta exactamente con la misma rapidez que la tasa de ganancia<sup>40</sup>, habrá de producirse un aumento de la tasa de gasto improductivo si quieren alcanzar las condiciones de equilibrio.

La tendencia al subconsumo en la sociedad capitalista surge fundamentalmente del hecho de que no existen mecanismos automáticos que garanticen un crecimiento de la tasa de demanda improductiva suficientemente rápido como para compensar la diferencia entre la tasa de acumulación y la tasa de ganancia potencial. La demanda de consumo improductivo, de derroche, no crece espontáneamente en la misma forma que la demanda derivada directamente de la acumulación crece automáticamente con el crecimiento económico. El derroche es una invención social, y el mantenimiento de altos niveles de consumo derrochador requiere una planificación y una intervención conscientes. El crecimiento en gran escala del crédito al consumidor, la obsolescencia planificada de muchos bienes duraderos de consumo, el amplio abanico de intervenciones estatales en la economía de tipo keynesiano, etc., representan estrategias conscientes para incrementar el crecimiento de la demanda improductiva, evitando así las crisis de realización/subconsumo<sup>41</sup>. Como veremos en el apartado III, estas soluciones dan lugar a nuevos problemas con los que la economía capitalista sólo está comenzando a enfrentarse.

Si bien las tendencias al subconsumo se hallan presentes en todas las etapas del desarrollo capitalista, han permanecido latentes en gran medida hasta el capitalismo monopolista. Mien-

<sup>40</sup> Esta es de hecho la hipótesis que hacen los teóricos de la caída de la tasa de ganancia, que equiparan habitualmente la tasa de ganancia y la tasa de acumulación. Aducen que, dado que los capitalistas desean maximizar la tasa de acumulación, acumularán necesariamente una parte de sus ganancias tan grande como les sea posible. Los capitalistas, sin embargo, están individualmente interesados en maximizar su tasa de ganancia antes que la tasa agregada de acumulación, y no hay razón para suponer que ambos parámetros sean inevitablemente equivalentes.

<sup>41</sup> Toda mercancía concreta puede, naturalmente, representar tanto acumulación como despilfarro. La distinción que se viene haciendo es de tipo analítico: no establece categorías diferentes dentro de las mercancías concretas.

tras la composición orgánica del capital tuvo tendencia a aumentar, gran parte del creciente plusvalor fue automáticamente absorbido por la cada vez mayor tasa de inversión (de acumulación). Con la emergencia del capital monopolista, sin embargo, la situación se modifica decisivamente. Para empezar, como ya se mencionó, en la etapa monopolista del capitalismo, la composición orgánica del capital parece ser relativamente estable o, por lo menos, crecer a un ritmo mucho más lento, hecho del que podrían dar razón diversos mecanismos. Las típicas negociaciones en torno a la productividad entre los grandes sindicatos y el capital monopolista pueden haber reducido las presiones selectivas del capital monopolista para la introducción de innovaciones ahorradoras de trabajo. O alternativamente, dado que los monopolios tienden a surgir en industrias que ya poseen elevados niveles de composición orgánica del capital (es decir, con fuertes impedimentos a la entrada), podría esperarse que la tasa de crecimiento de la composición orgánica del capital tendiera a disminuir en el período del capital monopolista (asumiendo, como hicimos más arriba, que la tasa de innovaciones ahorradoras de trabajo es inversamente proporcional a la composición en valor del capital). Sea cual sea la explicación, esta composición orgánica del capital relativamente estable, característica del capital monopolista desarrollado, tenderá a exacerbar el problema del plusvalor creciente.

El capital monopolista tiene un segundo impacto, probablemente más importante, en la tendencia al subconsumo. El poder monopolista transforma de modo fundamental la relación entre valores y precios. Este punto es extremadamente polémico y representa el motivo de las más acaloradas disputas entre los defensores de la teoría de la composición orgánica y los subconsumistas. Los teóricos de la tasa de ganancia decreciente insisten en que la estructura de las relaciones de mercado no puede tener en principio ninguna repercusión fundamental en las relaciones de valor. Todo lo que el poder de los monopolios puede esperar cambiar es la distribución del plusvalor, de los capitales menos monopolistas a los más monopolistas, pero esto no tendrá efecto alguno en el análisis del capital en general.

Sweezy ha cuestionado frontalmente este punto de vista. Aduce que el poder de los monopolios no sólo provoca una redistribución de valor del capital competitivo al monopolista, sino también de los salarios al plusvalor: «El monopolio no modifica el *monto* total del valor producido —excepto indirectamente en la medida que afecta al volumen total del empleo—, sino que provoca una *redistribución* del valor. Marx señaló que

esto puede asumir dos formas: primera, una transferencia de plusvalor de los capitales competitivos a los monopolistas, y segunda, una transferencia de valor de los salarios al plusvalor.<sup>42</sup>

Esto significa que durante la etapa de capital monopolista existen al menos dos mecanismos, y no simplemente uno, mediante los cuales se extrae plusvalor a la clase obrera: además de la extracción de plusvalor en el proceso de trabajo mediante el contrato salarial, la clase capitalista se apropia también de plusvalor en la esfera de la circulación mediante la manipulación de los precios monopolistas. ¿Por qué no se organizan entonces los trabajadores y fuerzan al capital monopolista a pagar salarios equivalentes al «verdadero» valor de la fuerza de trabajo? La respuesta, naturalmente, es que la clase obrera en el sector monopolista hace precisamente esto y que, en conjunto, los salarios del sector monopolista han mostrado tendencia a crecer aproximadamente al mismo ritmo que la productividad. Pero los trabajadores ajenos al sector monopolista de la economía no han sido capaces de incrementar sus salarios de forma comparable. El resultado es que los capitalistas del sector monopolista extraen en efecto plusvalor de los trabajadores del sector competitivo (y transfieren plusvalor de los capitalistas del sector competitivo) mediante el mecanismo de los precios monopolistas. La secuela de todo ello es que bajo condiciones de capital monopolista la tasa agregada de plusvalor crece con mayor rapidez que la productividad, con lo que el problema general del subconsumo se agudiza aún más.

Esta tendencia al subconsumo en la sociedad capitalista monopolista queda contrarrestada, al menos parcialmente, por dos procesos sociales de índole general. Ya hemos mencionado el primero: la creación y desarrollo de programas keynesianos

<sup>42</sup> *The theory of capitalist development*, p. 41. Merece la pena citar el pasaje de Marx al que se refiere Sweezy: "Si la mercancía con precio monopolístico entrase en el consumo necesario del obrero, haría que aumentase el salario y con ello que disminuyera el plusvalor, siempre y cuando al obrero se le pagara, como hasta entonces, el valor de su fuerza de trabajo. Podría deprimir el salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo, pero esto sólo en la medida en que dicho salario estuviese por encima del límite de su mínimo físico. En tal caso, el precio monopolístico se pagaría por deducción del salario real (esto es, de la masa de los valores de uso que el obrero recibiría con la misma masa de trabajo) y de la ganancia de los demás capitalistas" (*El capital*, libro III, pp. 1094-1095). Queda ciertamente en claro que el monopolio puede redistribuir valor del capital variable al plusvalor, incrementando así la tasa de explotación. Si bien en la época de Marx la existencia de monopolios puede haber sido suficientemente rara como para que este proceso tuviera relativamente poca importancia, no es por cierto éste el caso en el momento actual.

pensados para estimular la demanda agregada mediante la expansión del gasto improductivo, primordialmente por parte del Estado. Tal gasto posee la consecuencia secundaria de apuntalar la confianza de los inversores en la estabilidad de la economía, propiciando por consiguiente una mayor tasa de acumulación. Así, pues, en la ecuación 5, el crecimiento de  $dU'/dt$  se convierte en un estímulo para el crecimiento de  $dI'/dt$  y, consecuentemente, para una reducción ulterior de las presiones hacia el subconsumo.

Segundo, la extensión de la contratación colectiva puede tener el efecto de reducir la tasa de incremento de la tasa de plusvalor. En la condición de equilibrio de la ecuación 5 esto significaría una reducción de  $dg/dt$ , y por consiguiente una menor presión hacia el subconsumo. Especialmente en las industrias del sector monopolista, donde desde la guerra los salarios han estado ligados muy estrechamente a los aumentos de productividad, el gradual aumento de los salarios indudablemente ha quitado fuerza a las tendencias al subconsumo. Sin embargo, el crecimiento continuado del poder de los monopolios ha neutralizado, parcialmente al menos, esta contratendencia, ya que gran parte de los aumentos de salarios en función de la productividad han recaído a su vez sobre la clase obrera en su conjunto en forma de precios monopolistas. Como argüíamos más arriba, esto tiene el efecto de incrementar aún más la tasa de plusvalor del capital globalmente considerado.

El punto débil de mayor importancia en la perspectiva del subconsumo es que ésta carece de toda teoría sobre los determinantes de la tasa real de acumulación, a diferencia de los teóricos de la caída de la tasa de ganancia. Al igualar la tasa de ganancia con la tasa de acumulación, éstos consideran que el determinante básico de la tasa real de acumulación es una combinación de la composición orgánica del capital y de la tasa de explotación. Dado que suponen creciente la composición orgánica del capital —lo que significa un descenso creciente de la tasa de ganancia—, la hipótesis de que la tasa de ganancia y la tasa de acumulación son equivalentes no afecta al núcleo de su argumentación. El impacto de la creciente composición orgánica del capital, si acaso, sería todavía más notorio en el caso de que no se acumularan todas las ganancias.

En la argumentación subconsumista, sin embargo, la tasa de ganancia y la de acumulación no pueden equipararse. De ser así no habría tendencia al subconsumo (es decir, no habría necesidad de que la tasa de gasto improductivo aumentara). Gran parte de los escritos de los subconsumistas optan, implícita-

mente al menos, por soluciones keynesianas, centrando en las expectativas subjetivas de ganancia por parte de los capitalistas el determinante clave de la tasa de acumulación. Desde un punto de vista marxista, esta solución es inadecuada. Aún no he visto ninguna teoría elaborada de la inversión y de la tasa de acumulación realizada por un teórico marxista del subconsumo, y, por tanto, en el futuro, la teoría seguirá estando incompleta.

### 3. Teorías de la reducción de la ganancia

Tanto los subconsumistas como los teóricos de la composición orgánica del capital mantienen que con el desarrollo capitalista la tasa de plusvalor tiene tendencia a crecer. Donde difieren es en su enfoque de la relación entre esta creciente tasa de plusvalor y las oscilaciones de la tasa de ganancia. Los segundos insisten en que los cambios tecnológicos del proceso de producción tienden a anular este aumento en la tasa de plusvalor, produciendo así una caída de los beneficios; los subconsumistas arguyen que las fuerzas causantes del incremento del plusvalor tienden a ser más potentes que toda otra fuerza contraria, especialmente bajo condiciones de capital monopolista.

Quienes contemplan la crisis como una consecuencia de la reducción de la ganancia [*profit squeeze*] están de acuerdo con los teóricos de la composición orgánica en que la tasa de ganancia tiende a decrecer, pero disienten en que ello tenga algo que ver con los cambios tecnológicos y disienten, además, de los dos grupos citados anteriormente en que la tasa de plusvalor muestra tendencia a crecer.

El argumento esencial de la reducción de la ganancia es muy simple: las participaciones relativas en el ingreso nacional de los trabajadores y los capitalistas dependen casi enteramente de la fuerza de sus posiciones respectivas en la lucha de clases. No existe entonces razón intrínseca alguna para que las luchas salariales se limiten, ni tan siquiera a largo plazo, a demandas de que los salarios crezcan meramente al mismo ritmo que la productividad. En la medida en que la clase obrera desarrolle un movimiento suficientemente potente como para conseguir unos incrementos salariales por encima de los de la productividad, la tasa de ganancia mostrará tendencia a caer (al ser «exprimida» [*squeezed*] por los crecientes costes salariales). Este descenso de las ganancias tiene como resultado un descenso correspondiente de las inversiones y, por tanto, conduce a un crecimiento de la productividad aún más lento. El resul-

tado final es una crisis económica. Las condiciones de rentabilidad se restablecen en la medida en que el ejército de reserva de los desempleados crece durante la crisis, y la fuerza negociadora de la clase obrera frente a los capitalistas disminuye, con lo que se atenúa la reducción de la ganancia.

La tesis de la reducción de la ganancia ha sido usada como explicación de los ciclos económicos y como teoría de las crisis estructurales. Raford Boddy y James Crotty la han aplicado a un análisis de la relación entre la política macroeconómica estatal y los ciclos económicos. Escriben: «A lo largo de todo el período que sigue a la segunda guerra mundial, el período poskeynesiano, la participación de las ganancias en el ingreso nacional, y de hecho el nivel absoluto de las ganancias, se desploman en la segunda mitad de cada expansión. Concordantemente, los salarios y la participación de los salarios aumentan. Consideramos la erosión de los beneficios como un resultado de la lucha de clases que lleva adelante con éxito el trabajo contra el capital, lucha limitada y en última instancia neutralizada por el debilitamiento de la demanda y el aumento del desempleo provocados por los capitalistas y tolerados y encubiertos por el Estado»<sup>43</sup>. Las fluctuaciones cíclicas de la economía son presentadas así ante todo como medios para disciplinar a la clase obrera.

El intento más amplio de utilizar la reducción de la ganancia como base de una teoría de las crisis estructurales, antes que como una simple explicación de los ciclos económicos, ha sido llevado a cabo por Andrew Glyn y Bob Sutcliffe en su análisis del estancamiento del capitalismo británico desde mediados de los años sesenta<sup>44</sup>. Aducen, contrariamente a los axiomas de la economía moderna, según los cuales las partes del ingreso correspondientes al trabajo y al capital han permanecido constantes a lo largo de todo el siglo, que si se miden adecuadamente las participaciones respectivas se halla una tendencia muy definida al crecimiento de la del trabajo. Más aún, sostienen que, especialmente en Gran Bretaña, se ha intensificado de forma sustancial desde que concluyó la segunda guerra mundial, y especialmente desde mediados de los años sesenta. Para Glyn y Sutcliffe, tal circunstancia es, sobre todo, un resultado de la fuerza del movimiento obrero, lo que es de particular importancia dada la actual posición internacional del capital bri-

<sup>43</sup> "Class conflict and macro-policy: the political business cycle", *Review of Radical Political Economics*, Vol. 7, 1, 1975, p. 1.

<sup>44</sup> Véase "The critical condition of British capital", *New Left Review*, 66, 1971, y *British capitalism, workers and the profit squeeze*, Londres, 1972.

tánico. A causa de la intensa competencia internacional y de la eliminación de la mayor parte de las barreras arancelarias británicas, los capitalistas ingleses tienen serias dificultades para revertir los aumentos salariales en alzas de precios, mientras que simultáneamente se hallan cada vez en peor posición para resistir las demandas salariales en razón de su vulnerabilidad a las huelgas. Dado que la competencia entre el capital monopolista británico y el capital monopolista extranjero cobra fundamentalmente la forma de una lucha por los mercados, una huelga de duración incluso moderada puede tener un efecto devastador para las esperanzas futuras del capitalista británico. Mientras que tradicionalmente los grandes capitalistas han sido siempre capaces de resistir una huelga durante más tiempo que sus obreros, esto se da cada vez menos, especialmente desde que unas cajas de resistencia y unos programas gubernamentales de asistencia social más considerables garantizan al menos la subsistencia mínima a las familias de los huelguistas. Finalmente, a causa de la fuerza del movimiento sindical, el aumento del desempleo que ha acompañado a la agudización de la crisis no ha conducido al usual reajuste de los niveles salariales ni al restablecimiento de una tasa de explotación adecuada. Así, la crisis actual del capitalismo británico es fundamentalmente más profunda que las anteriores, en razón de que los mecanismos sociales normales encargados de invertir la reducción de la ganancia se han visto socavados.

La tesis de la reducción de la ganancia ha sido intensamente criticada, especialmente por los defensores más ortodoxos de la creciente composición orgánica del capital. La crítica más general es quizá que las teorías de la reducción de la ganancia adoptan lo que generalmente se denomina una visión «neorricardiana» de la relación entre salarios y beneficios<sup>45</sup>. En lugar de considerar las ganancias como plusvalor realizado, se las contempla como una deducción de los salarios. El equilibrio entre salarios y ganancias se considera, por consiguiente, determinado a través de luchas al nivel de la circulación, antes que a través de una dinámica determinada al nivel de la producción.

Si bien es justo sostener que las teorías de la reducción de la ganancia tienden realmente a quitar importancia a la lucha de clases al nivel de la producción, la acusación de neorricardismo no es enteramente apropiada. Ciertamente, Marx recono-

<sup>45</sup> Véase especialmente Ben Fine y Lawrence Harris, "State expenditure in advanced capitalism: a critique", *New Left Review*, 98, 1976, y David Yaffe, "The crisis of profitability: a critique of the Glyn-Sutcliffe thesis", *New Left Review*, 80, 1973 ["La crisis de rentabilidad", *En Teoría* 1, 1979].

ció el papel de la lucha de clases en torno a los salarios como parte esencial del proceso histórico por el que se establece el valor de la fuerza de trabajo, y como parte, por tanto, del proceso por el que se determinan las ganancias. Escribe Marx: «La determinación de su grado efectivo (de la ganancia) se dirime exclusivamente por la lucha incesante entre el capital y el trabajo; el capitalista pugna constantemente por reducir los salarios a su mínimo físico y prolongar la jornada de trabajo hasta su máximo físico, mientras que el obrero presiona constantemente en el sentido contrario. El problema se reduce, por tanto, al problema de las fuerzas respectivas de los contendientes»<sup>46</sup>.

La tasa de ganancia depende de una pluralidad de procesos concretos:

1. Las luchas de clase en torno al nivel de vida de la clase obrera (salarios reales).
2. La productividad del trabajo en el sector de bienes de consumo, que determina el valor incorporado en el nivel de vida de los trabajadores.
3. Las luchas de clase en torno a la jornada laboral y a la intensidad del trabajo, que determinan cuánto valor total generan los trabajadores en un día dado.
4. La composición orgánica del capital.

Los dos primeros factores determinan el valor de la fuerza de trabajo. Combinados con el tercero determinan la tasa de plusvalor,  $p/v$ , y combinados con el cuarto, la tasa de ganancia en valor,  $p/(c + v)$ .

Los defensores de la teoría de la reducción de la ganancia pueden ser criticados por centrarse demasiado exclusivamente en el primero de estos elementos, y por no enlazar las luchas salariales con otros aspectos de la acumulación, pero difícilmente se les puede criticar por considerar las luchas salariales como un determinante de la tasa de ganancia.

Queda la cuestión, sin embargo, de saber si es creíble el argumento empírico de los defensores de la reducción de la ganancia. ¿Los aumentos de los salarios obreros han tendido realmente a «exprimir» las ganancias durante los últimos años? En torno a este punto se han producido gran cantidad de debates, y está claro que la medida en la que puede considerarse que los salarios presionan sobre los beneficios depende mucho de cómo

<sup>46</sup> "Salario, precio y ganancia", en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, 2 Vols., Madrid, Akal, 1975, Vol. 1, p. 461.

se midan exactamente salarios y beneficios. No obstante, incluso si aceptamos los cálculos de Glyn y Sutcliffe, o de Boddy y Crotty, la base empírica de la teoría es aún muy problemática. La dificultad esencial está en relacionar la parte del ingreso nacional correspondiente a los salarios y las categorías básicas del análisis marxista del valor. Explicar este punto requiere una breve discusión del muy escurridizo concepto de «trabajo improductivo».

Si bien las dificultades para operacionalizar rigurosamente la distinción entre trabajo productivo e improductivo son inmensas, está ciertamente claro que no toda la fuerza de trabajo se emplea productivamente en las sociedades capitalistas; es decir: no todo trabajo produce realmente plusvalor. Los salarios de los trabajadores improductivos y los salarios de los trabajadores productivos inciden en la tasa de ganancia de forma muy diferente. Hay dos formas de expresar esta relación: el modo más común de tratar este problema es considerar los salarios de los trabajadores improductivos como una deducción directa del plusvalor. El trabajador improductivo, en estos términos, es considerado exactamente igual que un servidor privado del que los capitalistas obtienen un servicio, y contratado por el valor de uso inmediato de su trabajo en vez de serlo por su valor de cambio. En esta concepción, las relaciones de valor son:

$$c + v + pv_u + pv_a = P$$

donde  $pv_u$  es la parte del plusvalor consagrada a pagar el trabajo improductivo, y  $pv_a$  es la parte del plusvalor disponible para la acumulación. Los aumentos de  $pv_u$  reducen directamente la tasa efectiva de ganancia al reducir el numerador de la tasa de ganancia en valor.

Una forma alternativa de conceptualizar la relación del trabajo improductivo con las ecuaciones de valor ha sido sugerida por Mage<sup>47</sup>, quien arguye que el trabajo improductivo debería ser tratado como una forma especial de capital constante, «capital constante vivo», si se quiere. Al igual que las formas usuales del capital constante, la mayor parte del trabajo improductivo es socialmente necesario para la producción, constituye uno de los costes generales fijos de la producción y transfiere su valor (costes reproductivos) al producto final, pero sin crear ningún nuevo valor (plusvalor). En estos términos, el trabajo improductivo aparece en la ecuación del valor como:

$$c + c_v + v + pv = P$$

<sup>47</sup> *The law of the falling tendency of the rate of profit*, cit.

donde  $c_v$  es el capital constante «vivo». En esta representación, los incrementos del trabajo improductivo reducen la tasa de ganancia al incrementar el denominador de la tasa de ganancia en valor<sup>48</sup>.

Con independencia de cuál de estas formulaciones se adopte, está claro que si el empleo de trabajo improductivo se incrementa en proporción al trabajo total a un ritmo más rápido que el de aumento de la productividad del trabajo productivo, la tasa de ganancia tendrá tendencia a caer. Esto es especialmente evidente cuando se considera el trabajo improductivo como una deducción directa del plusvalor: en esta formulación, cada aumento del trabajo improductivo reduce inmediatamente la tasa efectiva de ganancia.

El problema de los datos que manejan los defensores de la reducción de la ganancia es, por tanto, que no permiten distinguir entre dos tipos de situaciones: a) aquellas en las que los beneficios merman a causa de los costes salariales en alza, y b) aquellas en las que la reducción de la ganancia se debe al creciente empleo de trabajo improductivo. La parte del ingreso nacional correspondiente a los salarios incluye ambos procesos. En la medida, por consiguiente, en que el trabajo improductivo muestra una tendencia general a crecer en el capitalismo monopolista, el fenómeno empírico de la creciente participación del trabajo en el ingreso nacional puede tener poco que ver con el éxito de las luchas salariales.

Por tanto, el argumento empírico de la teoría de la reducción de la ganancia está por probar. No obstante, dicha teoría posee el considerable mérito de haber subrayado el papel central de la lucha de clases en el proceso de acumulación. Incluso si está por demostrar que el alza de los salarios reales haya constituido la causa central del descenso de los beneficios, la lucha de clases y la organización de clase pueden incidir aún en la tasa de ganancia de diversos modos. Primero, la resistencia de los trabajadores a los despidos por causa de innovaciones tecnológicas (*featherbedding*) puede actuar como un freno de

<sup>48</sup> Esta segunda manera de representar el trabajo improductivo en las ecuaciones de valor subraya que el capital constante, como el capital variable, no es una «cosa», sino una relación social. El capital constante ya no se define como el conjunto de insumos físicos de la producción, sino como el conjunto de insumos socialmente necesarios de la producción, físicos y humanos, que transfieren simplemente su valor al producto final sin incrementar el valor total. Esta conceptualización posee interesantes implicaciones para el análisis de la composición orgánica del capital. Aunque podría ser difícil demostrar que  $c/(v + pv)$  o  $c/v$  han crecido dramáticamente en aproximadamente los últimos treinta años; lo cierto es que  $(c + c_v)/(v + pv)$  y  $(c + c_v)/v$  han crecido.

la tasa de innovación técnica y, por tanto, de los aumentos de la productividad del trabajo. Tal deceleración en la innovación hace a su vez más difícil para el capital elevar la tasa de explotación en respuesta a los descensos de la tasa de ganancia (sea cual sea su causa).

Segundo, la fuerza de las organizaciones obreras puede actuar como un obstáculo político a la inflación, haciendo así más difíciles para el capital las subidas de precios destinadas a compensar la caída de las ganancias. La inflación es un arma en la lucha de clases; es uno de los medios por los que el capital puede intentar hacer descender el valor de la fuerza de trabajo, elevando por consiguiente la tasa de explotación. Como ha sostenido Bob Rowthorn, los obstáculos al uso efectivo de la inflación como medio para hacer descender los salarios reales en Gran Bretaña son en gran medida políticos, y no simplemente económicos<sup>49</sup>.

Finalmente, la existencia de programas sustanciales de seguro de desempleo y de asistencia social en la mayor parte de los países capitalistas avanzados ha supuesto que los efectos disciplinarios del ejército de reserva de los desempleados se vean seriamente atenuados. La reducción de la tasa de explotación debida a las luchas salariales puede no haber sido la causa subyacente de la crisis económica actual, pero la dificultad para incrementar la tasa de explotación puede ser una de las razones de la persistencia de la crisis.

#### 4. Gasto público y acumulación

Las teorías marxistas de la acumulación han conceptualizado generalmente la actividad estatal como improductiva en un doble sentido: primero, los ingresos del Estado (principalmente los impuestos) son considerados como procedentes de la masa existente de plusvalor, y, por tanto, los incrementos del gasto público implican necesariamente menos plusvalor disponible para la acumulación; segundo, el gasto público es contemplado como improductivo dado que, bajo condiciones normales, el Estado no realiza inversiones directas en la producción de mercancías.

En el modelo subconsumista de las crisis, este carácter improductivo de los gastos del Estado constituye el mecanismo básico mediante el que la crisis se evita, o al menos se mini-

<sup>49</sup> "Late capitalism", *New Left Review*, 98, 1976, pp. 76-77 ["El capitalismo tardío", de Ernest Mandel". *En Teoría*, 3, octubre-diciembre de 1979].

miza; en los modelos de creciente composición orgánica del capital, el incremento de tales gastos improductivos es considerado como un factor crítico que exacerba tendencias del sistema intrínsecas a la crisis. En ambas teorías, sin embargo, la actividad estatal es vista como fundamentalmente improductiva, como un sumidero que absorbe la creciente proporción de plusvalor producida en la economía.

Esta concepción tradicional puede ser criticada tanto en términos de su visión de las fuentes del ingreso estatal como en términos de su visión del impacto del gasto estatal.

El punto de vista según el cual la totalidad de los impuestos constituyen una deducción de la masa de plusvalor existente se basa en una interpretación mecanicista y anquilosada del significado del valor de la fuerza de trabajo. Dado que los impuestos reducen claramente los salarios monetarios de los trabajadores, afirmar que todo impuesto proviene del plusvalor es asumir implícitamente que, previamente a la deducción impositiva, se hallaban por encima del «verdadero» valor de la fuerza de trabajo. Los impuestos se limitan entonces a apropiarse de la parte del plusvalor disimulada anteriormente bajo la forma de un salario monetario hinchado. La lógica implícita es que, de no existir los impuestos, los salarios serían reducidos de cualquier forma a su actual nivel posimpositivo. En otras palabras, si el Estado no dedujera esta parte del plusvalor como impuestos, quedaría a disposición de la acumulación capitalista. Estas hipótesis son dudosas en el mejor de los casos, si consideramos que, al menos parcialmente, los salarios reales y los impuestos son un resultado de la lucha de clases. A causa del enorme peso del poder estatal de legitimación, resulta razonable asumir que muchos trabajadores estarían dispuestos a aceptar un mayor nivel de cargas tributarias sobre sus ingresos monetarios antes que los recortes salariales que pudieran producirse en ausencia de dichas cargas. En este sentido, la imposición reduce realmente el valor de la fuerza de trabajo en lugar de limitarse a reducir el salario monetario de la fuerza de trabajo a su «verdadero» valor. Naturalmente, los impuestos no pueden crear valor, pero sí pueden aumentar la parte del valor total apropiada como plusvalor. La explotación a través de los impuestos no murió con el modo de producción feudal sólo porque la explotación salarial se convirtiera en la forma dominante de extracción de excedente a los trabajadores en la sociedad capitalista. Así, pues, los impuestos, como los precios monopolistas, pueden incrementar potencialmente la tasa de plusvalor. Esto no significa que no existan límites para la eficacia de los impuestos,

y ciertamente, no todos, ni siquiera la mayor parte de ellos, incrementan el plusvalor, sino, simplemente, que es incorrecta la hipótesis de que todo impuesto supone una deducción del plusvalor existente<sup>50</sup>.

Una cuestión muy diferente es la del impacto de los impuestos en la subsiguiente producción de plusvalor. Es muy cierto que, con contadas excepciones, la producción del Estado no es producción mercantil, y que, por tanto, el Estado no acumula capital a partir de ninguna derivada de su propia producción. La mayor parte de los gastos del Estado, pues, no producen plusvalor *directamente*<sup>51</sup>. Pero como cabalmente ha argumentado O'Connor, esto no impide que el Estado desempeñe un importante papel en la expansión *indirecta* del plusvalor y la acumulación. Muchos de los gastos del Estado poseen el efecto de reducir los costes de reproducción de la fuerza de trabajo, socializando numerosos gastos que de otro modo habrían de satisfacer los capitalistas individuales (asistencia médica, capacitación y educación, seguridad social, etc.). Más aún, buena parte del gasto público en desarrollo e investigación, infraestructura de transporte, comunicaciones, etc., tiene el efecto de aumentar el nivel de productividad del capital en su conjunto, contribuyendo por consiguiente a la acumulación. Incluso en términos de una intervención estatal clásica, keynesiana y basada en el despilfarro para mantener la demanda, dicho gasto público puede tener el efecto lateral de aumentar la utilización de la capacidad, incrementando, por tanto, la productividad. Nuevamente, esto no quiere decir que tales gastos indirectamente productivos sean necesariamente la forma dominante de la actividad del Estado, sino que es incorrecto pensar que el papel del Estado en el proceso de acumulación es simplemente el de ser un lastre para ésta.

<sup>50</sup> Sería una labor extremadamente difícil obtener una estimación razonable de la medida en que los impuestos reales provienen del plusvalor existente y la medida en que los impuestos incrementan la tasa efectiva de explotación; un estudio del grado en que los salarios tienden a aumentar al hacerlo la tasa impositiva sería de ayuda, por cuanto daría alguna indicación de las proporciones relativas. Si los salarios monetarios aumentasen exactamente al mismo ritmo que la imposición total, de modo que los salarios reales no se vieran nunca menguados por los impuestos, sería razonable afirmar que la mayor parte de estos últimos recaen sobre el excedente. Esta es una cuestión empírica y carezco de base para predecir *a priori* una proporción determinada entre los impuestos que absorben plusvalor y los impuestos que lo incrementan.

<sup>51</sup> Esto ha sido bien razonado por Yaffe ("The Marxian theory of crisis", p. 216-227) y, en un contexto muy diferente, por Offe ("Structural problems of the capitalist state").

Dado que los impuestos funcionan en cierta medida como un mecanismo de explotación, incrementando el plusvalor, y que en cierta medida el gasto público puede incrementar la acumulación, no podemos limitarnos a analizar las fuerzas que producen una expansión general de la actividad del Estado, sino que es crucial que indagemos la medida en que estas fuerzas incrementan selectivamente las actividades improductivas o (indirectamente) productivas del Estado, y la medida en la que tienden a crecer con mayor rapidez los impuestos que expanden el plusvalor o los que lo absorben. Sobre este último punto poco puede decirse. El actual crecimiento de la denominada «rebelión de los contribuyentes» en Estados Unidos podría indicar que el incremento de la imposición que expande el plusvalor ha alcanzado alguna clase de límite. Ciertamente, el bombardeo sufrido por la legitimidad del Estado norteamericano durante los últimos años ha ido reduciendo su capacidad para utilizar los impuestos como mecanismo para la extracción de plusvalor adicional de la clase obrera. De cualquier modo, durante el resto de esta discusión asumiremos que el equilibrio entre los impuestos que expanden el plusvalor y los que lo absorben no ha experimentado ningún cambio espectacular.

Sobre la relación entre los gastos estatales improductivos y los indirectamente productivos puede decirse algo más. Dadas las tendencias al subconsumo inherentes al capitalismo monopolista es obviamente necesario que los gastos improductivos crezcan más rápidamente que los gastos productivos. El crecimiento de los programas keynesianos clásicos, del gasto militar y del destinado a asistencia social, reflejan esta necesidad. Sin embargo, esta función del Estado contiene varias contradicciones críticas, que perturban el suave ajuste entre el gasto público improductivo y las necesidades del capital monopolista.

1. *Contradicción entre legitimación y acumulación.* El Estado no se limita a cumplir la función de facilitar la acumulación mediante el mantenimiento de la demanda, sino que cumple también una función de legitimación vital en la sociedad capitalista, función que ayuda a mantener y a reproducir la estructura de clase considerada como un todo. La función de legitimación dirige gran parte de la actividad estatal hacia la cooptación de fuentes potenciales de descontento popular, intentando transformar demandas políticas en demandas económicas. La expansión de los programas keynesianos, que comenzó en los años treinta, creó un clima político perfecto para que el gasto público aumentara dramáticamente en tales aspectos legitimadores. Durante mucho tiempo pareció que el Estado podía, en

efecto, matar dos pájaros funcionales de un solo tiro de política económica.

El problema está, sin embargo, en que una vez que la demanda al Estado de algún servicio o necesidad social es satisfecha y se institucionaliza, pasa a ser considerada como un derecho. Hay una cierta lógica de la legitimación según la cual el aparato político obtiene cada vez menores cuotas de legitimación añadida de un programa dado a lo largo del tiempo. Una vez que un programa es visto como un derecho, su mantenimiento añade poco a la legitimación del Estado, mientras que un retroceso del programa constituiría una fuente de pérdida de legitimidad. Por tanto no sólo hay una tendencia al mantenimiento de los programas ya establecidos, sino también de una presión constante para su ampliación independientemente de los requerimientos del proceso de acumulación. Puede adelantarse, pues, la hipótesis de que, una vez que los programas keynesianos de mantenimiento de la demanda quedan ligados a las funciones estables de legitimación, el gasto improductivo tiende a crecer más rápidamente que las exigencias de realización del plusvalor<sup>52</sup>.

2. *Gasto público y productividad.* El aumento del gasto público tiende a obstaculizar los incrementos de productividad por dos motivos. En primer lugar, por lo que se refiere al propio Estado, los mecanismos con que cuenta para estimular el crecimiento de la productividad son mucho más débiles que los existentes en el sector privado. Esto es así tanto porque la mayor parte de las actividades del Estado están protegidas de las presiones directas del mercado como porque muchas de ellas son intrínsecamente difíciles de racionalizar. En segundo lugar, el impacto de gran parte del gasto público sobre el conjunto de la economía tiende con frecuencia a reducir los aumentos de la productividad. El ejemplo más claro de esto es quizá el gasto militar, especialmente tal como está organizado en los Estados Unidos. El Estado garantiza a las corporaciones que le suministran tecnología militar una tasa dada de ganancia (especialmente en los contratos de «coste-más»), por lo que aquéllas no

<sup>52</sup> Los gastos militares tienen un aspecto contradictorio adicional que bajo determinadas circunstancias puede cobrar extrema importancia: no hay una razón necesaria por la cual los imperativos de gasto militar generados por el imperialismo hayan de coincidir con los imperativos generados por la acumulación. En el caso de Estados Unidos, la guerra de Vietnam durante los últimos años sesenta es un ejemplo de un período en el que estos dos imperativos eran francamente contradictorios. Véase Clarence Lo, "The functions of US military spendings", *Kapitalistate* 3, 1975.

sienten una excesiva urgencia de modernizar e innovar en el proceso de producción. Aunque ocasionalmente el gasto militar produzca «hallazgos» tecnológicos que pueden contrarrestar en parte esta reducción de la productividad, parece improbable que tales avances tecnológicos compensen completamente los efectos negativos. Como resultado de estos dos factores, la expansión de la actividad estatal en una sociedad capitalista tenderá a actuar como un freno de los incrementos de la productividad.

3. *El debilitamiento de los mecanismos de gestión de la crisis.* Según el guión usual de crisis y recuperación, los capitales menos productivos desaparecen, el capital se desvaloriza y se restablecen las condiciones para una acumulación rentable. El crecimiento del capital monopolista y especialmente del papel dominante del Estado en la regulación de la economía tienden seriamente a debilitar este mecanismo de restablecimiento, lo que se evidencia al máximo en el caso de las corporaciones dedicadas a la producción para el Estado. En parte, a causa de los lazos personales entre la élite de las corporaciones y el aparato de Estado (especialmente en la conexión militar-industrial), y en parte por la convulsión social que produciría la quiebra de una gran empresa monopolista de primera línea, el Estado se resiste a abandonar a una corporación importante incluso cuando la productividad decae drásticamente (como atestiguan los enormes subsidios entregados a una corporación de notable ineficacia e improductividad, la Lockheed). Incluso dejando a un lado esas compañías que producen principalmente para el Estado, éste se ve forzado a enjugar la baja productividad de muchos sectores de la economía a fin de evitar perjuicios importantes (los ferrocarriles norteamericanos son un buen ejemplo).

Los programas públicos keynesianos tienden también a socavar los mecanismos de gestión de la crisis por el lado del trabajo. Como se dijo anteriormente, en el apartado sobre las teorías de la reducción de la ganancia, la expansión de los programas estatales de asistencia social, seguro de desempleo, etc., ha disminuido la potencia del ejército de reserva de los desempleados como mecanismo disciplinador de la clase obrera. En períodos de subconsumo, estos programas parecen ser una forma de incrementar la demanda agregada. Si fuera posible abolirlos instantáneamente tan pronto como dejan de ser funcionales para el capital, no plantearían muchos problemas. Los costes de legitimación de tal supresión, sin embargo, son inapreciables, y, si bien se han dado intentos en numerosos países capitalistas de recortar los programas de asistencia social en el

curso de la presente crisis, en sus líneas básicas tales programas han permanecido intactos.

El resultado global de estas contradicciones en el papel del Estado es que los programas keynesianos se separan cada vez más de las exigencias de la acumulación. Aunque surgieran inicialmente como respuesta al problema del plusvalor excesivo (como nos dice el modelo subconsumista), el resultado final es que se convierten en un drenaje del plusvalor necesario para la acumulación (como nos dice el modelo de la composición orgánica creciente del capital). Esto es, a pesar de la necesidad de despilfarro en la era del capitalismo monopolista, el nivel estatal de despilfarro (es decir, de gasto improductivo) tiende a crecer más rápidamente que la capacidad del sistema para producir despilfarro (a través de aumentos de la productividad). A causa del bloqueo parcial de los mecanismos de resolución de la crisis, el resultado es una inflación crónica combinada con niveles de desempleo relativamente altos: lo que ha dado en llamarse «estanflación».

Este argumento puede visualizarse en términos de la noción neoclásica estándar de la curva de Phillips, que representa las posibles combinaciones de tasas de desempleo y tasas de inflación características de una economía. Se suele suponer que presenta las opciones entre inflación y desempleo con que se enfrentan los gobernantes. En la figura 3.3 se representa la forma clásica de la curva Phillips.

La premisa de los programas keynesianos tradicionales ha sido siempre que esta función era más o menos fija, y que las fuerzas de la economía determinan simplemente en qué punto de la curva estará la economía en un momento determinado. La labor de los gobernantes se reducía, por tanto, a regular la economía de modo que se mantuviera en un punto aceptable de la curva. El análisis presentado más arriba (que algunos neokeynesianos han incorporado, en forma algo modificada, a sus propias conceptualizaciones de la curva de Phillips) sugiere que la dinámica de la economía y las intervenciones del Estado no determinan simplemente el lugar que le corresponde a la economía en una curva de Phillips ideal, sino también la forma y el emplazamiento de la curva misma. Específicamente, la teoría del crecimiento desproporcionado del gasto improductivo afirmaría que se ha producido un deterioro secular sistémico de la relación entre paro e inflación durante las pasadas décadas. Tales tendencias se han visto aún más exacerbadas por el continuo crecimiento de la concentración monopolista en ciertos sectores claves de la economía, y en especial por la creciente

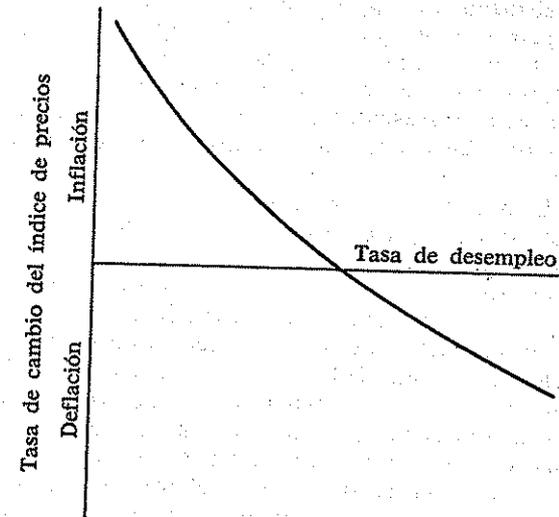


FIGURA 3.3. Curva de Phillips.

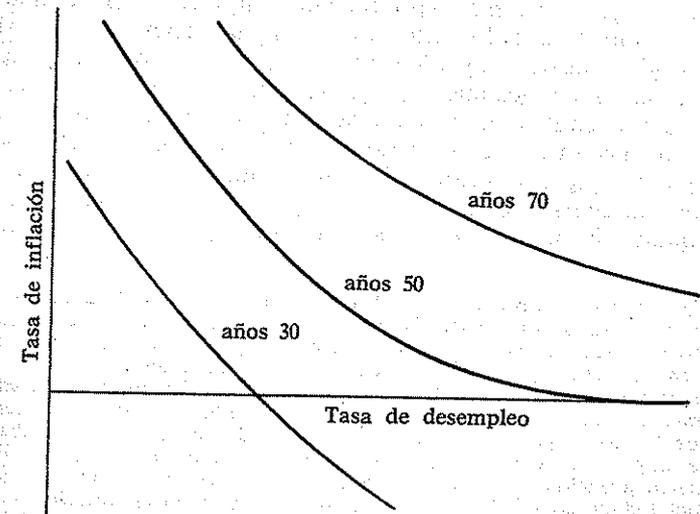


FIGURA 3.4. Cambios supuestos de la curva de Phillips con el paso del tiempo.

internacionalización del capital<sup>53</sup>. Como resultado de estas fuerzas podría pensarse que la curva de Phillips se ha separado de su origen y, lo que es más, que quizá ni siquiera vuelva a cortar nunca el eje horizontal en ningún nivel de desempleo. Esta nueva curva está representada en la figura 3.4. Los programas keynesianos resultan totalmente inadecuados para revertir este deterioro de la curva de Phillips.

Para el Estado, la solución obvia a este dilema es desplazar el equilibrio de sus actividades del gasto improductivo al gasto indirectamente productivo, gasto que ciertamente ha mostrado una tendencia firme a crecer durante las últimas décadas, aunque parece que generalmente a un ritmo más lento que los gastos improductivos. El Estado se ve crecientemente comprometido no sólo en lo que Offe llama políticas «de asignación» (políticas que básicamente redistribuyen recursos ya producidos o movilizan la producción de recursos estrictamente destinados a propósitos keynesianos<sup>54</sup>), sino también en políticas «productivas» (que inciden indirectamente en el proceso de producción y que contribuyen a la productividad de la economía). Como las fuerzas productivas en el capitalismo avanzado han desarrollado tecnologías altamente sofisticadas, procesos productivos cada vez más interdependientes, una demanda creciente de trabajo técnico altamente especializado, etc., se ha ido haciendo más y más difícil para los capitalistas individuales procurarse todo lo que exige su propia reproducción ampliada, por lo que se han dirigido al Estado buscando diversas formas de inversión socializada. Podría muy bien pensarse, por tanto, que la solución a las contradicciones de las políticas keynesianas quizá se reduzca a encontrar la manera de incrementar dramáticamente estas formas emergentes de inversiones socializadas. El problema está en que las políticas fundamentalmente keynesianas del Estado capitalista contemporáneo, políticas enraizadas en las demandas pluralistas de grupos de interés, en los subsidios a

<sup>53</sup> La internacionalización del capital significa que un determinado esfuerzo del Estado por reducir la inflación conducirá a aumentos del desempleo mayores de los que se producirían en otro caso, puesto que tales políticas estatales tenderán a incrementar los movimientos de capital a través de las fronteras nacionales (véase Alberto Martinelli, "Nation states and multinationals", *Kapitalistate*, 1, 1973). La internacionalización tenderá, por tanto, a apartar la curva de Phillips de su origen. Es probablemente imposible deducir empíricamente los efectos relativos de dicha internacionalización creciente del capital y del creciente gasto improductivo del Estado sobre el deterioro del desequilibrio entre inflación y desempleo, dado que ambos tienden empíricamente a cambiar simultáneamente.

<sup>54</sup> Véase "Structural problems of the capitalist state", cit.

tipos especiales de interés, en la producción militar, etc., actúan como un serio impedimento para el crecimiento potencial de estas nuevas formas de intervención estatal que incrementan la productividad. Este hecho está en el núcleo de la «crisis fiscal del Estado»: las presiones constantes al crecimiento del gasto improductivo, sumamente difíciles de contener por las razones más arriba mencionadas, hacen muy problemático que el Estado financie las nuevas formas de política estatal que podrían ayudar a resolver el problema de la caída de la productividad. Hasta el momento en el que puedan movilizarse con éxito nuevas fuerzas políticas para generar la que O'Connor ha llamado apropiadamente un nuevo «complejo industrial social»<sup>55</sup>, es difícil ver cómo podrá superarse este callejón sin salida.

### III. EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO Y LOS OBSTÁCULOS A LA ACUMULACION

Si estas diversas interpretaciones se toman como explicaciones globales de las tendencias a la crisis en el capitalismo, son desde luego totalmente incompatibles: por ejemplo, no se puede aducir que la causa básica de la crisis es el exceso de plusvalor (tesis del subconsumo) y a la vez la falta de plusvalor (tesis de la creciente composición orgánica del capital), ni se puede afirmar que la razón de las crisis sea una tasa de explotación decreciente causada por los avances de la lucha de clases y al mismo tiempo sostener que la tasa de explotación muestra una tendencia general a crecer (perspectiva subconsumista y de la creciente composición orgánica del capital, respectivamente). O rechazamos categóricamente todas estas teorías sobre la crisis salvo una, o adoptamos una posición metodológica que nos permita integrarlas en un marco más amplio.

Una posible estrategia para reconciliar estas diferentes perspectivas es analizarlas en términos de la historia del desarrollo capitalista. En lugar de considerar a cualquiera de los mecanismos de crisis como causa panhistórica de todas las crisis ocurridas en la sociedad capitalista, hemos de contemplar el desarrollo capitalista como algo que está transformando continuamente la naturaleza de las crisis capitalistas. Para recapitular la lógica de esta transformación histórica de los mecanismos de crisis expuesta al comienzo de este capítulo, en cada etapa del desarrollo capitalista los obstáculos a la acumulación conforman un patrón característico; estos obstáculos son supe-

<sup>55</sup> Véase *The fiscal crisis of the state*, cit.

rados en cada etapa mediante una combinación de estrategias de clase que dimanan del Estado capitalista y estrategias individuales diseñadas por los capitalistas para maximizar sus beneficios; una vez vencidos los obstáculos, la acumulación continúa bajo formas nuevas. La solución de los principales impedimentos presentes en cada nivel del desarrollo capitalista contiene en sí misma, sin embargo, nuevas contradicciones que aparecerán gradualmente en las etapas subsiguientes<sup>56</sup>. La lógica de este proceso dialéctico puede representarse simbólicamente mediante un modelo de determinación (véase una explicación

<sup>56</sup> Existe una cierta semejanza entre esta concepción de las etapas del desarrollo capitalista y la teoría de las "ondas largas", según fue desarrollada por Ernest Mandel en *Late capitalism*, Londres, 1975 [*El capitalismo tardío*, México, Era, 1979]. Aunque en cierta medida Mandel se apoya en la tesis marxista tradicional según la cual el límite último de la acumulación es la tendencia al crecimiento de la composición orgánica del capital, hace hincapié en que las contradicciones dominantes de una fase del desarrollo capitalista no son necesariamente las mismas que en otra. Subraya que el proceso de acumulación encuentra diferentes obstáculos inmediatos en las diferentes etapas, e intenta mostrar cómo las luchas de clases median los reajustes históricos del capitalismo. Aduce también que las limitaciones de la acumulación que surgen al final de las ondas largas del desarrollo capitalista únicamente pueden ser superadas mediante reorganizaciones tajantes del modo de acumulación.

El análisis aquí presentado difiere, sin embargo, del de Mandel en un aspecto fundamental. Para Mandel, la característica esencial de cada fase de la historia del capitalismo, así como las transformaciones decisivas que dan lugar a nuevas ondas largas de la acumulación, se halla en la tecnología. Las revoluciones tecnológicas son la base esencial de las reorganizaciones estructurales de la acumulación, de la liberación de nuevas posibilidades de acumulación. Al agotarse estas posibilidades, la acumulación se hace más lenta hasta la llegada de una nueva revolución tecnológica. En estos términos, Mandel aduce que la actual crisis económica mundial debe ser considerada como una consecuencia del agotamiento de la tercera revolución tecnológica.

La tecnología —o, más ampliamente, las fuerzas productivas— tiene naturalmente importancia, y contribuye de diversos modos al carácter de los diferentes períodos de la acumulación. Pero no creo que la periodización esencial del capitalismo deba ligarse a la periodización del cambio tecnológico, ni tampoco que las soluciones estructurales esenciales de las limitaciones de la acumulación sean invariablemente revoluciones tecnológicas. La organización social de la producción, las formas de la competencia y de la lucha de clases pueden ser, como mínimo, decisivas. Varía históricamente el tipo específico de cambio estructural, que tendrá la máxima importancia en el restablecimiento de las condiciones para la acumulación durante los períodos de crisis. El trabajo de Mandel es sumamente interesante en cuanto señala los aspectos técnicos de estas transformaciones, pero en último término tiende a reproducir inconscientemente las perspectivas monocausales de las crisis que tan correctamente rechaza. Para una crítica semejante de Mandel, véase Bob Rowthorn, "Late capitalism", *New Left Review*, 98, 1976 ["'El capitalismo tardío', de Ernest Mandel". *En Teoría* 3, 1979].

en el capítulo 1), cuyos rasgos fundamentales se representan en la figura 3.5.

La articulación históricamente específica de las fuerzas y las relaciones de producción —lo que en teoría marxista se denomina tradicionalmente la «base económica»— establece los límites estructurales de las formas de acumulación en un período determinado. Más aún, las fuerzas/relaciones de producción determinan la medida en la cual una forma dada de acumulación

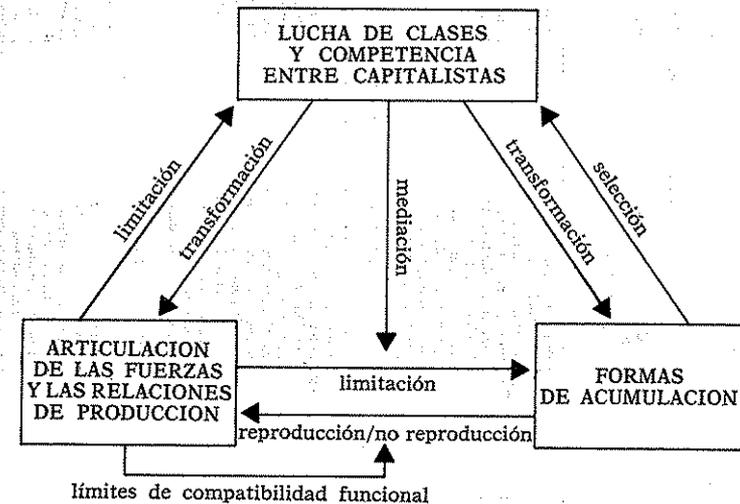


FIGURA 3.5. Modelo de determinación del proceso de acumulación.

será reproductiva o no reproductiva de esas fuerzas/relaciones de producción (es decir, establecen límites de compatibilidad funcional). La cuestión crucial es entonces entender los procesos sociales que tienden a empujar a las formas de acumulación más allá de dichos límites de compatibilidad funcional, generando por consiguiente crisis estructurales en el seno del proceso de acumulación.

Tanto la lucha de clases como la competencia capitalista transforman directamente la estructura de las fuerzas/relaciones de producción y las formas de acumulación. De particular importancia para entender las tendencias a la crisis es que la lucha de clases y la competencia transforman continuamente las fuerzas/relaciones de producción. Una organización de la acumulación dada tiende, por tanto, a hacerse cada vez menos reproductiva: es decir, según se desplazan los límites de variación



compatible establecidos por las fuerzas/relaciones de producción, una organización determinada de la acumulación comienza a desviarse de lo que podría considerarse una forma óptima de acumulación. Eventualmente, la forma de acumulación puede abandonar por completo los límites de variación compatible; esta situación puede ser descrita como una crisis estructural de acumulación. En tales situaciones, típicamente, las formas de acumulación son reestructuradas de modo básico, restableciéndose al menos una compatibilidad mínima entre las formas de acumulación y las fuerzas/relaciones de producción. Cuando hablamos de «obstáculos a la acumulación» hacemos referencia al proceso por el cual una forma dada de acumulación se hace progresivamente no reproductiva. Cuando hablamos de «soluciones estructurales» a esos obstáculos, nos referimos a las formas en las que se transforma el proceso de acumulación para restablecer una relación compatible con las fuerzas/relaciones de producción<sup>57</sup>. Son tales soluciones estructurales las que definen el carácter esencial de las diferentes etapas del desarrollo capitalista.

La figura 3.6 resume el desarrollo histórico generado por las relaciones estructurales señaladas en la figura 3.5<sup>58</sup>, si bien, na-

<sup>57</sup> En la figura 3.4 han de observarse otras dos relaciones. En primer lugar, la lucha de clases y la competencia están limitadas estructuralmente por las fuerzas/relaciones de producción (como se discutió en el capítulo anterior) y seleccionadas por las formas de acumulación. Esta relación de selección es especialmente importante, ya que significa que la naturaleza de la lucha de clases y las formas de competencia entre los capitalistas se ven configuradas por el mismo proceso que resulta no reproductivo para las relaciones/fuerzas de producción. En efecto, esto quiere decir que la lucha de clases y la competencia responden a una determinada forma de acumulación incluso cuando ésta contradice a las fuerzas/relaciones de producción. Este es un aspecto de las relaciones de determinación que tienden a empujar el sistema hacia la crisis en lugar de llevarlo a un equilibrio estable. En segundo lugar, la lucha de clases y la competencia median la relación entre las fuerzas/relaciones de producción y las formas de acumulación. La rapidez con que emergen los obstáculos a la acumulación, las maneras en que impiden la acumulación ulterior, las formas precisas que asumen y las consecuencias últimas que tienen vienen todas ellas conformadas por la lucha de clases y la competencia. Un análisis completo del proceso de acumulación habrá de ocuparse de estas relaciones complejas de determinación y no simplemente de las formas en que las luchas de clases y la competencia transforman directamente el proceso de acumulación.

<sup>58</sup> Este gráfico debe mucho a varias fuentes. Las tres primeras etapas provienen muy directamente de la discusión de la acumulación primitiva que hace Marx en la sección VII del libro I de *El capital*; el paso de la etapa 3 a la etapa 4 es muy semejante al análisis de David Levine, especialmente en la parte tercera de su tesis *The theory of the growth of the capitalist economy*; el análisis de la etapa 5 se basa, en gran parte, en el análisis contenido en *La crisis fiscal del Estado*, de James O'Connor,

turalmente, de forma supersimplificada. Las soluciones «estructurales» de un determinado obstáculo a la acumulación no suelen eliminar el problema del todo, sino que simplemente ayudan a que deje de estar en primer plano. Cada período del desarrollo capitalista contiene, si bien solamente en forma residual, características de los períodos anteriores. Puede hacerse la misma observación acerca de las formas de imperialismo que surgen como respuesta a unos determinados obstáculos a la acumulación. No se está sugiriendo aquí que una forma dada de imperialismo surja únicamente en respuesta a un impedimento a la acumulación dado: la mayor parte de las formas de imperialismo —pillaje, comercio, inversión en materias primas— se dan en mayor o menor medida en todas las fases de desarrollo capitalista. Las diferentes formas de imperialismo representan, sin embargo, la respuesta característica a unas condiciones específicas de crisis dentro de los países metropolitanos. Esto es lo que se trata de representar en la figura 3.6<sup>59</sup>. Como espero que quede claro al examinarla, el propósito del esquema no es presentar una rígida «teoría de etapas» del desarrollo capitalista, sino más bien captar los problemas y movimientos generales del sistema capitalista<sup>60</sup>.

y el análisis de los problemas emergentes en la etapa 6 se deriva de los trabajos de Claus Offe. La periodización de las formas emergentes del imperialismo proceden primariamente de la obra de Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, y en menor medida de la de Samir Amin, «Towards a structural crisis of world capitalism», *Socialist Revolution*, 23, 1975.

<sup>59</sup> La discusión del imperialismo en la figura 3.6 tiene dos límites fundamentales. En primer lugar, no se intenta presentar una explicación completa del imperialismo en los diferentes períodos del desarrollo capitalista. En lugar de ello, nos centramos exclusivamente en las formas del imperialismo en cuanto respuestas a las tendencias a la crisis (impedimentos a la acumulación) en los centros imperialistas. Aunque tales contradicciones dentro de la acumulación son claramente un elemento importante en toda explicación del imperialismo, el desarrollo histórico real de éste depende también de muchos otros factores. Sería erróneo reducir el imperialismo a un mecanismo de resolución de las crisis. En segundo lugar, se analiza únicamente la forma en que el imperialismo afecta a los países imperialistas, y no la forma en que afecta a la misma periferia. Naturalmente, desde un enfoque dialéctico, los efectos del imperialismo en el centro están condicionados por los efectos del imperialismo en la periferia, y un análisis plenamente elaborado de las contradicciones y las transformaciones del capitalismo habría de tener en cuenta esta dinámica. Sin embargo, para los fines presentes me ocuparé del imperialismo de un modo más limitado, considerándolo como una de las formas que tiene la burguesía de responder a los impedimentos a la acumulación.

<sup>60</sup> La figura puede dar la impresión que la trayectoria particular del desarrollo capitalista y el particular patrón de contradicciones que surge en cada etapa del proceso están rigidamente determinados. Esto plantea ciertas preguntas de extrema importancia en torno a la lógica subyacente del concepto de «contradicción»: ¿En qué sentido exacto son «inevi-

### 1. *La transición de la producción mercantil simple a la reproducción ampliada*

Los dos obstáculos cruciales al proceso de acumulación en el período temprano de la acumulación primitiva fueron, por una parte, la existencia de formas institucionales de producción que dificultaban una supervisión y control estrictos de la fuerza de trabajo, y, por otra, el tamaño relativamente pequeño del proletariado y, por consiguiente, escasez de trabajo explotable. La falta de supervisión bajo condiciones de industria rural significaba que el capitalista tenía poco control sobre la cantidad exacta de trabajo que el obrero realizaba al día; a éste le resultaba, además, sumamente fácil apropiarse de considerables cantidades de materias primas pertenecientes al capitalista<sup>61</sup>. Como

tables" las contradicciones aquí esquemáticamente reseñadas? ¿Conduce intrínseca y necesariamente la solución de los impedimentos a la acumulación en un período a la aparición de nuevos impedimentos? Si bien es obvio que cada una de las "soluciones" expuestas en la figura posee ciertos límites teóricos inherentes, es menos obvio que las fuerzas sociales de la sociedad capitalista empujen necesariamente el sistema hacia esos límites y que, por consiguiente, transformen una solución estructural en una contradicción. ¿Por qué, en otras palabras, tiende cada estrategia adaptativa del sistema capitalista a agotarse con el curso del tiempo? La respuesta más simple es que esto ocurre a causa de que ninguna estrategia adaptativa puede eliminar los antagonismos de clase inherentes al capitalismo, los cuales imposibilitan la reproducción simple, homeostática, del sistema. La respuesta más compleja es que las formas que asume la lucha de clases están ellas mismas configuradas por las estrategias adaptativas dominantes del sistema. Esto es precisamente lo que quiere decirse al afirmar que el modo de acumulación "selecciona" formas de la lucha de clases (es decir, actúa como una fuerza que conforma la lucha de clases en el seno de los límites establecidos por la estructura subyacente de las relaciones de clase). La clase obrera no es simplemente una fuerza pasiva, ni siquiera en sus períodos más integrados y contenidos. Adapta sus estrategias a las "soluciones estructurales" que emergen en el curso del desarrollo capitalista. En su forma de máxima conciencia de clase, estas estrategias obreras están explícitamente centradas en la explotación de dichas soluciones estructurales, y en el intento de forzarlas hasta su límite.

Un razonamiento similar puede hacerse con respecto a los efectos de la lucha entre los capitalistas (competencia): según surgen soluciones para los impedimentos a la acumulación, los capitalistas individuales adoptan nuevas formas de competencia, nuevas estrategias para maximizar su acumulación individual. Dado que la sociedad capitalista carece de una planificación global que coordine dichas estrategias individuales, éstas presentan una tendencia inherente a forzar los límites de la estructura existente en el seno de la cual tiene lugar la acumulación. Así, pues, existe una dialéctica entre las soluciones estructurales surgidas como respuestas a anteriores impedimentos y las formas de lucha de clases y competencia que se desarrollan en respuesta a dichas soluciones estructurales.

<sup>61</sup> Para una interesante discusión de estos puntos, véase Stephen Mar-

resultado, la tasa de explotación tendía a ser baja, a causa de que la porción impagada efectiva de la jornada laboral era pequeña. Si combinamos esto con el limitado tamaño del proletariado, significa que la masa de plusvalor disponible para la acumulación era muy pequeña.

Como arguye Stephen Marglin, la creación de la fábrica en la revolución industrial inglesa supuso la solución estructural del primero de estos obstáculos. Los obreros fueron reunidos bajo un solo techo y su trabajo fue estrechamente supervisado. Quedaban obligados a trabajar tantas horas como el capitalista ordenase o a no trabajar en absoluto, con lo que la masa de plusvalor se incrementó considerablemente. La creación de fábricas, sin embargo, no hizo sino agudizar el problema de la escasez de mano de obra libre y explotable. Diversas políticas estatales como la inmigración abierta, la despoblación rural, el cierre de las casas de pobres, etc., contribuyeron a solucionar la escasez de mano de obra.

También las formas dominantes de imperialismo<sup>62</sup> durante el período de acumulación primitiva en Europa occidental pueden ser contempladas, en parte al menos, como una respuesta a los obstáculos fundamentales a la acumulación. Si el impedimento último de la acumulación capitalista temprana se centraba en una masa inadecuada de plusvalor, la apropiación de excedente en la periferia era al menos un medio de contrarrestar este problema. Las formas de esta apropiación directa iban desde el pillaje puro y simple a diversas clases de relaciones tributarias, pasando por la intensificación de los modos coercitivos precapitalistas de control del trabajo (tales como la esclavitud) en la producción agrícola y de metales preciosos en la periferia con destino al mercado mundial. En todos estos casos se obtenía una masa de plusvalor disponible para la acumulación más importante de lo que habría sido si su base hubiera sido sólo la explotación en el centro.

### 2. *La transición de la acumulación primitiva a la manufactura*

La continua expansión del proletariado y el sistema fabril caracterizan la transición de la acumulación primitiva al período de

glin, "What do bosses do", *Review of Radical Political Economics*, Vol. 66, 2, 1974.

<sup>62</sup> A lo largo de esta discusión utilizaré la expresión "imperialismo" en un sentido amplio, cubriendo todas las formas de dominación económica de la periferia por el centro, en lugar de hacerlo en el sentido estricto de las formas de dominación específicas de una época del capitalismo monopolista.

la manufactura. En la primera etapa de esta transición, el modo principal de incrementar la tasa de explotación era aumentar el llamado «plusvalor absoluto» (es decir, el plusvalor resultante del incremento de la jornada laboral y de la intensidad del trabajo). Muy rápidamente, la jornada laboral aumentó hasta virtualmente su máximo biológico. A pesar de esto, sin embargo, la tasa real de explotación permanecía relativamente baja a causa de la productividad generalmente baja de la tecnología y del consiguiente valor elevado de la fuerza de trabajo. Incluso cuando el nivel de vida del trabajador se redujo a la mera subsistencia, aún una parte relativamente grande de la jornada laboral debía dedicarse a la reproducción del valor de su fuerza de trabajo.

La solución al problema de una tasa de plusvalor relativamente baja fue la proliferación de innovaciones técnicas que abarataron drásticamente los bienes consumidos por el trabajo asalariado, reduciendo por consiguiente el valor de la fuerza de trabajo. Dado que muchas de estas innovaciones eran ahorradoras de trabajo, tuvieron también el efecto de expandir el ejército de reserva de los desempleados, lo que a su vez supuso un alivio para el problema general de escasez de mano de obra que caracterizó al período.

El papel del imperialismo fue en cierto modo menos importante durante este período que en épocas anteriores<sup>63</sup>. Naturalmente, la periferia era todavía importante como fuente de materias primas para la producción capitalista, pero la función del imperialismo no era primariamente la de contrarrestar las tendencias a la crisis en el centro.

### 3. La transición de la manufactura a la maquinofactura

La introducción progresiva de máquinas en el proceso de producción define la transición de la manufactura simple, a lo que Marx denominó maquinofactura. Continuaron las tendencias anteriores —expansión de las fábricas y del proletariado—, pero a ellas vino a unirse una constante corriente de innovaciones en el proceso de producción. Surgen además en este período las primeras formas eficaces de organizaciones proletarias de clase. Se plantea la exigencia tanto de un acortamiento de la jornada laboral como de un aumento de los salarios reales. La creciente intensidad de la lucha de clases ejerce una considerable presión adicional sobre el capital para la introducción de

<sup>63</sup> Amin, "Towards a structural crisis of world capitalism", p. 12.

innovaciones ahorradoras de trabajo. Como resultado, en este período, la composición orgánica del capital crece rápidamente. Así, a pesar de la creciente tasa de plusvalor, la tasa de ganancia muestra una definida tendencia a caer.

La solución a este obstáculo de la acumulación, como señalamos más arriba, estaba implícita en el obstáculo mismo. El modelo clásico de los ciclos comerciales —desvalorización del capital, eliminación de los capitales improductivos y concentración y centralización del capital crecientes— suministraba los mecanismos sociales para reestructurar periódicamente el capital de modo que reaparecieran las condiciones favorables a la acumulación.

Las formas clásicas del imperialismo de la segunda mitad del siglo XIX tuvieron también parte importante en la respuesta a los obstáculos a la acumulación propios de la introducción masiva de producción mecánica. En particular, las inversiones de capital a gran escala en la producción de materias primas en la periferia (por ejemplo, construcción de ferrocarriles para el transporte de materias primas, capitalización de la minería, etcétera), ayudaron a contrarrestar la creciente composición orgánica del capital, disminuyendo el coste del capital circulante. Más aún, dado que los procesos de producción de la periferia se caracterizaban generalmente por una composición orgánica del capital inferior a la de los del centro, las inversiones en la periferia ayudaron a reducir la composición orgánica media del capital.

### 4. Ascenso y consolidación del capital monopolista

Según crecía la composición orgánica del capital durante el siglo XIX y ya en el XX, ocurrieron dos cosas: el capital mostró tendencia a concentrarse y centralizarse más que nunca, y la tasa de crecimiento de la composición orgánica del capital tendió (probablemente) a menguar. En algún momento del primer cuarto de siglo parece que la composición orgánica del capital se estabilizó más o menos. La tasa de explotación, sin embargo, continuó creciendo a causa de incrementos generales de la productividad (tanto ahorradores de capital como ahorradores de trabajo), así como en razón del poder monopolista mismo. El resultado fue una marcada tendencia a la aparición de problemas de realización y subconsumo.

Una de las consecuencias de la tendencia del plusvalor a crecer es el estímulo sistemático a las diversas formas de es-

peculación, ya que, a menos que surjan problemas de realización, las esperanzas de ganancias futuras importantes parecen seguras. La contradicción, naturalmente, es que, a menos que se cree algún mecanismo que garantice la absorción continuada de ese plusvalor, aparecerán graves problemas de realización. Dado entonces que dichos problemas de realización surgen en un contexto de especulación intensa, la crisis económica será mucho más grave (a causa de deficiencias financieras, hundimientos de los sistemas crediticios, etc.). Así se produjo, básicamente, la Gran Depresión.

Al mismo tiempo que se producían estos acontecimientos en el proceso de acumulación, el movimiento obrero comenzó a reunir una fuerza considerable, especialmente en los sectores monopolizados de la economía. Aunque las demandas tendían a centrarse en aspectos salariales y en las condiciones inmediatas de trabajo, el crecimiento de las fuerzas socialistas y comunistas en el movimiento obrero y la experiencia de la revolución rusa hacían que pareciera probable un movimiento obrero más genuinamente revolucionario.

La gran invención social del derroche patrocinado por el Estado, académicamente legitimada como keynesianismo, fue la principal solución estructural al obstáculo del subconsumo<sup>64</sup>. En principio, especialmente en los Estados Unidos, tales programas de gasto público eran contemplados con considerable desconfianza, y fue la lección de la segunda guerra mundial lo que hizo del keynesianismo un instrumento aceptable para el manejo de las crisis y útil además para contrarrestar la amenaza de la militancia obrera, ya que tendió a subrayar la orientación económica de la mayor parte de las luchas sindicales. La institucionalización de la negociación colectiva y la proliferación de complejos sistemas de jerarquías laborales, sistemas de ascenso, derechos de antigüedad, seguro de desempleo, etc., ayudó aún más a mantener el movimiento obrero dentro de límites compatibles con las soluciones keynesianas<sup>65</sup>.

La crisis de subconsumo de los años treinta no fue manejada únicamente en términos de políticas domésticas. Los cambios

<sup>64</sup> El keynesianismo no es, evidentemente, la única respuesta posible a las crisis estructurales de acumulación características del ascenso y consolidación del capitalismo monopolista. Si bien es claramente incorrecto reducir el complejo fenómeno del fascismo a una solución a las tendencias económicas a la crisis, puede interpretársele no obstante, al menos parcialmente, como una respuesta a las mismas clases de impedimentos a la acumulación que produjeron el keynesianismo, pero bajo diferentes condiciones estructurales políticas y sociales.

<sup>65</sup> Véase Stone, "The origins of job structures in the steel industry", y Braverman, *Labour and monopoly capital*.

en el sistema internacional desempeñaron también un papel importante en suministrar soluciones estructurales a los obstáculos a la acumulación específicos del período. Quizá más significativamente, la segunda guerra mundial ofreció un antídoto inmediato para las tendencias al subconsumo, tanto a través del gasto militar masivo como de la destrucción de grandes cantidades de capital. Después de la guerra, la posición hegemónica de los Estados Unidos facilitó grandemente el establecimiento de un sistema estable de comercio y finanzas internacionales (cristalizado en los acuerdos de Bretton Woods), lo que a su vez hizo mucho más sencilla la expansión de los mercados y del crédito internacional, necesaria para aliviar las presiones subconsumistas. El largo período tras la guerra, en el que las balanzas comerciales fueron favorables a los Estados Unidos, redujo ciertamente los problemas de realización en Norteamérica, mientras que las exigencias inversoras de la reconstrucción económica posbélica reducían también en Europa las presiones del subconsumo.

El papel del imperialismo en este período es más ambiguo. El considerable incremento de la ayuda exterior, militar especialmente, en el período posbélico, y la expansión del comercio con la periferia, especialmente en tecnología, contribuyeron a reducir los problemas de realización en los Estados Unidos. Pero el imperialismo norteamericano no se limitó ni mucho menos al comercio: también las inversiones directas norteamericanas en la periferia se incrementaron dramáticamente durante todo el período de posguerra. En la medida que el plusvalor generado por estas inversiones era repatriado a los Estados Unidos, tales inversiones no hacían otra cosa que aumentar los problemas de realización. En comparación, pues, con períodos anteriores, el imperialismo desempeñó un papel mucho más contradictorio respecto a las tendencias a la crisis durante la transición del capitalismo monopolista al capitalismo monopolista avanzado. Aunque los capitalistas individuales inviertan en la periferia por ofrecer ésta buenas expectativas para el capital, el efecto sobre el proceso de acumulación en su conjunto es agudizar el problema de la absorción del excedente.

##### 5. El capitalismo monopolista avanzado

Las soluciones keynesianas al subconsumo tendían, al menos inicialmente, a ajustarse a las exigencias políticas de la legitimación. Pero la armonía inicial se fue deteriorando según el crecimiento de los gastos estatales improductivos tendía a au-

mentar con mayor rapidez que las necesidades de absorción de plusvalor del sistema. La fuerza organizativa de la clase obrera, especialmente en el nivel económico, agravó todavía más la situación, al hacer más difícil para la clase capitalista el incrementar la tasa de explotación en medida suficiente para compensar la superexpansión de los gastos improductivos. Los arreglos institucionales que apuntaban los programas estatales keynesianos —negociación colectiva, economicismo, programas de asistencia social, seguro de desempleo, etc.— dificultaron en grado importante el ajuste a las nuevas circunstancias.

Todas estas dificultades se agravaron aún más debido a la continua concentración y centralización del capital, tanto a escala nacional como internacional. Como se ha señalado frecuentemente, la competencia bajo condiciones relativamente monopolistas se realiza menos en términos de precios que en términos de publicidad, estrategias de mercado y maniobreo político. El capital monopolista muestra, por tanto, una tendencia interna según la cual las actividades improductivas se incrementan con la concentración y centralización del capital. La internacionalización del capital ha complicado más aún estas contradicciones al socavar la capacidad de los gobiernos nacionales de regular eficazmente sus economías respectivas. El resultado neto de todos estos factores ha sido un serio deterioro de la combinación de inflación y desempleo que caracteriza la crisis económica de los años setenta.

Surgen ahora diferentes soluciones estructurales para los obstáculos a la acumulación en el capitalismo monopolista avanzado. En el nivel internacional, las inversiones en la periferia se centran cada vez más en las manufacturas en vez de hacerlo solamente en la extracción de materias primas, la agricultura y el comercio. Esto es especialmente así en el caso de los bienes de consumo masivo relativamente intensivos en trabajo. Frente a la dificultad para incrementar la tasa de explotación en los países metropolitanos y al creciente peso del gasto estatal improductivo, se observa una considerable cuota de inversión industrial en la periferia. En el caso de los Estados Unidos, además de este movimiento de capital hacia el exterior, se observó un considerable movimiento del capital industrial desde los potentemente sindicalizados Estados del Norte hacia los menos sindicalizados del Sur, nuevamente en razón de que los obstáculos al aumento de la tasa de explotación son menores en esas áreas.

En términos de políticas estatales domésticas, la respuesta inmediata al problema de los siempre crecientes costes repro-

ductivos del capitalismo monopolista relacionados con el incremento de la productividad ha sido un intento de recortar gran número de programas keynesianos, especialmente en el terreno de la asistencia social, la educación y diversos servicios públicos. La solución emergente a largo plazo es pasar de intervenciones en la economía predominantemente keynesianas a intervenciones activas del Estado en el propio proceso de producción. Se exigen formas de intervención estatal cualitativamente nuevas: ha dejado de ser suficiente para el Estado el limitarse a fijar los parámetros de la producción capitalista regulando la demanda agregada, las tasas de interés, los impuestos y ocuparse de los costes sociales generados por las irracionalidades del capitalismo mediante la policía, el control de la polución y los hospitales mentales. El Estado necesita comprometerse directamente en la racionalización de la producción, la coordinación y la planificación de los aumentos de la productividad, la eliminación de los sectores de producción ineficaces, etc.

Resulta difícil, naturalmente, ofrecer descripciones precisas de las formas que asumirían tales intervenciones. Los pasos mínimos incluirían la participación estatal directa en la planificación y asignación de los recursos de inversión, lo que ya ha sido propuesto en los Estados Unidos con relación al desarrollo energético. La producción de energía no se organizará a través de mecanismos de mercado libres, sino a través de controles estatales directos. Formas más acusadas de dichas intervenciones en la producción incluirían la organización directa de la modernización de los procesos de producción en la industria pesada, bien mediante nacionalizaciones directas o bien mediante la creación de diversos tipos de organismos conjuntos de planificación, con inclusión de representantes del Estado y del capital privado (y quizá también de los trabajadores y de los «consumidores»). Dado que en el capitalismo monopolista los mecanismos básicos para la mejora de la productividad —quiebras, desvalorizaciones del capital, etc.— son demasiado onerosos políticamente y demasiado desestabilizadores económicamente, el Estado tendrá que cargar eventualmente con la responsabilidad de incrementar directamente la productividad.

A fin de lograr tales racionalizaciones, el Estado habrá de incrementar su capacidad para controlar y disciplinar a los capitalistas individuales y a la clase obrera. En el caso del capital, esto significa, sobre todo, capacidad para impedir la fuga de capitales ante un creciente compromiso del Estado en las inversiones, así como capacidad para eliminar completamente los sectores improductivos del capital (especialmente capital medio y

pequeño), en aras de un aumento de la productividad del capital considerado globalmente. En el caso de la clase obrera será necesario limitar severamente las exigencias salariales y de empleo durante un largo período de tiempo, a fin de incrementar la tasa de plusvalor necesaria para enjugar dichas racionalizaciones de la producción.

Los obstáculos políticos a estas nuevas formas de intervención estatal son muy importantes, especialmente quizá en los Estados Unidos, donde el pequeño y medio capital goza de un poder político considerable. Los trabajadores organizados contemplan también con sumo recelo tales propuestas, temiendo que la planificación estatal signifique un control sistemático de los salarios mucho más rígido, la reducción del empleo en el sector monopolista en virtud de la racionalización y en general un debilitamiento de la posición negociadora de los sindicatos. En Europa, a causa de la fuerza política de los partidos socialistas y comunistas, puede ser más sencillo iniciar estos programas estatales capitalistas. En el caso de Italia, ciertamente se observa un acuerdo generalizado en que únicamente los comunistas podrían mantener la disciplina de la clase obrera, permitiendo dar comienzo a nuevos programas básicos de reorganización económica y racionalización, necesarios para el relanzamiento del capitalismo italiano. Si tal reorganización puede o no convertirse en un primer paso hacia la transición al socialismo es, naturalmente, un punto intensamente discutido. En cualquier caso, dicha reorganización es necesaria para el restablecimiento de unas condiciones favorables a la acumulación.

¿Qué nuevos impedimentos a la acumulación es probable que surjan en la fase siguiente del desarrollo capitalista? Aunque es problemático especular en torno a las contradicciones del futuro, hay cosas que pueden decirse con bastante seguridad. Según el capitalismo monopolista se desplaza hacia nuevas formas de intervención estatal en la producción, hacia lo que podría denominarse capitalismo monopolista dirigido por el Estado, el proceso de acumulación se politiza cada vez más. Será progresivamente más difícil aplicar a la producción una racionalidad de mercado «neutral», mientras que los criterios políticos cobrarán más y más importancia. Aunque es casi seguro que en los Estados Unidos algunas de las corporaciones más importantes serán formalmente nacionalizadas, una proporción crecientemente mayor de la producción será organizada *de facto* por el Estado. Naturalmente que esto no significa que la producción de mercancías (producción destinada al intercambio) vaya a desaparecer, sino, más bien, que una parte progresivamente creciente

de la producción será organizada fuera del mercado y no estará sujeta directamente a los criterios de maximización del beneficio. Expresándolo de forma más abstracta, el Estado, a fin de perpetuar la producción de mercancías, deberá organizar una esfera de la producción en continua y creciente desmercantilización<sup>66</sup>.

Todo esto tendría lugar dentro de la permanencia del contexto de las relaciones sociales capitalistas y de un Estado capitalista que cumple la función de reproducir la estructura de clases de la sociedad capitalista. La esfera de la producción crecientemente desmercantilizada estaría estrictamente limitada por las exigencias de la reproducción de la producción mercantil misma. Las nuevas formas de los impedimentos a la acumulación se centrarían por consiguiente en la contradicción intensificada entre la progresiva socialización del proceso de producción y el mantenimiento de la apropiación privada (a través de la producción mercantil) del plusproducto.

Según el Estado asume un papel cada vez mayor en la organización real de la producción, las legitimaciones ideológicas tienden a hacerse cada vez más tenues. Como resultado, parece probable que la alternativa socialista pase a ocupar una posición más central en la política de la clase obrera norteamericana. Las luchas de clase en torno al Estado y en torno a la producción (que tienden a converger día a día) tenderán, por tanto, a hacerse progresivamente más ideológicas, más politizadas, y en último término más amenazantes para el sistema capitalista. Bajo tales circunstancias es muy posible imaginar el desarrollo de un capitalismo de Estado plenamente maduro en los Estados Unidos (si bien ataviado con los ropajes del capitalismo privado), que trataría de contener las flagrantes contradicciones entre la legitimación y la acumulación mediante una fuerte represión y una planificación centralizada.

No existe, sin embargo, una razón automática por la cual la «solución» teóricamente funcional para el capitalismo deba ser

<sup>66</sup> Para una discusión extensa del contraste entre intervenciones estatales mercantilizadas y desmercantilizadas, véase Gösta Epsing-Anderson, Roger Friedland y Erik Olin Wright, "Modes of class struggle and the capitalist state", *Kapitalistate*, 4/5, 1976. Las intervenciones estatales desmercantilizadas siempre se han dado en el Estado capitalista. Por poner un ejemplo, quizá trivial, las bibliotecas públicas representan una forma desmercantilizada de ofrecer libros al público. La posible novedad cualitativa de las intervenciones desmercantilizadas en el capitalismo avanzado sería la intervención en la producción de valores de uso y no simplemente en su distribución. Muchas de estas ideas se derivan de la obra de Claus Offe; véase especialmente "The capitalist state and the problem of policy formation".

la que se dé históricamente. El que se produzca o no dicha reordenación del capital monopolista dependerá, por un lado, de la coherencia de la clase capitalista y de su capacidad para generar una política de clase que sirva a la clase capitalista en su conjunto, y, por otro, de la fuerza de los movimientos socialistas en la clase obrera y de su capacidad para organizar una política de clase capaz de transformar la producción desmercantilizada, al servicio del capital, en una producción genuinamente socialista, al servicio de la clase obrera.

#### 4. BUROCRACIA Y ESTADO

Nuestro examen de las transformaciones históricas del proceso de acumulación se cerraba con una discusión, hasta cierto punto especulativa, de las soluciones emergentes del estancamiento económico de los años setenta y de las nuevas contradicciones que dichas soluciones probablemente engendrarán. La proposición central era que el Estado capitalista estaba destinado a comprometerse en formas cualitativamente más profundas de intervención en la economía, desplazándose de la intervención y la planificación en el nivel de las relaciones de mercado hacia la planificación en el seno mismo de la producción. Esta transformación del papel del Estado capitalista generaría nuevas contradicciones, centradas especialmente en torno a la politización del proceso de acumulación.

Tales cambios en las formas de la actividad estatal en las sociedades capitalistas y en las contradicciones de la acumulación son de crucial importancia en toda discusión de política socialista. Surge inmediatamente cierto número de preguntas: ¿en qué formas afectan estos cambios en el papel del Estado a la relación entre el Estado capitalista y la lucha de clases? ¿Abren estas nuevas contradicciones nuevas posibilidades para la izquierda de usar el Estado capitalista como parte de una estrategia revolucionaria? ¿Cuáles son las implicaciones de estos acontecimientos para el debate clásico entre vías graduales, pacíficas y estrategias violentas, revolucionarias hacia el socialismo?

No puedo responder con rigor a la mayoría de estas preguntas, pero trataré de aclarar algunas de las cuestiones involucradas en su contestación. En este capítulo me centraré en un tema específico, subyacente en todas estas preguntas, sobre estrategias socialistas: el problema de la burocracia. Plantearé en especial la siguiente pregunta: ¿cómo debemos entender la relación entre la lucha de clases y la estructura interna del Estado?<sup>1</sup> La examinaremos comparando los análisis que de la buro-

<sup>1</sup> Si bien ha habido un tremendo auge de la teoría marxista del Estado capitalista durante los últimos años, sólo una parte relativamente pequeña de él se ha centrado explícitamente en el problema de las estructuras

cracia y el Estado realizaron dos teóricos de gran influencia, Max Weber y V. I. Lenin. En el capítulo siguiente enlazaremos esta discusión de la burocracia y el Estado capitalista con el análisis anteriormente realizado de la formación de clase y las contradicciones de la acumulación.

Durante el verano de 1917, y en extremos opuestos de Europa, se escribían dos ensayos sobre la naturaleza del Estado, la burocracia y la política. Uno de ellos, «Parlamento y gobierno en el nuevo ordenamiento alemán», tenía por autor a Max Weber, y el otro, «El Estado y la revolución», a Vladimir Lenin. Pese a las obvias diferencias entre los dos hombres —el uno era un académico alemán liberal y el otro un revolucionario profesional ruso— tenían ciertos puntos en común. Ambos rondaban la cincuentena, sus vidas intelectuales habían sido decisivamente conformadas por la obra de Karl Marx, sabían que sus ideas acerca del Estado no gozaban de favor alguno en los círculos dominantes de sus respectivos países y escribían los mencionados trabajos esperando influenciar en los acontecimientos políticos. En los años que siguieron inmediatamente a la publicación de los ensayos, se intentó poner en práctica las ideas de cada uno de ellos: las de Lenin, en el intento de construir el socialismo tras la revolución bolchevique, y las de Weber, en el de crear una democracia parlamentaria viable en la República de Weimar.

Las cuestiones de las que los citados ensayos se ocupaban coincidían en buena parte si bien en forma marcadamente diferente y llegando a conclusiones radicalmente distintas: ¿cómo puede controlarse el aparato del Estado? ¿Resulta posible para las masas gobernar y controlar el Estado? ¿Cuál es la relación de las instituciones representativas con la burocracia estatal en la sociedad capitalista? ¿Qué puede hacerse respecto a la creciente apropiación de poder por parte de los burócratas? ¿Qué consecuencias tiene el socialismo para la naturaleza del Estado? Estos problemas no son hoy menos importantes que hace medio siglo, y todavía son objeto de intensa discusión.

En la sección siguiente se expondrán sistemáticamente los

internas del Estado. Un análisis especialmente interesante de esta cuestión, comparando explícitamente las estructuras organizativas internas del Estado capitalista con las del Estado feudal y las del Estado socialista, es el de Göran Therborn, *What does the ruling class do when it rules*, Londres, NLB, 1978 [¿Cómo domina la clase dominante?, Madrid, Siglo XXI, 1979]. Para un tratamiento anterior de temas similares en el amplio marco de la escuela de Francfort, véase la obra de Claus Offe.

argumentos de Weber en «Parlamento y gobierno», utilizándose en algunos momentos fragmentos de *Economía y sociedad* (escrito en su mayor parte antes de 1917) para caracterizar plenamente determinados puntos. Se hará después una presentación semejante de la argumentación de Lenin en «El Estado y la revolución», comparándose por último los presupuestos subyacentes en ambas posiciones y valorándose los puntos débiles y las aportaciones válidas de las dos argumentaciones examinadas.

#### EL RAZONAMIENTO DE WEBER

Hacia 1917, Weber estaba convencido de que la política alemana estaba siendo conducida de una forma totalmente irresponsable e incompetente. En tanto que nacionalista alemán, sentía que era de importancia crucial comprender los orígenes de esta incompetencia, porque, de no ser corregida, los alemanes se verían «condenados a permanecer como un país pequeño y conservador, quizá con una relativamente buena administración pública en lo que a aspectos técnicos se refiere, pero de todos modos un pueblo provinciano sin la oportunidad de pesar en la arena mundial e incluso sin ninguna autoridad moral para pretenderlo» (p. 1462 [*Escritos políticos*, I, p. 162])<sup>2</sup>. Tras examinar la historia de la política alemana en los años posteriores a Bismarck, Weber se convenció de que «cualquier política alemana, independientemente de sus metas, está condenada al fracaso si se tiene en cuenta el marco constitucional vigente y la naturaleza de nuestra maquinaria política, y [de] que esto seguirá siendo así mientras las condiciones no cambien» (p. 1384 [*Escritos políticos*, I, p. 63]). El aspecto crítico de este entramado constitucional era la impotencia del Parlamento. Weber opinaba que si bien unas instituciones parlamentarias significativamente robustecidas no garantizarían una mejoría dramática en la calidad de la política alemana, tal cambio era esencial si había de ponerse alguna esperanza en el futuro.

Esta conclusión general concerniente a la necesidad de un Parlamento fuerte se basaba en cierto número de proposicio-

<sup>2</sup> En este apartado, los números de página entre paréntesis se refieren a la edición en inglés de *Economía y sociedad*, a cargo de Guenther Roth y Claus Wittich: *Economy and society*, Nueva York, 1968. Las citas de las páginas 1381-1462 corresponden al ensayo de Weber, «Parlamento y gobierno en el nuevo ordenamiento alemán», incluido en dicha edición; las restantes proceden del texto de *Economía y sociedad*. Se añaden entre corchetes los números de página correspondientes a la edición en castellano de *Economía y sociedad* (México, Fondo de Cultura Económica, 1964) y «Parlamento y gobierno» (*Escritos políticos*, I, México, Folios, 1982).

nes tocantes a la naturaleza de la política y de la burocracia, así como al problema del liderazgo político en la sociedad «moderna»:

*Proposición 1. Con el desarrollo del capitalismo y la creciente complejidad de la sociedad, la necesidad de administración racional aumenta cualitativa y cuantitativamente. El resultado es que tanto las organizaciones privadas como las públicas tienden a burocratizarse cada vez más<sup>3</sup>.*

«La razón decisiva que explica el progreso de la organización burocrática», escribe Weber, «ha sido siempre su superioridad técnica sobre cualquier otra forma de organización. Un mecanismo burocrático perfectamente desarrollado actúa con relación a las demás organizaciones de la misma forma que una máquina con relación a los métodos no mecánicos de fabricación. La precisión, la rapidez, la univocidad, la oficialidad, la continuidad, la discreción, la uniformidad, la rigurosa subordinación, el ahorro de fricciones y de costas objetivas y personales son infinitamente mayores en una administración severamente burocrática y especialmente monocrática» (p. 973 [731])<sup>4</sup>. Las formas burocráticas de organización caracterizan crecientemente a las corporaciones mercantiles privadas, las Iglesias, los partidos políticos y otras organizaciones en las que la eficiencia racional es importante para lograr los fines propuestos. «Esto se torna cada vez más cierto», arguye Weber, «pues a

<sup>3</sup> La definición formal de «burocracia» de Weber incluye los rasgos siguientes: «Funcionarios individuales [...]; los cuales:

1. Personalmente libres se deben sólo a los deberes *objetivos* de su cargo,
2. en *jerarquía* administrativa rigurosa,
3. con *competencias* rigurosamente fijadas,
4. en virtud de un contrato, o sea (en principio), sobre la base de libre selección según...
5. *calificación profesional que fundamenta su nombramiento* —en el caso más racional: por medio de ciertas pruebas o del diploma que certifica su calificación—,
6. son retribuidos en *dinero* con sueldos fijos, [...]
7. ejercen el cargo como su única o principal *profesión*,
8. tienen ante sí una '*carrera*' o '*perspectiva*' de ascensos y avances por años de ejercicio, o por servicio o por ambas cosas, según juicio de sus superiores,
9. trabajan con completa separación de los medios administrativos y sin apropiación del cargo,
10. y están sometidos a una rigurosa *disciplina* y *vigilancia administrativa*», pp. 220-221 [176].

<sup>4</sup> Al usar la expresión «forma monocrática» o «monocracia», Weber se refiere a una organización burocrática en cuya cúspide se halla un único individuo en lugar de un grupo de individuos (un «órgano colegiado»).

medida que aumenta el tamaño de la asociación y, sobre todo, a medida que su existencia depende del poder —ya sea que éste entrañe una lucha de poder en el mercado, en el foro político o en el campo de batalla—, más complicadas son las tareas» (p. 1399 [Escritos políticos, I, p. 84]).

«El futuro», concluye Weber, «pertenece a la burocratización» (p. 1401 [Escritos políticos, I, p. 85]).

*Proposición 2. Al crecer la burocracia, el poder de los burócratas tiende a aumentar tanto con respecto a las organizaciones no burocráticas como con respecto a los elementos no burocráticos de las burocracias.*

«El poderío alcanzado por una burocracia bien desarrollada», escribe Weber, «es siempre muy grande, y en circunstancias normales considerable. [Los dirigentes políticos] se habrán de encontrar frente al funcionario especializado en la empresa administrativa en la misma posición en que se encuentra el 'dilettante' frente al 'especialista'» (p. 991 [744]). Este poder progresivamente creciente de las burocracias y los burócratas deriva de diversas características interconectadas de la organización burocrática: 1, la eficacia práctica y el carácter crecientemente indispensable de las organizaciones burocráticas<sup>5</sup>; 2, el conocimiento técnico especializado controlado por los burócratas, y 3, los «secretos administrativos» (conocimiento del funcionamiento interno de la burocracia) controlados por los burócratas. Este último elemento es especialmente importante. Quienes se hallan en el exterior están en una posición débil, no solamente por la competencia técnica de los burócratas, sino también a causa del control burocrático de los archivos, la información y los procedimientos.

Dada esta expansión constante del poder burocrático, es más y más problemático, arguye Weber, que un poder independiente cualquiera pueda ser capaz de controlar la burocracia estatal. En su discusión de la burocracia en cuanto tipo ideal, Weber

<sup>5</sup> Escribe Weber: «Los dominados no pueden prescindir del aparato de dominio burocrático ya existente ni sustituirlo por otro, pues [...] si el mecanismo en cuestión suspende su labor o queda detenido por una fuerza poderosa, la consecuencia de ello es un caos para dar fin al cual difícilmente pueden improvisar los dominados un organismo que lo sustituya [...]. La vinculación del destino material de la masa al funcionamiento correcto y continuo de las organizaciones capitalistas privadas, organizadas de una manera cada vez más burocrática, va siendo más fuerte a medida que pasa el tiempo, y la idea de la posibilidad de su eliminación es, por tanto, cada vez más utópica» (p. 988 [741-742]).

subraya que «la dominación burocrática tiene... en su cima inevitablemente un elemento, por lo menos, que no es puramente burocrático. Representa tan sólo una categoría de la dominación por medio de un cuadro administrativo especial» (p. 222 [177]). Esta cima no burocrática posee una cualidad política intrínseca, ya que debe ocuparse de los fines alternativos a los que la burocracia sirve, y no simplemente de los medios necesarios para conseguir tales fines. Con el creciente poder de la burocracia estatal, arguye Weber, existe un peligro creciente de que estas posiciones políticas lleguen a ser monopolizadas por los burócratas mismos, lo que tendría como resultado el desarrollo de un «sistema administrativo completamente carente de supervisión». «¿Cómo puede darse alguna garantía, en presencia del carácter cada día más imprescindible del funcionariado estatal —y del poder creciente del mismo que de ello resulta—, de que existen fuerzas capaces de contener dentro de límites razonables, controlándola, la enorme prepotencia de esa capa [los burócratas]?» (p. 1403 [*Escritos políticos*, I, p. 88]). La cuestión crucial del problema de controlar a la burocracia es la forma de seleccionar a quienes ocupen estas posiciones políticoadministrativas superiores, en particular si van a ser burócratas seleccionados entre bastidores, mediante «padrinazgo oficioso» o bien políticos profesionales seleccionados por medio de una lucha parlamentaria abierta.

*Proposición 3. Si la cúspide administrativa de la burocracia estatal se halla en manos de burócratas, aparecerán fuertes tendencias orientadas hacia: a) la irresponsabilidad y la ineficacia de la dirección política de la burocracia, especialmente en tiempos de crisis; y b) la maximización de la influencia que, entre bastidores, tienen los grandes capitalistas sobre el funcionamiento de la burocracia estatal.*

A) «Hacer política», escribe Weber, «siempre es lucha»: lucha por los fines y el poder necesario para lograrlos. Un liderazgo político responsable y eficaz consiste en saber sopesar fines contradictorios y en competencia, en saber negociar compromisos sacrificando lo menos importante a lo más importante, en saber reclutar aliados y formar coaliciones en las batallas políticas, etc. Estas habilidades son artes que exigen un entrenamiento intensivo. Para que la dirección política de la burocracia estatal sea eficaz es necesario, por consiguiente, que los funcionarios clave reciban un entrenamiento integral en las

mencionadas artes políticas, y más aún, que existan mecanismos que les hagan responsables de la calidad política de su administración.

La idiosincrasia y la estructura toda de la burocracia hacen que el burócrata profesional resulte inadecuado para tales tareas directivas. Aunque los burócratas están altamente capacitados en técnicas de ejecución racional de programas, son, casi inevitablemente, incompetentes en las artes políticas. Esta incompetencia brota de la naturaleza de la responsabilidad burocrática: «[El orgullo de un funcionario] reside en preservar la imparcialidad y en pasar por encima de sus propias preferencias y opiniones, para ejecutar escrupulosa e inteligentemente lo que la prescripción general o la instrucción particular le exigen, aun y precisamente cuando éstas no corresponden a sus propias concepciones políticas personales» (p. 1404 [*Escritos políticos*, I, p. 106]).

Las oportunidades para desarrollar las dotes políticas dentro del escalón burocrático son pequeñas o inexistentes: como resultado, los burócratas de carrera carecen por lo general de capacidad para ejercer un liderazgo político real: «El funcionariado se ha acreditado de modo brillante dondequiera que hubo de demostrar, en relación con tareas burocráticas perfectamente delimitadas de carácter especializado, su sentido de responsabilidad; su objetividad y su competencia en materia de problemas de investigación... Sólo que aquí se trata de realizaciones políticas y no de 'servicio', y los hechos mismos ponen de manifiesto aquello que ningún amante de la verdad podrá negar, a saber: que la burocracia ha fracasado por completo allí donde se le han confiado cuestiones políticas. Y esto no es en absoluto casual. Sería sorprendente, por el contrario, que facultades que interiormente son absolutamente distintas coincidieran dentro de la misma construcción política» (p. 1417 [*Escritos políticos*, I, pp. 105-106]). Por lo tanto, dejar el control de la cúspide de la burocracia en manos de burócratas dará lugar a que la dirección de la burocracia sea ineficaz y políticamente irresponsable, lo que en tiempos de paz y de tranquilidad interior no sería demasiado grave, pero puede tener efectos devastadores en época de crisis.

B) Ineficacia e irresponsabilidad no son los únicos costes de una incontrolada dominación burocrática. Esta, arguye Weber, tiende además a maximizar la influencia encubierta de los grandes intereses capitalistas en la administración del Estado. «Los grandes potentados capitalistas del presente, así como los del pasado, han preferido siempre la monocracia [en lugar de

un control colegiado como el del Parlamento], en la vida política, en la de los partidos y en la de otros grupos de interés para ellos, considerándola como la forma de justicia y administración más «discreta» (en su sentido), personalmente accesible y fácil de ganar para sus intereses» (pp. 283-284 [228]). Si bien la influencia de los grandes intereses capitalistas no es en modo alguno desdeñable, incluso cuando existen Parlamentos fuertes (especialmente, arguye Weber, cuando los partidos están organizados como «maquinarias políticas», como era común en los Estados Unidos), dichos intereses han de soportar restricciones tanto menores cuanto menos controlada esté la burocracia<sup>6</sup>. Esta combinación de un predominio de la influencia capitalista entre bastidores y un liderazgo político irresponsable e ineficaz de la burocracia del Estado es, según Weber, característica de Alemania desde la época de Bismarck. La única salida que tenía la situación, para Weber, era que se reemplazase a los burócratas por políticos profesionales en las altas posiciones administrativas, y para que esto fuera posible era esencial un Parlamento fuerte.

*Proposición 4. «No un Parlamento perorante, sino un Parlamento activo puede constituir un terreno adecuado para que crezcan y asciendan en él, por vía de selección, cualidades no sólo demagógicas, sino cualidades auténticamente políticas de jefe. Y un Parlamento activo es aquel que, colaborando, controla de modo ininterrumpido la administración»* (p. 1416 [Escritos políticos, I, p. 105])..

Si bien Weber piensa que solamente los políticos profesionales pueden aportar un liderazgo eficaz y responsable a la burocracia, no cree que los políticos sean necesariamente más morales o más honestos en modo alguno que los burócratas

<sup>6</sup> De forma característicamente liberal, Weber contrasta la influencia del gran capital en la política estatal con la influencia más difusa de una pluralidad de grupos organizados. Afirma, en efecto, que en la medida en que la cúspide del aparato de Estado esté dominada por la burocracia, los intereses del gran capital se impondrán sobre los intereses de la «sociedad». Resulta posible, sin hacer mucha violencia a la lógica del razonamiento weberiano, reconvertir este análisis en términos del contraste entre los intereses de los capitalistas individuales y los intereses de la clase capitalista en su conjunto. Esto es, el razonamiento de Weber es equivalente a afirmar que la dominación burocrática de la cúspide del aparato de Estado tiende a generar la preponderancia de los intereses de los capitalistas individuales sobre los intereses de la clase capitalista en su conjunto dentro del Estado.

profesionales: «Los motivos del comportamiento personal en el seno de un partido son sin duda tan poco exclusivamente idealistas como puedan serlo en una jerarquía burocrática los intereses habituales en materia de ascenso y prebendas de los concurrentes. Tanto aquí como allí tratase en la mayoría de los casos de intereses personales» (p. 1416 [Escritos políticos, I, página 104]). Lo que es de importancia fundamental, aduce Weber, es que «esos intereses humanos, y a menudo sólo demasiado humanos, actúen con todo de tal modo que la selección de los individuos dotados de cualidades de jefe no resulte por lo menos directamente impedida» (p. 1416 [Escritos políticos, I, página 104]). Los políticos pueden convertirse potencialmente en líderes eficaces no porque posean necesariamente mejores cualidades personales que los burócratas, sino porque operan en un contexto institucional que desarrolla las dotes políticas, selecciona para las posiciones de liderazgo a aquellos que han demostrado poseer tales dotes con mayor éxito, y les responsabiliza de la calidad política de sus acciones. Si falta este contexto, los políticos profesionales se comportarán de modo muy similar al de los burócratas que ocupan puestos de poder en la cumbre de la administración. Weber insiste en que, en la compleja sociedad industrial moderna, la única institución que puede realizar estas tareas de reclutamiento, capacitación y responsabilización políticas es un Parlamento poderoso.

Un Parlamento fuerte y que funciona cumple tres tareas esenciales: primera, ofrece los medios institucionales para controlar eficazmente el poder ilimitado de la burocracia; segunda, produce los líderes políticos de talento necesarios para dirigir responsablemente la actividad burocrática; tercera, suministra los mecanismos adecuados para obligar a esos líderes a rendir cuentas.

A) *Supervisión administrativa.* La eficacia en controlar a la burocracia de un Parlamento que funciona brota del compromiso activo de los comités parlamentarios en la investigación y supervisión de las actividades de los diferentes organismos burocráticos: «[Nada] sustituye al careo sistemático (juramentado) de los expertos ante una comisión parlamentaria con la colaboración de los funcionarios del ramo correspondiente, que es lo único que garantiza el control y la encuesta omnicompreensiva... El derecho de encuesta sólo ha de emplearse como medio auxiliar ocasional y constituye además una vara cuya sola existencia obliga a los jefes administrativos a dar respuesta en una forma que hace superfluo su empleo» (p. 1418 [Escritos

políticos, I, pp. 106-107]). A través de tales comités de investigación el Parlamento participa en el trabajo de la administración examinando informes burocráticos; promulgando medidas legislativas para mejorar el rendimiento burocrático, ajustando los presupuestos de los diferentes departamentos, etc.

B) *Creación de liderazgo*. La investigación parlamentaria y el trabajo de comité es también uno de los medios básicos para desarrollar las cualidades de liderazgo de los políticos: «Únicamente dicha escuela de labor intensa frente a las realidades de la administración, que el político ha de resolver en las comisiones de un poderoso Parlamento activo y en la que ha de acreditarse, convierten a dicha asamblea en un laboratorio de selección de políticos que no sean meros demagogos, sino trabajadores objetivos. Sólo esta clase de cooperación entre los funcionarios profesionales y los políticos de profesión garantiza el control de la administración y, con él, la educación y la formación de conductores y conducidos» (p. 1420 [*Escritos políticos* I, pp. 109-110]). Al mismo tiempo, un Parlamento poderoso produce dirigentes políticos de talento, al menos de otras tres formas. Primera, el hecho escueto del poder atrae a individuos con cualidades de liderazgo; un Parlamento débil hace que una carrera política sea poco tentadora<sup>7</sup>. Segunda, no solamente el poder atrae el talento para dirigir, sino que también el propio proceso de las batallas políticas parlamentarias cultiva ese talento, particularmente la capacidad para reclutar aliados y forjar los compromisos necesarios para establecer un apoyo sólido. Tercera, la «selección natural» de la lucha competitiva por el poder tiende a llevar a los más capacitados a las posiciones superiores. En este proceso, los partidos políticos desempeñan un papel absolutamente clave. Como en todas las asociaciones masivas modernas, los partidos políticos muestran una marcada tendencia a burocratizarse, a que sea el funcionario del partido el que reemplace a los políticos de talento en las posiciones de poder. Solamente cuando lo que

<sup>7</sup> «Frente a un Parlamento impotente [en la Alemania de 1917], cuya consecuencia advierte en el carácter burocrático de los puestos ministeriales, un hombre con tal impulso de poder y las cualidades intrínsecas a él tendría que ser un idiota para aventurarse en esa miserable maraña de resentimientos y en ese terreno resbaladizo de intrigas cortesanas, mientras su talento y energía puedan aplicarse a campos tales como gigantescas empresas industriales, asociaciones comerciales, bancos y firmas de ventas al por mayor [...]. Desprovisto de toda fraseología, nuestro así llamado gobierno monárquico desemboca en un proceso de *selección negativa* que sacrifica a los grandes talentos al servicio de los intereses capitalistas» (p. 1413 [*Escritos políticos*, I, p. 100]).

se juega en la lucha parlamentaria es importante, cuando la victoria puede significar poder real para el partido, es cuando esta tendencia a la osificación burocrática se ve contrarrestada; un partido político no puede permitirse el poner obstáculos a un liderazgo político de talento si pretende tener éxito.

C) *Responsabilidad política*. Finalmente, unas instituciones parlamentarias fuertes contienen mecanismos de responsabilización incorporados a sus propias estructuras. Cuando las posiciones administrativas superiores son ocupadas por burócratas mediante acuerdos entre bastidores, no hay manera de hacerles públicamente responsables de su actividad: «El patrocinio no oficial, entonces, es la peor forma de patrocinio parlamentario: favorece la mediocridad en la medida en que no se puede responsabilizar a nadie. Esta es una consecuencia de nuestro gobierno a cargo de funcionarios conservadores... Bajo este sistema ningún patrocinio está en manos de los políticos y de los partidos, que podrían ser responsables frente al público, sino que funciona a través de canales privados... (pp. 1429-1430 [*Escritos políticos*, I, p. 122]). Cuando las posiciones superiores son ocupadas mediante luchas parlamentarias, abiertas, está asegurada una cierta responsabilización mínima: «El político que llega a ocupar el poder, y ante todo el jefe de partido, se halla expuesto a la crítica de los enemigos y competidores en la prensa, y puede estar seguro de que, en la lucha, los motivos y los medios determinantes de su ascenso se sacarán a relucir sin el menor escrúpulo» (p. 1450 [*Escritos políticos*, I, p. 147]).

Aunque la responsabilización que acompaña a las campañas electorales no impide en modo alguno la demagogia, sí tiende a incrementar la responsabilidad política del demagogo. Prescindiendo de la responsabilización electoral, un Parlamento fuerte tiene el poder (a través de encuestas parlamentarias, votos de confianza negativos, etc.) de pedir cuentas de sus acciones a los ocupantes de las posiciones administrativas superiores. Esta interacción de competencias entre partidos, dirigentes responsables y electos, y comités parlamentarios de investigación, crea una estructura política que, según Weber, garantiza un mínimo de responsabilidad política por parte del liderazgo político.

Las expectativas de Weber respecto a las ventajas de un Parlamento fuerte eran relativamente limitadas. Ciertamente no pensaba que fuera a crear automáticamente una sociedad feliz y próspera, ni a resolver siquiera todos los males políticos de la sociedad industrial. Pero sí pensaba que ninguna de las otras estructuras alternativas sería capaz siquiera de garantizar

el mínimo de eficacia política de un Parlamento que funcionara. Arguye, en particular, que por distintas razones la monarquía (p. 1406), la democracia «pasiva» (pp. 983, 1453) y la democracia «activa de masas» fortalecen inevitablemente el control puramente burocrático de la burocracia. De entre éstas, la más importante para la comparación con Lenin es la democratización activa de masas: el proceso de expandir, de diversas formas, la amplitud de la participación ciudadana en la vida política. Dos de los principios de la democratización activa son: «1, trabas al desarrollo de un 'estamento de funcionarios' cerrado en favor de la accesibilidad general a los cargos, y 2, reducción a lo mínimo de su poder en interés de la mayor amplitud posible de la influencia ejercida por la 'opinión pública'. Por lo tanto, siempre que sea posible [la democracia activa] postula la provisión de las vacantes mediante elección revocable y sin tener en cuenta ninguna aptitud profesional especializada» (p. 985 [739]). El resultado es que mientras la democratización pasiva tiende a promover la burocratización, los principios de la democratización activa tienden a operar contra ella.

Esto podría llevarnos a pensar que una democratización activa cuyo grado de expansión y de participación de las masas fuera máximo sería la mejor salvaguardia frente a la dominación burocrática. No, asegura Weber. Del mismo modo que un gobierno monárquico no puede supervisar la burocracia, tampoco puede hacerlo una democracia *de masas* verdaderamente activa. Por «democracia de masas» entiende Weber Estados democráticos carentes de poderosas y significativas «instituciones representativas libres» (es decir, instituciones representativas en las que los representantes no se encuentran bajo un mandato imperativo, sino que son «libres» de establecer compromisos en la negociación política, en las luchas, etc.). Tales democracias cobran una de estas dos formas: o son «democracias directas» o son «democracias plebiscitarias». Respecto a las primeras, Weber no cree que puedan existir en una sociedad vasta y compleja: serían técnicamente imposibles. En la sociedad moderna lo más cercano a la democracia directa es la forma de representación existente «en las repúblicas de consejos, en donde aparece como un sustituto de la democracia directa, imposible en las asociaciones de masas»<sup>8</sup> (p. 293 [236]).

<sup>8</sup> Siempre que Weber discute los «soviets»; en *Parlamento y gobierno y Economía y sociedad*, los trata como un «tipo ideal» de organización que adapta los principios de la democracia directa a las condiciones de la sociedad moderna. En ningún momento los discute como fenómeno histórico concreto ni presenta dato empírico alguno acerca de su funcionamiento real.

Los soviets (en cuanto tipo ideal) se caracterizan por el mandato imperativo revocable en cualquier momento, períodos de ocupación del puesto cortos y otras características derivadas de los principios de la democracia directa<sup>9</sup>. Weber considera que las posibilidades de control de la burocracia de tales instituciones representativas mandatadas son muy limitadas. Las asambleas mandatadas sólo funcionarían razonablemente bien, aduce Weber, en tanto en cuanto no se produjeran antagonismos significativos entre (y dentro de) las bases electorales de los representantes. Tan pronto como se produzca un conflicto serio la asamblea de mandatarios caerá en la impotencia más absoluta, dado que a éstos se les prohibirá negociar compromisos. Se verán forzados a consultar a sus bases para alterar su posición en cada aspecto de importancia, imposibilitando así una negociación política eficaz. El resultado será la parálisis completa de la asamblea, y de aquí su incapacidad para supervisar eficientemente a la burocracia. Sin embargo, tan pronto como se relaja el principio de mandato imperativo, el representante deja de ser simplemente un agente delegado de los electores para empezar a ejercer autoridad real sobre ellos. El resultado es que la forma «soviética» de democracia directa se transforma en el embrión de un sistema «parlamentario».

La democracia plebiscitaria (es decir, el gobierno formal a través de votaciones masivas sobre las decisiones políticas y la elección de los dirigentes) no es tampoco práctica: «La votación popular tiene límites internos, tanto como medio de elección cuanto como de legislación, que resultan de su peculiaridad técnica. En efecto, sólo se responde con 'sí' o 'no'. En los Estados de masas no se le ha atribuido en parte alguna la función más importante del Parlamento: la fijación del presupuesto. Pero en un gran Estado de masas también obstruiría considerablemente la elaboración de aquellas leyes que se fundan

<sup>9</sup> Las características básicas de la democracia directa, en la descripción de Weber, son:

- a) plazos cortos para el ejercicio de cargos, en lo posible sólo para el tiempo transcurrido entre dos asambleas;
- b) revocación posible en todo instante (*recall*);
- c) principio de turno o sorteo, de modo que todos puedan ocupar el cargo alguna vez — o sea, evitación de la situación de poder que otorga a los profesionales su saber técnico y su secreto;
- d) riguroso mandato imperativo en el desempeño del cargo (competencia concreta y no general) fijado por la asamblea;
- e) deber riguroso de rendición de cuentas ante la asamblea;
- f) deber de llevar ante la asamblea (o ante un comité) toda cuestión especial y no prevista;
- g) numerosos cargos adjuntos y con comisiones especiales;
- h) carácter de 'profesión accesoria' del cargo" (p. 289 [232]).

en una compensación de intereses antagónicos, porque los motivos más dispares podrían provocar un 'no' si no existen los medios para compensar los intereses opuestos en el terreno de la negociación. Y es que el referéndum no conoce el *compromiso*, en el que en todo Estado de masas, con fuertes oposiciones regionales, sociales, confesionales y de otro tipo de la estructura interna, descansa inevitablemente la mayoría de todas las leyes» (p. 1455 [*Escritos políticos*, I, p. 154]). Dado que en realidad el verdadero gobierno no puede conducirse mediante referendos y plebiscitos constantes, tales sistemas muestran una fuerte tendencia a degenerar en formas «cesaristas» de selección de liderazgo: «La democratización activa de las masas reside en que el jefe político ya no es proclamado candidato en virtud del reconocimiento de sus méritos en el círculo de una capa *honoratioses*, para convertirse luego en jefe por el hecho de sobresalir en el Parlamento, sino que consigue la confianza y la fe de las mismas masas, y su poder como consecuencia, con medios de la demagogia de masas. Por su carácter, esto representa un cambio cesarístico en la selección de los jefes» (p. 1451 [*Escritos políticos*, I, pp. 149-150]).

La característica fundamental de tal liderazgo cesarista (es decir, seleccionado directamente por una muestra de la confianza de las *masas*) es que ha de rendir cuentas ante un Parlamento poderoso y eficaz. A causa del enorme poder y prestigio de su posición, un líder tal tiene usualmente a su disposición todos los medios necesarios para garantizarse el respaldo de las masas. Pero, al final, se diferencia poco de un monarca hereditario en su capacidad para controlar el aparato burocrático, y, como sucede en el caso del gobierno monárquico, el liderazgo cesarista tiende a producir una dominación burocrática incontrolada.

La única salida de este callejón sin salida, mantiene Weber, es la democracia parlamentaria activa. Si bien es inevitable una cierta tendencia al cesarismo en todo Estado de masas moderno, las instituciones parlamentarias tienen capacidad para controlarla y para, al hacerlo así, controlar también a la burocracia. Ni el dictado de un solo hombre, sea de la variedad cesarista o monárquica; ni el dictado de las masas, sea de la variedad soviética o plebiscitaria, pueden satisfacer tal necesidad.

## EL RAZONAMIENTO DE LENIN

La pregunta básica que subyace al análisis de Lenin en *El Estado y la revolución* es muy diferente a la de Weber: ¿Cómo se puede lograr que el Estado sirva los intereses de la clase obrera? O, de otra manera, ¿cuál es la relación entre el aparato de Estado y los objetivos de una revolución socialista? Las implicaciones de estas preguntas eran particularmente punzantes durante el verano de 1917, fecha de la que data el ensayo citado. Ya había tenido lugar la Revolución de Febrero, estableciendo un gobierno «constitucional» burgués; la revolución de Octubre fermentaba. Tal coyuntura trajo a colación bruscamente un problema teórico central que, durante un siglo, había tenido gran importancia, tanto para los escritos como para la lucha política de la izquierda: ¿ha de considerarse al Estado como un aparato esencialmente neutral al que un partido político socialista de la clase obrera sólo tiene que «capturar» para que sirva a los intereses de ésta, o bien el aparato de Estado en la sociedad capitalista es un aparato característicamente capitalista que posiblemente no pueda ser «usado» por la clase obrera y, como resultado, deba ser destruido y reemplazado por una forma de Estado radicalmente diferente?<sup>10</sup> Lenin hace suya decididamente la última posición, aduciendo que la «dictadura del proletariado» es incompatible con el aparato de Estado burgués y, por lo tanto, que el Estado capitalista debe ser aplastado y reemplazado por la nueva institución revolucionaria: el sóviet.

Aunque gran parte del ensayo es una diatriba contra la perspectiva reformista, el análisis de Lenin contiene una muy coherente teoría del Estado, la burocracia y las implicaciones del socialismo para la estructura del Estado.

<sup>10</sup> Estas dos concepciones del Estado se designan frecuentemente teorías del «Estado en la sociedad capitalista», frente a teorías del «Estado capitalista». Los escritos de C. Wright Mills, G. William Domhoff y, en mucha menor medida, Ralph Miliband, caen principalmente en la primera vertiente, mientras que los de Lenin y los marxistas «estructuralistas» franceses (Althusser, Poulantzas y otros) caen dentro de la segunda. La diferencia fundamental entre ambas se centra en si el Estado se analiza primariamente en términos de quién lo controla (capitalistas, élites, burocratas, etc.) o en términos de qué tipo de Estado es (Estado feudal, Estado burgués, Estado socialista, etc.). Naturalmente, no existe razón necesaria que impida combinar ambas perspectivas.

*Proposición 1. «El Estado es producto y manifestación del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase. El Estado surge en el sitio, en el momento y en el grado en que las contradicciones de clase no pueden, objetivamente, conciliarse. Y viceversa: La existencia del Estado demuestra que las contradicciones de clase son irreconciliables... El Estado es un órgano de dominación de clase, un órgano de opresión de una clase por otra... El Estado es una organización especial de la fuerza, una organización de la violencia para reprimir a una clase cualquiera»* (pp. 267, 268 y 280 [300, 301 y 314])<sup>11</sup>.

Lenin adopta, con muy pequeñas modificaciones, la concepción marxiana clásica del Estado. Este se define no solamente en términos de los *medios* a su disposición (el control de la violencia), sino también en términos de los *fines* a los que sirve (dominación de clase y supresión de la lucha de clases). Esta función, arguye Lenin, es característica de todo Estado, incluyendo el socialista: varían las clases oprimidas y opresoras. En un Estado capitalista la burguesía domina y el proletariado es reprimido; en un Estado socialista el proletariado domina y la clase capitalista es reprimida. Todo Estado implica represión.

*Proposición 2. «La república democrática es la mejor envoltura política de que puede revestirse el capitalismo y, por tanto, el capital, al dominar... esta envoltura, que es la mejor de todas, cimienta su poder de un modo tan seguro, tan firme, que no lo conmueve ningún cambio de personas, ni de instituciones, ni de partidos dentro de la república democrática burguesa»* (p. 273 [306]).

Esta es la parte fundamental de la argumentación de Lenin. No arguye meramente que los capitalistas han dado en controlar las instituciones políticas de la sociedad capitalista, sino también que dichas instituciones están estructuradas de una forma que garantiza ese control. En particular, Lenin ve en el Parlamento el instrumento perfecto para asegurar la dominación capitalista, por dos razones: primera, que el Parlamento es una institución que mistifica a las masas y legitima el orden

<sup>11</sup> Todas las referencias de páginas remiten a las *Selected works* en un volumen, Londres, 1969, a menos que se indique otra cosa. [Se añaden entre corchetes las referencias a la edición castellana: *Obras escogidas*, tres volúmenes, Madrid, Akal, 1975; si no se menciona el tomo debe entenderse que las citas corresponden al segundo volumen.]

social; segunda, que la estructura de la sociedad capitalista asegura que la burguesía controlará necesariamente el Parlamento.

A. *Mistificación y legitimación.* De acuerdo con Lenin, el modo fundamental que tiene el Parlamento de mistificar la vida política es aparecer como el órgano de poder básico de la sociedad, dando la impresión de que los representantes elegidos por el pueblo controlan el Estado, cuando en realidad todas las decisiones importantes se toman entre bastidores: «Fijaos en cualquier país parlamentario, de Norteamérica a Suiza, de Francia a Inglaterra, Noruega, etc.: la verdadera labor estatal se hace entre bastidores y la ejecutan los ministerios, las oficinas, los estados mayores. En los Parlamentos no se hace más que charlar, con la finalidad especial de embaucar al 'vulgo'» (p. 296 [332]). Lenin aducía que en la sociedad capitalista los Parlamentos habían de ser, por fuerza, simples «lugares de charlatanería», ya que el aparato ejecutivo (la burocracia) controla importantes funciones estatales, convirtiéndose, por tanto, en fuentes de mistificación política.

B. *Control burgués del Parlamento.* Incluso si los Parlamentos poseyeran algún poder residual serían instrumentos de la dominación capitalista de clase a causa del control directo que sobre ellos ejerce la burguesía: «[La democracia parlamentaria burguesa] se halla siempre comprimida dentro del estrecho marco de la explotación capitalista y, por esta razón, es siempre, en esencia, una democracia para la minoría, sólo para las clases poseedoras, sólo para los ricos... En virtud de las condiciones de la explotación capitalista, los esclavos asalariados modernos viven tan agobiados por la penuria y la miseria que 'no están para democracias', 'no están para la política', y en el curso corriente y pacífico de los acontecimientos, la mayoría de la población queda al margen de toda participación en la vida político-social... Si observamos más de cerca el mecanismo de la democracia capitalista, veremos siempre y en todas partes restricciones y restricciones de la democracia: en los detalles 'pequeños', supuestamente pequeños, del derecho al sufragio (censo de asentamiento, exclusión de la mujer, etc.); en la técnica de las instituciones representativas, en los obstáculos efectivos que se oponen al derecho de reunión (los edificios públicos no son para los 'miserables'), en la organización puramente capitalista de la prensa diaria, etc. Estas restricciones, excepciones, exclusiones y trabas impuestas a los pobres parecen insignificantes... pero, en conjunto, estas restricciones ex-

cluyen, eliminan a los pobres de la política, de la participación activa en la democracia» (p. 326 [365-366]).

El resultado final es, de acuerdo con Lenin, que las masas sólo pueden «decidir una vez cada cierto número de años qué miembros de la clase dominante han de oprimir y aplastar al pueblo en el Parlamento: he aquí la verdadera esencia del parlamentarismo burgués» (p. 295 [332]).

*Proposición 3. La burocracia es la estructura básica a través de la cual domina la clase capitalista. Lo que es más, la organización burocrática no es apta sino para la dominación capitalista.*

Lenin fundamenta esta proposición en tres argumentos: la burocracia resulta funcional para el capitalismo; los burócratas, grandes y pequeños, dependen de la burguesía; la organización burocrática imposibilita el control popular de la administración.

A. *La burocracia resulta funcional para el capitalismo.* «A través de todas las revoluciones burguesas vividas en gran número por Europa desde los tiempos de la caída del feudalismo», escribe Lenin, «este aparato burocrático y militar va desarrollándose, perfeccionándose y afianzándose» (p. 284 [319]). Según se intensificaba la lucha de clases con el desarrollo del capitalismo, se hizo necesaria la progresiva expansión y centralización del aparato burocrático: «La república parlamentaria, en su lucha contra la revolución proletaria, vióse obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los medios y la centralización del poder del gobierno. Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina en vez de destrozarla. Los partidos que luchaban alternativamente por la dominación consideraban la toma de posición de este inmenso edificio del Estado como el botín principal del vencedor» (p. 282 [317]; citando a Marx, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*).

Finalmente, aduce Lenin, las etapas más posteriores del desarrollo capitalista han producido un nivel de burocratización incluso mayor: «y, en particular, el imperialismo, la época del capital bancario, la época de los gigantescos monopolios capitalistas, la época de la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, revela un extraordinario fortalecimiento de la 'máquina estatal', un desarrollo inaudito de su aparato burocrático y militar, en relación con el aumento de la represión contra el proletariado, así en los países monárquicos como en los países republicanos más libres» (p. 286 [321]).

Lenin contempla, por consiguiente, la burocratización como una respuesta funcional del Estado capitalista a las presiones de la lucha de clases que acompañan al desarrollo del capitalismo<sup>12</sup>.

B. *Los burócratas dependen de la burguesía.* La evidencia de esta afirmación es máxima en el caso de las posiciones burocráticas superiores, habida cuenta de que dichas posiciones acostumbran a ser distribuidas como botín político entre los partidos burgueses y pequeñoburgueses. La «naturaleza restringida» de la democracia burguesa garantiza que un partido obrero revolucionario jamás podrá participar del botín y, por consiguiente, nunca controlará a los altos funcionarios. Más todavía, arguye Lenin, esta dependencia de la burguesía no involucra simplemente a los escalones superiores de la burocracia, sino al aparato en su conjunto: «En las obras de Marx y Engels se habla reiteradas veces de los miles de hilos que vinculan a estas instituciones [la burocracia y el ejército permanente] precisamente con la burguesía. La experiencia de todo obrero revela estos vínculos de un modo extraordinariamente palmario e impresionante... En particular, precisamente la pequeña burguesía es atraída al lado de la gran burguesía y sometida a ella en medida considerable por medio de este aparato, que proporciona a las capas altas de los campesinos, de los pequeños artesanos, de los comerciantes, etc., puestos relativamente cómodos, tranquilos y honorables, los cuales colocan a sus poseedores por encima del pueblo» (p. 283 [318-319])<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> El capitalismo no sólo tiende a burocratizar las instituciones del Estado burgués, sino que también tiende a burocratizar las organizaciones obreras: «No podemos prescindir de funcionarios bajo el capitalismo, bajo la dominación de la burguesía. El proletariado está oprimido, las masas trabajadoras están esclavizadas por el capitalismo. Bajo el capitalismo, la democracia se ve coartada, cohibida, mutilada, deformada por todo el ambiente de la esclavitud asalariada, de penuria y miseria de las masas. Por esto, y solamente por esto, los funcionarios de nuestras organizaciones políticas y sindicales se corrompen (o, para hablar con más exactitud, muestran la tendencia a corromperse) bajo el ambiente del capitalismo y muestran la tendencia a convertirse en burócratas, es decir, en personas privilegiadas, divorciadas de las masas, situadas por encima de las masas. En esto reside la esencia del burocratismo, y mientras los capitalistas no sean expropiados, mientras no se derribe a la burguesía, será inevitable una cierta 'burocratización' incluso de los funcionarios proletarios» (p. 347 [388-389]). Esta burocratización de las organizaciones obreras tiende, según el análisis de Lenin, a socavar la fuerza política de la organización y la confianza del pueblo en su liderazgo; tales tendencias hacia la burocratización son también, por tanto, funcionales para los intereses capitalistas.

<sup>13</sup> En términos de la discusión del capítulo 1, Lenin sostiene de hecho

C. *Separación entre la burocracia y el pueblo.* Para que la clase obrera se convierta en «clase dominante» es esencial que existan instituciones a través de las cuales los trabajadores puedan «dominar». La organización burocrática, insiste Lenin, hace imposible tal participación de las masas. Esta es una parte crucial de la argumentación de Lenin, ya que asegura que la pura existencia de la burocracia tenderá a promover los intereses capitalistas (o, como mínimo, a impedir la realización de los intereses de la clase obrera). Las características claves de la organización burocrática que la apartan de las masas son:

1. Designación en vez de elección de los funcionarios, y particularmente, imposibilidad de su revocación.

2. Salarios elevados y privilegios especiales de los funcionarios, que encadenan concretamente sus intereses a los de la burguesía, crean un aura de «grandeza oficial» en torno a ellos y les colocan «por encima del pueblo», y

3. Carácter restringido de la democracia burguesa, que separa la legislación de la actividad administrativa e impide la participación activa del pueblo en cualquiera de las dos. Mientras que, en general, las condiciones de vida obstaculizan fuertemente la participación activa en la política democrática, la separación de la actividad legislativa y la administrativa impide absolutamente toda participación de las masas en la administración.

Si el análisis que Lenin hace de la relación de la burocracia y el Parlamento con el capitalismo es sustancialmente correcto, está claro entonces que estas estructuras estatales ofrecen escasas o nulas posibilidades de poder ser «capturadas» y usadas en interés de la clase obrera. Incluso en el caso de que una mayoría obrera revolucionaria pudiera apoderarse del Parlamento, e incluso si éste ostentara todavía algún poder real, admite Lenin, «es evidente que el antiguo aparato ejecutivo, la burocracia vinculada con la burguesía, sería sencillamente inservible para llevar a la práctica las órdenes del Estado proletario» (p. 304 [341-342]). Por consiguiente, si la clase obrera desea tomar el poder en tanto que nueva clase dominante y organizar la sociedad de acuerdo con sus intereses, no tiene otra elección que destruir las viejas estructuras y crear otras nuevas.

que los burócratas estatales están directamente ligados a la burguesía (altos funcionarios), o bien ocupan situaciones de clase contradictorias que ligan sus intereses al menos parcialmente a la burguesía. Los empleados no burocráticos del Estado —los trabajadores de transportes, carteros, conserjes, etc.— no estarían ligados a la burguesía de esta forma.

*Proposición 4. El socialismo exige la destrucción completa de las instituciones estatales burguesas y su reemplazo por una nueva forma de democracia completa o democracia proletaria (o, lo que es lo mismo, la dictadura del proletariado).*

¿Cuáles serán los principios básicos de estas nuevas instituciones y en qué se diferenciarán de las viejas estructuras? Para empezar, veamos el Parlamento: «La salida del parlamentarismo no está, naturalmente, en abolir las instituciones representativas y la elegibilidad, sino en transformar las instituciones representativas de lugares de charlatanería en corporaciones 'de trabajo'. 'La Comuna no había de ser una corporación parlamentaria, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo'» [citando a Marx] (p. 296 [332]). El modelo de esta asamblea representativa proletaria era la efímera Comuna de París de 1871: «La Comuna sustituye el parlamentarismo venal y podrido de la sociedad burguesa por instituciones en las que la libertad de opinión y de discusión no degenera en engaño, pues aquí los parlamentarios tienen que trabajar ellos mismos, tienen que ejecutar ellos mismos sus leyes, tienen que comprobar ellos mismos los resultados, tienen que responder directamente ante sus electores. Las instituciones representativas continúan, pero desaparece el parlamentarismo como sistema especial, como división del trabajo legislativo y ejecutivo, como situación privilegiada para los diputados. Sin instituciones representativas no puede concebirse la democracia, ni aun la democracia proletaria: sin parlamentarismo, sí puede y debe concebirse...» (p. 297 [333]).

«La democracia, llevada a la práctica del modo más completo y consecuente que puede concebirse», escribe Lenin, «se convierte de democracia burguesa en democracia proletaria» (p. 293 [329]). Pero como toda democracia, la democracia proletaria constituye todavía un «Estado»; es decir, una organización de la violencia para reprimir a una clase cualquiera. Así, la democracia proletaria es al mismo tiempo la dictadura del proletariado: «A la par con la enorme ampliación de la democracia, que se convierte por vez primera en democracia para los pobres, en democracia para el pueblo, y no en democracia para los ricos, la dictadura del proletariado implica una serie de restricciones impuestas a la libertad de los opresores, de los explotadores, de los capitalistas» (p. 327 [366]).

La administración, mientras tanto, dejaría de estar organizada burocráticamente, e iría democratizándose en forma gradual, hasta que, eventualmente, «todo el pueblo, sin excepción,

esté en posición de desempeñar funciones estatales». Esto, naturalmente, no sucederá de la noche a la mañana: «No cabe hablar de la abolición de la burocracia de golpe, en todas partes y hasta sus últimas raíces. Esto es una utopía. Pero destruir de golpe la vieja máquina burocrática y comenzar acto seguido a construir otra nueva, que permita ir reduciendo gradualmente a la nada toda burocracia, no es una utopía» (p. 297 [334]). Esta nueva forma de administración se distinguiría de la burocracia tradicional en cierto número de aspectos fundamentales, si bien en otros sería muy semejante a lo que Weber llamaría organización «burocrática». Comenzando con las diferencias obvias: «Los obreros, después de conquistar el poder político, destruido el viejo aparato burocrático, lo demolerán hasta los cimientos, no dejarán de él piedra sobre piedra, lo sustituirán por otro nuevo, formado por los mismos obreros y empleados; contra cuya transformación en burócratas se tomarán sin dilación las medidas analizadas con todo detalle por Marx y Engels: 1, no sólo elegibilidad, sino amovilidad en cualquier momento; 2, sueldo no superior al salario de un obrero; 3, inmediata implantación de un sistema en el que todos desempeñen funciones de control y de inspección y todos sean 'burócratas' durante algún tiempo, para que, de este modo, nadie pueda convertirse en 'burócrata'» (p. 343 [383-384]).

La última de estas tres características de la administración socialista —participación de las masas en el control y la inspección— es claramente la más problemática. Lenin sabía que, inicialmente, tal participación habría de ser necesariamente limitada, pero estaba convencido de que «el capitalismo ha simplificado hasta el extremo la contabilidad y el control... reduciéndolos a operaciones extraordinariamente simples de inspección y anotación, accesibles a cualquiera que sepa leer y escribir, conozca las cuatro reglas aritméticas y sepa extender los recibos correspondientes» (p. 337 [377]). Las condiciones sociales necesarias para la participación de las masas en la administración habían sido creadas por el capitalismo, y el socialismo las desarrollaría al máximo: «Y, a su vez, el desarrollo del capitalismo crea las premisas para que 'todos' realmente puedan intervenir en la gobernación del Estado. Entre estas premisas se cuenta la completa liquidación del analfabetismo, conseguido ya por algunos de los países capitalistas más adelantados, la 'instrucción y la educación de la disciplina' de millones de obreros... La posibilidad de esta destrucción [de la burocracia] por el hecho de que el socialismo reducirá la jornada de trabajo, elevará a las masas a una nueva vida, colocará a la mayoría de

la población en condiciones que permitirán a todos, sin excepción, ejercer las 'funciones del Estado', y esto conducirá a la extinción completa de todo Estado en general» (pp. 336, 349 [376, 390]).

En esta discusión de las posibilidades de democratizar el control administrativo subyace la neta diferencia que Lenin establece entre las funciones de los *burócratas* y las de los *expertos técnicos*: «No hay que confundir la cuestión del control y de la contabilidad con la cuestión del personal con instrucción científica de ingenieros, agrónomos, etc.: estos señores trabajan hoy subordinados a los capitalistas y trabajarán todavía mejor mañana, subordinados a los obreros armados» (p. 337 [376]). La dimensión burocrática de la administración burguesa se centra, pues, en la forma de organizar el «control y la contabilidad» antes que en la organización total de la administración. De hecho, Lenin contempla los aspectos técnicos, no burocráticos de la administración burguesa, de un modo extremadamente favorable: «Hoy, el correo es una empresa organizada al estilo de un monopolio capitalista de Estado. El imperialismo va transformando poco a poco todos los *trusts* en organizaciones de este tipo. En ellos vemos esa misma burocracia burguesa entronizada sobre los 'simples' trabajadores, agobiados por el trabajo y hambrientos. Pero el mecanismo de la administración social está ya preparado aquí. No hay más que derrocar a los capitalistas y tendremos ante nosotros un mecanismo de alta perfección técnica, libre del 'parásito' y perfectamente susceptible de ser puesto en marcha por los mismos obreros unidos, contratando a técnicos, inspectores y contables y retribuyendo el trabajo de todos éstos, como el de todos los funcionarios 'del Estado' en general, con el salario de un obrero» (pp. 298-299 [335]).

Este «mecanismo de alta perfección técnica» es el «personal con instrucción científica», responsable del trabajo técnico de la administración, y muy diferente de las estructuras «parásitas» de control y contabilidad. Mientras que estas últimas deben ser aplastadas por la clase obrera, el primero puede ser «capturado» y usado por los trabajadores. La «democracia completa», en la que Lenin hace tanto énfasis, se limita a una democratización del control, no de la pericia técnica como tal. El resultado sería que: «Reduciremos a los funcionarios públicos al papel de simples ejecutores de nuestras directivas, al papel de 'inspectores y contables' responsables, a movibles y modestamente retribuidos (en unión, naturalmente, de los técnicos de todos los géneros, tipos y grados)» (p. 298 [335]). Queda bien

claro, por otra parte, que la democratización no significa negar toda subordinación y toda autoridad presentes en la organización. Para empezar, como Lenin afirma en numerosas ocasiones: «No somos utopistas. No soñamos en cómo prescindirse de golpe de todo gobierno, de toda subordinación... Nosotros queremos la revolución socialista con hombres como los de hoy, con hombres que no puedan arreglárselas sin subordinación, sin control, sin 'inspectores y contables'. Pero a quien hay que someterse es a la vanguardia armada de todos los explotados y trabajadores: al proletariado... organicemos la gran producción nosotros mismos, los obreros, partiendo de lo que ha sido creado ya por el capitalismo, basándonos en nuestra propia experiencia de trabajo, estableciendo una disciplina rigurosísima, férrea, mantenida por el poder estatal de los obreros armados» (p. 298 [334-335]).

Además de los problemas de autoridad heredados del viejo orden, arguye Lenin, habrá siempre un cierto grado de subordinación y autoridad técnicamente determinado: «En todas las empresas de esta índole [producción industrial a gran escala], la técnica impone incondicionalmente una disciplina rigurosísima y la mayor puntualidad en la ejecución del trabajo asignado a cada uno, a riesgo de paralizar toda la empresa o de deteriorar el mecanismo o los productos» (p. 342 [383]). Finalmente, ese Estado proletario estaría fuertemente centralizado, si bien se trataría de un tipo de centralismo muy diferente al de las sociedades capitalistas, que contrapondría «el centralismo consciente, democrático, proletario, al centralismo burgués, militar, burocrático» (p. 301 [338]).

En *El Estado y la revolución*, Lenin es reacio a dar algo más que una imagen muy general de lo que serían las estructuras de la sociedad socialista. Piensa que intentar elaborar *a priori* planos muy minuciosos de la sociedad «correcta» es una forma de utopía. Aduce que las formas concretas del Estado socialista surgirán en un proceso dialéctico a partir del intento de construir el socialismo: «El desarrollo de la democracia hasta sus últimas consecuencias, la indagación de las formas de este desarrollo, su comprobación en la práctica, etc.: todo esto constituye una de las tareas de la lucha por la revolución social. Por separado, ninguna democracia da como resultante el socialismo, pero, en la práctica, la democracia no se toma nunca 'por separado', sino que se 'toma en bloque', influyendo también sobre la economía, acelerando su transformación y cayendo ella misma bajo la influencia del desarrollo económico, etc. Tal es la dialéctica de la historia viva» (p. 320 [358]).

## COMPARACIONES

Hay una combinación muy curiosa de estrechas convergencias y divergencias polares entre los análisis que Lenin y Weber hacen de la política y la burocracia. Los puntos de partida básicos de sus discusiones respectivas son harto diferentes: Weber se ocupa en general del problema de la *racionalidad formal* de las estructuras políticas, y en particular de los factores que contribuyen a la eficacia y a la responsabilidad políticas; Lenin, por el contrario, se ocupa mucho más de las cuestiones de *racionalidad sustantiva*, de la relación de las estructuras del Estado con los *finés* de clase que sirven. Ambas construcciones, sin embargo, giran alrededor de una crítica muy similar de la dominación burocrática y de las instituciones parlamentarias, que no son otra cosa que asambleas para «hacer discursos» (Weber) o «lugares de charlatanería» (Lenin). Aunque Lenin, en *El Estado y la revolución*, no se ocupe nunca específicamente del problema de la eficacia y responsabilidad de los dirigentes, tan importante para Weber, está de acuerdo con éste en que cuando las instituciones representativas son impotentes el peso real del poder se desplaza hacia la burocracia. Ambos estaban de acuerdo en que esto tiende a facilitar la dominación política de los intereses puramente capitalistas. Existe incluso un aspecto de la solución al problema que ambos comparten: la necesidad de crear instituciones representativas que sean organismos *que funcionen*, activos. Pero difieren sustancialmente en el carácter de sus conclusiones globales: Lenin exige el reemplazo de la burocracia y la representación parlamentaria por instituciones políticas «soviéticas»; Weber arguye que los soviets no funcionarían y aboga por el desarrollo de Parlamentos potentes, elitistas y que funcionen. La comparación que en seguida se hará intenta esclarecer las diferencias más importantes en los presupuestos subyacentes que dan origen a estas diferentes conclusiones.

Antes de examinar dichos presupuestos será de utilidad juxtaponer los argumentos generales de Weber y Lenin. (A fin de ir estableciendo un paralelismo paso a paso, se han modificado en cierta medida el orden y la forma de las proposiciones con respecto a su presentación en los dos apartados previos.)

## Weber

1. Cuando el Parlamento es simplemente una asamblea que produce discursos, el resultado es una dominación burocrática incontrolada, que sirve a los intereses de los capitalistas y produce un liderazgo político ineficaz e irresponsable.
2. Las burocracias son, sin embargo, necesarias e inevitables, dadas las condiciones de la tecnología y la producción modernas, así como la escala masiva del Estado moderno.
3. Dado que la burocracia no puede ser eliminada, el problema reside en crear garantías que impidan que los burócratas se salgan de su sitio y controlen la dirección política de la burocracia.
4. Es necesario por tanto poner a punto instituciones que sean capaces de crear políticamente un liderazgo político responsable y competente que dirija dicha supervisión.
5. Esto sólo puede hacerse mediante un Parlamento fuerte y que funcione, con capacidad para controlar la burocracia.

Los presupuestos que subyacen en estas dos líneas de razonamiento se discutirán bajo cuatro encabezamientos generales: 1, determinantes de la estructura organizativa; 2, naturaleza del Estado y la política; 3, estructura organizativa y responsabilidad, y 4, contradicciones y límites de lo posible.

## Lenin

1. Si el Parlamento no es más que un lugar de charlatanería, los centros reales del poder estatal se localizan en la burocracia controlada por la clase capitalista y al servicio de sus intereses.
2. La burocracia no es un imperativo tecnológico exigido por la moderna tecnología y administración de masas, sino un imperativo específicamente *político* de la estabilidad del capitalismo y la dominación de la burguesía.
3. En una sociedad capitalista es inevitable que las instituciones representativas sean meros centros de charlatanería diseñados para burlar al pueblo; nada puede impedir en las sociedades capitalistas avanzadas que el centro real de poder sea la burocracia.
4. Si queremos establecer el socialismo, hemos de crear instituciones que hagan posible que la clase obrera se organice como clase dominante y que hagan de las masas participantes dotados de conciencia de clase y agudeza política en la administración estatal.
5. Esto sólo puede lograrse mediante la destrucción del Parlamento y la burocracia y su reemplazo por una dictadura del proletariado organizada en asambleas obreras y una administración soviética.

## Determinantes de la estructura organizativa

Una de las mayores dificultades que surge al comparar los conceptos de Weber y Lenin en relación a los determinantes de la estructura organizativa es que usan términos tales como «burocracia», «técnico» y «funcionario» de formas harto diferentes. En parte, estos usos diferentes reflejan diferencias puramente semánticas, pero son también manifestación de diferencias teóricas.

Lenin, en su análisis de la burocracia y el Estado, distingue tres funciones organizativas básicas —elaboración de políticas, control y contabilidad, y «administración»—, mientras que para Weber sólo existen dos, elaboración de políticas y administración<sup>14</sup>. Dejaremos para el próximo apartado (sobre la naturaleza del Estado) la discusión de la primera de las tres funciones citadas, y nos centraremos aquí en las implicaciones de la distinción de Lenin entre funciones técnico-administrativas y funciones de contabilidad y control.

A lo largo de todo su análisis de la burocracia, Lenin subraya la distinción entre «burócratas» y «técnicos». El papel de los primeros corresponde a las funciones de control y contabilidad necesarias en toda organización, mientras que los segundos se encargan de las funciones técnico-administrativas. Weber no ignora el problema del control y la contabilidad en su discusión de la burocracia, pero no los considera como función característica del mismo modo que lo hace Lenin. Más aún, Weber nunca hace hincapié en la distinción entre el papel técnico y el burocrático en las organizaciones burocráticas. El control y la contabilidad son absorbidos parcialmente por la función administrativa de puesta en práctica de los programas políticos, y parcialmente en la misma actividad de elaboración de políticas.

El problema de las funciones de control y contabilidad en las organizaciones burocráticas incide directamente en la cuestión de los determinantes de la estructura organizativa. Lenin y Weber coinciden en que las características estructurales ligadas más estrechamente a la función técnico-administrativa están de-

<sup>14</sup> Utilizo la palabra «administración» en un sentido que no corresponde enteramente al uso de Weber ni al de Lenin, aunque se halla más próximo al de este último. Lenin utiliza la expresión administración para describir el aspecto de la burocracia pública que permanecería cuando los burócratas fueran reemplazados por funcionarios elegidos por el pueblo. Yo uso el término como expresión general para describir la función de ejecutar decisiones políticas o llevar a cabo órdenes formuladas por la dirección política.

terminadas sustancialmente por las condiciones tecnológicas y materiales de la sociedad moderna. Pero, a diferencia de Weber, Lenin no piensa que las funciones de control y contabilidad estén determinadas de esta misma forma. Si bien los aspectos técnicos de la producción pueden haber aumentado progresivamente de complejidad con el desarrollo capitalista, Lenin arguye que las funciones estrictamente de control y contabilidad «pueden reducirse a operaciones tan sencillas de registro, contabilidad y control que son totalmente asequibles a todos los que saben leer y escribir» (p. 294 [330]). En la sociedad capitalista, estas funciones intrínsecamente simples de control y contabilidad están en manos de los burócratas, es decir, «personas privilegiadas, divorciadas de las masas, situadas por encima de las masas» (p. 347 [389]), no a causa de que *técnicamente* esto sea necesario o resulte eficaz, sino a causa de que es *políticamente* necesario para que el aparato burocrático controle eficazmente al proletariado. Esta separación entre funcionarios y pueblo se ve todavía más mistificada por la «grandeza oficial» de las posiciones burocráticas, que ha conducido a que la mayor parte de los obreros *crean* que son incapaces de tomar parte en la administración. Como colofón, la ausencia de hecho de toda participación del pueblo en la política ha significado que estas artes, si bien fundamentalmente simples, no hayan sido cultivadas por la mayoría de los trabajadores. El resultado es una aguda mistificación de todo el aparato de Estado. Weber, innecesario es decirlo, se muestra en franco desacuerdo con Lenin. Piensa que las tareas administrativas de la burocracia —incluyendo las actividades de control y contabilidad— son extremadamente complejas, y que las masas carecen realmente de capacidad para realizarlas con eficacia.

*La naturaleza del Estado y la política: organización de élite frente a estructura de clase*

Los diferentes presupuestos que subyacen a las concepciones de Lenin y Weber sobre el Estado se reflejan en las definiciones mismas que del Estado dan estos autores. Weber define primero la noción de «asociación», definiendo luego el Estado como una clase especial de asociación.

*Asociación:* «Por asociación debe entenderse una relación social con una regulación limitadora hacia fuera cuando el mantenimiento de su orden está garantizado por la conducta de determinados hombres, destinada en especial a ese propósi-

to: un dirigente y, eventualmente, un cuadro administrativo» (p. 48 [39]).

*Asociación política:* «Una asociación de dominación debe llamarse asociación política cuando y en la medida en que su existencia y la validez de sus ordenaciones, dentro de un ámbito geográfico determinado, estén garantizados de un modo continuo por la amenaza y aplicación de la fuerza física por parte de su cuadro administrativo» (p. 54 [43]).

*El Estado:* «Por Estado debe entenderse un instituto político de actividad continuada cuando y en la medida en que su cuadro administrativo mantenga con éxito la pretensión al *monopolio legítimo* de la coacción física para el mantenimiento del orden vigente» (p. 54 [43-44]).

Weber formula entonces la importante elaboración siguiente: «No es posible definir una asociación política —incluso el Estado— señalando los fines de la acción de la asociación. Desde el cuidado de los abastecimientos hasta la protección del arte, no ha existido ningún fin que ocasionalmente no haya sido perseguido por las asociaciones políticas; y no ha habido ninguno comprendido entre la protección de la seguridad personal y la declaración judicial del derecho que *todas* esas asociaciones hayan perseguido. Sólo se puede definir, por eso, el carácter político de una asociación por el *medio*... que sin serle exclusivo es ciertamente específico y para su esencia indispensable: la coacción física» (p. 55 [44]).

En el núcleo de esta definición del Estado está por consiguiente un individuo, el dirigente, y su equipo, que tienen a su disposición una clase característica de medio: el monopolio del uso legítimo de la fuerza. Bajo determinadas circunstancias, el «dirigente» podría ser un grupo de personas —un cuerpo colegiado—, pero nunca una «clase». El dirigente y su equipo constituyen conjuntamente una élite que controla este tipo especial de organización y lo usa para una amplia variedad de fines.

La noción de Lenin del Estado también se centra en torno al uso de la fuerza, pero difiere de la definición de Weber en dos aspectos fundamentales.

En primer lugar, *asume que el Estado cumple una función específica*, la supresión de la lucha de clases y el mantenimiento de la dominación de la clase dominante (cualquiera que ésta sea). Una institución o estructura que no cumpla tal función no puede ser un Estado, según el análisis de Lenin.

Segundo, *el Estado es concebido más como una «estructura», que simplemente como una organización controlada por una*

élite<sup>15</sup>. Naturalmente, Lenin también concibe el Estado en muchos aspectos como una organización especial, y discute frecuentemente las conexiones «concretas» entre la burguesía y el Estado, los modos específicos en los que la primera influencia y controla al segundo. Cuando Lenin discute el Estado en estos términos, no se separa excesivamente de las nociones weberianas. La diferencia está en que Lenin contempla también el Estado como un aparato que en virtud de su misma estructura sostiene la dominación de una determinada clase dominante. Lo que para Lenin tiene mayor importancia respecto de la «función de elaboración de políticas» no son primariamente los individuos concretos que elaboran tales políticas, sino más bien la clase cuyo dominio queda asegurado por las estructuras dentro de las cuales se formulan dichas políticas.

Resumiendo, el concepto de Estado en Weber se centra en las formas en que las élites controlan una clase particular de organización, mientras que la de Lenin lo hace en las formas en que las clases dominan a través de un tipo determinado de estructura.

#### *Forma organizativa y responsabilidad*

La diferencia entre una concepción del Estado organizativa y de élites y una concepción estructural y de clase incide directamente en el tratamiento que Weber y Lenin dan al problema de los Parlamentos impotentes y la burocracia. Weber contempla la impotencia de un Parlamento y la resultante dominación incontrolada de la burocracia como un *problema organizativo y de liderazgo* fundamentalmente, cuya única solución es la creación de una forma organizativa especial: un Parlamento fuerte y que funcione. Que tal Parlamento fuerte exista o no en una situación determinada lo atribuye Weber en gran medida a circunstancias históricas contingentes, a las acciones de los

<sup>15</sup> La noción de «estructura» es mucho más amplia y más compleja que la de «organización». Lenin, naturalmente, no formaliza su concepto del Estado en estos términos, y no tiene por consiguiente ocasión de dar una definición de «estructura». Lo importante en el presente contexto es que cuando se considera al Estado como una «estructura» deja de verse como un instrumento rigidamente delimitado (organización) que puede ser «controlado»: en lugar de ello se le concibe como una compleja red de instituciones, organizaciones y relaciones sociales, o, para usar una expresión de Nicos Poulantzas, como «la matriz organizadora de las instituciones». (Véase *Political power and social classes*, Londres, NLB, 1973, p. 115 n.) [*Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Madrid, Siglo XXI, 1972, p. 140 n.].

grandes hombres y a los accidentes de los grandes acontecimientos. En el caso de Alemania, el potencial de desarrollo de una organización parlamentaria activa y viable había sido seriamente dañado por la política antiparlamentaria de un estadista, Bismarck.

Lenin ve el problema de un modo muy distinto. Los Parlamentos carecen de poder y las burocracias tienden a desempeñar las «tareas reales de gobierno» no a causa de algún fallo organizativo particular, sino a causa de las *exigencias estructurales* del dominio estable de la clase capitalista. Especialmente, en la «era del imperialismo», cuando la lucha de clases se ha intensificado particularmente y los partidos políticos obreros son potencialmente muy fuertes, la burguesía no puede confiar en instituciones representativas para garantizar su dominio, tendiendo, por tanto, a volverse hacia el ejecutivo como estructura primaria de la dominación de clase. El problema no es que los comités parlamentarios no posean la fuerza necesaria, que ciertos Parlamentos carezcan del derecho constitucional formal de encuesta, o que un estadista cualquiera adopte estrategias que mermen la importancia del Parlamento. El problema es que el Parlamento ha dejado de ser funcional para la burguesía como órgano de dominación de clase (pero no como instrumento de legitimación: de aquí el mantenimiento de los Parlamentos como «lugares de charlatanería» y, como resultado, con el paso del tiempo, los líderes políticos de la clase capitalista con conciencia de clase han dado pasos encaminados hacia la reducción del poder parlamentario. Desde la perspectiva de Lenin, por tanto, la política concreta de un estadista como Bismarck o las deficiencias organizativas de un determinado tipo de Parlamento han de entenderse como la *ocasión* para el ascenso de la dominación burocrática, pero no como la causa primaria de tal ascenso.

Dado el análisis de Lenin de las causas de la impotencia de los Parlamentos y de la dominación burocrática, su solución a estos problemas no viene dada en términos de una reforma organizativa pensada para cultivar el liderazgo eficaz, sino en términos de cambio revolucionario de la estructura de clases subyacente de la sociedad (es decir, en términos de la sustitución de la burguesía por el proletariado como clase dominante). Esto no significa que la estructura organizativa sea irrelevante para Lenin. Después de todo, dedica mucho tiempo a ver cómo las estructuras específicas del Estado capitalista son incompatibles con un dominio obrero. Pero trata estas características organizativas como conceptualmente subordinadas a la cuestión

de la estructura de clases como tal. La estructura organizativa aparece como un tipo de variable de intervención que estabiliza y generaliza el dominio de una clase determinada, dominio enraizado en las relaciones de clase básicas de la sociedad. Como resultado de este hincapié en la determinación de clase de la estructura organizativa, Lenin nunca se ocupa sistemáticamente del problema de la responsabilización organizativa. Lo resuelve no mediante la creación de mecanismos organizativos especiales para el control del liderazgo, sino mediante la transformación de la estructura de clase dentro de la cual opera toda forma organizativa. Se asume que sin esta transformación ninguna forma organizativa, sea cual fuere, podría crear un liderazgo político responsable y al que la clase obrera pudiera pedir cuentas, y que, una vez nos hayamos ocupado prácticamente del problema de la dominación de clase, la solución a los problemas específicamente organizativos será relativamente directa<sup>16</sup>.

En el análisis de Weber, la formulación de Lenin resulta muy inadecuada. Las clases, en cuanto tales, no pueden gobernar: sólo los individuos y los grupos pequeños pueden realmente hacerse cargo del Estado. En el mejor de los casos, tales élites pueden ser formalmente representativas, de modo general, de una «clase», y gobernar «en su nombre»<sup>17</sup>. Lo decisivo respecto al carácter de una sociedad para Weber no es a qué clase representa la élite, sino la estructura organizativa de dominación con la cual gobierna. Lo que más importa en la sociedad moderna,

<sup>16</sup> Esta subordinación de los aspectos organizativos a la estructura de clase da lugar a una importante asimetría en el análisis de Lenin. Como Lenin observa las consecuencias organizativas de la dominación burguesa de clase, es capaz de atacar con minuciosidad considerable esas estructuras organizativas y mostrar que son incompatibles con la dominación proletaria. Pero como la dominación proletaria de clase no existe aún, no puede observar las consecuencias organizativas de esa estructura de clase, viéndose forzado, por consiguiente, a ser muy vago en relación a la forma que tomarían dichas organizaciones: "Por eso tenemos derecho a hablar tan sólo de la extinción inevitable del Estado, subrayando el carácter prolongado de este proceso, su supeditación a la rapidez con que se desarrolla la fase superior del comunismo y dejando completamente en pie la cuestión de los plazos para poder resolver estas cuestiones" (p. 333 [373]).

<sup>17</sup> La posición de Weber respecto de la cuestión del "dominio de clases" es similar a la de Karl Kautsky, quien insistía en que una clase "puede únicamente dominar, pero no gobernar". Lenin rechazaba totalmente una posición tal. En "La revolución proletaria y el renegado Kautsky", Lenin escribe: "Totalmente inexacto es también eso de que no puede gobernar una clase: semejante absurdo sólo puede decirlo un 'cretino parlamentario', que no ve nada más allá del Parlamento burgués, que no advierte nada más que los 'partidos gobernantes'" [*Obras escogidas*, III, p. 75].

sea capitalista o socialista, es el enorme poder de la burocracia, y el aspecto político de mayor relevancia es si se crearán o no formas organizativas que contengan dicha dominación burocrática. Resumiendo, a menos que el problema organizativo de la responsabilización sea resuelto, importa poco qué clase domine formalmente. Lenin aduce exactamente lo contrario: a menos que el problema de la dominación de clase se resuelva, importa poco que el liderazgo esté responsabilizado o no.

### *El significado de las contradicciones y los límites de lo posible*

Weber y Lenin padecen formas complementarias de subdesarrollo teórico, con consecuencias críticas para sus conclusiones finales. Estableciendo el contraste en términos simplificados: Weber posee una teoría elaborada de las contradicciones organizativas, pero una teoría subdesarrollada de las contradicciones sociales; Lenin cuenta con una teoría de las contradicciones sociales relativamente desarrollada, pero con una teoría limitada de las contradicciones organizativas.

Este subdesarrollo teórico tiene dos consecuencias críticas en el análisis de Lenin. La primera es que, en el análisis que Lenin hace de la sociedad capitalista, se produce una fusión parcial de su crítica del capitalismo como tal y de la crítica de las organizaciones complejas. La organización burocrática es condenada en razón de que sirve a los intereses capitalistas en una sociedad capitalista. Aunque esto pueda ser cierto —incluso Weber dice otro tanto—, no se sigue que constituya una crítica de la burocracia como tal. Sin una teoría de las organizaciones, una teoría de la dinámica interna y de los procesos de las organizaciones, no resulta posible ver qué críticas habrían de dirigirse al contexto inequívocamente capitalista de la burocracia y cuáles habrían de dirigirse a las estructuras burocráticas mismas. Si bien Lenin está probablemente en lo cierto cuando afirma que una teoría de los procesos internos, organizativos, puede entenderse únicamente en el contexto de un análisis de las relaciones de clase, su crítica de las estructuras organizativas capitalistas se resiente de no haber desarrollado una teoría tal.

La segunda consecuencia es que el análisis que Lenin hace del socialismo carece virtualmente de un análisis de las contradicciones internas de las estructuras organizativas soviéticas. Ciertamente, Lenin veía conflictos entre las instituciones soviéticas y los «remanentes» de la sociedad capitalista, pero no veía

contradicción alguna *dentro* de las estructuras organizativas de los soviets mismos. Lenin pensaba que la mayor amenaza a la viabilidad de la organización de los soviets provenía de las tendencias a la burocratización que habían sobrevivido a la sociedad burguesa. Su análisis consideraba dos procesos como potencialmente contrarrestantes de estas presiones burocráticas: 1. El partido de vanguardia del proletariado asumiría activamente el papel dirigente en la construcción de las mencionadas instituciones. El partido lucharía contra los elementos burocráticos e intervendría directamente en las actividades estatales para fortalecer la participación de las masas en la administración estatal. 2. El progresivo desarrollo de la organización soviética tendería a inhibir el crecimiento de la burocracia. Habida cuenta de que la burocracia y la democracia directa son principios antitéticos de organización política, Lenin razona implícitamente que con el crecimiento y el fortalecimiento de la democracia directa la burocracia se irá debilitando necesariamente y declinará.

Weber se habría mostrado en franco desacuerdo con el modelo de organización soviética de Lenin en dos aspectos principales. En primer lugar, habría cuestionado la posibilidad de que un partido político alguno fuera capaz de operar de un modo que fortaleciera las instituciones soviéticas. Si bien el «partido de vanguardia» podría estar formalmente comprometido a tal intervención, Weber habría aducido que, a menos que su liderazgo fuera responsabilizado sistemáticamente de sus actos, no habría garantía de que esto no socavara las instituciones soviéticas. Lo que sería especialmente probable dado que, como toda organización de masas en la sociedad moderna, el partido mismo llegaría a estar en la perspectiva de Weber, inevitablemente burocratizado. En segundo lugar, Weber habría disentido enérgicamente del punto de vista de Lenin respecto a la relación entre democracia directa y crecimiento burocrático: lejos de reducir las tendencias burocráticas, las instituciones soviéticas, como todas las demás formas de democracia directa (o de democracia plebiscitaria), tienden de hecho a incrementar la burocratización. Así, pues, en la organización soviética existe una contradicción fundamental, habría aducido Weber: por una parte, los soviets incrementan la participación obrera *formal* en el gobierno, y hacen que el Estado parezca mucho más democrático; por otra, dichas instituciones aumentarían la burocracia significativamente, reduciendo, por tanto, la democracia sustantiva y el poder real de la clase obrera.

Lenin nunca ofreció realmente una respuesta sistemática a

la primera crítica, al menos no en *El Estado y la revolución*. Su creencia fundamental era que el partido de vanguardia, en que tenía enorme fe, funcionaría de hecho como una fuerza positiva en la construcción de las instituciones soviéticas, pero da pocas razones en apoyo de esta creencia. Curiosamente, la posición del partido de vanguardia en el análisis de Lenin es paralela a la del Parlamento eficaz en el análisis de Weber: el partido es una organización de élite conducido por revolucionarios profesionales expertos en el arte de la política y capaces, tras la revolución, de constituirse en firme liderazgo del aparato de Estado en interés del proletariado. El problema fundamental es la falta de una teoría adecuada de los mecanismos que producen y reproducen esta capacidad de liderazgo. Para Weber, el problema era harto simple: la lucha política competitiva de los partidos contendientes dentro de un Parlamento eficaz suministraba el mecanismo estructural por el que un Parlamento tal produciría el liderazgo necesario para controlar a la burocracia. Lenin jamás desarrolla una noción tan específica de cómo desempeñará concretamente el partido el precitado papel, ni de qué mecanismo se encargará de mantener al partido atento a las exigencias de la clase obrera<sup>18</sup>.

Contra la segunda crítica, Lenin tiene una defensa implícita que descansa en dos presupuestos: primero, la creencia en la esencial simplicidad de las funciones de contabilidad y control de la administración y en la capacidad del trabajador medio para encargarse de ellas; segundo, la creencia de que eran sólo las funciones de contabilidad y control, no las funciones «puramente técnicas», las que amenazaban seriamente con un poder burocrático antidemocrático. Si ambos presupuestos fueran correctos sería razonable que los trabajadores que supieran leer y escribir, organizados en soviets democráticos, pudieran hacer-

<sup>18</sup> Llamar al partido la "vanguardia" y proclamar su papel dirigente no ayuda a articular mecanismos reales que lo vinculen sustantivamente a la clase obrera en cuanto clase y que hagan de él un vehículo apto para lograr un dominio significativo de la clase obrera. Ralph Miliband ha formulado bien este serio problema de los escritos de Lenin: "¿Cuál es la relación entre el proletariado, cuya dictadura la revolución está destinada a establecer, y el partido que educa, conduce, dirige, organiza, etc.? Solamente en base a la hipótesis de una relación simbiótica entre ambos la cuestión desaparece por completo; pero si bien puede haber existido una relación de este tipo entre el partido bolchevique y el proletariado ruso en los meses anteriores a la revolución de octubre, es decir, cuando Lenin escribía su 'El Estado y la revolución', la hipótesis de que esta clase de relación puede considerarse como un hecho automático y permanente pertenece a la retórica del poder, no a su realidad". Véase "The state and revolution", *Monthly Review*, Vol. 11, 11, 1970 ["El Estado y la revolución", *Revista Mensual/Monthly Review*, Vol. 1, 8/9, 1977/78].

se cargo gradualmente de las funciones de control y contabilidad de la administración, atajando por consiguiente las tendencias a la burocratización. Pero si uno de los presupuestos fuera incorrecto las críticas de Weber habrían de tomarse más seriamente.

La primera hipótesis tiene una cierta validez. Con la disminución general de la tasa de analfabetismo, un acortamiento de la jornada laboral como resultado de producir para el uso y no para el intercambio, y un compromiso ideológico general de participación de las masas en tales funciones de control y contabilidad, resulta al menos plausible que las mencionadas actividades pudieran organizarse eventualmente de un modo genuinamente democrático. Aunque en la Rusia de 1917 las condiciones inmediatas para un control democrático de las repetidas funciones fueran extremadamente desfavorables —a causa del analfabetismo masivo, la exigüidad de la clase obrera, la dificultad para acortar la semana laboral para dejar tiempo a la política, etc.—, las esperanzas a largo plazo eran, no obstante, mucho mayores.

La segunda hipótesis —que los expertos no representan una amenaza de usurpación burocrática— es más problemática. El argumento básico de Weber es que el experto puramente técnico, en virtud de su necesario control sobre la información y el conocimiento, su familiaridad con los registros, etc., se halla en posición estratégica para apropiarse del poder. Ciertamente, la experiencia del conflicto entre «rojos» y «expertos» en China, donde han aparecido fuertes tendencias entre los expertos técnicos en el sentido de estimular el crecimiento de la burocracia, refleja las fuerzas potenciales de burocratización que yacen en lo que Lenin consideraba aspectos puramente técnicos de la administración. Aunque el problema de si es posible o no un control revolucionario, democrático, de masas, del Estado proletario está todavía por resolver, los problemas organizativos y las contradicciones de un control tal son considerablemente más complejos de lo que Lenin admitió<sup>19</sup>.

Examinemos ahora con mayor cuidado la unilateralidad teórica del análisis de Weber. En ciertos aspectos Weber es mucho

<sup>19</sup> Lenin podría haber tenido razón en que los expertos puros no plantean una amenaza directa de usurpación del poder político. Sin embargo, a causa de sus posiciones de control sobre la información pueden ser potencialmente capaces de socavar o neutralizar la iniciativa política de la clase obrera. En este sentido, poseen un considerable poder negativo, el poder de obstruir. Esto podría crear un vacío político suficiente para permitir que los burócratas propiamente dichos asumieran un papel político mucho más importante.

más resbaladizo que Lenin. Este último era un militante político, interesado en poner de relieve ciertas cuestiones políticamente, no en cerrar todo resquicio frente a posibles críticas académicas. Weber pertenecía al mundo académico y justificaba hábilmente la mayoría de las afirmaciones teóricas que formulaba. Mientras que Lenin ignoraba casi completamente los problemas teóricos de las contradicciones organizativas, Weber tenía buen cuidado de, al menos, mencionar todos los aspectos. Generalmente su problema es menos un problema de omisiones absolutas que un problema de elaboración y de hincapié relativo en los diversos aspectos teóricos. Su análisis carece en particular de una concepción desarrollada de las contradicciones sociales dentro de las cuales acontecen los procesos organizativos; esta falta afecta al análisis de Weber de tres formas interrelacionadas.

En primer lugar, Weber tiende a ignorar o a minimizar la relación entre el crecimiento de la burocracia (y, en general, el desarrollo del aparato del Estado) y la lucha de clases en la sociedad capitalista. El modelo básico de Weber de desarrollo burocrático se centra en la necesidad de una administración racional, predecible, para que las empresas capitalistas sean capaces de basar sus decisiones concernientes a la producción en cálculos eficientes. La variable central que subyace a la explicación es la necesidad de *racionalidad*. Lenin subraya la necesidad que existe en la sociedad capitalista de *reprimir* burocráticamente la lucha de clases. Ambos modelos son abiertos y dinámicos, no estáticos, ya que ambos predicen un nivel de burocratización progresivamente creciente en la sociedad capitalista. La diferencia estriba en que el modelo de Weber describe un proceso armonioso de racionalización, mientras que Lenin describe un proceso contradictorio de control social. Sin negar la validez de las intuiciones de Weber, su modelo representa claramente un enfoque unilateral de la burocracia y el Estado.

En segundo lugar, la ausencia de una teoría elaborada de las contradicciones sociales cuestiona seriamente la noción weberiana de liderazgo político «responsable» y «eficaz». Weber desarrolla su razonamiento como si la responsabilidad política, la eficacia y la competencia fueran cuestiones puramente técnicas tocantes a los medios y no a los fines de la vida política. Tal eficacia política, arguye Weber, exige de los líderes políticos ciertas habilidades especiales que les capaciten para alcanzar competentemente cualquier meta política que ellos y su partido se hayan propuesto. Sin embargo, «responsabilidad» y «eficacia»

tienen muy diferentes significados, dependiendo de la estructura social total en la que ese liderazgo opere. Ser un líder político «responsable» y «eficaz» en el contexto de la política parlamentaria en una sociedad capitalista implica *necesariamente* potenciar los objetivos fundamentales del capitalismo mediante la acomodación de fuerzas opuestas a las exigencias del orden social capitalista. Esto no es a causa de la malevolencia del citado liderazgo, ni siquiera a causa de que las organizaciones políticas muestren tendencias puramente internas hacia la burocratización y la oligarquización, sino en razón del contenido esencial de los procesos de eficacia y responsabilidad políticas, dados los límites que impone la actuación en el seno del marco estructural de las instituciones capitalistas.

Como Weber subraya, ser un dirigente político eficaz en un sistema parlamentario significa saber cómo negociar compromisos y cómo forjar alianzas políticas, lo que significa a su vez que un dirigente «responsable» debe abstenerse de tomar en consideración demandas o metas que no sean negociables. Una vez que se logra un determinado acuerdo, debe respetarlo e intentar impedir que sus electores y su partido lo socaven. La eficacia del liderazgo requiere, por tanto, la aceptación de metas políticas que sean compatibles con el orden social existente. Esto no quiere decir, naturalmente, que el cambio esté prohibido, pero lo constriñe a los límites determinados por las estructuras de la sociedad capitalista.

La eficacia y la responsabilidad no son, por consiguiente, dimensiones «neutras» de una racionalidad técnica formal, sino que incorporan intrínsecamente ciertas amplias orientaciones políticas. Puede afirmarse de hecho que cuanto más eficaz y responsable sea el liderazgo de los partidos políticos (de derecha e izquierda), más orientarán su actividad política hacia el consenso, la negociación, el compromiso y la acomodación, es decir, más fuertemente caerán sus metas dentro de los límites de compatibilidad del sistema. La eficacia y la responsabilidad vienen a transformarse, por lo tanto, en manipulación y mistificación.

La respuesta fácil a estas objeciones sería negar la existencia de contradicciones sociales reales en el orden social capitalista, ya que si no existieran antagonismos de clase insolubles, si hubiese realmente un potencial de consenso social genuino, los compromisos y las negociaciones realizados a través de la política parlamentaria podrían ser concebidos en términos de una eficacia política puramente técnica. Aunque hay partes de los escritos de Weber que parecen aproximarse a esta imagen

pluralista de un orden social fundamentalmente armonioso, reconoce generalmente la existencia de unas clases sociales con intereses de clase antagónicos e incluso irreconciliables. Dado este reconocimiento de las divisiones reales entre las clases, la demanda por Weber de un liderazgo político responsable y eficaz se convierte en un programa de estabilización y fortalecimiento de la hegemonía capitalista.

En tercer lugar, incluso dejando aparte la cuestión del significado de la responsabilidad y eficacia del liderazgo, la solución de Weber al problema de la dominación burocrática en la sociedad capitalista —la creación de instituciones parlamentarias fuertes— tiende a minimizar la relación de las instituciones parlamentarias con la dominación de clase. Aunque Weber afirme que un Parlamento débil resulta funcional para los intereses capitalistas, definitivamente no afirma que los Parlamentos sean débiles en razón de la dominación capitalista de clase. Son débiles a causa de unas tradiciones parlamentarias débiles, de obstáculos constitucionales, de la política de un determinado estadista, no a causa de los requerimientos básicos de la dominación capitalista. En el mejor de los casos, Weber, en la discusión de los Parlamentos, trata dichas contradicciones sociales como variables de fondo: nunca las integra sistemáticamente en su análisis.

Del mismo modo en que la «solución» de Lenin abstrae efectivamente los problemas de la construcción del socialismo de las contradicciones organizativas reales de las instituciones soviéticas, la «solución» de Weber abstrae las instituciones parlamentarias de las contradicciones sociales de la sociedad capitalista. Si bien podría ser cierto que un Parlamento fuerte y eficaz sería un obstáculo efectivo para la burocracia, en el caso que tal Parlamento pudiera existir parece muy cuestionable que una institución así fuera posible, dadas las contradicciones de la sociedad capitalista avanzada. Weber, naturalmente, era muy pesimista acerca de la duración de los Parlamentos a largo plazo. Su pesimismo, sin embargo, se basaba siempre en los problemas organizativos encarados por los Parlamentos cuando se enfrentaban a la siempre creciente burocracia; casi nunca se detuvo en la relación entre el poder parlamentario y las contradicciones sociales generales propias de la sociedad capitalista.

ELEMENTOS PARA UNA SINTESIS: LUCHA DE CLASES  
Y ESTRUCTURA ORGANIZATIVA

Lenin jamás creyó que una revolución socialista fuera a demoler instantáneamente las estructuras burocráticas. Imaginar una transformación tan inmediata era, según siempre insistía Lenin, enteramente utópico. Sin embargo, Lenin no anticipó la duración de las estructuras burocráticas tras la revolución, y ciertamente no esperaba un aumento de la amplitud de la burocracia, sino una merma de la misma. En el VIII Congreso del Partido, en 1919, Lenin reconoció el problema de la persistencia de la burocracia. «Hace tiempo que se oyen quejas contra el burocratismo», escribió, «quejas indudablemente bien fundadas». Después de discutir brevemente el relativo éxito de la desburocratización del sistema judicial, Lenin continuaba explicando:

«Los funcionarios de otras ramas de la administración están más apegados a la rutina burocrática. Aquí la tarea es más ardua. No podemos pasarnos sin este aparato, puesto que todas las ramas de la administración tienen necesidad de él. Aquí sufrimos las consecuencias de que Rusia fuese un país de insuficiente desarrollo capitalista. En Alemania, probablemente, esto será más fácil, porque su aparato burocrático ha cursado una mejor escuela, en la que se exprime todo el jugo, pero donde se obliga a trabajar y no a desgastar los asientos de los sillones, como sucede en nuestras oficinas»<sup>20</sup>. Varios años después, en una carta de 1922, sobre la reorganización del consejo de los comisarios del pueblo, Lenin parece mucho más desalentado frente al problema: «Estamos siendo absorbidos por la podrida ciénaga burocrática, que nos lleva a un interminable papeleo, a discutir decretos, a promulgar decretos... y el trabajo vivo queda sepultado en este océano de papel»<sup>21</sup>.

<sup>20</sup> *Collected works*. Vol. 29, Moscú, 1965, p. 182 [*Obras escogidas*, III, p. 180].

<sup>21</sup> En esta carta Lenin continúa sugiriendo lo que debería hacerse con esa ciénaga burocrática: «Elaborar regulaciones escritas para el planteamiento y consideración de las cuestiones, y comprobar no menos de una vez al mes, personalmente, si se están observando las reglas y si están cumpliendo su objetivo, es decir, la reducción del papeleo, de los trámites, un mayor sentido de la responsabilidad por parte de los comisarios del Pueblo, el reemplazamiento de los decretos mal elaborados por una cuidadosa, prolongada y seria comprobación del cumplimiento y por la investigación de la experiencia, el establecimiento de la responsabilidad personal (en efecto, *tenemos una completa irresponsabilidad en la cumbre...*)». *On the Soviet state apparatus*, Moscú, 1969, pp. 331-332.

Irónicamente, en términos de Weber, las sugerencias de Lenin propug-

¿Cómo explicaba Lenin esta persistencia de las formas burocráticas y la dificultad de su erradicación? Dos puntos son los que más aparecen en sus menciones del problema: 1, el bajo nivel de la *cultura* y la educación de las masas rusas<sup>22</sup>; y 2, el bajo nivel de desarrollo *económico* e industrial de la Unión Soviética<sup>23</sup>. En ningún lugar, por lo que yo sé, subraya Lenin la dinámica específicamente *política* de la reproducción y extensión de las *estructuras* burocráticas en el aparato de Estado posrevolucionario.

Nos encontramos, por lo tanto, con una curiosa ironía: Lenin entiende correctamente que las organizaciones burocráticas no son técnicamente necesarias, sino que son generadas social-

nan una intensificación de las estructuras burocráticas, especialmente en el requerimiento de establecer regulaciones escritas y comprobaciones regulares de su aplicación. Ha de observarse también que en esta carta Lenin deplora la irresponsabilidad de la cúspide de los departamentos burocráticos, tanto como Weber criticaba la *irresponsabilidad* de los altos niveles de la burocracia prusiana.

<sup>22</sup> Por ejemplo, en su discusión de la burocracia en el VIII Congreso del partido, Lenin contrasta los obstáculos *legales* a la democracia directa en las repúblicas burguesas con los obstáculos *culturales* en la república soviética: «Sólo cuando toda la población participe en la administración del país se podrá luchar hasta el fin contra el burocratismo y vencerlo totalmente. En las repúblicas burguesas no sólo es imposible esto: *la ley misma lo impide...* Hemos hecho todo lo necesario por suprimir estas trabas, pero hasta hoy no hemos podido lograr que las masas trabajadoras puedan participar en la administración: además de las leyes existe todavía el problema del nivel cultural, que no puede ser sometido a ninguna ley. Este bajo nivel cultural hace que los soviets, siendo por su programa órganos de administración ejercida *por los trabajadores*, sean en la práctica órganos de administración *para los trabajadores* ejercida por la capa del proletariado que constituye su vanguardia y no por las masas trabajadoras. En este aspecto tenemos planteada una tarea que no puede ser llevada a cabo más que a costa de un largo trabajo de educación». *Collected works*, vol. 29, p. 183 [*Obras escogidas*, III, p. 181].

<sup>23</sup> Aparte de las frecuentes referencias generales al «bajo nivel de desarrollo», Lenin hace la siguiente referencia específica a las condiciones económicas y la burocracia en su folleto *Sobre el impuesto en especie*: «El burocratismo no se halla en el ejército, sino en los establecimientos que están a su servicio. Entre nosotros las raíces económicas del burocratismo son distintas (de las existentes en las repúblicas burguesas): el fraccionamiento, la dispersión del pequeño productor, su miseria, su incultura, la falta de comunicaciones, el analfabetismo, la falta de intercambio entre la agricultura y la industria, la falta de enlace e interacción entre ellas». Al final del ensayo sugiere que las relaciones mercantiles y de intercambio podrían ayudar a paliar los males burocráticos: «El intercambio significa libertad de comercio, es capitalismo. Esto es útil para nosotros en la medida en que nos ayude a luchar contra la dispersión del pequeño productor y, en cierto grado, contra el burocratismo. En qué medida, lo comprobará la práctica, la experiencia». *Collected works*, Vol. 32, p. 351 [*Obras escogidas*, III, pp. 626, 638].

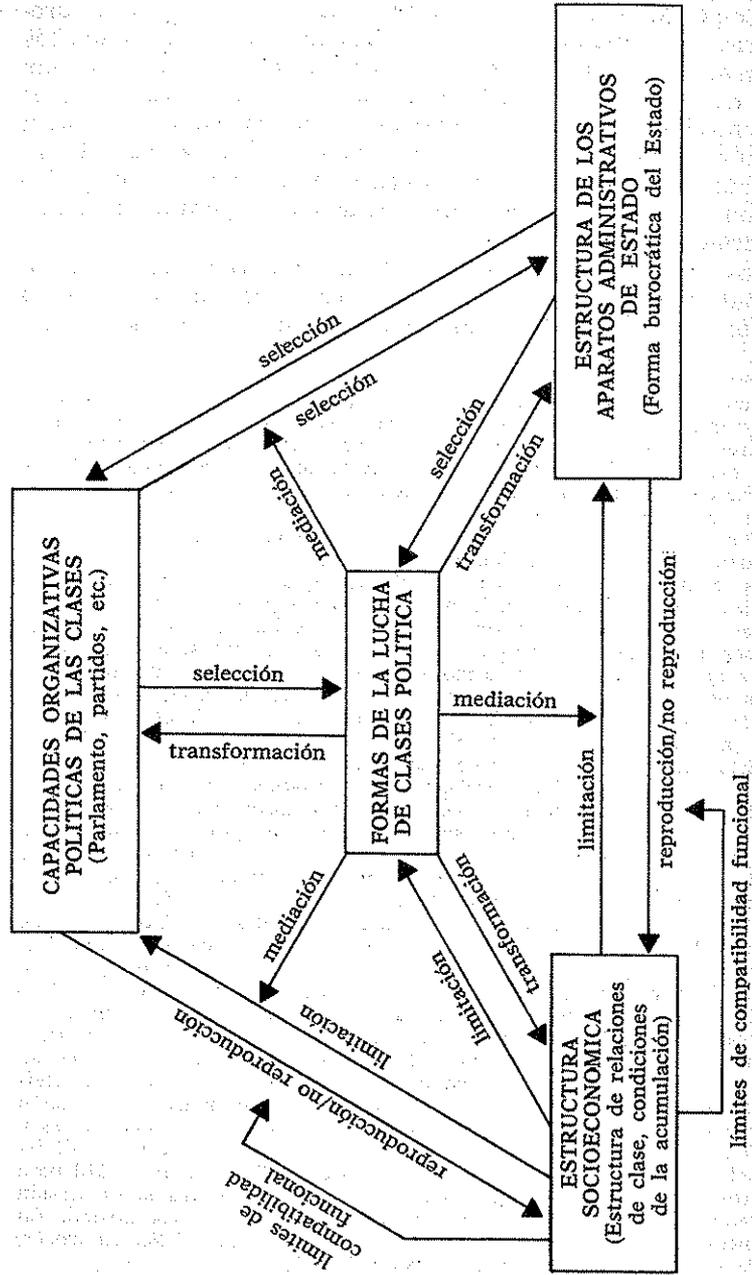


FIGURA 4.1. Modelo de determinación de la estructura burocrática de los aparatos de Estado.

mente por los imperativos políticos de la dominación de clase, y, sin embargo, sus explicaciones sobre la persistencia de la burocracia tras la revolución tienen en cuenta primariamente factores económicos e ideológicos (culturales), no políticos. Weber, por otra parte, considera a la burocracia necesaria desde un punto de vista estrictamente técnico-económico y, sin embargo, ve las soluciones al problema de la burocracia en términos exclusivamente políticos. Aunque se podría explicar la ausencia de una discusión política de la burocracia en Lenin después de la revolución en términos de las condiciones y luchas políticas con las que se enfrentó, la ausencia de tal análisis deja seriamente incompleta su teoría de la burocracia.

Lo que necesitamos hacer, por consiguiente, es unir con mayor sistematicidad los determinantes socioeconómicos y los determinantes políticos de la estructura burocrática. El modelo de determinación de la figura 4.1 intenta representar los contornos básicos de estas relaciones. Son de particular importancia en el contexto presente los diversos modos en los que las formas de la lucha de clases política están conectadas con la estructura socioeconómica, las capacidades organizativas políticas de las clases y la estructura burocrática del Estado. En primer lugar, las formas de la lucha de clases política están limitadas estructuralmente por la estructura socioeconómica subyacente, y seleccionadas estructuralmente por las capacidades organizativas de las clases y la estructura del aparato de Estado; en segundo lugar, la lucha de clases política transforma la estructura socioeconómica, las capacidades políticas y la estructura del Estado mismo. Finalmente, las formas de lucha política median las relaciones de determinación entre la estructura socioeconómica, las capacidades políticas y la estructura del Estado. Esto significa que, según la naturaleza de estas luchas, los efectos sobre las estructuras del Estado de las mismas condiciones socioeconómicas subyacentes serán diferentes, lo que es de la mayor importancia en la presente discusión.

En términos de este modelo heurístico, puede considerarse que el análisis de Weber examina fundamentalmente las conexiones que aparecen en el exterior del diagrama. Weber presta particular atención a las formas en las que las condiciones socioeconómicas (o, más precisamente, las condiciones técnico-económicas) imponen límites a la estructura del Estado (racionalización y burocratización en respuesta a las necesidades técnicas de la sociedad industrial); así como a las formas en las que las capacidades organizativas políticas (la fuerza y la vitalidad de las instituciones parlamentarias) seleccionan tipos

específicos de estructuras burocráticas dentro de estos límites (mayor o menor control de la burocracia por parte de un liderazgo político responsable). Lenin se interesa también por la relación de la estructura socioeconómica con la estructura de los aparatos de Estado (la dominación capitalista de clase produce una administración burocrática), pero concede mucha mayor atención que Weber al interior del diagrama, a las formas en las que las estructuras sociales y políticas configuran la lucha de clases y a las formas en las que la lucha de clases transforma dichas estructuras.

Ninguno de los dos teóricos, sin embargo, se ocupó de la relación de mediación de un modo sistemático. Esta relación es de particular importancia para entender la elasticidad de la organización burocrática de la Unión Soviética en el período posrevolucionario. Lenin estaba totalmente en lo cierto al afirmar que el bajo nivel cultural y económico ruso significaba la imposibilidad de destruir inmediatamente las estructuras burocráticas presentes en el Estado, y que, como consecuencia, era de enorme importancia la creación de las condiciones económicas e ideológicas previas para una completa transición al socialismo. Lo que Lenin subestimaba, sin embargo, era la importancia de crear las condiciones políticas previas para el control de las estructuras burocráticas. En términos de la presente discusión esto habría significado especificar en qué forma las luchas políticas podían mediar la relación de las condiciones económicas y culturales con las estructuras estatales, afectando, por tanto, al diseño y la fuerza de esas inevitables estructuras burocráticas. En la medida en que Lenin vio el problema en términos políticos era principalmente un problema de «selección»: es decir, cómo podía intervenir el partido en las diferentes organizaciones burocráticas para mejorar la calidad de su administración para eliminar excesos, etc. (véase la nota 20 *supra*). No vio este problema primariamente en términos de un genuino proceso político de mediación.

Si esta es la forma correcta de plantear el problema de la relación de la lucha política con la burocratización, entonces la pregunta es: ¿qué clase de mediación era necesaria? ¿Qué formas de lucha política podían haber tenido el resultado de reducir las presiones orientadas hacia la expansión burocrática generada por las condiciones económicas y sociales? ¿Qué acontecimientos del período posterior a 1917 fueron más decisivos en la configuración de las mediaciones políticas que realmente se establecieron? Sin pretender tener una respuesta adecuada a estas preguntas, puede decirse que la progresiva erosión,

tanto de la democracia dentro del partido como de la competencia entre partidos (es decir, la prohibición de formar facciones dentro del partido y la abolición de todos los demás partidos diferentes al bolchevique) se encuentra entre los desarrollos que fueron la clave de este proceso de mediación política. Una forma más profunda de democracia proletaria no habría eliminado la burocracia ni habría garantizado necesariamente que la burocracia superviviente hubiera sido más eficaz, pero habría modificado el terreno político en el que esa burocracia se reproducía, creando un mayor número de trabajadores educados y capacitados políticamente. Esto no es decir que la joven república soviética pudiera hacer esta elección, dadas las enormes presiones a las que se enfrentaba. Bien podría haber sido utópico intentar una democracia proletaria con todas sus consecuencias durante los años veinte. Pero sean cuales sean las causas de las elecciones que se hicieron, la consecuencia a largo plazo de las mediaciones políticas específicas que emergieron históricamente después de la revolución fue reproducir y fortalecer la burocracia y socavar la capacidad política de la clase obrera.

Esta es la verdad fundamental del análisis de Weber: el poder burocrático se nutre de la incapacidad política de los no burócratas y la refuerza. En su análisis, la categoría central de los no burócratas era la élite parlamentaria, y, por consiguiente, le preocupaba el problema de cómo desarrollar su capacidad política. En la teoría marxista, la categoría central de los no burócratas es la clase obrera. La cuestión decisiva es, por tanto, cómo desarrollar y fortalecer la capacidad política de esta clase, es decir, cómo forjar relaciones sociales fuertes y significativas entre los trabajadores en el nivel político. Esto sólo puede lograrse a través de la participación directa de los trabajadores en las luchas y organizaciones políticas, lo que significa que, tras una revolución socialista, es esencial defender y profundizar constantemente las instituciones de la democracia proletaria.

En el capítulo siguiente examinaremos lo que significa tal mediación política en las sociedades capitalistas contemporáneas.

## 5. CONCLUSION: LAS ESTRATEGIAS SOCIALISTAS Y EL ESTADO EN LAS SOCIEDADES CAPITALISTAS AVANZADAS

En *El Estado y la revolución*, Lenin expresa su desprecio por las democracias representativas burguesas, considerándolas «nuevos lugares de charlatanería». Habida cuenta que los centros reales del poder político radican en la burocracia estatal, ni siquiera las victorias parlamentarias de los partidos obreros entregarán a la clase obrera el control del Estado. En cuanto a las burocracias mismas, han sido estructuradas de tal modo que imposibilitan la participación directa de la clase obrera en el ejercicio del poder burocrático. Dado que los Parlamentos son impotentes y las burocracias impérmeables, el único medio por el que la clase obrera podría hacerse con el poder estatal sería aplastar el aparato de Estado en su conjunto.

Estos juicios se basaban en las experiencias históricas de las democracias burguesas durante la primera parte del presente siglo. Desde entonces han transcurrido sesenta años. El capitalismo ha progresado desde el período de consolidación del capitalismo monopolista a la emergencia de diversas formas de capitalismo monopolista con dirección estatal. Las contradicciones fundamentales del proceso de acumulación se han desplazado de la creciente composición orgánica del capital a una incipiente politización del proceso de acumulación a través de la intervención estatal en el nivel de la producción. Las estructuras de clase de las sociedades capitalistas se han modificado drásticamente: la pequeña burguesía tradicional ha visto diezadas sus filas hasta pasar a ser una pequeña parte de la población, las posiciones contradictorias dentro de las relaciones de clase han aumentado, y, simultáneamente, muchas de ellas se están proletarizando de manera creciente. La pregunta, por lo tanto, queda planteada así: ¿en qué medida son válidas aún las afirmaciones de Lenin bajo las condiciones históricas contemporáneas? ¿En qué modos pueden contribuir las victorias parlamentarias de los partidos obreros a la revolución socialista? O, con mayor amplitud, ¿cómo puede usarse el Estado capitalista en la lucha por el socialismo en las sociedades capi-

## Conclusión

221

talistas avanzadas? Tales preguntas se plantean actualmente con renovada urgencia, debido al abandono de las respuestas leninistas tradicionales por parte de los partidos comunistas europeos, que parecen dispuestos a participar plenamente en el marco institucional del Estado capitalista.

En el resto de este capítulo exploraremos estos tópicos conectando el análisis del Estado capitalista y la burocracia del pasado capítulo con nuestra anterior discusión de las crisis capitalistas y de la formación de clases. Examinaremos específicamente la tesis según la cual *en el capitalismo monopolista avanzado es posible usar el aparato de Estado democrático capitalista como base para (en último término) destruir el Estado capitalista mismo*<sup>1</sup>. Existen ciertas indicaciones de que esta tesis, en una u otra forma, recibe como mínimo tentativas de respaldo por parte de algunas de las tendencias de los partidos comunistas europeos<sup>2</sup>. En términos mucho más claros, esta tesis general ha encontrado apoyo en un abanico de tendencias políticas situadas a la izquierda de los partidos comunistas<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Es importante observar que esta tesis no atañe al Estado capitalista en general, y ni siquiera a la forma democrática del Estado capitalista en general, sino específicamente a la forma democrática del Estado capitalista bajo condiciones de capitalismo monopolista avanzado. La especificidad histórica de este aserto es uno de los rasgos (entre otros que se indican más adelante) que lo diferencian de las estrategias socialdemócratas.

<sup>2</sup> Por ejemplo, Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista de España, expresa esta tesis básica en su libro *Eurocomunismo y Estado* (Barcelona, Crítica, 1977): "El aparato del Estado, en su conjunto, sigue siendo el instrumento de la clase dominante, y un instrumento de mucho cuidado. Esta es una verdad marxista. El Estado no está por encima de las clases, no es un árbitro entre ellas... Sin transformar el aparato de Estado, toda transformación socialista es precaria y reversible... El problema no es sólo llegar al gobierno; es —sigue siendo— cómo transformar el aparato de Estado" (pp. 18, 66; subrayado en el original). El tacto del lenguaje (transformación en vez de destrucción del Estado) no debería oscurecer el punto teórico fundamental: el aparato de Estado tiene en sí mismo un carácter de clase, y a menos que tal carácter de clase cambie fundamentalmente, cualquier transición al socialismo se verá frustrada. La afirmación de que es posible utilizar este aparato burgués en el proceso de su propia transformación no debe confundirse con la tesis liberal de que, en primer lugar, no es un aparato burgués.

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, Lucio Magri, en una entrevista reciente: "Italy, social democracy and revolution in the west: an interview with Lucio Magri", *Socialist Revolution*, 36, 1977. Magri aduce que una estrategia socialista en el capitalismo avanzado incluye la participación en la actividad parlamentaria, pero sin limitarse a la actividad electoral: "El problema es añadir a las formas tradicionales de democracia representativa y parlamentaria las nuevas formas de democracia directa expresadas a través de los consejos, el movimiento de las mujeres, el movimiento juvenil y el movimiento de los desempleados, y lograr un nivel cada vez mayor

En cuanto posición frente al Estado capitalista, esta tesis debe diferenciarse tanto de la posición socialdemócrata tradicional como de la posición leninista tradicional.

La posición socialdemócrata tradicional, al menos desde la primera guerra mundial, se resume en la hipótesis de que es posible usar el Estado capitalista como base para la transición al socialismo sin destruir al mismo tiempo el Estado capitalista. El aparato de Estado es visto, por consiguiente, como un instrumento esencialmente neutro, susceptible de ser usado por diferentes fuerzas de clase con propósitos radicalmente opuestos. El socialismo es considerado como una serie de reformas o programas que pueden ser impulsados eficazmente a través del aparato de Estado de la sociedad capitalista. Mientras que esto no implica que tal proceso reformista transcurra necesariamente sin contestación ni obstáculos, sí implica que para tales reformas no existen límites estructurales inherentes al carácter mismo del Estado.

La posición leninista tradicional ha rechazado generalmente la posibilidad de usar el Estado capitalista en la transición al socialismo<sup>4</sup>. Los límites estructurales impuestos por el Estado

de activación y organización de las masas. Es necesario usar las oportunidades ofrecidas por la democracia burguesa contra la propia democracia burguesa... Cuando hablamos de un gobierno de izquierda, no pensamos en una suerte de gobierno Kerenski, con los partidos reformistas de izquierda participando en el gobierno y ayudándonos a abrir el camino de la revolución. En lugar de ello proponemos que los partidos de izquierda, aunque no tengan todavía un pleno control del poder estatal, utilicen el gobierno para ayudar a crecer al movimiento de masas, creando el espacio y los instrumentos necesarios para la coordinación de dichos movimientos" (pp. 130-131). Ralph Miliband adopta una posición semejante en el capítulo final de su libro *Marxism and politics* (Oxford, 1977): "Este proceso de transición [a una sociedad socialista] incluye y exige cambios radicales en las estructuras, los modos de actuación y el personal del Estado existente, así como la creación de una red de órganos de participación popular, equivalentes al 'doble poder'. La estrategia 'reformista', al menos en esta versión 'fuerte', puede producir una combinación de dirección y democracia suficientemente eficaz para mantener a raya a las fuerzas conservadoras y crear las condiciones que permitan avanzar al proceso de transición" (p. 189) [*Marxismo y política*, México, Siglo XXI, 1978, p. 239].

<sup>4</sup> Siempre es peligroso hablar de "la" posición leninista, dado que en diferentes momentos y lugares diversas orientaciones políticas han adoptado la etiqueta de "leninistas". La posición definida aquí bajo esta designación no está necesariamente restringida a los leninistas y ciertamente no todos los grupos que se han autodenominado leninistas han mantenido invariablemente esta posición. Pero pienso que representa la línea central de las perspectivas leninistas tradicionales respecto al Estado capitalista y de la estrategia correcta de los movimientos socialistas respecto a dicho Estado.

capitalista son considerados de una estrechez tal que todo intento de usar el citado aparato de Estado tendrá necesariamente el efecto de reforzar la dominación burguesa. La clase obrera no puede conquistar ni utilizar el Estado capitalista: debe destruirlo. Tal imperativo no anula la formulación de ciertas demandas puramente tácticas y coyunturales al Estado capitalista en aras de ciertos programas de gobierno o de reformas, pero se opone a una estrategia que intente alcanzar el control del aparato de Estado capitalista<sup>5</sup>. Una estrategia de este carácter no sólo fracasará por sí misma, sino que su efecto neto no será otro que el fortalecimiento del Estado capitalista y el hacer mucho más difícil la tarea de aplastarlo después.

La tesis de que el Estado capitalista puede usarse para lograr su propia destrucción difiere de los dos ataques más tradicionales acabados de citar. A semejanza de la posición socialdemócrata, esta tesis acepta la posibilidad de que la izquierda utilice sistemáticamente el Estado capitalista democrático con la vista puesta en objetivos socialistas (o al menos para ayudar a crear las precondiciones del socialismo). Pero, a diferencia de ella, el Estado capitalista es visto como algo que impone lí-

<sup>5</sup> Lenin en particular aducía que el estado capitalista debe ser utilizado tácticamente en la lucha por el socialismo. Generalmente hacía hincapié en la importancia de comprometerse en las luchas parlamentarias como medio de educar a las masas. Por ejemplo, en 1920 escribía: "La participación en las elecciones parlamentarias y en la lucha desde la tribuna parlamentaria es obligatoria para el partido del proletariado revolucionario precisamente para educar a los sectores atrasados de su clase, precisamente para despertar e instruir a la masa aldeana inculta, oprimida e ignorante. Mientras no tengáis fuerza para disolver el Parlamento burgués y cualquiera otra institución reaccionaria estáis obligados a actuar en el seno de dichas instituciones precisamente porque hay todavía en ellas obreros idiotizados por el clero y por la vida en los rincones más perdidos del campo... Precisamente porque las masas atrasadas de obreros y —más aún— de pequeños campesinos están mucho más imbuidas en Europa occidental que en Rusia de prejuicios democrático-burgueses y parlamentarios, precisamente por eso, sólo en el seno de instituciones como los Parlamentos burgueses pueden (y deben) los comunistas librar una lucha prolongada y tenaz, sin retroceder ante ninguna dificultad, para denunciar, desvanecer y superar dichos prejuicios". Véase "La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo", en *Selected works*, Londres, 1969, pp. 546, 551 [*Obras escogidas*, 3 vols., Madrid, Akal, 1975, III, pp. 389, 394-395]. Sin embargo, mientras que Lenin atacaba vehementemente a la "ultraizquierda" por rechazar la participación táctica en la democracia parlamentaria burguesa, hasta donde yo sé nunca adujo que un gobierno obrero en una democracia burguesa pudiera transformar el carácter capitalista mismo del Estado capitalista mediante una serie de reformas estructurales. El Estado capitalista bien puede ser un campo de vital importancia para la lucha de clases, pero no puede ser utilizado estratégicamente por un partido obrero que se proponga destruir el Estado capitalista.

mites estructurales definidos a cualquier transformación socialista. Así, pues, como la posición leninista, esta tesis reconoce la necesidad de destruir, en último término, la estructura del Estado capitalista, a fin de posibilitar una transición sostenida al socialismo. La estrategia que la tesis incorpora se diferencia, sin embargo, del leninismo tradicional en que arguye que, bajo las condiciones del capitalismo avanzado, resulta posible para la izquierda controlar el aparato del Estado capitalista (o al menos parte de él), utilizándolo para atacar sistemáticamente el poder del Estado capitalista.

Los modos de determinación discutidos a lo largo del libro pueden ayudarnos a entender con mayor rigor la lógica de esta tesis. Dos relaciones de determinación son de particular importancia<sup>6</sup>. En primer lugar, las intervenciones estatales están *limitadas estructuralmente* por la estructura de clase subyacente de la sociedad, y son *seleccionadas* por la estructura de los aparatos de Estado. Esto quiere decir que determinadas formas de intervención estatal se convierten en imposibles en virtud de las estructuras sociales básicas, y que, dentro del abanico de posibles intervenciones, los aparatos de Estado seleccionan un conjunto de posibilidades más limitado (es decir, los aparatos establecen límites dentro de límites). En segundo lugar, la estructura de clase de la sociedad genera *límites de compatibilidad funcional* en los efectos de las intervenciones estatales. Esto es, dentro del conjunto de todas las intervenciones estatales estructuralmente posibles sólo algunas de ellas son óptimas con respecto a la reproducción de la sociedad capitalista como un todo; otras intervenciones son compatibles con dicha reproducción, pero no óptimas (es decir, poseen efectos contradictorios), y por último están aquellas intervenciones no reproductoras de las relaciones sociales capitalistas. Una intervención estatal que caiga fuera de los límites de compatibilidad funcional pone en marcha una cadena de consecuencias que conducirán o a la negación de la actividad estatal citada, o eventualmente a una ruptura con la estructura misma del capitalismo<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> La figura 1.7 del capítulo 1 presenta un modelo de determinación que corresponde muy estrechamente a la presente discusión. La única diferencia es que debería añadirse una relación de limitación entre la estructura económica y la política estatal.

<sup>7</sup> En estos términos el Estado capitalista "perfecto", desde el punto de vista de la burguesía, sería aquel en que los aparatos de Estado estuvieran organizados de tal forma que únicamente las intervenciones óptimamente reproductivas para el capitalismo fueran seleccionadas dentro del conjunto de intervenciones estructuralmente posibles. Tal coincidencia de los límites de posibilidad estructural con los límites de compatibilidad

Ahora bien, la tesis de que el Estado capitalista puede ser utilizado para destruir el Estado capitalista puede reinterpretarse como una tesis acerca de la posibilidad de la no coincidencia de estas dos clases de límites en una sociedad capitalista: *los límites de lo que es estructuralmente posible no se corresponden necesariamente con los límites de lo que es funcionalmente compatible con los requerimientos de la reproducción del capitalismo*<sup>8</sup>.

La premisa de la estrategia de utilizar el Estado para destruir el Estado es que, en el capitalismo avanzado, el control instrumental de las cumbres del aparato de Estado por parte de la izquierda puede servir para ensanchar esta grieta entre los límites estructurales del Estado y los efectos funcionales del Estado<sup>9</sup>. El razonamiento implícito se desarrolla más o menos

funcional condenaría al fracaso todo intento de la clase obrera de "usar" el Estado capitalista. Este Estado capitalista perfecto no puede existir en razón de que el Estado capitalista no es producto simplemente de la dominación burguesa, sino de la lucha de clases. La clase dominante puede dominar, pero no exactamente del modo que le venga en gana. Esto significa que la medida en que las intervenciones del Estado serán óptimas para la clase capitalista es siempre problemática. No obstante, muchos trabajos teóricos marxistas sobre el Estado adoptan el punto de vista de que el Estado capitalista es un tal aparato perfecto para la burguesía. Se asume que el Estado capitalista es universalmente funcional para reproducir la dominación de la clase capitalista, y, por tanto, los dos modos de determinación discutidos más arriba se funden en una única relación de determinación. El matiz "funcionalista" de parte de la primera obra de Poulantzas (véase especialmente *Political power and social classes*, Londres, NLB, 1973 [*Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Madrid, Siglo XXI, 1972]) procede en parte de esta fusión de los límites de posibilidad estructural y de los límites de compatibilidad funcional.

<sup>8</sup> Si se formula la tesis teórica de que existe una coincidencia inevitable entre los límites de compatibilidad funcional y los límites de posibilidad estructural, es necesario entonces demostrar los mecanismos sociales que garantizan tal coincidencia. En ausencia de una discusión sobre estos mecanismos, la citada tesis resulta ideológica antes que científica. La única tradición que dentro del marxismo ha intentado bosquejar dichos mecanismos concretos es la llamada investigación "instrumentalista" de la clase dominante. En ella son los lazos concretos de la clase capitalista con el aparato de Estado lo que garantiza la coincidencia de las actividades del Estado (límites de lo posible) con los intereses de la burguesía (límites de compatibilidad funcional). Sin embargo, solamente si se considera a la burguesía tanto onnisciente como omnipotente podemos elevar la demostración empírica de dichos lazos con el Estado a una teoría de la coincidencia *necesaria* entre los límites de lo posible y lo funcional. Una hipótesis de este género implica que la historia puede entenderse simplemente en términos de dominación de clases en vez de en términos de lucha de clases.

<sup>9</sup> El grado de no coincidencia entre los límites de lo posible y los límites de lo funcional no está fijado de antemano. En lugar de ello es

como sigue: a causa de la separación entre la selectividad de clase y la funcionalidad de clase del Estado, un gobierno de izquierda es potencialmente capaz de promulgar ciertas reformas (es decir, intervenciones estructuralmente posibles) cuyo efecto sea la modificación de la estructura misma del Estado en un sentido que erosione la selectividad de clase de los aparatos de Estado. Con el deterioro de la selectividad de clase de las estructuras estatales aumenta la posibilidad de intervenciones estatales no reproductoras. Tales intervenciones pueden modificar potencialmente la estructura de clase misma de un modo que ensanche los límites estructurales del Estado, incrementando, por consiguiente, todavía más la separación entre los límites estructurales y la compatibilidad funcional. En un determinado punto este proceso resulta en una transformación cualitativa (destrucción) del carácter de clase del Estado mismo. Una vez que esto tiene lugar, se establece un nuevo tipo de estructura estatal; estructura que puede funcionar construyendo unas relaciones de producción socialistas en lugar de limitarse a socavar las relaciones capitalistas. Una transformación tal representa una ruptura revolucionaria respecto al capitalismo<sup>10</sup>.

una no coincidencia variable. En ciertas coyunturas históricas esta no coincidencia es muy restringida, en otras es muy amplia. El grado en el que se presenta la mencionada no coincidencia refleja la medida en que las contradicciones de clase básicas de la sociedad han sido interiorizadas por el Estado. La razón fundamental por la que la estrategia de usar el Estado capitalista para destruir el Estado capitalista puede resultar plausible en el capitalismo avanzado, pero no serlo en las formas iniciales del capitalismo, es que los cambios estructurales en el Estado capitalista (papel de mayor importancia en la acumulación, asistencia social, etc.) han incrementado considerablemente esta interiorización de las contradicciones de clase por parte del Estado. Naturalmente, dicha interiorización genera únicamente el potencial para una creciente separación entre la selectividad de clase del Estado y la funcionalidad de clase del Estado. La medida en que esa potencialidad se realiza en la práctica está determinada por la lucha de clases (a través de una relación de mediación).

<sup>10</sup> A primera vista, esta serie de proposiciones puede parecer extremadamente voluntarista: mediante un acto de voluntad, un gobierno socialista se las arregla para trascender de algún modo los límites de las estructuras capitalistas. El razonamiento, sin embargo, no es que un gobierno de izquierda pueda ignorar de forma voluntarista los obstáculos impuestos por el carácter capitalista del Estado capitalista. Tales obstáculos son reales y limitan las opciones de cualquier gobierno. El razonamiento es más bien que las contradicciones estructurales del capitalismo tardío crean unas condiciones dentro de las cuales las luchas políticas pueden tener el efecto de desplazar gradualmente los obstáculos mismos. No es una cuestión de fuerza de voluntad política, sino de contradicciones objetivas dentro del Estado —la separación entre los límites de lo posible y los límites de lo funcional— que hacen posible dicha transformación del Estado.

Una cosa es formular el aserto abstracto de la posibilidad teórica de una contradicción tal entre los límites de posibilidad estructural y los límites de compatibilidad funcional, y otra demostrar la realidad histórica de esta posibilidad. En Estados Unidos ciertamente que la cadena de acontecimientos que acabamos de citar tiene poca plausibilidad inmediata. Tanto a causa de la debilidad de la izquierda en general como por la hegemonía (aún) relativamente indisputada de la clase capitalista, la grieta entre las posibilidades estructurales y los efectos funcionales del Estado ofrece poco margen para aplicar tales estrategias en los Estados Unidos<sup>11</sup>. En ciertas áreas de Europa occidental la situación es bien distinta, y es en ellas donde la estrategia de usar el Estado capitalista para destruir el Estado ha recibido mayor atención. La clase obrera cuenta con una capacidad organizativa mayor que en Estados Unidos, y las contradicciones internas del Estado capitalista son más intensas. Si la citada estrategia ha de ser plausible en el período actual, será en Europa y no en Estados Unidos donde sea puesta a prueba.

Carezco de una comprensión suficientemente amplia de los acontecimientos actuales en Europa occidental para ofrecer un análisis riguroso de las estrategias socialistas alternativas. Puedo intentar indicar los desarrollos generales del capitalismo avanzado que inciden en la estrategia de usar el Estado para destruir el Estado. Mi conclusión general es que las sociedades capitalistas avanzadas generan *simultáneamente* nuevas posibilidades de aplicar la citada estrategia y recrean los obstáculos con los que se encuentra todo intento de utilizar el Estado capitalista por parte de las fuerzas socialistas. La tarea decisiva de cualquier estrategia socialista es enfrentarse a esta situa-

<sup>11</sup> Esto no equivale a afirmar que los proyectos de revolución socialista presentados por diversos partidos marxistas-leninistas de vanguardia en los Estados Unidos sean más plausibles que la estrategia de usar el Estado para destruir el Estado. El problema es que en los Estados Unidos de los últimos años setenta ninguna estrategia es particularmente plausible, y no a causa del fracaso de la imaginación revolucionaria de la izquierda, sino porque las condiciones históricas dentro de los Estados Unidos dificultan la valoración de la cadena de consecuencias que proceden de una estrategia dada. Por consiguiente, en cierto sentido la cuestión básica inmediata para la izquierda norteamericana es menos "cómo hacer una revolución" que "cómo crear las condiciones sociales dentro de las cuales podemos *saber* cómo hacer una revolución". En el lenguaje habitual de la izquierda norteamericana esto suele denominarse "poner el socialismo al orden del día", es decir, crear las condiciones ideológicas y políticas en las cuales la clase obrera vea en el socialismo una alternativa seria.

ción intensamente contradictoria sin ignorar las contradicciones en la polémica defensa de una elección específica.

Esta discusión de las implicaciones estratégicas de las transformaciones del capitalismo avanzado se centrará en cuatro puntos: 1, la relación entre intereses inmediatos y fundamentales de la clase obrera en el capitalismo avanzado; 2, la relación entre burocracia estatal y formación de clase; 3, la relación dialéctica entre las capacidades de clase de la clase obrera y el Estado capitalista, y 4, el problema de la represión.

### 1. *Intereses inmediatos y fundamentales*

La lucha parlamentaria ha sido generalmente uno de los mecanismos básicos por los que las luchas por los intereses fundamentales de la clase obrera se han visto desplazadas por las luchas tocantes a los intereses inmediatos<sup>12</sup>. Las campañas electorales tienden a estimular las promesas de mejoras inmediatas para el electorado, y el prerrequisito estructural para que un partido «reparta beneficios» es una economía capitalista saludable. Más aún, el intento de los partidos socialistas de hacerse con la mayoría electoral siempre ha requerido acudir a votantes ajenos a la clase obrera, lo que también ha contribuido a minimizar la presencia de intereses fundamentales del proletariado en los programas electorales<sup>13</sup>. El resultado final es que los partidos «responsables» de la izquierda parlamentaria limitan generalmente sus programas a reformas compatibles con la reproducción del capitalismo, lo que significa que, en los programas de los partidos, los intereses inmediatos tienden a reemplazar a los fundamentales.

Si bien este esquema cuenta con ciertas excepciones —como cuando los partidos parlamentarios de izquierda promueven el fortalecimiento de los derechos legales de las organizaciones obreras, facilitando por consiguiente el desarrollo de las capacidades de clase de la clase obrera—, el efecto típico de la lucha parlamentaria en los partidos de izquierda ha sido desplazar sus programas reales desde los intereses fundamentales a los inmediatos. Este es el esquema tradicional. La pregunta entonces es

<sup>12</sup> Véase en el capítulo 2 una discusión extensa de los intereses inmediatos y fundamentales.

<sup>13</sup> Para una discusión extremadamente interesante e importante de este proceso de erosión de los intereses fundamentales dentro de los partidos socialistas electorales, véase Adam Przeworski y John Sprague, "A history of western European socialism", ponencia presentada en la reunión anual de la American Political Science Association, septiembre de 1977.

si las nuevas contradicciones del capitalismo avanzado permiten que la izquierda, actuando en el marco de la política democrática burguesa, trascienda los intereses inmediatos y conecte las reformas con los intereses fundamentales. Sería un error de bulto argüir que los partidos socialistas y comunistas se ven liberados, en el capitalismo avanzado, de las presiones y las exigencias a las que se enfrentaron partidos anteriores. Podría afirmarse, de hecho, que puesto que la llegada de estos partidos al poder es probable que tenga lugar en condiciones económicas relativamente desfavorables, su primera preocupación será estabilizar y revitalizar el proceso de acumulación. A corto plazo esto implicaría una limitación muy seria incluso para la prosecución de los intereses inmediatos de la clase obrera (salarios mejores, más empleos, mejores alojamientos) y obstaculizaría ciertamente el logro de intereses más fundamentales.

No obstante, las contradicciones específicas del capitalismo avanzado han inaugurado realmente un nuevo espacio en el que unir los intereses fundamentales e inmediatos de la clase obrera. En este sentido, hay dos acontecimientos de especial importancia: primero, desde la segunda guerra mundial se ha deteriorado en parte el carácter puramente mercantilizado de la fuerza de trabajo. La forma más notable de este hecho reside en los programas estatales de asistencia social, que reproducen la fuerza de trabajo incluso cuando ésta no puede venderse como mercancía en el mercado de trabajo. La forma más suave de esta desmercantilización es el seguro de desempleo, que garantiza la reproducción de los asalariados durante períodos en los que no pueden hallar un puesto de trabajo. Otras formas incluyen subsidios familiares destinados a los niños, asistencia social estatal a los disminuidos, ancianos, etc. En mayor o menor medida todas estas formas de transferencias estatales rompen el nexo entre subsistencia y mercado, es decir, socavan el estatuto de mercancía de la fuerza de trabajo<sup>14</sup>. Esta resulta también parcialmente desmercantilizada mediante la reducción de la parte del ciclo vital durante la que un(a) trabajador(a) individual vende su fuerza de trabajo como mercancía (es decir, mediante el alargamiento del período de escolarización, el retiro

<sup>14</sup> Una de las consecuencias cruciales de esta desmercantilización parcial de la fuerza de trabajo es el debilitamiento de la eficacia del ejército de reserva de los desempleados como medio para disciplinar a la clase obrera. El desempleo ha dejado de representar la terrible posibilidad que una vez representó para los trabajadores, incluso aunque todavía sea incuestionablemente una molestia para la mayoría de ellos (véase el capítulo 3).

temprano y la prolongación de la vida<sup>15</sup>. Nuevamente, esto implica el debilitamiento parcial del nexo entre la venta de la fuerza de trabajo como valor de cambio y la reproducción de la clase obrera a través del consumo de valores de uso.

Naturalmente, en el capitalismo también se da la contratenencia. De la mayor importancia en este sentido es el hecho de que la rápida incorporación de un gran número de mujeres a la fuerza de trabajo, desde 1940, implica que una parte creciente de la fuerza de trabajo femenina resulta mercantilizada. Así, pues, mientras que el crecimiento del Estado del bienestar desmercantiliza parcialmente la fuerza de trabajo en su conjunto, una parte creciente de la población gasta al menos parte de sus vidas vendiendo su fuerza de trabajo como mercancía.

En el presente contexto, el punto crucial es que esta desmercantilización parcial de la fuerza de trabajo contradice la hipótesis de que la organización «natural» de la producción exige el funcionamiento de la fuerza de trabajo como mercancía. En la medida que las proporciones de tal desmercantilización se incrementen, las luchas obreras por la mejora del nivel de vida tenderán a desplazarse progresivamente desde las luchas salariales directas (luchas por el valor de cambio de la fuerza de trabajo) a las luchas en las que lo que se dirime es el suministro de valores de uso por parte del Estado, lo que a su vez facilita la puesta en cuestión a nivel ideológico del estatuto de mercancía de la fuerza de trabajo.

La segunda forma en que las contradicciones específicas del capitalismo avanzado permiten potencialmente una vinculación más estrecha de los intereses inmediatos y los fundamentales concierne a la progresiva politización del proceso de acumulación mismo. Como se razonó con cierto detalle en la discusión de la dinámica de las crisis contemporáneas, en el capítulo 3, las soluciones de la actual crisis económica mundial conllevan una intervención del Estado en el proceso de producción de mucho mayor alcance que la realizada hasta ahora. Tal intervención puede asumir muchas formas: niveles más profundos de planificación estatal, flujos e inversiones de capital controlados por el Estado, organización estatal directa de esferas de producción progresivamente más amplias, etc. Todo ello contribuye a erosionar el ilimitado imperio de las relaciones mercantiles en la economía; es decir, los criterios de valor de cambio son crecientemente reemplazados por los criterios de valor

<sup>15</sup> Este punto fue sugerido por Adam Przeworski. Véase su "The process of class formation: from Karl Kautsky's *The class struggle* to recent debates", *Politics and Society*, 1978.

de uso (criterios políticos en último término) en el proceso de asignación de recursos dentro de las economías capitalistas. Es seguro que habrá intentos políticos de subordinar tales criterios de valor de uso a las necesidades de la producción de mercancías. Sin embargo, el hecho mismo de que dichas asignaciones pasen a través del Estado abre la puerta a su contestación política en formas imposibles mientras la acumulación está enteramente dirigida desde consejos de administración «privados».

Tal superación de las relaciones puramente mercantiles puede ser esencial para la reproducción del capitalismo, pero simultáneamente contradice uno de los requerimientos básicos de la reproducción de las relaciones capitalistas: el desplazamiento de los conflictos de los intereses fundamentales a los inmediatos. La creciente intervención del Estado en la acumulación significa que los conflictos puramente económicos entre el capital y el trabajo se convierten inmediatamente en conflictos políticos, mientras que la erosión de la racionalidad mercantil significa que dichos conflictos políticos plantearán más directamente la cuestión del contenido de clase de las intervenciones estatales en la producción. Nuevamente, esto quiere decir, al menos en potencia, que los conflictos entre el capital y el trabajo concernientes a los intereses inmediatos podrán ser trasladados a cuestiones de interés fundamental con mayor facilidad.

Ambos desarrollos —la desmercantilización parcial de la fuerza de trabajo y la politización de la acumulación— sólo ofrecen *potencialmente* una base para conectar los intereses fundamentales y los intereses inmediatos de la clase obrera: pueden servir también para agrandar la grieta entre ellos. La desmercantilización parcial de la fuerza de trabajo, por ejemplo, plantea nuevas divisiones en el seno de la clase obrera entre quienes desempeñan trabajos completamente mercantilizados (trabajadores asalariados a jornada completa), y aquellos cuya fuerza de trabajo está menos mercantilizada (estudiantes, pensionistas, subempleados, desempleados). En lugar de ser una amenaza para la asunción del carácter de mercancía de la fuerza de trabajo, su desmercantilización parcial podría convertirse potencialmente en la base material de la profundización de las hostilidades entre los trabajadores con posiciones fuertes y los de posiciones débiles en el mercado. De forma semejante, la politización de la acumulación no necesariamente conecta los intereses inmediatos con los fundamentales. En lugar de forzar la emergencia del problema del contenido de clase del proceso de asignación de recursos en una sociedad capitalista, dicha politización puede limitarse a reproducir a nivel político la creencia

de que el fortalecimiento de las instituciones capitalistas y de la acumulación de capital redundan en beneficio de todos. La medida en la que estos desarrollos den lugar a una vinculación más estrecha de los intereses de clase fundamentales e inmediatos o, por el contrario, a una separación progresiva entre ambos, depende, por tanto, de las formas en las que la lucha de clases, en general, y la política socialista, en particular, incidan en estas contradicciones. En términos de nuestra discusión de los modos de determinación, los efectos de estas contradicciones están mediados por la lucha de clases.

El enfoque que un gobierno socialista dé a la cuestión del pleno empleo es de especial importancia en la determinación de los efectos de la desmercantilización parcial de la fuerza de trabajo. Si una política de pleno empleo asume primordialmente la forma de estimulación del crecimiento económico en orden a ofrecer más puestos de trabajo a través del mercado (es decir, programas keynesianos clásicos), el estatuto mercantil de la fuerza de trabajo podría incluso resultar reforzado. Pero si una política de pleno empleo se centra en la reducción del número promedio de horas trabajadas por los trabajadores, con subsidios estatales compensatorios que les proporcionen ingresos suplementarios, dicha política puede ser coherente con una desmercantilización continuada de la fuerza de trabajo.

Lo que quizá es más importante: la actitud de un gobierno socialista frente a las contradicciones vinculadas a la politización de la acumulación va a tener una repercusión significativa sobre la posibilidad de conectar las luchas por los intereses inmediatos y por los fundamentales. La tentación de todo gobierno de un Estado capitalista, incluyendo a los gobiernos de izquierda, es intentar oscurecer el carácter de clase de su propia actividad. Si son necesarias medidas de austeridad para prevenir la fuga de capitales, suelen presentarse como necesarias para «la prosperidad nacional y la recuperación económica». En lugar de aducir que tales medidas reflejan las exigencias del modo de producción capitalista, se las defiende en términos de criterios técnicos neutrales que oscurecen esencialmente las contradicciones entre la intervención estatal, estabilizadora del capitalismo, y los intereses fundamentales de la clase obrera. Un gobierno de izquierda puede adoptar otra postura: puede intentar hacer explícito el contenido de clase de sus propias intervenciones, mostrando cómo, a pesar del control de la izquierda sobre el aparato de Estado, la burguesía continúa siendo la clase dominante, siendo capaz, por consiguiente, de poner trabas al Estado mismo. Es evidente que proclamar los obstácu-

los que la clase capitalista pone al Estado puede ser una excusa para la inacción y la inmovilidad en vez de constituir una base para la desmitificación del carácter de clase del Estado. No basta con proclamar los límites que el capital impone: es necesario que los programas de gobierno se enfrenten a ellos, mostrando materialmente cuáles son los límites de posibilidad dentro de la estructura social existente. Si esto se hace así, la politización de la acumulación en el capitalismo avanzado puede convertirse en una base para afirmar la necesidad de conectar gradualmente las luchas por los intereses inmediatos y por los fundamentales, es decir, para atacar los límites mismos.

## 2. Burocracia y formación de clase

Lenin insistía en que en la república parlamentaria las tareas reales de gobierno las llevaba a cabo la burocracia, no el Parlamento. Si un gobierno de izquierda pretende contar con alguna oportunidad de introducir medidas que sirvan a los intereses fundamentales de la clase obrera (medidas anticapitalistas), es esencial que tenga no sólo la capacidad de legislarlos, sino la de llevarlos realmente a efecto, lo que requiere la capacidad para controlar las tareas burocráticas concretas. Si la burocracia es lo suficientemente autónoma respecto de los organismos electos —como según hacía notar Weber era el caso de Prusia a principios del siglo xx— es probable que, en el proceso real de intervención estatal, las medidas anticapitalistas del Estado resulten neutralizadas.

Como en el caso de la relación entre intereses fundamentales e inmediatos, la izquierda se halla ante muy contradictorias perspectivas en la cuestión del control de la burocracia estatal. Por una parte, si ha habido algún cambio en el poder de las burocracias estatales durante el último medio siglo ha sido para aumentar, erosionando aún más la capacidad de las mayorías parlamentarias para definir decisivamente la política del Estado. Se ha contado muchas veces la historia de la creciente centralización del aparato de Estado y de la influencia decreciente de los cuerpos legislativos.

Por otra parte, dentro de las burocracias estatales han surgido agudas contradicciones que ofrecen nuevas posibilidades a la izquierda. Si bien Lenin pudo referirse al personal burocrático del aparato de Estado como unido a la burguesía «por un millar de hilos», lo que garantizaba su lealtad a la clase capitalista, el carácter de clase de las posiciones burocráticas estatales no puede delimitarse en la actualidad de manera tan sim-

ple. Como aducíamos en el análisis de las clases en el capítulo 2, muchas de las posiciones incluídas en la burocracia han de ser consideradas como situaciones de clase contradictorias entre la clase obrera y la burguesía, mientras que muchas otras deben verse como de carácter esencialmente proletario (excluídas tanto de la elaboración como de la ejecución de las medidas políticas estatales). Más aún, hay ciertamente razones para creer que muchas de las situaciones contradictorias dentro de los aparatos de Estado se están viendo crecientemente proletarizadas en el capitalismo tardío. La creciente sindicalización de los trabajadores del Estado en Estados Unidos, por ejemplo, parecería apoyar la idea de que las situaciones contradictorias dentro del Estado se están aproximando a la clase obrera. Según el Estado intente racionalizar sus propios procesos de trabajo, a fin de hacer frente a su crisis fiscal, la proletarización tendencial de los funcionarios del Estado, de experimentar algún cambio, aumentará.

Una tal proletarización de las posiciones dentro del aparato de Estado modifica significativamente la relación entre las estructuras burocráticas y la lucha de clases. Si bien las estructuras burocráticas siguen actuando como una barrera frente a toda influencia directa de la clase obrera en la administración de las políticas del Estado, las relaciones de clase emergentes dentro de la burocracia significan que partes sustanciales del personal burocrático son aliadas potenciales de la clase obrera en las luchas de clases. Esto quiere decir que, con un gobierno socialista en el poder, es probable que al menos partes de la burocracia se inclinen por la izquierda en vez de sabotearla. Quedaría el problema de la resistencia ofrecida por los niveles superiores de la estructura burocrática, pero resultaría potencialmente más fácil contrarrestarla si los niveles inferiores pueden ser encuadrados en organizaciones obreras.

La proletarización de los trabajadores del Estado, incluyendo al personal burocrático de niveles inferiores, no implica que quienes ocupan tales posiciones vayan a formar automáticamente un frente común con la clase obrera en las luchas socialistas. En el plano de los intereses inmediatos, continúa existiendo una división muy acusada entre los trabajadores estatales y los no estatales, a causa de la conexión de los salarios del sector estatal con los impuestos. La organización de los trabajadores estatales en sindicatos y la intensificación de sus luchas con el Estado por sus intereses inmediatos puede resultar en una agudización del conflicto entre los trabajadores estatales y los demás. En la medida en que la movilización de los traba-

jadores estatales se produzca únicamente en torno a exigencias puramente económicas, no es probable que su proletarización les una más estrechamente a la clase obrera en su conjunto.

A fin de que la proletarización de los trabajadores del Estado contribuya a erosionar las barreras entre la clase obrera y la burocracia, es esencial, por tanto, que dichos trabajadores se organicen también en torno a exigencias políticas, es decir: exigencias de mejores servicios sociales, de clases con menos alumnos en las escuelas, de participación de los usuarios y consumidores en la administración de los servicios públicos, etc. La estrategia de penetración socialista en el Estado capitalista, la estrategia de usar al Estado para destruir al Estado, dependerá muy principalmente del éxito de la izquierda en organizar a los trabajadores estatales en torno a dichas exigencias políticas. En la medida que la izquierda fracase en organizar al personal burocrático del Estado, el dilema weberiano del control parlamentario de la burocracia socavará la eficacia de cualquier gobierno de izquierda. En la medida en que segmentos sustanciales de la burocracia se movilicen en formaciones de clase obrera, habrá que revisar la tesis de Lenin de que la estructura burocrática del Estado capitalista niega toda posibilidad de que la clase obrera use el Parlamento con fines anticapitalistas.

### 3. Capacidades de la clase obrera y Estado capitalista

La posibilidad eventual de una ruptura revolucionaria con el capitalismo en las sociedades capitalistas avanzadas depende de la organización y la fuerza de la clase obrera. El punto más decisivo de la estrategia de usar el Estado capitalista para destruir el Estado es, por tanto, el siguiente: *¿en qué formas contribuye el control del gobierno por parte de la izquierda a extender y profundizar las capacidades de clase de la clase obrera?*<sup>16</sup> Si una victoria parlamentaria de la izquierda condujera a la desmovilización y a la desorganización de la clase obrera, incluso aunque un gobierno de esta especie promulgara una serie de reformas progresistas, es inconcebible que pudiera crear las condiciones para una transformación socialista.

Como contundentemente arguye Poulantzas, una de las funciones centrales del Estado capitalista es precisamente desorganizar a la clase obrera mientras organiza simultáneamente a

<sup>16</sup> Lucio Magri hace especial hincapié en este punto. Aduce que lo que importa es menos el carácter intrínseco de las reformas introducidas por un gobierno de izquierda que la relación de tales reformas con las luchas de las masas (véase la nota 3 *supra*).

la burguesía. Esta desorganización de la clase obrera se logra sobre todo por medio de las estructuras institucionales esenciales del Estado capitalista. El carácter privado del voto, los cánones de igualdad ante la ley, la negación de la «clase» como categoría jurídica y demás sirven para que las personas dejen de ser miembros de una clase y se conviertan en ciudadanos atomizados, individuales<sup>17</sup>. En la medida en que la clase obrera se constituye en clase a despecho de tales procesos de atomización, funciona el aparato represivo del Estado para limitar el crecimiento de las capacidades organizativas de la clase obrera y para canalizar dichas organizaciones hacia objetivos que dividen en lugar de unir a la clase obrera como clase.

Sería extremadamente utópico e idealista suponer que la victoria electoral de una coalición de izquierda permitiría que un gobierno de izquierda escapara de algún modo a los límites impuestos por esta función básica del Estado capitalista. La desorganización de la clase obrera es un efecto de la estructura misma del Estado capitalista. *En tanto un Estado capitalista permanece como tal, por consiguiente, sigue teniendo dichos efectos desorganizadores sobre la clase obrera.*

Dicho esto, la pregunta es: ¿en qué medida puede actuar un gobierno de izquierda para *minimizar* los efectos desorganizadores del Estado capitalista? ¿En qué medida puede erosionar activamente la base estructural de tales efectos?<sup>18</sup>. Las

<sup>17</sup> Para una amplia discusión de tales procesos de desorganización de la clase obrera, véase Poulantzas, *Political power and social classes*.

<sup>18</sup> Estas cuestiones presuponen que la atomización de la clase obrera es un efecto *variable* y no constante de la estructura del Estado capitalista. Esta variación tiene dos fuentes: en primer lugar, distintas modificaciones de la estructura del Estado capitalista generarán diferentes grados de desorganización de la clase obrera; en segundo lugar, la misma estructura producirá diferentes grados de desorganización, según las condiciones de la lucha de clases (ya que la lucha de clases media siempre los efectos de las estructuras estatales). La estrategia de utilizar el Estado para destruir al Estado presupone ambas fuentes de variación: el control del gobierno por la izquierda puede empujar al Estado capitalista hacia el polo mínimo de desorganización de la clase obrera mediante cambios estructurales en el mismo Estado, y la lucha de clases puede mitigar los efectos desorganizadores del Estado. Todos los marxistas, desde luego, reconocerán la función mediadora de la lucha de clases (si no, sería imposible organizar a la clase obrera); pero diferirán grandemente en sus respectivos puntos de vista acerca de la primera fuente de variación de la desorganización de la clase obrera. El punto de vista socialdemócrata tradicional sería que el Estado no desorganiza necesariamente, en absoluto, a la clase obrera (es decir, que es un aparato neutral), mientras que el punto de vista leninista tradicional sería que las posibles variaciones de los efectos desorganizadores serían extremadamente limitadas o inexistentes.

respuestas a estas preguntas son de capital importancia para la estrategia de usar el Estado capitalista para destruir el Estado. «Destruir el Estado capitalista» significa fundamentalmente destruir las estructuras de ese Estado que socavan sistemáticamente las capacidades de clase de la clase obrera, haciendo imposible, por tanto, que ésta llegue a ser clase dominante.

Contestar estas preguntas supone dos tareas principales: primera, analizar las acciones que, una vez en el poder, habría de realizar un gobierno de izquierda para deteriorar la base estructural de los efectos atomizadores del Estado; y, segunda, analizar las precondiciones necesarias para que la izquierda, de hacerse con el control del gobierno, pudiera comprometerse en la realización de estas acciones.

#### *Acciones estatales que minimizan potencialmente la desorganización de la clase obrera*

La desorganización de la clase obrera, como se observó más arriba, se logra por medio de dos tipos de mecanismos: la represión directa de la expansión de las capacidades de la clase obrera y la atomización de la vida política a través de las estructuras del Estado capitalista. El primero es más fácilmente influenciado por una victoria de la izquierda que el segundo, pero éste tiene mayor importancia para una eventual destrucción del carácter capitalista del Estado capitalista.

Toda victoria electoral de la izquierda vendrá probablemente acompañada de importantes iniciativas de la clase obrera, iniciativas que irán desde la creación de consejos de barrio a las ocupaciones de fábricas. La reacción del nuevo gobierno ante tales iniciativas tendrá consecuencias a largo plazo para el fracaso o éxito últimos del sistema en construir las capacidades de la clase obrera. Tras la llegada al poder, un gobierno de izquierda estará bajo una considerable presión para probar que es «responsable», capaz de mantener el orden y de controlar a sus propias filas. Bajo tales circunstancias, el gobierno sentirá la tentación de aplastar los citados movimientos populares, o al menos de crear condiciones altamente desfavorables a su expansión. A esto se añadirán diversas amenazas —desde las huelgas de inversiones a la intervención militar, pasando por la ruptura política— de la clase capitalista, que incrementarán grandemente la presión para que sean reprimidas las citadas iniciativas de la clase obrera. La capacidad del gobierno para resistir tales presiones, y ofrecer algún tipo de paraguas al crecimiento de los movimientos sociales, determinará en gran medida las

esperanzas a largo plazo de que se produzca un cambio estructural de mayor entidad.

Un gobierno de izquierda no sólo recibirá presiones por parte de la burguesía para que reprima la movilización popular, sino que también las fuerzas socialistas conservadoras presionarán desde dentro del gobierno mismo en igual sentido, haciendo especial hincapié en el control de aquellos movimientos que impliquen una participación significativa de la izquierda extraparlamentaria. Nuevamente, ante tales presiones, el gobierno se sentirá tentado, como mínimo, a retirar todo apoyo institucional a tales movimientos, y quizá incluso a reprimir activamente a la izquierda extraparlamentaria.

Tal represión sistemática de una oposición de izquierda socavaría seriamente las posibilidades de usar el Estado para expandir las capacidades de la clase obrera. Pudiera parecer una contradicción, pero un gobierno socialista dentro de un Estado capitalista necesita una oposición de izquierda saludable y políticamente activa fuera del Parlamento. En ausencia de una oposición organizada a su izquierda, resultará extremadamente difícil para una coalición socialista en el poder evitar desplazarse gradualmente hacia la derecha bajo la presión de las exigencias del Estado capitalista. Es obvio que, de forma complementaria, tal oposición de izquierda debe ser «leal», en el sentido de abstenerse de tácticas puramente destructivas encaminadas a hundir a la coalición en el poder. Sólo bajo condiciones en las que una izquierda extraparlamentaria revolucionaria ofrezca apoyo crítico a un gobierno parlamentario socialista, y continúe, sin embargo, trabajando políticamente fuera de los límites del Estado capitalista, serán capaces los partidos parlamentarios de contribuir a la construcción de las capacidades políticas de la clase obrera<sup>19</sup>.

<sup>19</sup> Una política de protección de los movimientos sociales asumida por un gobierno de izquierda plantearía riesgos potenciales para el régimen, además de la posibilidad obvia de amenazas directas procedentes de la clase capitalista. Por otra parte, no todos los movimientos sociales populares están animados por la izquierda, y una postura generalmente no represiva hacia la movilización popular puede suponer un gran espacio de maniobra para la derecha. Una respuesta represiva dirigida selectivamente hacia las organizaciones derechistas podría ser eficaz, pero tal represión socavaría potencialmente la legitimidad del gobierno como régimen "constitucional" entre diversos estratos medios, que de no presentarse esta circunstancia podrían apoyar al gobierno. Por otro lado, no todas las fuerzas de la izquierda extraparlamentaria tienen por qué formar parte de la oposición "leal". Algunas de ellas dirigirán indudablemente gran parte de su energía contra el régimen mismo, aduciendo que está engañando e integrando a la clase obrera. Si tal oposición asume la forma de sabotaje o de otras tácticas altamente desestabilizadoras, el gobierno pue-

La política de adoptar una postura generalmente no represiva frente a los movimientos sociales populares como medio de expandir las capacidades de clase de la clase obrera es bastante sencilla, incluso si se enfrenta a una oposición seria. El problema de realizar reformas estructurales del Estado capitalista a fin de socavar los efectos atomizadores del Estado es mucho más espinoso<sup>20</sup>, pero si las capacidades de clase de la clase obrera han de desarrollarse, tales reformas son de vital importancia.

El medio más importante con el que la estructura del Estado democrático capitalista cuenta para atomizar a la clase obrera es quizá limitar la vida política popular al voto, al escrutinio de unas elecciones en las que los individuos privados escogen a sus representantes políticos. El punto clave para minimizar la citada atomización es incrementar las formas en las que la gente pueda participar directamente en la política en cuanto miembros de colectividades organizadas. A fin de lograr esto es necesario el establecimiento de embriones de democracia directa en los márgenes de la administración del Estado. Estos cambios estructurales incluyen cosas tales como juntas comunitarias de planificación ligadas a las asociaciones vecinales, comités de trabajadores y usuarios en los servicios públicos, delegados de los consejos de fábrica en los organismos estatales de planificación, estructuras autogestionarias en las industrias estatales, etcétera. En cada una de estas nuevas formas cuasi democráticas de administración del Estado, el aspecto crítico no es simplemente una mayor participación de los individuos en los procesos políticos, sino más bien la participación en la política de los individuos *en cuanto miembros de colectividades con base de clase*. Si esto ocurre, entonces tales formas limitadas de «desburocratización» del Estado pueden servir en parte para reemplazar las formas privatizadas e individualizadas de participación política que supone el voto por formas de vida política más públicas y colectivas. El carácter colectivo y público de esta participación podría eventualmente ampliar y profundizar las relaciones sociales dentro de la clase obrera, lo que tendría

de verse impulsado a tratar de controlar a los citados grupos. Sin embargo, una vez que el gobierno comience a reprimir a un segmento de la izquierda revolucionaria se hará más difícil proteger a las tendencias de la oposición de izquierda revolucionaria "leal".

<sup>20</sup> Para una discusión relativamente temprana del problema de reformar el Estado capitalista de forma que aumente el poder de la clase obrera, véase la discusión de André Gorz acerca de "las reformas no reformistas" en *Strategy for labor*, Boston, 1967.

a su vez como resultado el fortalecimiento de sus capacidades de clase.

Dentro del marco del Estado capitalista, tal disolución del aparato de Estado sería naturalmente de amplitud limitada; estaría constantemente amenazada por los impedimentos constitucionales y económicos a la democracia obrera. Las reglas de procedimiento chocarían continuamente con las iniciativas de las organizaciones de base intentando participar en las nuevas formas «democráticas» de administración del Estado. Las prerrogativas burocráticas socavarían la eficacia de los intentos de lograr una descentralización administrativa. La necesidad de trabajar una semana laboral de 40 horas minaría la vitalidad de la participación popular en los órganos políticos. Son precisamente factores de esta índole los que hacen imposible que un gobierno de izquierda enmarcado en un Estado capitalista elimine la política atomizada. Puede esperarse como máximo que la erosión parcial de las estructuras burocráticas contribuya a expandir las capacidades de clase de la clase obrera, y que tales logros sirvan como demostración embrionaria concreta de la alternativa a las instituciones representativas burguesas. En la medida en que esto ocurra, la experiencia de los límites de un programa tal de desburocratización contribuirá a su vez a demostrar la necesidad de transformaciones más fundamentales que trasciendan los límites de las estructuras capitalistas <sup>21</sup>.

<sup>21</sup> Detengámonos un momento en la relación entre este análisis de las posibilidades de una disolución limitada del Estado (desburocratización parcial) y la teoría revolucionaria clásica del "doble poder". El doble poder se refiere al período relativamente breve en el que, durante una situación revolucionaria, un aparato de Estado nuevo, revolucionario, se establece por vez primera y coexiste con el aparato del antiguo régimen. Hay de hecho dos Estados compitiendo mutuamente por el respaldo popular. El Estado revolucionario, en estos términos, es exterior al antiguo aparato. La perspectiva de un gobierno de izquierda dentro de un Estado capitalista que adopte reformas estructurales para reducir los efectos atomizadores del Estado es un proyecto de cambios internos en el antiguo aparato de Estado. En cierto sentido, puede interpretarse como un razonamiento sobre la posibilidad de crear formas primitivas de instituciones políticas socialistas dentro del edificio del Estado capitalista. Esto no implica que en un momento dado no sea necesario romper cualitativamente con las estructuras del Estado capitalista y que esta ruptura no pueda incluir la creación de una estructura de doble poder. Se afirma simplemente que es posible preparar el terreno político para dicha ruptura mediante cambios estructurales dentro del Estado capitalista mismo.

*Precondiciones para que un gobierno de izquierda pueda minimizar los efectos desorganizadores del Estado capitalista*

Para que un gobierno de izquierda adopte una postura generalmente no represiva respecto de los movimientos sociales e inicie incluso una erosión, por pequeña que sea, de la estructura burocrática del Estado capitalista, son necesarias dos precondiciones: primera, es esencial que la izquierda se haga con el control del gobierno sobre la base de una clase obrera movilizadada que cuente con fuertes capacidades organizativas autónomas; segunda, es importante que la hegemonía ideológica de la burguesía sea seriamente debilitada con anterioridad a una victoria electoral de la izquierda. Estas dos condiciones están dialécticamente ligadas, pero será de utilidad discutir las por separado.

Si la izquierda fuera a llegar al poder a través de las desorganizadas relaciones políticas típicas propias de la política electoral —si, por ejemplo, la victoria electoral de la izquierda en un período de crisis económica estuviera más en función del colapso de los partidos burgueses que de su propia base organizativa—, resultaría muy difícil entonces imaginar cómo podrían adoptarse medidas, ni siquiera a modo de prueba, que expandieran significativamente las capacidades de la clase obrera. El modo crucial en que un gobierno de izquierda puede contribuir potencialmente a la consolidación y expansión de las capacidades de la clase obrera es conectando directamente las diversas organizaciones obreras a los procesos de intervención estatal. La ironía radica en que, a menos que tales organizaciones gocen ya de una vitalidad y una cohesión considerables con anterioridad a la victoria electoral, la citada participación en la actividad estatal generará probablemente formas de corporativismo manipuladoras, cooptativas, en vez de robustecer la capacidad de la clase obrera. Incluso bajo las mejores condiciones y con las mejores intenciones, las presiones en demanda de eficacia y control reducirán cualquier contribución genuina de las organizaciones obreras al proceso de planificación. Desde un punto de vista burocrático es mucho más conveniente que tal participación sea puramente formal, en vez de tener un contenido; sólo unas organizaciones obreras autónomas, potentes y enraizadas genuinamente en la clase obrera (es decir, que constituyan capacidades de la clase obrera) serán capaces de contrarrestar tales tendencias. Dadas las fuertes presiones políticas y económicas con que se enfrentará un gobierno de izquierda una vez en el poder, será inútil esperar el desarrollo de dichas capacidades organizativas si no estaban presentes con anterioridad.

Una capacidad organizativa obrera relativamente débil dificultará asimismo que el gobierno de izquierda controle eficazmente el aparato burocrático del Estado; más aún, que inicie programas que erosionen la estructura burocrática de dicho aparato. Todo programa que se proponga la reestructuración de los organismos burocráticos de forma que permitan una participación genuina de las organizaciones de base será inviable sin la cooperación de al menos los trabajadores burocráticos subalternos. Nuevamente resulta difícil ver cómo podrían llevarse a efecto con éxito tales cambios en ausencia de más organizaciones obreras fuertes que hubieran establecido lazos firmes con los trabajadores del Estado antes de la victoria electoral de la izquierda.

La otra cara de la necesidad de unas capacidades organizativas obreras fuertes, como precondition para que los esfuerzos de un gobierno de izquierda por contrarrestar los efectos atomizadores del Estado capitalista tengan éxito, es la necesidad de que la hegemonía burguesa se debilite relativamente. El aspecto crucial de la «hegemonía», en este contexto, es la capacidad para definir *ideológicamente* qué tipos de alternativas sociales son posibles en un momento dado. (Ha de contrastarse la hegemonía con la «dominación», que se refiere a la capacidad para reforzar un cierto número de alternativas sociales, con independencia de que el pueblo crea o no posibles otras alternativas.) Si la hegemonía burguesa está más o menos intacta, será difícil para todo gobierno socialista adoptar medidas que intenten ampliar seriamente el grado de participación política de las masas. A fin de que esta participación tenga los efectos deseados —la expansión de las capacidades de clase de la clase obrera—, es esencial que el pueblo participe de una forma enérgica y comprometida. A menos que la clase obrera cuente ya con una muy penetrante conciencia socialista, no es probable que tal compromiso se mantenga durante un período prolongado.

Por estas razones, es esencial que la izquierda no se limite a lograr la mayoría parlamentaria (algo bien difícil, no hay que decirlo), sino que lo haga en forma que desarrolle las capacidades organizativas de la clase obrera (es decir, que fortalezca las relaciones sociales entre los trabajadores) y desafíe la hegemonía ideológica de la clase capitalista. Esto significa tanto atraer más gente a las organizaciones obreras como conectar estas organizaciones con objetivos socialistas a largo plazo. A fin de lograr esto, las luchas electorales deben ser ligadas sistemáticamente a los movimientos sociales de base, las estrategias electorales deben orientarse tanto hacia los niveles de gobierno lo-

cales y regionales como hacia niveles nacionales de gobierno<sup>22</sup>, los programas de los partidos deben prestar oídos a las iniciativas populares y no ser formulados exclusivamente mediante directrices burocráticas, de arriba a abajo, la actividad cultural socialista debe llegar a sectores más amplios del pueblo, etc.

Estos argumentos en favor de la necesidad de socavar la hegemonía capitalista y de crear capacidades organizativas duraderas en la clase obrera previamente a una victoria electoral de la izquierda no implican que la hegemonía capitalista haya de ser completamente destruida o que la clase obrera deba tener ya una capacidad organizativa suficiente para ser capaz de convertirse en la clase dominante. Por el contrario, la estrategia de usar el Estado para destruir el Estado asume que únicamente mediante cambios estructurales en el Estado capitalista puede socavarse la hegemonía capitalista de forma definitiva, y desarrollarse las capacidades de la clase obrera hasta un grado en el que sea posible la ruptura decisiva con el capitalismo. El punto central aquí es que, para que el control del gobierno por parte de la izquierda suministre una base para destruir el Estado capitalista, es necesario en último término un cierto grado de capacidad organizativa obrera y de desintegración de la hegemonía burguesa. Si estas preconditiones no se hallan presentes, una victoria electoral socialista originará como máximo una serie de reformas relativamente progresistas que no alterarán el equilibrio de fuerzas de la sociedad. Si, por el contrario, se dan tales preconditiones, el gobierno puede adoptar potencialmente unas reformas que contribuyan a ampliar las capacidades de la clase obrera. Estas, a su vez, acelerarán potencialmente la erosión de la hegemonía ideológica burguesa, lo que, por su parte, tendrá como resultado la creación de unas condiciones que permitirán una ulterior consolidación de las capacidades de la clase obrera.

<sup>22</sup> El hincapié estratégico de los partidos comunistas italiano y francés en la construcción de una base en los niveles local y regional de gobierno, antes de intentar formar un gobierno a nivel nacional, podría contribuir potencialmente al fortalecimiento de las capacidades organizativas de la clase obrera antes de asumir un papel dominante en el gobierno central. La cuestión crítica, entonces, es la medida en que el control de los aparatos de Estado locales por parte de la izquierda ha estimulado o ha socavado las capacidades organizativas de la clase obrera en sociedades como Italia y Francia. Las alcaldías que en Italia están en manos del partido comunista, por ejemplo, ¿han estimulado las asociaciones vecinales otorgándoles unos mayores recursos y área de acción, o han tendido a socavar sus iniciativas y a cooptar a sus dirigentes? Para contestar a esta pregunta sería extremadamente útil disponer de estudios comparativos de las ciudades italianas.

#### 4. El problema de la represión

Las clases dominantes no dominan únicamente mediante la hegemonía, sino también mediante la dominación. El ataque a la hegemonía ideológica burguesa no creará una sociedad socialista a menos que llegue a traducirse en un ataque a la dominación burguesa. La estrategia de usar el Estado capitalista para destruir el Estado capitalista es implícitamente un alegato en favor de tal posibilidad. Argüir que los cambios estructurales en el Estado capitalista pueden facilitar el fortalecimiento de las capacidades organizativas de la clase obrera es decir que este fortalecimiento puede hacer posible el desafío a la dominación burguesa.

El problema, naturalmente, es que la burguesía no puede esperar a que las capacidades de clase de la clase obrera alcancen un nivel tal. La burguesía responderá ciertamente con contundencia a intervenciones estatales que alteren el equilibrio de fuerzas en favor de la clase obrera. Inicialmente esta respuesta se producirá bajo diversas formas de sabotaje económico (fugas de capital, denegación de créditos por parte de instituciones financieras internacionales, embargos, etc.). Bajo condiciones normales, estas acciones constituirán serios obstáculos para las posibilidades de la actividad estatal y socavarán tan gravemente la seguridad económica de la población que invertirán eficazmente el patrón de intervención estatal<sup>23</sup>. Esto es, después de todo, lo que significa que la burguesía es la clase dominante incluso cuando los partidos obreros tienen en su poder las riendas del gobierno.

En el capitalismo avanzado, sin embargo, la eficacia de este sabotaje económico burgués puede ser menos completa que en períodos anteriores. El gran incremento experimentado por el papel del Estado en la acumulación significa que una proporción mucho mayor de los recursos sociales es administrada por el Estado en vez de quedar directamente en manos del capital privado. Esto, en principio, mitigará en alguna medida el impacto de las sanciones económicas impuestas por la clase capitalista. Más aún, el debilitamiento de la hegemonía ideológica burguesa y el fortalecimiento de las capacidades organizativas

<sup>23</sup> Esto es precisamente lo que significa decir que hay límites de compatibilidad funcional a las intervenciones del Estado. Las intervenciones que caen fuera de tales límites provocan una cadena de consecuencias —en este caso, una creciente guerra de clases económica— que eventualmente dan lugar a que la política se invierta o a la ruptura con el sistema de dominación capitalista.

de la clase obrera implican que, al menos en algunos países, grandes secciones de la clase obrera pueden estar preparadas para resistir los temporales provocados por el sabotaje capitalista. Aunque sería un gran error subestimar la influencia económica que la clase capitalista todavía posee en toda sociedad capitalista, tal influencia pudiera no ser bastante por sí misma para derribar un gobierno de izquierda o forzarle a someterse.

Esto trae entonces a colación el problema fundamental de la contrarrevolución armada, de la posibilidad de que la clase capitalista intente un golpe militar o incluso quizá una invasión de las fuerzas imperialistas para destruir un gobierno socialista democráticamente elegido. Perry Anderson ha expresado muy bien este punto: «La lógica de la teoría marxista indica que en la naturaleza del Estado burgués está el que, en todo enfrentamiento definitivo, el aparato represivo armado desplace inexorablemente a los aparatos ideológicos de representación parlamentaria, para reocupar la posición dominante en la estructura del poder de clase capitalista. Esta maquinaria de Estado coercitiva es la barrera última ante la revolución obrera, y únicamente puede quebrarla una contrac coerción preventiva... Una insurrección tendrá éxito únicamente si el aparato represivo de Estado se divide o se desintegra, como sucedió en Rusia, China o Cuba. La 'convención' consensual que mantiene unidas a las fuerzas de la coerción debe, en otras palabras, ser quebrantada»<sup>24</sup>. La lección histórica de Chile subraya la racionalidad teórica de este argumento. En último término es la capacidad de la burguesía para destruir violentamente cualquier intento pacífico de construcción del socialismo lo que hace que tales intentos sean tan precarios.

En determinado punto, un régimen parlamentario de izquierda tiene que abandonar sus objetivos socialistas o enfrentarse directamente, desafiándolo, al aparato represivo del Estado. En una confrontación tal se convierten en elementos decisivos la medida en que la unidad ideológica de los militares haya sido erosionada por las luchas socialistas, la medida en que dicho aparato militar pueda solicitar la ayuda de fuerzas imperialistas externas y la medida en que las capacidades de clase de la clase obrera se hayan fortificado o debilitado durante el período de dominio parlamentario socialista. Si bien una confrontación con los militares puede ser inevitable, no es necesariamente inevitable que éstos hayan de ganarla<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> Perry Anderson, "The antinomies of Antonio Gramsci", *New Left Review*, 100, 1977, pp. 76-77 [*Las antinomias de Antonio Gramsci*, Barcelona, Fontamara, 1978].

<sup>25</sup> Esta amenaza de intervención militar es la causa de que los partidos

El propósito de este capítulo no era ofrecer un juicio histórico de las prácticas reales de partidos políticos específicos, ni tampoco intentar una predicción de las estrategias probables que se pondrán en práctica en el futuro, sino más bien explorar la lógica de una alternativa estratégica particular que se plantea la izquierda y examinar las condiciones sociales que configurarán las posibilidades de éxito de dicha estrategia. Queda por ver si la estrategia de usar el Estado capitalista para destruir el carácter de clase de ese Estado será generalmente aceptada un día por la izquierda organizada de Europa occidental y de otros lugares. Quizá todavía sea más importante el hecho de que, incluso si se eligiera sinceramente esta estrategia como postura teórica, está aún por ver si, en la práctica, un gobierno socialista encuadrado en un Estado capitalista podría resistir las enormes presiones para el abandono de tal estrategia.

En último término, es el carácter de las luchas de clases, durante un período de dominio parlamentario socialista, lo que determinará la plausibilidad de la estrategia de usar el Estado capitalista como base para destruir el Estado capitalista. Si bien las contradicciones del capitalismo tardío han generado importantes posibilidades nuevas para la transformación socialista, esas contradicciones no son los únicos determinantes del éxito o el fracaso de las estrategias específicas. La medida en que una estrategia puede tener éxito, por tanto, depende grandemente del grado en que los partidos socialistas y comunistas intenten sistemática y continuamente fortalecer las capacidades de clase de la clase obrera, lo que a su vez depende de las formas complejas en las que la lucha de clases medie los diversos procesos de formación de clase, actividad estatal y cambio social.

comunistas europeos occidentales concedan tal importancia al equilibrio de fuerzas internacional en cada momento. Su esperanza es que el equilibrio general de poder entre los Estados Unidos y la Unión Soviética haga improbable una intervención militar directa si un gobierno de izquierda toma el poder. Esto no significa, sin embargo, que la amenaza de una contrarrevolución militar interna pueda ser tomada a la ligera. Incluso en Chile, donde la intervención norteamericana fue muy importante en la caída del gobierno de Allende, los Estados Unidos no necesitaron invadir directamente el país. Toda estrategia socialista en el capitalismo avanzado debe, por consiguiente, incluir una organización seria dentro de los militares mismos, un esfuerzo por cambiar la vida de los militares a fin de romper el aislamiento social e ideológico del ejército con respecto a la clase obrera.

## BIBLIOGRAFIA

- Aarnowitz, Stanley, Russel Jacoby, Paul Piccone y Trent Schroyer, "Notes and commentary: symposium on class", *Telos*, 28, 1976.
- Althusser, Louis, *For Marx*, Londres, New Left Books, 1977 [*La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, 1967].
- Althusser, Louis, y Etienne Balibar, *Reading Capital*, Londres, New Left Books, 1970 [*Para leer «El capital»*, México, Siglo XXI, 1969].
- Amin, Samir, "Toward a structural crisis of world capitalism", *Socialist Revolution*, 23, 1975.
- Anderson, Perry, *Lineages of the absolutist state*, Londres, New Left Books, 1974 [*El Estado absolutista*, Madrid, Siglo XXI, 1979].
- , "The antinomies of Antonio Gramsci", *New Left Review*, 100, 1977 [*Las antinomias de Antonio Gramsci*, Barcelona, Fontamara, 1978].
- Baran, Paul, y Paul Sweezy, *Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1966 [*El capital monopolista*, México, Siglo XXI, 1963].
- Bertaux, Daniels, *Destins personnels et structure de classe*, París, Presses Universitaires de France, 1977.
- Boddy, Raford, y James Crotty, "Class conflict and macro-policy: The political business cycle", *Review of Radical Political Economics*, Vol. 7, 1, 1975.
- , "Wage push and working class power: a reply to Howard Sherman", *Monthly Review*, Vol. 27, 10, 1976.
- Bowles, Sam, y Herb Gintis, *Schooling in capitalist America*, Nueva York, Basic Books, 1976 [*La instrucción escolar en la América capitalista*, México, Siglo XXI, 1981].
- Braverman, Harry, *Labor and monopoly capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974.
- Bullock, Paul, y David Yaffe, "Inflation, the crisis and the post-war boom", *Revolutionary Communist*, 3/4, 1975.
- Burawoy, Michael, *The organization of consent: changing patterns of conflict on the shop floor, 1945-1975*, tesis doctoral, Universidad de Chicago, Departamento de Sociología, 1976.
- Carchedi, G., "On the economic identification of the new middle class", *Economy and Society*, iv, 1, 1975.
- , "The reproduction of social classes at the level of production relations", *Economy and Society*, iv, 4, 1975.
- , *On the economic identification of social classes*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1977.
- Cogoy, Mario, "Les théories néo-marxistes, Marx et l'accumulation du capital", *Les Temps Modernes*, septiembre-octubre de 1972.
- , "The fall in the rate of profit and the theory of accumulation", *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, invierno de 1973.
- Del Río, Alfredo, *Class struggle and electoral politics in Chile, 1958-1973*, tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Departamento de Sociología, 1978.
- Desai, Meghnad, *Marxian economic theory*, Londres, Gray-Mills Publish-

- hing, 1974 [Lecciones de teoría económica marxista, Madrid, Siglo XXI, 1977].
- DeVroey, Michael, "The separation of ownership and control in large corporations", *Review of Radical Political Economics*, vol. 7, 2, 1975.
- Edwards, Richard, *Alienation and inequality: capitalist relations of production in business enterprises*, tesis doctoral, Universidad de Harvard, Departamento de Economía.
- Ehrenreich, Barbara, y John Ehrenreich, "The professional-managerial class", *Radical America*, vol. 11, 2, 1971.
- Engels, Friedrich, *Anti-Dühring*, Moscú, 1959 [Barcelona, Crítica, 1977].
- Esping-Anderson, Gösta, Roger Friedland y Erik O. Wright, "Modes of class struggle and the capitalist state", *Kapitalistate*, 4-5, 1976.
- Freedman, Francesca, "The internal structure of the proletariat", *Socialist Revolution*, 26, 1975.
- Friedland, Roger, *Class power and the central city: the contradictions of urban growth*, tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Departamento de Sociología, 1977.
- , "Class power and social control: the war on poverty", *Politics and Society*, vol. 6, 4, 1976.
- Friedland, Roger, Alexander Hicks y Ed Johnson, "Class power and redistribution", *American Sociological Review*, vol. 43, 1, 1978.
- Gedicks, Al, "Ethnicity, class solidarity and labor radicalism among Finnish immigrants in Michigan copper country", *Politics and Society*, 1977.
- , *The radical Finns of northern Minnesota: a study in the development of working class politics*, tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Departamento de Sociología, 1978.
- Giddens, Anthony, *The class structure of the advanced societies*, Nueva York, Harper and Row, 1973 [La estructura de clases en las sociedades avanzadas, Madrid, Alianza, 1979].
- Gillman, Joseph, *Prosperity in crisis*, Nueva York, Marzani and Munsel, 1965 [Prosperidad en crisis, Barcelona, Anagrama, 1971].
- Glyn, Andrew, y Bob Sutcliffe, "The critical condition of British capital", *New Left Review*, 66, 1971.
- , *British capitalism, workers and the profit squeeze*, Londres, Penguin Books, 1972.
- Gold, David, Clarence Lo, y Erik Olin Wright, "Some recent developments in marxist theories of the state", *Monthly Review*, vol. 27, 5-6, 1975 ["Aportaciones recientes a la teoría marxista sobre el Estado capitalista", *Revista Mensual/Monthly Review*, vol. 1, 8/9, 1977/78].
- Hill, Judah, "Class analysis: United State in the 1970's", Emeryville, California, 1976.
- Hodgson, Geoff, "The falling rate of profit", *New Left Review*, 84, 1974, ["La teoría de la caída de la tasa de ganancia", *En Teoría*, 1 marzo-abril de 1979].
- Keat, Russel, y John Urry, *Social theory as science*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1976.
- Koshimura, Shinzaburo, *Theory of capital reproduction and accumulation*, Kitchner (Ontario), DPC Publishing Co., 1975.
- Laibman, David, "The organic composition of capital: a fresh look at Marxian accumulation theory", manuscrito inédito, 1974.
- Lenin, V. I., *The state and revolution*, en *Selected works*, un volumen, Londres, Lawrence and Wishart, 1969.
- , *Obras escogidas*, 3 vols., Madrid, Akal, 1975.
- , *Collected Works*, Moscú, Progress Publishers, vols. 29 y 32, 1965, vol. 33, 1969.
- , *On the Soviet state apparatus*, Moscú, Progress Publishers, 1969.

- Levine, David, *Accumulation and technical change in Marxian economics*, tesis doctoral Universidad de Yale, Departamento de Economía.
- Lo, Clarence, "The functions of US military spending", *Kapitalistate*, 3, 1975.
- Luria, Daniel, *Suburbanization, homeownership and working class consciousness*, tesis doctoral, Universidad de Massachusetts, Departamento de Economía, 1976.
- Mage, S. H., *The law of the falling tendency of the rate of profit*, tesis doctoral, Universidad de Columbia, 1963.
- Mandel, Ernest, *Late capitalism*, Londres, New Left Books, 1975 [El capitalismo tardío, México, Era, 1979].
- Marglin, Stephen, "What do bosses do?", *Review of Radical Political Economics*, Vol. 6, 2, 1974.
- Martinelli, Alberto, "Nation states and multinationals", *Kapitalistate*, 1, 1973.
- Marx, Karl, *Capital*, I, Londres, Penguin/NLR, 1976.
- , *Capital*, III, Nueva York, International Publishers, 1967.
- , *El capital*, Madrid, Siglo XXI, 1975, 1981.
- , *Grundrisse*, Londres, Penguin/NLR, 1973 [Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, Madrid, Siglo XXI, 1972-1976].
- Mattick, Paul, *Marx and Keynes*, Boston, Porter Sargent, 1969 [Marx y Keynes, México, Era, 1975].
- Miliband, Ralph, "The State and revolution", *Monthly Review*, Vol. 11, 11, 1970 ["El Estado y la revolución", *Revista mensual/Monthly Review*, Vol. 1, 8/9, 1977/78].
- Nicolaus, Martin, "Proletariat and middle class in Marx", *Studies on the Left*, 7, 1967 ["Proletariado y clase media en Marx: coreografía hegeliana y dialéctica capitalista", en *El Marx desconocido*, Barcelona, Anagrama, 1972].
- O'Connor, James, "Productive and unproductive Labor", *Politics and Society*, vol. 5, 3, 1975.
- , *The fiscal crisis of the state*, Nueva York, St. Martin's, 1973 [La crisis fiscal del Estado, Barcelona, Península, 1981].
- Offe, Claus, "Structural problems of the capitalist state", en Von Beyme, comp., *German Political Studies*, vol. 1, Los Angeles, Sage, 1974.
- , "The theory of the capitalist state and the problem of policy formation", en Leon Lindberg y otros, comps., *Stress and contradiction in modern capitalism*, Lexington (Massachusetts), D.C. Heath, 1972.
- Perrone, Luca, y Erik Olin Wright, "Lo Stato nella teoria funzionalista e marxista-strutturalista", *Studi di Sociologia*, XI, 1973.
- Poulantzas, Nicos, *Political power and social classes*, Londres, New Left Books, 1973 [Poder político y clases sociales en el Estado capitalista, Madrid, Siglo XXI, 1972].
- , "On social classes", *New Left Review*, 78, 1973 ["Las clases sociales", en AA.VV., *Las clases sociales en América Latina*, México, Siglo XXI, 1973, pp. 96-126].
- , *Classes in contemporary capitalism*, Londres, New Left Books, 1975 [Las clases sociales en el capitalismo actual, Madrid, Siglo XXI, 1977].
- Przeworski, Adam, "The process of class formation from Karl Kautsky's *The class struggle to recent debates*", *Politics and Society*, 1978.
- Reich, Michael, *Racial discrimination and the white income distribution*, tesis doctoral, Universidad de Harvard, Departamento de Economía, 1973.
- , "Who benefits from racism?", *Journal of Human Resources*, 1978.
- , *Racial discrimination and class in the United States*, Princeton, Princeton University Press, 1979.

- Roach, John M., "Worker participation: new voices in management", *Conference Board Report 564*, Nueva York, The Conference Board, 1973.
- Rowthorn, Bob, "Skilled labour in the Marxist system", *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, septiembre de 1974.
- , "Late Capitalism", *New Left Review*, 98, 1976 ["'El capitalismo tardío' de Ernest Mandel", *En Teoría*, 3, octubre-diciembre de 1979].
- Rush, Harold M. F., "Job design for motivation: experiments in job enlargement and job enrichment", *Conference Board Report 515*, Nueva York, The Conference Board, 1971.
- Schwartz, Jesse, *The subtle anatomy of capitalism*, Santa Monica, Good-year Publications, 1977.
- Sraffa, Piero, *The production of commodities by means of commodities*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960 [*Producción de mercancías por medio de mercancías*, Barcelona, Oikos-Tau, 1966].
- Stinchcombe, Arthur, *Constructing social theories*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1968.
- Stone, Katherine, "The origins of job structures in the steel industry", *Review of Radical Political Economics*, vol. 6, 1974.
- Sweezy, Paul, *The theory of capitalist development*, Nueva York, Monthly Review Press, 1942 [*Teoría del desarrollo capitalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945].
- , "Some problems in the theory of capital accumulation", *Monthly Review*, vol. 26, 1, 1974.
- Szymanski, Al, "Trends in the American working class", *Socialist Revolution*, 10, 1972.
- Therborn, Göran, *What does the ruling class do when it rules?*, Londres, New Left Books, 1978 [*¿Cómo domina la clase dominante?*, Madrid, Siglo XXI, 1979].
- Urry, John, "Towards a structural theory of the middle class", *Acta Sociologica*, vol. 16, 3, 1973.
- Weber, Max, *Economy and society*, Nueva York, Bedminster Press, 1968 [*Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964].
- , *Politics and government in reconstructed Germany*, publicado como apéndice en *Economy and society* ["Parlamento y gobierno en el nuevo ordenamiento alemán", en *Escritos políticos*, 1, México, Folios, 1982].
- Wright, Erik Olin, *Class structure and income inequality*, Nueva York, Academic Press, 1978.
- , "Class boundaries in advanced capitalist societies", *New Left Review*, 98, 1976.
- , "Alternative perspectives in the Marxist theory of accumulation and crisis", *The Insurgent Sociologist*, otoño de 1975.
- , "To control or to smash bureaucracy: Weber and Lenin on politics, the state and bureaucracy", *Berkeley Journal of Sociology*, xix, 1974.
- Wright, Erik Olin, y Luca Perrone, "Classi sociale scuola, occupazione e reddito in USA", *Quaderni di Sociologia*, xxiv, 1-2, 1975.
- , "Marxist class categories and income inequality", *American Sociological Review*, vol. 42, 1, 1977.
- Yaffe, David, "The Marxian theory of crisis, capital and the state", *Economy and Society*, vol. 2, 2, 1973.
- , "The crisis of profitability: a critique of the Glyn-Sutcliffe thesis", *New Left Review*, 80, 1973 ["La crisis de rentabilidad", *En Teoría*, 1, abril-junio de 1973].
- Zeitlin, Maurice, "Corporate ownership and control: the large corporation and the capitalist class", *American Journal of Sociology*, 79, 1974.

## INDICE DE NOMBRES

- Alemania, 177, 182, 184n., 205, 214
- Althusser, Louis, 6 y n., 189n.
- Allende, gobierno de, 246n.
- Amin, Samir, 136n., 166n.
- Anderson, Perry, 13, 245 y n.
- Balibar, Etienne, 6n.
- Baran, Paul, 40n., 118n.
- Bentham, Jeremy, 112
- Bertaux, Daniel, 87 y n.
- Bismarck, Otto von, 177, 182, 205
- Boddy, Rafoord, 143, 146
- Bowles, Sam, 2n.
- Braverman, Harry, 58n., 72, 73n., 75, 111 y n., 113n., 168n.
- Bretton Woods, acuerdos de, 169
- Burawoy, Michael, 2n.
- Carchedi, G., 43n., 55n.
- Carrillo, Santiago, 221n.
- Cogoy, Mario, 118n., 120n., 121n., 130, 135-136
- Conference Board, 59-60
- Crotty, James, 143, 146
- Cuba, 245
- Chile, 245
- China, 63n., 210, 245
- Desai, Meghnad, 109n.
- DeVroey, Michael, 62, 63n.
- Dobb, Maurice, 120n.
- Domhoff, G., William, 189n.
- Edwards, Richard, 71
- Engels, Friedrich, 100n., 145n., 193, 196
- Epsing-Anderson, Gösta, 173n.
- Estados Unidos, 46-51, 59n., 78-81, 88, 94-95, 98, 103, 151-153, 168-173, 191, 227, 234, 246n.
- Fee, Terry, 86n.
- Fine, Ben, 144n.
- Francia, 191, 243n.
- Francfort, escuela de, 176n.
- Freedman, Francesca, 22n.
- Friedland, Roger, 2n., 173n.
- Gedicks, Al, 94n.
- Giddens, Anthony, 84n.
- Gillman, Joseph, 118n., 120n.
- Gintis, Herb, 2n.
- Glyn, Andrew, 118n., 143, 144n., 146
- Garz, André, 85n., 239n.
- Gran Bretaña, 143-144, 165, 191
- Harris, Lawrence, 144n.
- Hilferding, Rudolf, 62
- Hodgson, Geoff, 115n.
- Italia, 172, 243n.
- Kautsky, Karl, 93n., 97n., 206n., 230n.
- Keat, Russel, 4n.
- Kerenski, gobierno, 222n.
- Keynes, John M., 116n., 118n., 122n.
- Koshimura, Shinzaburo, 109n.
- Laibman, David, 120n.
- Lenin, Vladimir Ilich, 21, 176-177, 186, 189-211, 214-215, 217-218, 220, 223n., 233
- Levine, David, 131n., 162n.
- Lindberg, Leon, 9n., 118n.
- Lo, Clarence, 152n.
- Lockheed, corporación, 153
- Lukács, György, 26n.
- Luria, Daniel, 95n.

- Mage, Shane, 110n., 118n., 120n., 146  
 Magri, Lucio, 221n., 235n.  
 Mandel, Ernest, 148n., 158n., 163n.  
 Marglin, Stephen, 58, 164n., 165  
 Martinelli, Alberto, 156n.  
 Marx, Karl, 4, 27, 39n., 61, 71, 92-93, 95n., 110-112, 116n., 118n., 120n., 122n., 126, 128, 132-133, 139, 140n., 144, 145 y n., 162n., 176, 192-193, 195-196  
 Mattick, Paul, 116, 118n., 120n., 122n.  
 Miliband, Ralph, 189n., 209n., 222n.  
 Mills, C. Wright, 189n.  
 Nicolaus, Martin, 110, 111n.  
 Noruega, 191  
 O'Connor, James, 39n., 118n., 130n., 150, 157, 162n.  
 Offe, Claus, 6n., 9n., 118n., 150n., 156, 163n., 173n., 176n.  
 París, Comuna de, 195  
 Perrone, Luca, 2n., 6n.  
 Phillips, curva de, 154-156  
 Portugal, 101  
 Poulantzas, Nicos, 6n., 19n., 22n., 23-54, 62, 76n., 77, 97n., 189n., 204n., 225n., 235, 236n.  
 Prusia, 233  
 Przeworski, Adam, 93n., 95, 101, 228n., 230n.  
 Reich, Michael, 2n.  
 Río, Alfredo del, 2n.  
 Roach, John, 60 y n.  
 Roth, Guenther, 177n.  
 Rowthorn, Bob, 110n., 148, 158n.  
 Rush, Harold, 59, 60n.  
 Soref, Michael, 67n.  
 Sprague, John, 228n.  
 Sraffa, Piero, 110  
 Stinchcombe, Arthur, 6n.  
 Stone, Katherine, 58n., 94, 168n.  
 Suiza, 191  
 Sutcliffe, Bob, 118n., 143, 144n., 146  
 Sweezy, Paul, 40n., 110n., 118n., 120n., 139  
 Szymansky, Al, 22n.  
 taylorismo, 59, 113  
 Therbon, Göran, 9n., 176n.  
 URSS, 63n., 210, 215, 218  
 Urry, John, 4n.  
 Weber, Max, 21, 71, 84n., 176-189, 199-204, 206-213, 214n., 215n., 217-219, 233  
 Weimar, República de, 176  
 Wittich, Claus, 177n.  
 Wright, Erik Olin, 2n., 6n., 55n., 173n.  
 Yaffe, David, 118n., 126, 128 y n., 144n., 150n.  
 Zeitlin, Maurice, 61 y n.

- absolutismo, 8, 13  
 acumulación  
 definición de, 107 ss.  
 formas de, 159-173  
 impedimentos a la, 13, 20, 58, 104-106, 118-174  
 necesidad de la, 116-117  
 primitiva, 99, 164-165  
 relación con el Estado, 13, 20-21, 118, 134, 148-156  
 relación con la competencia, 106, 117  
 relación con la lucha de clases, 67, 105, 147  
 transformación de la, 20, 106, 157-173  
 amas de casa, 82, 85-86  
 apariencias, 3-7, 122  
 asistencia social, 88, 148, 151, 153, 168, 170, 171, 229  
 asociaciones, véase organizaciones  
 asociaciones profesionales, 102  
 atomización de la clase obrera, 235-237, 239-243  
 autogestión, 239  
 burguesía, 37-38, 43, 91  
 diferenciación de las funciones de la, 33-36, 52-54, 57, 61-67  
 relación con los directivos, 23, 28-29, 34-36, 52-54, 71-73  
 separación de la propiedad y el control, 33-35, 45-46, 52-54, 61-65  
 burocracia  
 definición de Weber, 21, 71, 178 ss.  
 desarrollo histórico de la, 71, 192  
 funciones en el capitalismo, 16-17, 89, 191-193, 200, 205, 216-217  
 problema del control de la, 179-180, 183-184, 200, 204, 206-207, 213, 218, 233-235  
 proletarización de los burócratas, 16-17, 233-235, 241-242  
 punto de vista de Lenin, 21, 191-219, 233, 235  
 y racionalidad, 178, 199, 200, 202, 211-212, 217  
 y socialismo, 193, 195-198, 200, 208, 214-217, 218, 219, 220  
 burócratas, 42, 47, 196-197  
 caída de la tasa de ganancia, 121-122, 132, 139, 141, 142-144  
 crítica de la teoría, 124-132  
 cambio, valor de, 110-112, 146, 230  
 capataces, 64, 69-71, 73, 80-81  
 capital, *El*, 4, 120n., 126, 133, 162n.  
 capitalismo avanzado, 20, 21, 22 ss., 128, 131, 169-174, 220-246  
 capitalismo de Estado, 172-173  
 causalidad estructural, 4-19  
 ciclos comerciales, véase ciclos económicos  
 ciclos económicos, 119, 143, 167  
 ciclos industriales, véase ciclos económicos  
 científica, gestión, 59, 113  
 clase, capacidades de, 20, 23  
 capacidades estructurales, 93-97, 98  
 capacidades organizativas, 93, 95, 98-99, 103-104, 227, 236-243  
 estrategias socialistas y, 97  
 papel del Estado y, 97n., 99, 235-243

- relación con la lucha de clases, 92-93, 95-102
- clase, conciencia de, 24
- clase, estructura de, 20, 22-104
- clase, intereses de, 20, 23, 41-43, 82-90, 92-97, 99, 101-102
- clase, trayectoria de, 87
- clase en sí, 25
- formación de clase, 20, 93n., 97-102, 233, 246
- clase para sí, 25
- clases
- definiciones ampliadas, 91
  - relación con las estructuras políticas e ideológicas, 9, 16-17, 25, 28-33, 35, 36, 44-46, 51-52, 53, 88-91
- clases, lucha de, 10, 12, 13-19, 24, 57-58, 61n., 83, 84, 92-93, 97-104, 105, 121, 127-128, 142, 144-145, 147-148, 149, 159, 162, 164n., 166, 175-176, 232-234, 242, 246
- colectiva, negociación, 60, 168, 170
- competencia, 62, 117, 128-129, 159, 162, 164n.
- composición orgánica del capital, 121, 124-132, 135-136, 141, 142, 145, 149, 167
- definiciones de, 120
- evidencia empírica sobre el crecimiento, 125-126, 130
- papel en las crisis, 118, 122, 124-125, 131-132
- Comuna de París, 195
- contradicciones, 163 ss.
- control, 57-61, 64-66, 71-72, 74-77, 89-91, 103
- control y contabilidad, 201-202, 209-210
- democracia, 8, 186-187
- burguesa, 16-17, 191, 194, 200, 212-213, 220, 236, 240
  - en el capitalismo avanzado, 221-223, 233-243
  - proletaria *versus* burguesa, 195-198
  - socialista, 17, 195-198, 200, 208, 209-210, 218-219
- depresión, 168
- derroche, 136, 138, 151, 154, 168
- desburocratización, 214, 239, 240
- descualificación, 58-59
- desempleados, 87-88, 231
- desmercantilización de la fuerza de trabajo, 229-232
- desproporcionalidad, 119n.
- directivos, 23, 34-35, 36, 47, 52-54, 61-63, 72-73, 77, 103
- directivos y supervisores, 28-29, 38, 45-46, 50, 56, 64-65, 70, 78, 80-81
- dominación, 25, 28-31, 37-38, 46, 53, 74, 89, 206-207, 242, 244
- doble poder, 222n., 240n.
- económicas, estructuras, 7-8, 10, 11-15, 17, 44-46, 51-52
- ejecutivos, *véase* directivos
- ejército de reserva de los desempleados, 124, 127, 143, 144, 148, 153, 166, 229n.
- electoral, política, 98, 212, 221n., 228
- empleados, oficinistas, 40, 47, 74-75, 90
- Estado, planificación de, 171-173, 175, 230, 239
- Estado capitalista
- contradicciones internas, 24, 225, 227, 233-234
  - funciones, 16, 35, 97n., 99, 148-157, 170-173, 203-204, 235-240
  - relación con las estructuras económicas, 11-13, 35
  - y acumulación, 118, 134, 148-157, 170-173, 220, 230-233, 244
  - y lucha de clases, 12, 14-17, 89, 175, 189-190, 211, 216-217, 225n., 234-235, 236n.
- Estado y acumulación, 13, 20, 118, 134, 148-157, 170-173, 220, 230-233, 244
- Estados Unidos, 46-51, 59-60, 78-81, 88, 94, 95, 98, 103, 151, 152, 153, 168-173, 191, 227, 234, 246n.
- estanflación, 154
- estrategias socialistas, 20, 21, 22-23, 84, 85, 103-104, 175, 220-246
- estructuralismo, 6

- estructuras, 4-19
- estudiantes, 82, 86-87, 231
- explotación, 4, 27-28, 37-38, 41-43, 45, 73, 121, 142, 149, 167, 172
- fábricas, 58, 71, 93, 165, 166
- feudalismo, 8, 10, 13, 34, 149
- fiscal del Estado, crisis, 157, 234
- Francia, 191, 243n.
- funcionalismo, 225n.
- fundamentales, intereses, 41n., 82-99, 102, 103-104, 228-233
- ganancia, tasa de, 115, 120, 121-125, 137-138, 142, 144-148, 167
- ganancia, teoría de la reducción de la, 142-148, 157
- Gran Bretaña, 116, 143-144, 165, 191
- hegemonía, 89, 242-244
- ideología, 3, 4, 8, 17, 29-33, 44-46, 51-52, 88-91
- imperialismo, 163, 165-173
- impuestos, 42, 88, 148-150, 151
- inflación, 148, 154, 170
- ingenieros, 38, 45, 59
- Inglaterra, *véase* Gran Bretaña
- inmediatos, intereses, 41n., 82-85, 88, 95, 98-99, 102, 103-104, 228-233, 234
- instrumentalismo, 225n.
- internacionalización del capital, 156, 169, 170
- Italia, 172, 243n.
- jerarquía, 94
- desarrollo histórico, 61-66
  - relación con los criterios de clase, 61, 89-90
- keynesianismo, 106, 138, 140, 142, 150, 151, 153-156, 168-171, 232
- legitimación, 117, 149, 151-152, 153, 173, 191
- leninismo, 222-223
- liderazgo político, 178, 180-181, 183-185, 200, 206, 209, 211-213, 218
- manufactura, 165-166
- maquinofactura, 166-167
- mercado, relaciones de
- concepto de clase weberiano y, 84n.
  - intereses de clase, 84
  - papel en las crisis, 172-173
  - relaciones de explotación, 4, 139
- mercancía, 39, 93, 108
- militares, 152-153, 245
- mistificación, 82, 104, 190, 191
- modo de producción, 67-69, 73, 83
- monopolista, capitalismo, 20
- y explotación, 140-142, 148, 167
  - y relaciones de clase, 35, 45-46, 51, 62
  - y tendencias a la crisis, 135-136, 138-139, 151, 152-157, 167-169
- motivos subjetivos, 83n.
- movimientos sociales, 5, 7, 237-239
- neorricardismo, 144
- nueva pequeña burguesía
- conceptualización de Poulantzas, 20, 26-33, 37-38, 45, 49-50, 51-52
  - examen crítico del concepto de, 51-52
  - unidad con la pequeña burguesía tradicional, 26, 32-33, 37, 51-52
- obrera, clase, 22, 91, 143, 219
- capacidades de clase, 92-102, 103-104, 235-243
  - conceptualización de Poulantzas, 23-31, 34, 37-51, 54
  - extensión según los criterios de Poulantzas, 46-51
  - intereses de clase, 41-43, 83-85, 88, 92-97, 99, 101, 103-104, 228-232
  - relación con las situaciones contradictorias, 55, 68-73, 78, 81, 88, 103, 234-235, 241
- obrera, participación, 58-60
- obreros, consejos, 99, 103
- oferta y demanda, 122, 135-137

- ondas largas, 158n.
- organizaciones, 52, 71, 95, 97, 98, 100-101, 102, 103, 178-180, 202-204, 207-208
- parlamentos  
 comparación con los soviets, 187, 188, 199, 200, 207-208  
 responsabilidad, 183, 185, 188, 199, 206, 212  
 y burocracia, 182-186, 188, 191, 194, 199, 200, 204-205, 209, 233-235  
 y estrategias socialistas, 21, 98, 195, 205, 220-246
- partidos políticos, 9, 98, 172, 182, 184-185, 208-209, 212, 228-229
- pequeños patronos, 56, 70, 77, 78, 81
- plusvalor, 4, 27-28, 29, 37-38, 39-40, 41-43, 108-115, 120, 134-135, 136, 140-141, 145, 146, 148-151, 154, 165, 166-168  
 realización del, 28, 37-38, 40, 118, 134-139, 144, 167-169
- polarización de las clases, 100-101  
 Portugal, 101
- potilización de la acumulación, 20, 171-173, 220, 230-233, 244
- producción, modo de, véase modo de producción
- producción, relaciones de, 4, 29, 62-63, 82, 91  
 dimensiones de las, 65, 68, 81  
 transformaciones históricas de las, 13-14, 64-66, 159-169  
 y situaciones contradictorias, 68-82, 88, 92, 103
- producción mercantil simple, 68, 73-75, 81, 164
- proletarización, proceso de, 60, 74-77  
 implicaciones en la lucha de clases, 94n., 98-99  
 trabajadores del Estado, 16-17
- propiedad jurídica, 33-34, 52, 62-63, 69
- propiedad y control, 33-35, 45-46, 52-54, 61-67, 68-69
- racionalización, 171-172, 217
- reformas no reformistas, 85n., 239n.
- relaciones sociales, 5, 13, 82-85, 92-99, 107-108
- represión, 173, 192, 211, 237-238, 244-245
- reproducción ampliada, 113, 115
- revolución, 13, 17
- revolución rusa, 168, 176, 189, 209, 223n., 245
- revolución socialista, 17, 85, 104, 198
- semiautónomos, empleados, 56, 70, 78, 90, 102, 103
- problemas sobre definición de autonomía, 75-76
- relación con la pequeña burguesía, 56, 74-75, 77, 81-82, 102
- relación con la proletarización, 74-77, 82, 102
- sindicatos, 95, 98, 100, 102, 168, 172, 234
- situaciones contradictorias dentro de las relaciones de clase, 23, 55-56, 68-91, 100, 220  
 definición de, 55-56  
 dimensiones de las situaciones contradictorias, 77-81, 103  
 relación con la lucha de clases, 23, 85-89, 92, 101-102  
 relación con las relaciones políticas e ideológicas, 88-90
- socialdemocracia, 221n., 223
- socialismo, 17, 41-42, 83, 88, 92, 174, 195-198, 207-208, 213-217
- subconsumo, teoría de las crisis en el, 132-133, 142, 157  
 crítica de la teoría, 135-142  
 proposiciones básicas, 122, 134-135
- taylorismo, 59, 113
- técnicos, 26, 38, 44-45, 47, 59
- proletarización, 75  
 relación con la lucha de clases, 73  
 situación de clase contradictoria, 72-73, 75

- versus burócratas, 197-198, 201, 209-210
- tecnócratas, 70, 72-73
- tecnología, 29, 120, 121, 158n., 166  
 innovaciones que ahorran capital en contraposición a las que ahorran trabajo, 126-130  
 innovaciones técnicas, 58, 147-148, 166
- trabajador colectivo, 93, 95
- trabajo, división social del, 25-26, 28-32, 39-43, 44-46, 53, 55
- trabajo, división técnica del, 29-31, 44-46
- trabajo, fuerza de, 108, 111-113, 145, 149-150, 166
- trabajo, proceso de, 34-35, 45-46, 57-61, 74-76, 93, 103
- trabajo, teoría del valor, 108 ss.
- trabajo intelectual y trabajo manual, 26-31, 46, 47-50, 54n., 76n.
- trabajo productivo/no productivo, 22-23, 25-28, 130n., 146-147  
 conceptos de Poulantzas, 23, 25-28, 36-43, 45-46, 47-50  
 crítica como criterio para la determinación de clase, 36-38, 39-43, 45-46
- transformación, problema de la, 109n.
- URSS, 63n., 210, 214-215, 218; véase también revolución rusa
- uso, valor de, 27, 110, 146, 230-231
- voluntarismo, 226n.

ABDEL-MALEK, A.—*La dialéctica social.*  
AGNOLI, J., y BRÜCKNER, P.—*La transformación de la democracia.*  
ARAUZ, L.—*Legislación petrolera internacional.*  
ARRIGHI, G.—*La geometría del imperialismo.*  
BAGU, S.—*Tiempo, realidad social y conocimiento.*  
BAMBIRRA, V.—*El capitalismo dependiente latinoamericano.*  
BENÍTEZ, R.—*Las clases sociales en América Latina.*  
BENÍTEZ, R., y otros.—*Clases sociales y crisis política en América Latina.*  
BETTELHEIM, CH.—*Las luchas de clases en la URSS. Primer período, 1917-1923.*  
BETTELHEIM, CH.—*Las luchas de clases en la URSS. Segundo período, 1923-1930.*  
BETTELHEIM, CH.—*Revolución cultural y organización industrial en China.*  
BOBBIO, N., y MATTEUCCI, N.—*Diccionario de política.*  
BRÜCKNER, P.—*Psicología social del antiautoritarismo.*  
CARDOSO, F. H., y otros.—*Formación y desarrollo de la burguesía en México. Siglo XIX.*  
CARDOSO, F. H.—*Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes.*  
CARDOSO, F. H., y FALETTI, E.—*Dependencia y desarrollo en América Latina.*  
CARRANZA, M. A.—*Fuerzas armadas y estado de excepción en América Latina.*  
CLAUDÍN, F.—*La oposición en el «socialismo real».*  
COOPER, D., y otros.—*La dialéctica de la liberación.*  
DELGADO, C.—*El proceso revolucionario peruano: testimonio y lucha.*  
DOMHOFF, G. W.—*¿Quién gobierna Estados Unidos?*  
DORE, F.—*Los regímenes políticos en Asia.*  
FERNÁNDEZ DE CASTRO, I., y GOYTRE, A.—*Clases sociales en España en el umbral de los años setenta.*

FRANK, A. G.—*Capitalismo y subdesarrollo en América Latina.*  
FRÖBEL, F.; HEINRICH, J., y KREYE, O.—*La nueva división internacional del trabajo.*  
FROMM, E., y otros.—*La sociedad industrial contemporánea.*  
GÄNG, P., y REICHE, R.—*Modelos de la revolución colonial: descripciones y documentos.*  
GONZÁLEZ CASANOVA, P.—*Sociología de la explotación.*  
HALLIDAY, J., y McCORMACK, G.—*El nuevo imperialismo japonés.*  
LACLAU, E.—*Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo.*  
LAURIN-FRENETTE, N.—*Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Sociología e ideología burguesa.*  
LEITE LOPES, J.—*La ciencia y el dilema de América Latina: dependencia o liberación.*  
MATTELART, A.; CASTILLO, C. y L.—*Ideología de la dominación en una sociedad dependiente.*  
MATTELART, A.—*Multinacionales y sistemas de comunicación. Los aparatos ideológicos del imperialismo.*  
MILIBAND, R.—*El Estado en la sociedad capitalista.*  
MILIBAND, R.—*Marxismo y política.*  
MILLS, C. W.—*De hombres sociales y movimientos políticos.*  
POULANTZAS, N.—*Estado, poder y socialismo.*  
POULANTZAS, N.—*Poder político y clases sociales en el Estado capitalista.*  
POULANTZAS, N.—*Fascismo y dictadura.*  
POULANTZAS, N.—*Las clases sociales en el capitalismo actual.*  
RECALDE DÍEZ, J. R.—*La construcción de las naciones.*  
SONNTAG, H. R., y VALECILLOS, M.—*El Estado en el capitalismo contemporáneo.*  
THERBORN, G.—*Ciencia, clase y sociedad.*